

Envuelto en llamas



Meliel Cross Lectulandia

En el año 2550, la ciudad se encuentra destruida, pero aún lucha por salir adelante después del caos del último ataque.

La población vive una pequeña calma después de la caída de los ángeles, pero con una ciudad a punto de derrumbarse, con problemas económicos causados por la escasez cada vez más apremiantes de recursos; la pobreza comienza a hacer estragos, las divisiones entre los humanos y oscuros cada vez son más fuertes y muy marcadas. Con la pobreza acechándolos, el caos a punto de estallar, tanto humanos como oscuros creen vivir más tranquilos, pero no es cierto, no del todo.

Detrás de la calma que antecede a la tormenta, la S.A. se enfrenta a la aparición de cuerpos mutilados, muchos de ellos, pero esta vez no hay distinción para las matanzas: tanto humanos como oscuros caen bajo la amenaza de algo que está experimentando con ellos...; alguien está traficando con sus cuerpos, o parte de ellos, y lo peor de todo es que todas son féminas.

Leiden es un asesino por naturaleza, uno de los mejores junto a sus dos hermanos, pero ningún entrenamiento los ayudará a afrontar la investigación que estará en sus manos. Las mujeres son muy apreciadas para ellos, y esta vez tendrán que enfrentarse a sus temores de antaño para salir adelante y poder atrapar al ser que está detrás de la operación. Lo que nunca previó Leiden era encontrarse con Carim en medio de todo esto y su instinto a punto de devorarlo... con un hambre que no había experimentado jamás.

Carim se niega a cualquier cosa con él, hasta que descubre que Leiden será la única forma de seguir con vida..., su cuerpo lo pide y su alma se encuentra envuelta en una vorágine que la dejará en brazos de quien nunca creyó que podría caer. Esta vez necesitarán más que unir fuerzas para luchar, necesitaran de toda la inteligencia y todo el control que puedan reunir cuando la vida de una de ellas está en juego.

Esta vez, todos deberán temer ante la amenaza que puede destruir a la S.A. en pedazos y descubrirán que el fuego los consumirá o los unirá. Nadie sabe cuál será el final.

Lectulandia

Neliel Cross

Envuelto en llamas

La Sociedad de Asesinos - 3

ePub r1.0

macjaj 08.10.14

Título original: *Envuelto en llamas*
Nehiel Cross, 2014

Editor digital: macjaj
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Algunas palabras

Para mis lectores, gracias por seguir apostando por esta saga, y apoyarme en cada una de mis locuras. Gracias por cada mensaje, por cada palabra de aliento, estaré a la espera de sus mensajes.

Para mis queridas y adoradas correctoras, Cora y Maisa. ¡Son lo mejor chicas! Gracias por dedicarle tanto tiempo a esta historia. Estaré eternamente agradecida.

Y como siempre, para mi familia, amigos y seguidores por estar siempre ahí cuando los necesito.

A mis queridos asesinos, gracias por estar ahí.

Y que Vatur se apiade de tu alma, si es que lo mereces

«Dicen que el elemento más poderoso es el fuego, que puede hacer arder una pasión hasta que te consume, y es el más lento y doloroso de todos... porque consume tu piel, y consume tu cuerpo creando el más crudo de los dolores».

LEIDEN

Acabábamos de encontrar al tipo que estábamos buscando hace más de tres días, pues se lo acusaba de la desaparición de una mesera de un bar que él frecuentaba; la última vez que se la había visto con vida, había sido con él. No podía entender cómo logró que se marchara con este tipejo, pero lo había hecho... Y yo apostaría mi culo a que él era el responsable de su desaparición.

Apreté los dientes recordando el enojo que sentí cuando nuestro centinela nos comunicó que, tal vez, no era la única desaparecida. Sabíamos que había renegados trabajando para la Sociedad de Asesinos, pero nadie hablaba de eso, y yo estaba seguro de que este desgraciado era uno de ellos.

Zander había dicho:

—Lo peor de todo esto es que sospechamos que él ha estado haciendo algo más allá de solo raptar mujeres.

Zander había sido críptico en relación a la causas por las que debíamos encontrarlo y matarlo, pero ahora comenzaba a entenderlo.

Antes, nunca me había cuestionado las ordenes, pero esta llamaba mi atención de sobremanera. Estaba seguro de que alguien lo había dejado correr solo y sin correa por mucho, mucho tiempo, le habían soltado la cadena, y no podía entender por qué un ser tan peligroso aún seguía vivo.

Ahora teníamos que matarlo y sí, gozaría mucho partiendo al tipo en pedazos.

Recorrimos más de dos estados sin resultados, pues el cabrón sabía cómo colarse entre las sombras y desaparecer sin que nadie sospechara nada; al final lo habíamos hallado en un área rural. Desde el momento que supo que veníamos por él, corrió como un condenado, pero esta vez no dejaría que me ganara, ¡ni una mierda que me ganaría! Estaba harto y mi adrenalina estaba a mil, quería atraparlo y degollarlo con mis propios dientes, el sentimiento de odio que tengo por los matones no podré explicarlo nunca. Estaba cansado, tan solo quería terminar con la maldita asignación e irme a casa, por lo que no se escaparía de esta.

Furcht y yo corrimos detrás de él y lo acorralamos justo cuando iba a subirse a un coche; un segundo antes de que lo tumbáramos, pude ver cómo en su rostro se traslucía el terror, sabía que no podría escaparse de esta.

Y aquí estaba él, temblando como un condenado marica bajo mi bota. Odiaba eso de ellos: ¿cómo alguien podía matar sin miramientos y luego ponerse a lloriquear cuando lo cazábamos?

¿Es que nadie les había enseñado a ser hombres en momentos como estos, o tan solo podían serlo con presas indefensas?

Ahora lo teníamos, estaba tumbado boca abajo mientras lo empujaba sobre el asfalto con un pie en su espalda. Las calles estaban desiertas, las máquinas parecían viejos gigantes durmiendo, y el único sonido que se oía era el canto de algunos grillos y los aleteos de los murciélagos. El amanecer llegaría en unas cinco o seis horas, por lo que nosotros no éramos su única amenaza. Observé al tipo, iba vestido con un pantalón de mezclilla color marrón y una camisa blanca con manchas de sangre en ella, así que no dudaba que hubiera estado de caza o algo peor, comiendo lo que había cazado.

Furcht estaba apoyado contra el poste de alumbrado público como si fuera un domingo por la tarde, con una pose relajada, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, sus poderosos brazos cruzados en su pecho. Iba vestido con un pantalón y una camiseta de color negro, que resaltaba su cabello rubio y su piel blanca; la tenue luz de las farolas resaltaba sus angulosos rasgos y estaba allí sin hacer nada, tan solo tarareando una canción de The Charlie Daniel Band, la cual comenzaba a odiar, y observando cómo mantenía al prisionero contra el suelo mientras se fumaba un cigarrillo de dudosa procedencia.

Hacía tiempo que Furcht había dejado de lucir como un ser «humano», si entienden a lo que me refiero; ahora no era más que alguien al que no le importaba nada.

Lo miré con fastidio ante su indiferencia. Mi hermano parecía inmune a todo esto y eso provocaba que quisiera saltarle encima y caerle a golpes, siempre me habían afectado mucho más las asignaciones donde había mujeres y niños involucrados, odiaba salir a matar a estas ratas inmundas que la S.A. había dejado ir en un descuido, y habían costado miles de vidas. Volví a echarle un vistazo, nunca terminaría de entender cómo manejaba estas cosas.

—¿Vas a hacer algo o piensas quedarte ahí? —pregunté.

Me hizo una mueca de desinterés levantando levemente la comisura de sus labios, y sus hombros despreocupadamente, mientras movía el cigarrillo de un lado al otro sabiendo que estaba enojado. Largó el humo en una maza espesa y gris hacia mí y se lo retiró para hablar.

—Leiden, ¿alguien te dijo alguna vez que te quejas mucho? —dijo quitándole importancia con una voz pausada y suave.

Se suponía que Furcht debía interrogarlo mientras Hass hurgaba en búsqueda de cómplices o cuerpos... porque estaba seguro de que había más cuerpos.

—¿Perdona...? ¿Quejarme? ¿Acaso no soy yo quien lo mantiene contra el piso y quien lo ha atrapado? —pregunté apretando un poco mi pie, haciendo que el tipo gruñera.

—Es mejor cuando caminas sobre cuatro patas..., al menos no hablas —masculló con una calma fingida que me ponía de los pelos.

—¡Que te jodan, Furcht!

—¡Oh!, eso será más tarde —miró su reloj con impaciencia—. Tengo unas gemelas que son para chuparse los dedos, así que... —añadió moviendo las cejas mientras sonreía ampliamente.

Sacudí la cabeza fastidiado por su actitud. Furcht podía ser de lo más arrogante y fastidioso cuando se lo proponía, y lo estaba logrando con honores. Y yo estaba cabreado, y me debatía en caerle a golpes o tan solo ignorarlo.

—Eso me deja tan solo un par de horas libres. ¿Dónde mierda se metió Hass?

Maldiciendo dediqué mi atención al vampiro bajo mi bota. Hass era bueno encontrando y deshaciéndose de evidencia, así que estaba seguro de que estaría hurgando en cada rincón de aquel polvoriento lugar.

—¿Estabas solo? —pregunté. Me gruñó en respuesta, y apreté mi pie hincándole el taco de la bota, justo a la altura de la nuca. El taco tenía una vaina retráctil con un cuchillo de casi quince centímetros de largo, así que si el vampiro se movía, un solo chasquido haría que el arma se disparara y atravesara su cuello rompiéndole un par de vértebras; no lo mataría, pero sería una mierda y estaría fuera por un par de horas—. ¿Dónde están los cuerpos? —insistí.

—¿De que hablas? —Comenzó a moverse de un lado al otro intentando quitarse el peso de mi pie mientras emitía un rugido.

—De las víctimas, —contestó Furcht— ya sabes, mujeres, hombres con los que has estado alimentando esa barriguita glotona que tienes. No te ves como un vampiro que ha mantenido su dieta —le soltó.

El vampiro giró el rostro para mirarlo, y moví mi pie a la mitad de su espalda para que pudiera mirar a Furcht.

—No encontrarán nada. No tendrán pruebas —rio, y en respuesta me agaché lo suficiente y le di un golpe de puño a su mejilla. Aulló de dolor y maldijo—. ¡Pueden intentarlo todo pero no lo encontrarán! —dijo ahogado—, nunca lo harán.

Sus palabras tan solo lograron que mis sospechas se dispararan: alguien había hecho la vista gorda con él y lo había dejado hacer a su antojo. Quería matarlo aquí mismo, pero era un soldado, un asesino de la S.A., y nunca me cuestionaba por qué debíamos realizar una misión, simplemente la hacíamos, pero últimamente las razones eran difusas. Las preguntas comenzaban a surgir, cuestionamientos que no debería hacerme, pero allí estaban.

Me froté la cara con el dorso de la mano intentando apartar las dudas, pero me fue imposible.

Todo lo que el vampiro decía, lo único que había logrado era que estuviera más cabreado, y, por lo que parecía, Furcht se sentía igual y comenzaba a demostrarlo. Descruzó sus piernas y se enderezó sobre sus dos metros de altura, tiró la colilla del cigarrillo al suelo, la pisó, y caminó hacia el tipo como si fuera un animal a punto de

matar.

—¿Y eso qué importa? —preguntó acercándose unos pasos como para que su bota quedara justo enfrente del rostro del maldito—. ¿Crees que te salvarás si no tenemos pruebas?

—No pueden matarme sin pruebas —tartamudeó.

—¡Oh amigo!, ahí es justo donde te equivocas... —le respondió de forma fría y amenazadora, y con un dedo giró un poco el rostro del vampiro tan solo para pudiera mirarlo a los ojos—. Aquí somos carceleros, jurados y verdugos...

—Jueces, jurados y verdugos —lo corrigió.

Furcht me dio una mirada en la cual claramente me explicaba que le importaba una mierda mi opinión, y volvió su atención al vampiro nuevamente.

—Lo que sea..., en ambas frases, tú mueres y yo me voy de aquí a seguir mi vida, así que mejor habla.

—¡No pueden matarme, va contra las reglas! —gimoteó.

—¿Qué reglas? —preguntamos y pude notar cómo se ponía cada vez más incómodo.

—Las de Vatur, las reglas...

—¿Ahora sí conoces las reglas? —repuse fastidiado.

—¿Quién dijo que te creerán más a ti que a tres asesinos de la Asociación?

—No pueden, no pueden sin pruebas.

—¡Me cago en este tipo, Leiden!, ¿soy yo o no me entiende?

—Creo que no lo entiende. A ver, escucha, idiota, podemos matarte aquí mismo y no habrá cambios, seguiremos haciendo lo que hacemos y tú serás historia así que: ¿Dónde están los cuerpos?

—Una mujer..., él dejó una viva.

—¿Qué?

La voz del tipo había sido tan baja que no podía creer lo que decía. Un breve vistazo hacia mi hermano me confirmó que había oído bien.

—¿Él? ¿Quién?

—Hay una mujer y una niña. Mi pena se reduce si los dejó vivos ¿verdad?... ¡mi pena se reduce si los dejó vivos! Hay una mujer, una mujer y una niña. Él no las mató...

—Maldito infeliz —gruñí y lo golpeé en el costado rompiéndole seguramente alguna costilla—. ¿Dónde? Y ¿quién es él?

—¿Me dejarán ir...?

—Ni en tus mejores sueños... —le espetó Furcht junto con otra patada, solo que esta vez en su cara. El tipo gimoteó mientras un pequeño charco de sangre se formaba en el asfalto.

—¿Dónde?

—En el galpón, el galpón número cinco: en el altillo, hay una mujer y una niña..., una mujer y una niña... ¡Maldición!

—Le avisaré a Hass. —Furcht se alejó unos pasos, no sin antes propinarle otra patada a las costillas.

Odiaba esta parte del trabajo, prefería a los malditos que nos maldecían, y nos amenazaban con arrancarnos la cabeza, a los que encontrábamos y juraban ser inocentes; ninguno lo era. Vi a mi hermano alejarse unos pasos y cerrar los ojos, sentí el cosquilleo en la nuca y supe que estaba comunicándose con nuestro hermano a través del lazo.

—¿Quién es él? —pregunté enfocándome nuevamente en la «futura» bolsa de huesos bajo mi bota. Gimoteó como un niño, y gruñendo apreté mi pie sobre su espalda—. ¿Quién trabaja contigo? —No dijo nada, y aquello me confirmó que lo que decía era cierto: parecía que las órdenes de no hablar eran irrompibles para él o, tal vez, el tipo era realmente malo; debíamos encontrarlo.

Sentí cuando la mente de Hass se puso en sintonía con las nuestras; Furcht se había comunicado con él y este había encontrado a la mujer y la niña.

—No les gustará esto —masculló su voz en mi mente casi como si me hablara justo en mi oído.

No siempre habíamos logrado hablar mentalmente, pero en los últimos cien años habíamos afinado aquella habilidad, y yo podía incluso sentir sus emociones como si fueran mías.

—Los encontré —dijo Furcht al cabo de unos minutos, para que el vampiro lo oyera.

El tipo se removi6 inquieto mientras luchaba con las esposas encantadas por unas antiguas brujas de Salem que le impedían utilizar cualquier poder para liberarse. Lo dejé luchar un poco y le hice un movimiento de cabeza a Furcht antes de susurrarle mentalmente:

—Lo llevaremos allí, los tres debemos ver eso para juzgarlo.

—¡Ni una mierda, Leiden! —aulló furioso—. Pasan los años y sigues siendo el mismo estúpido. ¿Crees que él tuvo siquiera una gota de piedad con ellas?

Furcht también tenía un grave problema cuando de mujeres y de niños se trataba, y si antes había estado tranquilo en apariencias, aquella furia comenzaba a traslucirse en su rostro como una máscara de odio.

El cambiaformas había visto en carne propia la muerte de su madre mientras esta trabajaba en una guardería humana. Una noche, cuando Furcht tenía tan solo algo así como cincuenta años —un crío para su raza—, un loco había entrado en el hospital con una escopeta, se había dirigido a la sala de Neonatología sin problemas, había entrado y disparado sin piedad: infantes y enfermeras habían muerto. Furcht estaba escondido entre dos incubadoras caídas, luego de eso él humano se había suicidado.

—Trabaja con alguien —repuse con los dientes apretados.

—¿Le crees lo que te dijo? Él haría cualquier cosa para sobrevivir un día más.

Su lógica tenía razón. Nos habían dicho que trabajaba solo, no habíamos recibido información sobre un posible compañero. Solo él. Maldije y percibí a Hass nuevamente.

—Leiden tiene razón Furcht. Galpón cinco, caminen hasta la calle principal, giren a mano derecha, tan solo suban —la voz de Hass era áspera, lo que detonaba que estaba conteniendo su ira también.

Mi hermano me dio un empujón mental dejando fluir a través del lazo todo el odio y el dolor que sentía, dejándome saber que no me apreciaba mucho ahora.

Lo levantó por el cabello, y gruñendo lo condujo por el camino que Hass había indicado, arrastró al vampiro a tropezones hasta que llegamos al gran portón metálico, que estaba tan solo un poco entreabierto. El olor nauseabundo inundó mi nariz y contuve la respiración, y las imágenes de la escena que Hass había visto hicieron que se me secara la garganta de golpe; ni siquiera había dado un paso adentro y ya podía imaginar que era peor de lo que imaginaba.

Estaba seguro.

Furcht me dedicó una clara mirada de «te lo dije» por encima del hombro, y lo empujó aún más fuerte golpeándolo con todo lo que estuviera a su paso. Abrí el portón un poco más y el olor acre de la sangre se precipitó sobre nosotros. Intentando no respirar, subí las escaleras de dos en dos, pero mi olfato agudizado no me facilitó la tarea. Arriba nos recibió Hass, con el rostro descompuesto del malestar y la furia; miré tras él mientras oí a Furcht soltando al tipo al suelo de una forma brusca. Este se arrastró hacia un lado y se quedó duro envolviéndose las piernas con los brazos y meciéndose como un niño mientras escondía el rostro.

Hass se colocó los guantes, suspiró desanimado y caminó hasta el fondo y se arrodilló, tomó huellas, muestras y todo lo que necesitábamos, como si fuera un robot, sin detenerse ni siquiera a respirar. Tan rápido como pudo, se puso de pie, y se alejó como si estar cerca de tanta muerte lo asqueara. Vi a la niña tumbada en el suelo, no tendría más de doce años, tal vez menos; estaba pálida, esquelética, consumida, como si su vida se hubiera marchitado, pero aún respiraba y se acurrucaba contra el cuerpo de una mujer, ambas desnudas.

—A veces me gustaría ser como tu Furcht —confesó Hass en voz alta mientras clavaba la vista en la madera podrida que recubría el interior del recinto.

La niña se estremeció cuando me acerqué. Me agaché lentamente y comprobé el pulso de la mujer: estaba muerta. Tenía la piel blanca por la falta de sangre, sus ojos estaban cerrados, y su pose era como si estuviera tomando una plácida siesta, allí, en aquel desastre.

Cuando me levanté intenté hacer una nota mental de todo lo que había en aquel

sitio; la niña seguía sin moverse. Eché un vistazo a Hass que estaba parado allí como si admirara el paisaje; cualquiera que no lo conociera podría decir que el ícubo era indiferente al dolor y a la muerte que lo rodeaban, aunque su mente era un compendio de imágenes de horror y torturas, y en todas el vampiro moría de la forma más horrible posible. Lo observé con detenimiento, podía reconocer la ira latente bajo aquella expresión calmada, aquella que lo hacía peligroso, donde el umbral del bien y el mal perdían sentido y se difumaban como el humo.

Me acuclillé nuevamente junto a la muchacha y me moví lentamente hasta apartar el cabello de su cara.

—¿Cómo te llamas? —murmuré suavizando la voz, mientras le acariciaba el cabello revuelto.

No dijo nada, pero la oí tragar con fuerza. El olor del miedo se esparció por el cuarto como si hubieran lanzado una bomba, y un gruñido colectivo se escapó de nuestras gargantas, uno que demostraba el dolor y la furia contenida. Escuché al tipejo revolverse en la esquina y noté cómo su aroma incrementaba nuestra furia animal, inundándolo todo, incluso hasta al ícubo.

—¿Puedo matarlo ahora? —preguntó Furcht con los dientes apretados, haciendo que su voz fuera casi un silbido. Sabía que si ahora pudiera ver sus ojos, habría una gran explosión de manchas rojas, aquellas que escondía a los demás y que afloraban en situaciones, bueno, como esta.

No podía culparlo, yo también la sentía. Tenía el estómago revuelto... ¿Quién podía hacer algo así? ¿Quién podría culparnos si lo matábamos aquí?

Nadie.

El tipo gimoteaba intentando detener la hemorragia que le había causado mi golpe justo a la comisura de su labio, maldito hipócrita. Había abusado en cuerpo y alma de estas mujeres humanas y ahora lloriqueaba como una niña.

—Te encontramos culpable, de corrupción —anunció Hass con voz siniestra.

Giré el rostro para ver la escena, lo observé mientras se quitaba los guantes con una tensa calma que era aún más peligrosa que su ira. Su voz era una gélida amenaza y estaba seguro de que luchaba porque saliera distinta a un gruñido.

—Bajo las leyes de la S.A. y la Diosa Vatur eres culpable de matar a la mujer y maldecir a la niña.

Me giré rápidamente sobre mis talones.

—¿Ella está...?

—Infectada, sí. Aún no sabemos qué pasara con ella.

Volví mi atención a la joven cuando los ojos de Hass me respondieron que ni él sabía qué ocurriría con ella. El ícubo poseía un pobre conocimiento de la medicina, pero no era nuestro primer caso, por lo que si él lo creía así, estaba seguro de que la niña había corrido la peor suerte.

—¡Yo no las mate, no las mate! —gritó.

Pero ya nada importaba, mis hermanos se pararon a su alrededor como animales acorralando a una presa y podía sentir el miedo del tipo corriendo en la brisa que surcaba por la sala.

—Está viva, ¿cierto?

La muchacha tembló, y Hass le echó un vistazo. Él siempre había sido justo, aunque ahora tan solo quería liquidar al tipo. Lo sentía en mi piel. Quería sangre. Podía ser un gran asesino, y siempre era piadoso con quienes lo merecían —como yo y como Furcht—, pero él había decidido que este tipo no lo merecía y lo haría sufrir.

Ver aquella escena era lo que nos hacía odiar este trabajo. Volví a mirar a la niña y elevé una plegaria a Vatur; tal vez, solo tal vez, habría esperanzas para ella.

La S.A. estaba trabajando en una cura en base a la sangre de Salomé, una asesina que, por lo que sabíamos, podía crear anticuerpos contra el virus de la infección en la sangre de los humanos. Este tipo de sangre le había permitido no perder la cabeza en la sed de sangre. Ese era el mayor riesgo que corrían los vampiros que pasaban mucho tiempo en contacto con la sangre, ya que con el tiempo los comprimidos dejaban de ser eficaces. Por lo que existía una esperanza para la niña, mínima, pero era más de lo que el resto obtendría.

—No importa lo que digas —aseguró Hass después de un tenso silencio—, no tienes perdón, ni la nuestra, ni de la diosa. Por los cargos que se te imputan, las evidencias recabadas, te condenamos a morir bajo el yugo de la diosa Vatur, diosa de los oscuros, que camina bajo la luz de la hermosa Nix y rige las leyes desde los cielos. Furcht... —Hass, que estaba tieso, con las manos agarrotadas, y sus ojos enfurecidos, ahora contemplaba a la joven que lo observaba. El odio era un relámpago en su mirada, que se transmitía en su cuerpo tenso como un sable.

No por nada, Hass significaba odio en alemán... y ahora todos sentíamos un odio tan puro como el íncubo que llevaba el nombre.

—No frente a ella —dijo Furcht.

La joven pareció comprender aquello, y paseó sus ojos esmeraldas por el cuerpo de él hasta que encontró sus ojos.

Por un momento creí que ella bajaría la cabeza, como hacía la mayoría cuando hacía contacto visual con mi hermano, pero ella no lo hizo y siguió mirándolo con firmeza; era valiente, había sobrevivido a toda esta mierda y vaya la diosa a saber cuánto tiempo.

—Quiero... quiero... —intentó hablar, pero su garganta estaba seca, su voz era áspera. Intentó moverse lentamente, se sentó, y se meció casi al punto de caer. La contuve apoyándola contra mi pecho, mi mano cubriendo sus ojos e impidiéndole ver más.

—Sé lo que quieres, deseas verlo morir, pero ya has sufrido demasiado, no

necesitas ver esto —le respondió Furcht con una voz mucho más amable de lo que realmente sentía. En sus ojos se transmitía el animal que moraba en él, aquel que lo hacía ser el más inestable de los tres—. Llévatela, Leiden, ella merece más que esto.

Asentí en silencio, me quité la chaqueta y la cubrí. Él ya le había hecho demasiado daño, no dejaría que la vieran así. La tomé en brazos, y ella luchó con las pocas fuerzas que le quedaban, pero como le era difícil respirar, pronto se quedó quieta.

—Espero que del otro lado nunca encuentres paz, y que todo el daño que has causado se vea replicado en ti por tres. —Sin decir más, caminé hacia las escaleras y la saqué de allí.

El maldito debe de haberse alimentado de ella por días, pues no pesaba más de treinta kilos; su piel era casi una película transparente que dejaba entrever sus venas como un mapa de carretera. Bajé los escalones con calma, cuidando de tratarla con gentileza para que sus movimientos erráticos no la hicieran caer.

De arriba llegaron los gritos ni bien puse un pie en la acera. La joven se revolvió en mis brazos y susurré algunas palabras en el idioma de Nix, frases cálidas que mi abuela solía decirme cuando era un crío; la mecí como a un bebé y ella dejó de moverse. Después de unos minutos, tan solo oí un par de gruñidos y eso había sido todo... estaba muerto.

La muchacha convulsionó en mis brazos como si las fuerzas se hubieran marchado en el mismo momento que el vampiro había muerto. Me agaché apoyando sus pies en el suelo y comprobé sus signos vitales: esto no estaba bien. Estaba demasiado quieta.

—¡Algo va mal! —grité—. Su cuerpo está colapsando... —Los escuché bajando las escaleras con pasos pesados y sonoros que casi parecían como disparos. Algo pesado golpeaba rudamente los escalones, e imaginé que sería el cuerpo del vampiro al que ni siquiera se molestarían en cargar.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Furcht cuando notó la precariedad del estado de salud de la joven.

—A unas cuerdas. —Respondió Hass, soltó al tipo en el suelo y rebuscó en sus bolsillos por la llave.

—Iré por él. —Gruñí molesto, y no me detuve ni siquiera a mirarlo, no lo merecía. Lo que le habían echó era muy piadoso comparado al sufrimiento al que había sometido a sus víctimas. No importaba cuánto deseáramos que sufriera, ninguna muerte sería justa para él.

—No creo que aguante... —gruñí cuando ella gimió dolorosamente. Furcht se detuvo en seco y Hass se acercó rápidamente—. Llama a Zander... que venga, él puede llevarla. —Ninguno de los dos se movió—. ¡Hass! —grité haciéndolo salir del aturdimiento. Acto seguido, tomó su teléfono y graznó el nombre de nuestro

centinela. Me concentré en la muchacha buscando sus signos vitales y tratando de infundirle un poco de mi poder, como lo hacían los lobos adultos con los más pequeños de la manada. Logré oír sin problemas la voz del Z del otro lado de la línea.

—¿Dónde?

—Estamos en el muelle... —se apresuró a decir mi hermano, sin dejar de mirar a la niña—. Simrus, galpón cinco y... —No acabó de decirle la ubicación, ya que Zander destelló frente a nosotros sin problemas. Se agachó frente a la chica y buscó sus signos vitales tal como lo habíamos hecho nosotros.

Zander era un ser poderoso, y uno de sus poderes era el de teletransportación, por el que podía cargar al menos una persona con él. Era la mayor esperanza para la niña, pues nosotros nunca llegaríamos a tiempo.

Aún la mantenía apretada contra mi pecho, dado que me había arrodillado en un esfuerzo de no perder el equilibrio, intentando transmitirle la fuerza y la tibieza que el escudo de mi cuerpo podía darle; quería devolverle el calor, el sentido a su vida.

¡Había luchado! ¡Maldición! ¡Había sobrevivido!

¡No puedes morir así! Pensé, y en lo más profundo de mi ser deseé que pudiera oírme.

—No lo dejes ganar ahora —le susurré sin saber si me oiría.

—¿Qué ocurrió?

—El vampiro, tomó más de lo que debía —gruñó Furcht dándole un golpe de puño al galpón. La chapa se curvó—. Voy a encargarme del cuerpo de la otra mujer, tú encárgate de esta. —Siseó y se metió dentro huyendo del dolor que le causaba el estado de la niña.

Zander estudió nuestras expresiones rápidamente: Furcht era un tipo jodidamente difícil, pero cabreado era intratable, y cuando había mujeres de por medio era imposible de tratar.

—Zander —gruñí llamando su atención, la niña era lo importante ahora, luego trataríamos con Furcht.

—¿Aún lucha? —preguntó mientras se agachaba nuevamente.

—Sí, y no hay tiempo que perder Z, ella necesita ayuda —añadió Hass.

—¿Él está muerto? —preguntó el centinela, y giré la cabeza indicándole con la mirada el cuerpo del vampiro, o lo que quedaba de él.

—¿Tú que crees? —En un charco de sangre espesa se hallaba lo que quedaba de su cuerpo: huesos al aire, carne desgarrada, y el rostro contorsionado en una forma poco natural; su cabeza parecía aplastada, y ni quería imaginar qué más habían hecho.

—¡Demonios!

—Él está muerto, y ella lo seguirá si no te la llevas pronto. —Zander asintió hacia Hass y tomó a la joven de mis brazos, que estaba inconsciente y bastante mal: su pulso había disminuido y su corazón amenazaba con fallar—. No sé cuantas horas

lleva infectada, pero tal vez haya una salida.

—Vuelvan, descansen y hagan lo que deban hacer para que Furcht se calme.

—Limpiaremos la zona y estaremos por allí en unas horas.

—Bien —respondió—. Los veo después.

En un parpadeo, Zander ya no estaba allí y tampoco la muchacha. Nos miramos un buen rato sopesando todo lo que habíamos pasado en los últimos días, no hacía falta decir ni una palabra. Esto era el peor final.

Oímos rugidos provenientes desde arriba: Furcht estaba descontrolado. Tomé una bocanada de aire fresco antes de entrar nuevamente mientras comenzaba a sopesar qué debíamos hacer con Furcht. Lo escuchamos maldiciendo, y por un instante dudé, pues no sabía si era mejor dejarlo solo o subir. Busqué en los ojos de Hass una respuesta pero no hallé ninguna. El rubio con cara de modelo arqueó un ceja y sacudió la cabeza, dado que él tampoco estaba cómodo, ninguno lo estaba; el sufrimiento de unos de nosotros hacía que los demás nos sintiéramos miserables, no había nada que ocultara aquello. La unión nos daba una clara impresión de las emociones de los otros, así también como nos colmaba y amenazaba con ahogarnos cuando los sentimientos estaban teñidos por sentimientos tan oscuros como los que Furcht estaba experimentando ahora mismo.

—Será mejor que suban y dejen de subestimarme ahí abajo... Odio cuando escucho sus lamentos y su lastima por mí. Laméntense por esto y muevan sus culos hasta aquí, malditos idiotas —gruñó, y sonreí de mala gana sacudiendo la cabeza.

Nunca cambia, pensé y Hass negó con la cabeza forzando una sonrisa.

Subí siguiendo a Hass con su andar pausado, típico del íncubo. Ya en el altillo nos encontramos con lo que quedaba de la planta alta. Furcht había arranchado listones de madera de las paredes, había roto las pocas sillas que había, y todo se acumulaba cerca de la escalera; hice unos pasos más y fue ahí cuando lo vi. Hass se detuvo a mi lado, inmóvil, conteniendo la respiración cuando el olor fétido nos golpeó. Vimos con horror el nuevo hallazgo de Furcht, y mi sangre se encendió con una furia renovada.

Furcht había pateado todo lo que había encontrado en medio para canalizar la ira que lo embargaba, desde puertas, paredes, todo; era un milagro que el techo se mantuviera por sobre nuestras cabezas. Así había hallado una puerta trampa, en el muro norte, que escondía más cuerpos, justo detrás del lugar en el que habíamos hallado a la mujer y la niña.

Había más de una docena, y aunque no había casi iluminación, solo la que lograba filtrarse a través de las mugrosas ventanas, pude ver que eran más de dos. Me acerqué lentamente dejando que la vista se acostumbrara a la penumbra. Estudié sus rostros, o lo que quedaba de ellos, y creí ver el rostro de la camarera que habíamos estado buscando, aunque en su estado era casi irreconocible.

Los cadáveres estaban desperdigados al azar por el suelo, como si ni siquiera se

hubiera tomado la molestia de apilarlos, tan solo los había desechado ahí, sin más. Como un basurero de envases vacíos, el vaho de la podredumbre se filtraba desde adentro: debían de llevar días pudriéndose aquí.

—Creo que encontré a la camarera —dije.

Gruñimos al unísono. El sufrimiento se coló en mi cuerpo, podía sentirlo como una tenaza agarrotándose en mi pecho, quería aullar, desgarrar algo. ¿Quién podía hacer esto sin que la S.A. lo supiera? ¿Alguien debía saber algo?

—Deberíamos haberlo hecho sufrir... más —murmuré con los dientes apretados. Ahora deseaba haber estado ahí. Una muerte tan simple no había estado a la altura de lo que él había hecho y del daño que había causado. Mi animal estaba inquieto, mi instinto me exigía venganza, por ellas, por todas las vidas que había sesgado con sus sucias manos.

—Conoces la ley... —dijo Hass, y se limpió las manos luego de girar un cuerpo.

—¡A la mierda con la ley, Hass!, deja de sermonearnos con lo mismo cabrón. ¿Ves esto? —Furcht tomó el cuerpo de una joven tal vez no mayor a la que Zander se había llevado. Su figura era como una muñeca de tela colgando de su brazo, pálida, con la piel cuarteada y sus ojos abiertos, tan abiertos como si no pudieran concebir el horror que estaban presenciando—. ¿Crees que él tuvo piedad con ella? —Colgaba de su brazo como masa sin forma, como el envase de un ser que ya no estaba allí—. ¿Dónde mierda estaba Vatur cuando ella necesitó que la gran diosa velara por ella?

—Él merecía una muerte dolorosa H, y lo sabes... —repliqué imprimiendo en mi mirada mi fastidio.

—Lo hecho, hecho está —respondió y se limpió las manos—. Limpiemos esto y larguémonos.

—Y dime, ¿dónde mierda cargaremos con tantos cuerpos?

—Traeré el coche... —Hass pasó a mi lado rozando mi hombro—. Procura que se calme, de una vez por todas.

—¡¿Por qué mierda no me lo dices en la cara maldito íncubo?! —Furcht le lanzó un pedazo de madera que fue a dar justo en la espalda de Hass, que se detuvo congelado—. ¡Que te jodan íncubo, hasta tú estás molesto con esto y, sin embargo, hablas como un cabrón que lleva un palo de las S.A. metido en su culo! ¿Qué mierda te pasa? ¿Acaso has comenzado a perecer? —Siseó con un voz profunda, aquella de las que prometía una noche «interesante», si es que no lograban matarse antes—. ¡Mírate, maldito! —Hass bufó y sacudió la cabeza sabiendo lo que vendría—. ¡Tan controlado como un maldito ángel de la muerte, como si esto no te importara una mierda! ¿Quién mierda te ha dicho que puedes hablarme así, hijo de puta? —Furcht se abalanzó contra Hass que aún le seguía dando la espalda en un claro signo de que no le temía.

Me interpuse entre ambos y detuve a Furcht antes de que pudiera alcanzar a Hass;

su cuerpo golpeó contra el mío con un sonido seco, y casi logra tumbarme. Me gruñó mostrándome su afilado juego de dientes, y lo empujé alejando sus fauces de mi garganta. Puede que Furcht fuera un cambiaformas, y sí, en la mayoría de las veces tomaba unos minutos la metamorfosis, pero era el más veloz y hábil que había conocido, así que alejarlo de mi cuello era una buena estrategia. Eché un vistazo por encima de mi hombro: Hass estaba sonándose los nudillos, listo para darle a Furcht una pelea.

—¡Ya basta! —bramé—. Cálmense ambos..., no es necesario que peleen, tan solo carguémoslo todo y larguémonos de aquí, no hay nada que podamos hacer, con ley o sin ella, un par de golpes no arreglaran nada. —Eché un vistazo a ambos y noté que Hass se arremangaba su camisa sin apartar los ojos de Furcht. Al cabo de un minuto de silencio y de ver que ninguno de los dos daría un paso atrás volví a hablar—: ¿Quieren matarse? —pregunté cruzándome de brazos, dejando que el fastidio se colara tanto en mi voz, como en mi mente, dejando bien en claro que estaba cansado de todo esto y, en particular, de ellos dos. Retrocedí unos pasos y eché un vistazo a ambos: Furcht respiraba con dificultad, mientras que Hass lucía calmado y medido—. Mátense tranquilos, no me importa; mientras, yo iré por el coche, y si no lograron desangrarse mucho para cuando esté de vuelta, me gustaría que me ayudaran con este desastre; al menos ellas merecen eso, merecen que al menos nosotros las tratemos como alguna vez debieron hacerlo.

¡A la mierda con ellos también!

Bajé de un salto las escaleras, importándome una mierda lo que hacían mis hermanos; estaba cansado y ya no me importaba lo que hicieran. El aire fresco del amanecer fue una bendición para mis sentidos embotados por el olor de la muerte; rápidamente me dirigí directo a la Hummer mientras mascullaba maldiciones en todos los idiomas que conocía. Maldije todo el camino; aunque no oí golpes y era bueno, salvo que estuvieran usando otros métodos para lastimarse, al menos no se habían matado, o eso creía.

Llegué en unos minutos, observé el baúl y agradecí a los creadores de este vehículo por el espacio extra; era una creación del gobierno, amplia y ágil, un vehículo en el que fácilmente podríamos trasladar los cuerpos extras. Debíamos quitarlos de la vista de todo el mundo, pues los humanos no necesitaban más excusas para odiarnos.

La hermosa todo terreno se veía imponente, de color negro y con más de un metro ochenta de altura, que casi igualaba la mía. Toda la máquina era imponente y letal, como los seres que la conducían.

Encendí el coche y comprobé la conexión y no percibí nada; tal vez habían logrado llegar a un acuerdo o simplemente se matarían luego, ¡qué más daba!, siempre era lo mismo. Me detuve un momento a estudiar el sitio mientras doblaba por

la calle principal. El maldito había encontrado un buen lugar, los galpones permanecían vacíos por la noche, nadie concurría a esa zona, por lo que le habían dado libertad de acción.

Sin testigos.

Mis manos se agarrotaron al recordar a todas las mujeres en el altillo, ellas merecían más que una simple desaparición; estaba seguro de que alguien se preguntaría por ellas.

Malditos.

Estacioné y abrí el baúl, extendí los protectores de plástico, un plástico negro como las bolsas de basura, y de repente me sentí mal por ellas, ellas no eran basura, pero no había tiempo para buscar otra cosa; al menos sus familias no las verían así. En mi interior rogué a Vatur para que les diera el consuelo necesario para seguir viviendo, pues lo necesitarían.

—¡Muévete perro! —gruñó Hass dándome un empujón. Él cargaba dos mujeres y Furcht le seguía los pasos con otras dos. Los observé con detenimiento y asentí, ambos estaban en una pieza, aunque eso no hacía que me sintiera mejor.

—Hay otras seis, en total son diez cuerpos.

—¡Brillante! —gruñí—, sabes contar, Hass. ¡Bravo! —Le solté mientras pasaba junto a él devolviéndole el empujón y lo enfrentaba.

—¿Ahora comenzarán a golpearse los pechos como los monos y ver cuál de los dos la tiene más larga? —preguntó Furcht separándonos de un empujón.

—Eso ya lo sabe —reconocí.

—¡Que te jodan Lei, espero que la que te tires hoy por la noche, te saque la mala leche que llevas últimamente encima! —respondió.

Era cierto que últimamente había estado un poco alterado y buscando broncas donde no las había, sabía que algo había cambiado en mí, pero no lograba dilucidar qué; estaba seguro de que el cambio había ocurrido después de la caída de los ángeles, pero hasta que no supiera a ciencia cierta cual era el problema con mi poca estabilidad emocional, no podría solucionarlo, así que, ¿para qué quemarse el coco con algo que uno no puedes arreglar cierto?

Entre gruñidos, buscamos los demás cuerpos, los subimos al coche y conduje hacia una zona descampada a las afueras de la ciudad, con los vidrios abiertos, evitando que el olor se pegara al vehículo. Los campos que en la antigüedad habían estado cubiertos por maíz, trigo y otros cultivos, ahora no eran más que polvo y mugre; los sembradíos estaban marchitos, la tierra estaba seca y resquebrajada, como la sociedad que habitaba sobre ella.

Los basureros pululaban a las afueras de las grandes ciudades, la mugre brotaba en cualquier sitio y la contaminación por quema de basura era de lo más común, por lo que nadie se sorprendería de ver una fogarata por allí. Nos adentramos entre los

montículos de mugre, escaneé la zona buscando algún ser vivo que pudiera ser testigo de lo que íbamos a hacer, y cuando corroboré que no había nadie detuve la Hummer y bajamos los cuerpos. Los acomodamos apilados de una forma decente y tomamos la gasolina, los rociamos, y después encendí un cigarrillo.

—Es una pena —susurré antes de soltar la cerilla hacia la pira, que comenzó a arder mientras le di la primera calada al cigarrillo.

—¿Qué es lo que te da pena? —preguntó Furcht mientras admirábamos la pira de cuerpos consumidos por el fuego y tomaba un cigarrillo.

—Que sus familias nunca sabrán qué les ocurrió —repuse hipnotizado por las llamas.

—Sabes, últimamente estás un poco sentimental —me reprochó Hass—. Tal vez sea la mierda esa que estás fumando, ¿no crees?

—Después de lo que ocurrió hace unos meses, ¿dime quién de todos los que conoces no están un poco sensibles, Hass? Bueno, además de tu frío corazón de íncubo al cual lo único que le importa es el sexo, claro.

—Vete a la mierda.

—Saben, en el fondo, creí que ellos ganarían —murmuró Furcht casi como si hablara para sí mismo.

Ambos lo miramos sorprendidos, nunca hubiéramos esperado una declaración de ese tipo viniendo de él. Cuando notó nuestras expresiones sorprendidas, continuó:

—Ya saben, siempre han dicho que los ángeles son los seres puros de cielo, opuesto a lo que somos...

—Ellos no eran ángeles, eran caídos y pecaron, son peores que nosotros.

—Sí, pero... ¿Qué hubiera ocurrido si ganaban?

—Básicamente, estarían rostizando tu trasero regordete en el infierno e insensibilizando tus partes sensibles —respondió Hass. Pasó a su lado y le palmeó el hombro—. Pero ¿saben qué? —preguntó levantando las cejas y sonriendo de lado, dio un paso atrás y levantó los brazos.

—No... —solté una carcajada ante su tono, era una mezcla de orgullo y presunción.

—Eso no pasó, así que si gustan, desearía ir por un baño caliente y algo que me hiciera olvidar esto.

—¿Ya deseas tener sexo íncubo? —pregunté con malicia, y él lo entendió.

—Siempre —admitió con media sonrisa y sin ni siquiera una pizca de vergüenza—. Es mi naturaleza.

—Larguémonos de aquí, o este olor quedara pegado a mi nariz...

Conduje por más de dos horas sobrepasando cada límite de velocidad que encontramos. Los ánimos volvieron a decaer cuando le informamos a Z sobre la finalización del trabajo. El aire estaba caldeado dentro del coche y fuera no mejoraba.

Estaba claro que ninguno de nosotros quería lidiar con misiones como estas, pues estaba en nuestra naturaleza proteger a las hembras, y había pocos oscuros que matarían a mujeres y niños, y uno de esos eran los vampiros descontrolados por el hambre.

—June —la voz de Furcht cortó el silencio—. En una hora. —Hizo silencio antes de volver a hablar—. ¡No me importa, mujer! —le gritó.

Eché un vistazo a Hass y lucía tan preocupado como yo. Maldije apretando los dientes, pues tan solo podíamos esperar que Furcht no lastimara a la hembra: en su estado actual, era un ser peligroso.

Yo... tan solo deseaba llegar y cuanto antes. Los pensamientos de mis hermanos embotaban mi mente, y la conexión se potenciaba cuando la ira y el malestar se unían a nuestro desagradable trabajo.

Llegamos a la S.A. mucho antes de lo que esperábamos, estacionamos en la entrada y dos guardias salieron a nuestro encuentro. No nos molestamos en bajar, simplemente dejamos que ellos descargaran el cuerpo del vampiro, y sin decir ni un hola ni un adiós, nos largamos una vez que cerraron el baúl. Había sido una noche de mierda..., de la cual tan solo deseaba olvidar todo.

En momentos como estos había solo un sitio al que deseaba ir después de que tomara un buen baño, solo un sitio al que todos asistíamos sin protestar, y no, no era la iglesia, si es en lo que están pensando.

Ese lugar era el «negocio», si podía llamárselo así. *Madame* Laicot era una humana que administraba un pequeño local a las afueras de la ciudad, acunando en las entrañas del mismo gran variedad de seres y especies, y tanto mis hermanos como yo, habíamos «probado» a cada una de ellas.

Pero primero tan solo quería quitarme el apestoso olor a carne quemada, que siempre me quedaba pegado en la nariz luego de cada cacería.

El olor a muerte.

Nuestro departamento se encontraba en el centro, un área poblada por edificios residenciales de más de cuarenta pisos. Estacionamos la Hummer en el garaje, y todo el edificio parecía dormido y silencioso. Subimos, y rápidamente caminé por el largo corredor hasta llegar a mi dormitorio; la puerta de madera clara contrastaba con el color hollín del piso. Entré empujando la puerta y me deshice de las botas; la chaqueta fue lo próximo en unírseles junto a todo lo demás en una pila desordenada junto a la entrada. Todo era inservible, ya que la sangre nunca saldría por completo, y el olor quedaría impregnado para siempre junto con los recuerdos.

La habitación era grande, y aunque no había muchos muebles, la enorme cama predominaba en el centro del lugar como si fuera la actriz principal de una obra. Si había algo que había aprendido a valorar después de tantos siglos vividos, era una buena cama. No había nada que pudiera suplantar a una noche de sueño reparador sobre una superficie mullida y cálida. Así que sí, allí estaba la cama de más de dos metros y medio por otros dos y medios tentándome a usarla. Estaba tan cansado, aunque mi mente parecía no querer detenerse, por lo que me dirigí a la ducha.

El horrendo olor parecía pegado a los poros de mi piel, no había más que olisquearme el brazo para sentirlo apretado contra mí como una segunda piel. Las imágenes de lo ocurrido se precipitaban en mi mente mientras me dirigía a la ducha.

Aquellas mujeres no debieron haber vivido aquello, no debieron haber muerto de ese modo, debimos llegar antes.

Sacudí la cabeza y apretando los dientes me metí dentro dejando que el agua caliente borrara las huellas invisibles de la muerte, que siempre parecía acechar sobre nosotros.

Había pasado poco tiempo desde el ataque de los ángeles y la posterior lucha contra humanos, oscuros y ángeles, o lo qué demonio fueran ellos, y habíamos sobrevivido, habíamos ganado por un pelo. Ahora, sentía como si aquel recuerdo se atascara en mi garganta apretándome con mano firme y recordándome que todos morían, incluso nosotros.

Después de aquel ataque nada fue igual, tampoco yo. Aquel día fue cuando comenzaron mis cambios, mis hermanos estaban en lo cierto, me había vuelto más inestable aunque no lograba dilucidar la causa por más que lo repensara millones de veces.

Apoyé las manos en la pared y agaché la cabeza, dejando que el agua cayera directamente sobre mi espalda; no lograba apartar la imagen de las mujeres yaciendo allí como si no valieran una mierda.

Después de unos minutos, me enderecé y tomé el jabón líquido dejando que terminara de arrastrar el olor de mi cuerpo, suplantándolo por algo parecido al sabor a vainilla. Debía enfocarme, no podía seguir de este modo. Maldiciendo mi debilidad salí de la ducha, y me vestí.

Desde la sala de estar pude oír a Furcht maldiciendo a gritos, y esperé en silencio unos segundos para comprobar si debía detener una nueva pelea entre mis hermanos, pero después de unos segundos lo descarté. Cuando salí, Hass se cruzó conmigo en el pasillo y me dio una sonrisa torcida, de esas que te hacen sospechar de él.

—Lo mejor de la Era Moderna —aseguró, mientras se metía al baño—. Video juegos —añadió ante mi mirada de incredulidad, cerró la puerta y sonreí sabiendo que era muy cierto.

Fui a la cocina por algo de comer, estaba famélico. La heladera estaba provista de toda la comida chatarra que podíamos encontrar, y todo lo que podía cocinarse en cinco minutos, en su mayoría en microondas: ese era otro de los grandes inventos de la Era Moderna.

Saqué una pizza congelada, la metí en el microondas y busqué una cerveza, le di un par de sorbos mientras comprobaba mis mensajes en el teléfono móvil. Cuando el pitido intermitente cesó, tomé la pizza y me dirigí a la sala.

Furcht estaba de pie frente a la pantalla desplegada en el muro, y estaba empuñando los mandos de la consola de juegos, en una posición de pelea.

Dejé la pizza en la mesilla a unos metros de él y me senté en el sillón mientras observaba cómo Furcht se desquitaba peleando a puño limpio con un tipo digitalizado, que parecía no tener más opciones que perder. Después de unos cuantos golpes, me miró.

—¿Quieres intentarlo?

—¿Contigo? —pregunté alzando las cejas y poniendo cara de sorpresa—. No, esta vez paso. —Levanté las manos en forma de rendición haciendo que él riera. Tomó un trozo de pizza y la engulló antes de que el segundo combate comenzara.

Después de quince minutos, cinco peleas, y más de cuatro rebanadas de pizza, y mucho gasto de energía, Hass apareció junto a nosotros, luciendo renovado y listo, y no justamente para salir a tomar unos tragos.

—¡Maldición, cálmate ícubo! —siseó Furcht. El poder y la necesidad de Hass se percibían en el aire como si las hormonas simplemente flotaran libres como las esporas de las flores—. De seguir así terminaremos muy, muy mal —dijo levantando y bajando sus cejas de una forma indiscreta.

—Bueno, ¿y qué tal si mueves tu culo y te alistás? —respondió frotándose las manos.

Furcht soltó los controles riendo con un sonido tosco, pasó a su lado dándole una palmada y se metió de lleno en el pasillo para perderse luego en el baño mientras

Hass se desplomaba en el sillón.

—¿Está mejor? —preguntó, y le sonreí con malicia.

—Creo que le has dado otra cosa en la que pensar —respondí; aún podía sentir el aroma a feromonas en el aire. No había casi ninguna hembra que pudiera resistirse a un incubo... mientras que yo, personalmente debía pasar por un infierno para conseguir una, y más en la época lunar del mes, aunque en el último tiempo parecía que mi cuerpo no se encontraba realmente interesado en casi ninguna.

Hass volvió a reír casi como si adivinara mis pensamientos.

—Ya lo creo, tan solo espero que no mate a la hembra.

—No lo haré. Nunca lastimaría a una hembra y lo sabes. —Murmuré y tomé un trago.

—Y no, no creo que tu problema sean las hormonas, creo que las espantas con tu cara de pocos amigos —dijo arreglándose el cuello de la camisa—. Sonríe, Leiden, la vida es muy próspera, y... la posición perrito es buena, pero deberías variar un poco, tal vez un poco de lectura te haría bien —concluyó riendo. Le gruñí inmediatamente, ya que odiaba cuando hacía alusión a mi raza.

—Que te... —iba a terminar diciendo «que te jodan», pero el tipo era un incubo, casi su existencia consistía en tener sexo y ser follado, por lo que aquello no lo ofendería—. Solo... cállate.

—Tal vez deberíamos compartir —sugirió conteniendo la sonrisa, y suspiré con desagrado.

No era la primera vez que me lo ofrecía y, para mi desgracia, había aceptado un par de veces en el pasado cuando nos habían unido; las hembras me temían y huían de mí, mientras Hass siempre estaba rodeado de ellas. ¡Maldito! Nunca dejaría de recordármelo.

—Nunca —confesó sonriente respondiendo a mis pensamientos.

—No lo necesito, eso solo en la época de la luna llena, y solo si yo no consigo algo antes.

—¿Quieres un consejo?

—No.

—Bueno, te lo daré igual —dijo sin prestarme atención—, debes abandonar esa maldita banda que oyes, esa música melancólica lo único que logra es que termines enrollado con locas como la que quiso arrancarte la cabeza la otra vez.

Maldije.

Él estaba condenadamente en lo cierto. Últimamente me había estado ahogando en un hoyo de música depresiva, mujeres de alquiler y pizza congelada. Y no era bueno.

—Sobre la chica, —dijo antes de que pudiera responderle—, Zander llamó, me dijo que ella está bien —murmuró y destapó una cerveza.

—¿Qué harán con ella?

—Aún no lo saben, están evaluando y probando el agente Sal en ella. —Hizo una mueca y se recostó.

—¡Maldito!, ella será castigada por algo que ni siquiera buscó, —protesté dándole un golpe a la mesa.

—¿Y no es acaso esa la forma en que llegamos la mayoría, de ese mismo modo?

—No tú. —Lo corregí.

—No, no yo, pero tú y muchos más también, lo que me dijo que tal vez haya un atisbó de esperanza.

—Estamos hablando de otra época, ahora no es lo mismo. Ella es una niña y lo seguirá siendo por ¿cuánto? ¿La eternidad?

—No era una niña, Leiden, tiene más de diecinueve años humanos —afirmó tajante, y me giré a verlo con la incredulidad plasmada en la cara. Él me observó un instante antes de seguir. Todos sabíamos lo que ocurría con los cambios a temprana edad—. Estaba demacrada, pero es fuerte, parecía una niña pero resulta que no lo es. —Hass se estiró, se enderezó y pasó su mano sobre la esquina de la mesa haciendo aparecer la computadora holográfica. Después de darle a un par de teclas la pantalla se hizo visible y me señaló un par de datos.

En la pantalla había informes de la prensa, reportes de la policía. Hass no mentía, la joven había desaparecido cuando concurría a la Universidad, la habían visto por última vez, aproximadamente un mes atrás.

—No es una niña y lo hará bien, sabes cómo es esto, —añadió en un suspiro—. Si fuera una niña hubiera sido diferente.

Lo sabía.

No se permitiría el cambio en niños, por lo que el niño o niña sería silenciado. Los cuerpos jóvenes en desarrollo no aceptaban los virus tan bien como el cuerpo de un adulto, por lo que la infección sería seguida de gritos y desgarros internos, su cuerpo luchando contra su nuevo invasor, hasta el punto en que el niño aullaría de dolor..., y nadie podría ayudarlo más que la parca.

—¿Se lo has dicho? —pregunté mirando en dirección al baño.

—Lo sabe —añadió dando un golpecito en su sien, claro que lo sabía—, pero no cambia nada...

—Lo sé, pero al menos lo ayudará a tranquilizarse.

—Eres un optimista Leiden, ¿sabes? Ese cabrón —dijo refiriéndose a Furcht— me sorprende todo el tiempo. Cualquiera que lo viera, pensaría que no le importa un cuerno el resto del mundo...

—Pero...

—... Pero es allí donde entran los niños y las mujeres, con ellos él es diferente... —dijo sacudiendo la cabeza mientras pensaba el mejor modo de decirlo.

—Estará bien, puede manejarlo —aseguré—. Pero ¿qué te ocurre a ti? ¿Estás cediendo a la locura? Lucías...

—Alguien debe intentar manejarlo, Leiden, —su rostro se volvió sombrío, se frotó las mano y me miró— y por lo visto o eres tú, o soy yo —afirmó—. Por lo que noté, te encontrabas bastante desbalanceado, pude percibir tu duda, tu vacilación corriendo por el lazo; si él tan solo no hubiera estado tan cegado por el odio que sentía por ese vampiro, también podría haber notado que de solo darte un pequeño empujón más, tal vez un poco más de aliento, hubieras permitido que Furcht lo matara, o tú mismo lo hubieras hecho, como un animal —su voz era un siseo impregnado de malestar—. Lo hubieran matado y yo hubiera perdido a mis hermanos, en cuanto Ben se enterara de lo que habrían hecho los hubiera liquidado a ambos —ladró con odio—. No estaban pensando, ninguno de ustedes —volvió a recostarse contra el sillón estirando los brazos—, y puedes culparme de lo que quieras, puedes decir que soy un ser que tan solo piensa en su propia supervivencia y estarás en lo cierto, porque no me importa lo que opines. Ustedes son mis hermanos, lo único que tengo en esta mierda de mundo, y haría cualquier cosa para impedir que los maten, así que decidí que hoy sería yo a quien Furcht golpeará con tal de que no se autodestruya, ¿entiendes? No importa cuánto lo pienses, somos tú, yo, y Furcht, nadie más correrá a auxiliarnos. Y sé que lucía como un maldito intolerante, pero créeme, ellas no merecieron eso, Furcht estaba en lo cierto..., pero no podíamos hacer nada y, digámoslo también, la última noche fue a ti a quien molió a golpes; esta vez era mi turno de controlar al hermano diabólico —se rio entre dientes y me dio una palmada en el hombro.

Estaba anonadado, no había notado cuán cerca habíamos estado de cometer una estupidez. En la última cacería Furcht había estado cabreado por... por algo, da igual por qué era, y se las había agarrado conmigo a golpes, y no había salido tan bien parado como deseaba admitir.

—Es cierto, era tu turno. —Respondí alzando mi cerveza.

—Lo era, y todos estamos bien... —Él volvió a lucir relajado, guardamos silencio un momento y Furcht apareció con su cabello despeinado, con una camiseta y un *jean* sucio.

—¡Vamos holgazanes hora de coger!

Además de un buen baño tan solo había otra cosa que siempre me ayudaba a olvidar los horrores con los que convivíamos, y eso es una buena dosis de sexo salvaje. Eso quitaba todos los malos recuerdos de la noche pasada, al menos hasta la siguiente, y así noche tras noche.

No sabía por qué era tan potente la necesidad de tener sexo después de una pelea, pero hacía años que con Furcht culpábamos a Hass por eso, diciendo que sus hormonas incubo se filtraban a través de nosotros por el maldito lazo, ese mismo que

nos hacía fuertes y débiles al mismo tiempo.

Aunque no todo era mentira, podía sentir la necesidad del ícubo a través de la conexión, casi como si sintiera las caricias que le daban para calmarlas, y odiaba eso.

Así que a eso iríamos, a buscar unas manos que nos llevaran a la inconsciencia de un sueño tranquilo.

Una hora después llegué en mi hermosa moto Honda hasta la puerta del local, pero no fue aquello lo que llamó mi atención, sino la tranquilidad extraña de la calle. Parecía que un gran agujero negro se hubiera tragado el murmullo y el revuelo que siempre imperaban en la zona. Una hembra caminó hasta mí y me rodeó los hombros con su mano, pero no podía concentrarme en ella, tan solo podía percibir mi instinto que me jalaba y me exigía ir calle abajo.

Sin pensarlo, le ofrecí una media sonrisa y la promesa que volvería más tarde.

—No vayas, quédate —ronroneó apretando mi brazo.

—Volveré en un momento.

—Tan solo encontrarás problemas allí, y tú no quieres meterte con ellos —dijo la hembra.

¿Ellos? Eso despertó aún más mi interés.

—¿Acaso eres sacerdotisa, ahora, mujer? —pregunté mirándola de lado.

—No, pero no hay nada que puedas hacer —añadió quitando su mano.

—¿Cómo sabes tanto?

—Te lo diré si entras conmigo y me invitas una copa —volvió a ronronear y la estudié.

Algo olía mal, eché un vistazo sobre mi hombro intentando ver la llegada de Hass, pero se había retrasado, así que volví a dar una ojeada a la calle y dudé.

¡Mierda! Yo nunca dudaba.

Le di un saludo rápido y me dirigí hacia donde mis instintos me prevenían que venían los problemas. Hice una recorrida rápida pero no hallé nada más que un par de gatos domésticos y miradas furtivas a través de las puertas de ingreso a los locales. ¿Qué estaba ocurriendo aquí?

Sabía que Hass llegaría pronto. Furcht, bueno, él simplemente se había perdido con una hembra de la cual ya no recordaba el nombre. Di otra vuelta rápida por el sitio usando todos mis instintos, pero no hallé nada. Así que volví y me detuve nuevamente frente a la entrada, tomé mi teléfono un segundo antes que sonara.

—¿Z?

—¿Dónde estás? —murmuró, eché un vistazo al lugar e hice una mueca.

—Ya sabes la respuesta —respondí levantando los hombros aunque él no pudiera verme.

—¿Otra vez en ese puterío? —preguntó molesto, y solté una carcajada. Desde que se había emparejado con Vívika, Zander ya no era el mismo que había conocido años atrás—. ¿Por qué frecuentan ese sitio?

—No lo sé, ¿sexo tal vez? —añadí rascándome la cabeza.

—*¡Que te jodan!, ¡mierda! Puedes encontrar eso en cualquier sitio, Leiden, y lo sabes...*

—No todos tenemos tu suerte, Z, algunos debemos buscar consuelo en otras partes —dije sonriendo.

—*No, lo que estás buscando no es a tu compañera, ¿crees que la hallarás en sitios como ese?*

—Tal vez...

—*No, no lo harás, eso no tiene nada que ver con el destino, sabrás cuando la halles, y créeme, no la encontrarás allí, Leiden...* —gruñó molesto—. *¿Cómo están los demás?*

—¿Quieres decir Furcht?

—*Sí, ya sabes...* —murmuró fastidiado.

—Está con una hembra, no está aquí —dije volviendo la vista hacia la calle.

—*¡Maldición! ¿Y lo dejaron solo con ella?*

—¿Y qué querías? ¿Que miráramos?

—*¡Sabes lo que estoy diciendo...!*

—Lo sé, pero no puedes detenerlo, Z. Tan solo necesita un desgaste, nunca lastimará a una mujer —susurré sabiendo que era cierto. Furcht podía ser un maldito, pero nunca le levantaría la mano a una hembra.

—*Lo sé... espera. Vívika... ¿Qué estás...?* —Escuché algo parecido al sonido metálico golpeando con lo que imaginaba era el suelo—. *Ten cuidado cariño.*

—*¡Y por qué no me ayudas! ¡Ayúdame! ¿Con quién hablas?* —La escuché preguntar a lo lejos y sonreí. Vívika había sido un buen cambio para Z, ella lo había estabilizado.

—*Con Leiden...* —respondió él de mala gana—. *No sé si podrán seguir con esto, creo que deberían tomarse unos días de descanso. ¡Espera! ¿Qué haces?*

Alejé el teléfono intentando adivinar a quién le hablaba.

—*Leiden* —dijo Vívika con su dulce voz—, *cariño, ¿hubo sobrevivientes?*

—*No puedes meterte en eso, es una investigación abierta* —le reprochó Zander desde lo lejos.

Vívika gruñó, y por un minuto esperé escuchar una pelea, pero Zander gritó nuevamente, esta vez autorizándome a hablar.

Ella lo tenía de las pelotas, podía afirmarlo. Vívika había encontrado un lugar en la S.A., más bien en el ala médica de esta. Estaba de encargada del personal y de todos los informes, por lo que era la de mayor rango dentro del sector médico.

—*¿Leiden?*

—Solo una joven está en la S.A. Está infectada, pero no sé nada más. Zander tiene más datos —dije intentando ser expeditivo.

—¿Cómo? ¿Cómo la infectó? —preguntó ella, y podía imaginármela poniendo mala cara.

—Mordida —respondí tajante.

—¿Y Zander sabía de esto? —Su voz sonaba un poco amenazante y casi podía imaginarla mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Él la llevo hasta la S.A., debe de estar más al tanto que yo —admití.

Vívika gruñó de forma animal y Zander me maldijo.

—Luego arreglaremos esto, tú y yo —dijo ella.

—¿Qué? —pregunté.

—No tú, cariño, cuéntame. ¿Y tú cómo estás?

Mierda, esta era la parte que odiaba, cuando Vívika se comportaba como si fuera mi madre. Odiaba mentirle, no podía decirle cuán rotos estábamos, quería verla feliz y tranquila, no me gustaba verla preocupada. El cariño era mutuo, y se había arraigado entre nosotros como en una familia; pasábamos mucho tiempo juntos, y la conexión con Zander tan solo hacía que ella sintiera la necesidad de protegernos, lo que era irónico, dado que yo podía hacerlo muy bien solo al igual que mis hermanos.

—Bien, tan solo, bueno, saliendo un rato. —Mentí.

—¿Otra vez estás con las prostitutas, Leiden? —gruñó. Me pasé la mano por el cabello sintiéndome incómodo, era como si tu madre te encontrara las revistas pornográficas debajo de la cama—. ¡Diosa! ¡Malditos machos! Algo malo sucede y lo primero que buscan es meter su amiguito en algún hueco, ¿cierto? —Me ruborice sintiéndome descubierto—. Debes buscar algo más... algo que no implique solo sexo. —Alejé el teléfono tentado a cortar la llamada, pero eso la cabrearía aún más, por tanto, resignado volví a pegarlo a mi oído—. ¿Por qué no vienes a casa?, cenaremos y tal vez logré que alguna chica venga y tú, tal vez, bueno, ya sabes, podrías...

—No, no y no, Viv, aprecio el gesto pero no necesito casamenteros.

—¡Ustedes van a matarme!, hablamos con Furcht y tampoco parecía interesado en la idea y bueno, después Hass, pero él es un incubo por lo que imagino que no es tan serio para él, pero tú eres... ¿Por qué no te interesa conocer a una mujer? ¡Por favor Lei!

—¡Dame el teléfono! —gritó Z, y sonreí en agradecimiento, adoraba que ella se preocupara por mí, pero el tema parejas no era uno el cual quisiera tratar con Vívika. Había una cosa que amaba de esa pareja y era la forma que tenía ella de sacar de quicio a Z. Estaba seguro de que tenía un posgrado en eso también—. ¿Leiden?

—Sí...

—Lamento eso. ¡Ouch! ¿Vívika? Acaba de golpearme, lo lamento. —Solté una carcajada—. Como decía, lo lamento, ve con cuidado, no sé que está pasando en esa zona, pero mantén tus ojos abiertos por las dudas, ¿está bien?

—Claro.

—*¡Ah!, y gracias* —murmuró con los dientes apretados—, *gracias, amigo, por contarle a Viv lo de la chica; ahora dormiré en el sofá por tu culpa...*

—Entonces no soy el único que debe cuidarse.

—*Vas a pagármela. Lo prometo.*

—Cuídate, Z... dale saludos a Viv de mi parte, cuídala chico, es única.

Cerré el teléfono y miré la entrada. Tal vez Viv tuviera razón y era hora de sentar cabeza, pero últimamente había solo un ser en el que pensaba y por lo que sabía, ella me odiaba.

Me detuve a unos metros de la entrada de aquel lugar, y bajé del coche de Nicolás preparada para lo que vería allí dentro.

¡Vamos! No soy mojigata, pero nunca había bailado en un club de *strippers*.

Siempre había concurrido a bares con Eva y Sal, cuando esta no se había emparejado, pero nada se le parecía a esto. Un letrero de neón centellaba frente al hueco que debía ser la puerta de entrada. Mi cuerpo estaba ataviado por una diminuta minifalda que dejaba casi expuesto mi trasero, y una tira que cubría mis pechos y nada más. Estaba indignada.

¿Acaso no había dicho Nicolás que podría llevar ropa? Me maldije por creerle como una decimoctava vez.

Algo andaba mal en la ciudad, y no hablo de los problemas comunes de oscuros contra humanos, ahora corrían rumores de tráfico de sangre.

Eso no era algo anormal, había muchos humanos y oscuros que traficaban con sangre, pero últimamente habían aparecido cuerpos de vampiros tirados, y lo que más había llamado la atención es que parecía que los habían vaciado. Toda la S.A. estaba preocupada por esto, temiendo que hubiera humanos detrás de esto, y había decidido investigarlo y ¡Obvio! Nicolás no había tenido mejor idea que enviarme a mí, mejor dicho a mí o a Eva, pero no juntas.

Podría llamar la atención que aparecieran dos bailarinas en una misma noche, causaría sospechas, sobre todo, si aparecían dos bailarinas sin ninguna experiencia ni antecedentes y con unas enormes influencias.

Hicimos piedra, papel o tijera, y ¿adivinen qué?, había perdido.

Me maldije un instante mientras tironeaba mi diminuta minifalda que cubría mi culo tan solo por dos centímetros de tela, ¡dos! En serio, ¿quien podía llamar a esta tela «ropa»? Tenía pañuelos que eran incluso más anchos que esto.

—Voy a matarte Nicolás —gruñí en voz baja, sabiendo que la conexión con mi centinela le permitiría sentir cuán cabreada estaba.

Me metí tras las asquerosas cortinas de paño parecido al peluche de rojo oscuro y estaba dentro.

Un tipo que estaba sentado en un banquillo observando con atención la acción dentro del club se giró a verme y le di mi mejor sonrisa.

—¿Qué quieres? —gruñó sin ocultar sus colmillos.

—Yo, bueno... —mierda, ¿tartamudeaba? No era la mejor entrada. ¿Acaso podría darme unos minutos para que volviera a intentarlo?—. Estoy aquí por un trabajo —dije mordiéndome la lengua para no soltar ninguna otra cosa. Me observó de pies a

cabeza de una forma tan indecente que me sentí violada.

—Muéstrame los brazos —dijo y extendí los brazos hacia él—. No creo que este sea tu lugar...

—Llama a Frank, él me conoce..., me dijo que podría conseguir un trabajo aquí. —La fuerza de su mirada no disminuyó ni un ápice. Se enderezó un poco mientras sus ojos hacían foco en mis pechos. Demonios, esto estaba saliendo peor de lo que había imaginado—. ¿Y? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a llamarlo o me harás perder más dinero? —dije de una forma tan desfachatada que casi no me reconozco.

Asintió y me hizo señas de que lo siguiera y eso hice. El olor viciado de sexo y calor se metió por mi nariz, y me contuve de hacer una mueca, mientras la música ocultaba el desquiciado martillar de mi corazón.

Eva definitivamente pagaría por esto.

Miré alrededor: todo parecía demasiado grotesco, y eso que creía haber visto todo. La música estaba demasiado alta y era de mal gusto; había sillones en lugares semiiluminados, y unos caños en el centro del lugar con algunas mesas y sillas esparcidas alrededor.

—Espera aquí —me dijo y se marchó por un pasillo. Aproveché el momento para pegarle una ojeada al lugar. Había varias hembras bailando sobre la tarima, y abajo varios machos eran atendidos por las meseras. Irónicamente me sentí mejor al notar que aun su ropa era más pequeña que la mía.

Consuelo de tontos, lo sé.

—¿Camille? —Alguien tocó mi hombro y me giré. Había una mujer bajita de aspecto refinado, que claramente contrastaba con el lugar. ¿Acaso ella se había perdido de alguna residencia de ancianos?—. ¿Eres Camille, la chica que indicó Frank? —Asentí intentando lucir «normal».

—Sí, soy yo. —Ella se alejó unos pasos y evaluó mi cuerpo con una mirada astuta—. Frank dijo que podría ganar algo de dinero por aquí.

—Y no mintió, con tu cuerpo, aquí harás fortunas cariño. Soy *Madame* Laicot, bienvenida. —Por un segundo traté de imaginarme a aquella anciana traficando sangre y no pude encajar la imagen. Algo iba mal.

—Bien, porque necesito el dinero —afirmé sonriente.

—Ven, acompáñame y te enseñaré tu zona.

Me tomó del brazo como las abuelas hacen cuando van con sus nietos de paseo, enganchando su mano en mi antebrazo, y caminé junto a ella. Contrario a todo lo que podía imaginar, los machos se apartaban cuando la veían, o la saludaban, sin siquiera decir ni una palabra grosera.

Me llevó hasta la zona de camarines, y me presentó a dos chicas... humanas. Ellas llevaban grandes marcas de colmillos en sus cuellos, que parecían no importarles a nadie, vampiros, vampiros que se alimentaban de ellas.

No era raro, pocas veces la sangre y sexo se separaban de los vampiros. Era un combo.

—Ella es Camille..., Carrie —la anciana sancionó a la rubia con una mirada severa—, cambia la cara, ella no está en tu sector.

—Lo siento —gruñó la humana—. Últimamente muchas chicas nuevas han llegado, muchas... —dijo y miró a la anciana como si hubiera dicho algo malo, y automáticamente bajó la cabeza, y su boca se selló como si la hubieran pegado con pegamento. Yo sonreí, esperando que continuara, pero no lo hizo.

Ella sabía algo. Y sería mi primer objetivo. Si muchas habían llegado, ¿qué había ocurrido con ellas? ¿Dónde estaban?

—Yo soy Eugenia... —me saludó la otra. La saludé con la mano y volví mi atención a la anciana. ¿Qué era lo que ella no quería que yo supiera?

—¿Cuándo puedo comenzar? —dije sonriente.

—Ahora, si lo deseas —me dijo y asentí—. Ven, te enseñaré lo que debes hacer. —Nos acercamos a una cortina que ella abrió tan solo un poco—. ¿Ves las mesas de allí? Bueno, tú atenderás esas mesas: algunos querrán un simple baile, otros te invitaran una copa. La plata que cobrarás por cada baile será de ciento cincuenta dólares americanos; cuanto más beban, más desearán el baile y, bueno, podrían pagar cada hora de tu noche.

—Bailar sin tocar, ¿cierto?

—No pueden tocarte. Joe, el tipo que encontraste en la puerta de entrada, sacará a cualquiera que te toque —aseguró.

—Vi algunos por allí haciendo uso de sus manos... —murmuré.

—Casi todos pertenecen a nuestro sector —dijo Carrie a mis espaldas—. Tranquila, si lo manejas bien, podrías unirme a nuestro sector. Cualquier problema que tengas, tan solo grita y tomaremos represalias si Joe no llega a tiempo.

Le sonreí de lado por encima de mi hombro.

—Gracias, Carrie. Bien, allí voy —dije ajustándome la minifalda.

Caminé a paso seguro sobre mis tacones de más de diez centímetros, mirando a cada uno de los hombres que había cerca, hasta llegar al que sería mi sector, y unos tipos me llamaron.

Vaya suerte la mía.

Colgándome la mejor sonrisa me dirigí hacia ellos, intentando olvidar lo mal que me sentía. Estaban sentados en un gran sillón, frente a las tarimas, y me hicieron lugar entre ellos. Eran dos cambiaformas.

Mientras charlaba con ellos sobre mi nombre, y cuando había comenzado a trabajar, escaneé la zona en búsqueda de Carrie o Eugenia. Las hallé a unos metros de donde me encontraba. Carrie estaba a horcajadas sobre la falda de un tipo, mientras inclinaba su cuello hacia los colmillos extendidos de él. Eugenia estaba casi en la

misma posición ofreciéndole el cuello a uno mientras otro lamía su muñeca.

Alguien debería cerrar este lugar, pensé.

El tipo a mi lado, llamado Rubén, era del norte de Irlanda, tenía el cabello colorado y un raro acento; el otro tipo era americano, moreno, de ojos saltones. Me ofrecieron unas copas y las acepté, hasta que se levantaron y saludándome con la mano se marcharon cuando sus teléfonos sonaron ya que sus esposas los buscaban.

Casi casi me sentí derrotada. Debía sentirme bien, ¿cierto? Me había desecho de ellos, pero algo en mi orgullo picó por no lograr que me pidieran un baile. Encontré los ojos de Joe y, a diferencia de la mirada que me dio al ingreso, era una mirada intentando infundirme aliento. Le sonreí ampliamente, me levanté de la mesa, y la mano de *Madame* Laicot apresó mi brazo.

—¿Ocurre algo? —pregunté mientras me arrastraba hacia los camarines. Tenía ganas de preguntarle dónde era el incendio, qué ocurría—. ¿*Madame*?

—Hay un tipo —dijo cuando salimos de la vista de los demás—, que es asiduo del lugar, y quiere un baile y ha rechazado a todas, tan solo quiere a alguien nuevo. Toma —me entregó una máscara como las que usaban en la antigüedad en la ciudad de Venecia en carnaval. La miré sorprendida, casi sofocada—. No, no es para ti, es para él. —Volví a mirar la máscara mientras comenzaba a flaquear. Se suponía que podían ver, pero no tocar, pero ¿cómo cuernos iba hacer el tipo para verme con esto en la cara?—. Sé que es mucho pedir —dijo tomando mis manos y mirando a los ojos—, pero necesitamos hacerlo feliz y tiene una ridícula fantasía... le gusta sentir. Le gusta que bailen sobre él, que lo toquen y demás.

—¿Me meterá mano? ¿Qué pasó con eso de no tocar, solo ver?

—No, no te meterá mano, tú lo tocaras a él.

Tragué con fuerzas. ¿Quién tenía una fantasía así?

Tomé una bocanada de aire infundiéndome coraje; esto definitivamente era mucho. Tocar, bien..., podía hacer eso, ¿cierto? Tan solo esperaba que no fuera un tipo gordo y maloliente.

Por favor diosa, por favor, no dejes que sea grotesco ni de razas olorosas.

—¿Lo harás? —volvió a preguntar la anciana.

—Sí... —respondí resignada.

—Genial, genial. Entra por detrás de esa cortina, colócale la máscara y luego enciende la música. Cuando el tema acabe, te sales sin quitarle la máscara. Móntate sobre él, acaricia su cuello, bien, tú sabrás, ¿cierto? —Dudó—. ¿No eres virgen, cierto?

—Nooo —respondí casi ofendida.

Ella rio y me dio un beso en la mejilla. ¿Esta dulce anciana vendiendo sangre? No era posible, algo estaba mal.

No, no podía ser cierto.

Me dirigí hacia dónde me había indicado. Aparté unas cortinas tan vulgares como la de la entrada y lo hallé allí, sentado de espaldas a mí en las penumbras. Caminé hacia él sin saber que decir.

¿Qué hacía una en situaciones como esta? ¿Qué debía decir? Hola, ¿cómo estás? Mmm... ¿Qué música quieres?

Demonios. Apreté mi paso y llegué hasta estar detrás de él. Ni siquiera se movió, por más que mis pies castañearon en el suelo.

Tomé una bocanada de aire y le coloqué la máscara.

Su aroma me arrebató un suspiro; definitivamente, no era de los mal olientes, ni se veía para nada mal. Observé sus brazos tensos apoyados contra el respaldar y recordé que no me tocaría.

Sus torneados músculos marcaban un cuerpo trabajado y, pensándolo bien, en otro momento habría dejado que un macho así me hiciera lo que le viniera en gana. ¡Mierda! Estaba a punto de babear encima de él; apreté las piernas. ¡Vamos! ¿Por qué una no puede encontrarse tipos así en su día a día? Tenía que rebajarme a esto para conocerlo.

No es justo. En ese momento deseé ver sus ojos para ver si eran tan bellos como el resto de su cuerpo.

Rodeé el sillón observándolo. Su pecho era musculoso, seguro que tenía una buena tabla de lavar allí debajo de la camisa blanca que contrarrestaba con su tono de piel dorado. De pronto me entraron unas ganas de lamerlo y comprobar la dureza de cada uno de sus músculos.

Laicot me había dicho que podía tocarlo, ¿cierto? Por primera vez desde que entré aquí sonreí con ganas.

Sus piernas estaba estiradas lánguidamente, y, sin querer, mis ojos se fijaron en la protuberancia entre sus piernas. ¡Diosa querida! Debía de ser enorme..., debía saber cómo llenar a una mujer con eso...

—¡Ya! ¡Basta! —me reproché hacia mis adentros—. *Estás investigando, sé coherente* —me dije en un intento de bajar el calor que parecía correr directo a la zona entre mis muslos.

Bien, aquí íbamos.

El aroma de aquella mujer a mis espaldas me gustó... mucho, casi como si hubieran volcado un elixir poderoso y dulce en mi boca; podía saborearla en mi lengua y en cada una de mis terminaciones nerviosas. Era un aroma picante con un dejo dulce que me recordaba a la miel, haciendo que me preguntara cómo sabría su piel cuando la lamiera.

No era vampiro. Era algo más.

Una cambiante...

Colocó la máscara sobre mi rostro impidiéndome verla, como siempre lo hacían cada vez que se los pedía. Siempre después de alguna horrorosa noche, cuando tan solo buscaba ser tocado, ser sentido y barrido por unas manos que alejaran la podredumbre que había vivido, pedía que colocaran aquella máscara.

La escuché caminar hasta la consola; la música sonó suave y sensual como todas las veces. Me relajé estirando los brazos por encima del respaldo, y no pude reprimir el suspiro de alivio que se escapó de mis labios. Tenía las piernas relajadas, y mi cabeza cubierta por la máscara reclinada hacia atrás, que tan solo me dejaba respirar por la boca y sentirla.

Ella me tocó tímidamente mientras se subía sobre mí, y mi cuerpo crepitó por su suave toque. Sentí sus manos sobre mi pecho, esta vez presionando un poco más, dejándome percibir su calor sobre mi piel, la que parecía perder calor. Después de noches horribles como la pasada, casi sentía como si la muerte me arrebatara ese calor, volviéndome más insensible, menos vivo. Temblé cuando se montó sobre mis piernas y pude sentir el peso de su cuerpo. Comenzó torpemente a bambolearse, pero me gustaba. Contrarrestaba la locura que había vivido, una mujer tocándome tiernamente... era raro, pero lo aceptaba.

Sabía por experiencia que la unión de las mentes con mis hermanos dejaba filtrar parte de la energía íncubo de Hass, y muchas no dudaban en saltar sobre mí y montarme como un animal si así me lo proponía. En cambio, ella se movía ondulando al compás de la música como si su cuerpo sucumbiera al ritmo cadencioso de los acordes.

Tenía el pene erecto, duro como una roca y listo para hundirme en ella, estaba listo para hacerla mía, pero no podía, no aún. Apreté las manos contra el respaldo negándome a tocarla.

Muchas mujeres habían sido abusadas esta noche, estaba seguro de que las mujeres del galpón habían amado a alguien, las habían deseado... y las habían roto, en contra de su voluntad, como si sus vidas mismas no valieran nada, como si tan

solo fueran algo que desechar, algo que usar. Yo no haría eso. Nunca haría eso.

Su cabello rozó mi cara y gemí cuando sus pechos se apretaron sobre mi cuerpo. Eran pulposos y estaba seguro de que llenarían mis manos, se sentían suaves y provocadores. Percibí la respiración sobre mi cuello, me acarició, para luego lamerme de una forma tan sensual que no pude reprimir el gruñido de placer. Mi sangre ardía y, así, de pronto, los recuerdos se marcharon tan solo dejando espacio para que mis sentidos absorbieran todo de la hembra que bailaba sobre mí.

Diosa querida.

Quería verla pero me negaba a interrumpirla; quería probarla, y acariciar cada rincón de su cuerpo. ¿Quién era ella? Debía averiguarlo.

Siguió bailando hasta que la música se detuvo unos cinco minutos después. Solo eso bastó para que ella sacudiera mi mundo y lo convulsionara por completo.

Se levantó y quise tomarla y arrastrarla de nuevo contra mi cuerpo, al calor de mis brazos, al calor que me regalaba con su cuerpo sin saber que yo había perdido parte del mío esta noche. Pero no podía, no era justo, había accedido a un baile, y eso sería.

De una cosa estaba seguro, no era nadie que conociera antes, Laicot no había mentido, la chica era nueva. Sus movimientos habían sido torpes, pero me había calentado desde el cuerpo hasta el alma como ninguna lo había hecho desde la caída de los ángeles.

Ella salió del cuarto sin decirme ni una sola palabra. Me quité la máscara, liberándome por fin de su prisión, me froté los ojos y tomé un par de bocanadas de aire con restos de su perfume. Restos de ella que se clavarían en mi mente con tal intensidad que podría seguir su rastro por días..., por horas.

Tenía la cara sudada, mi respiración descontrolada y la erección retenida por mis pantalones que parecían a punto de estallar.

—Y bien, ¿Leiden? —Escuché la voz de la anciana unos minutos después desde el otro lado de la cortina.

—¿Quién es ella? —pregunté jadeante.

—¿Te gustó? —preguntó la anciana y quise insultarla; claro que me había gustado.

—Sabes que sí..., la quiero.

—No podrá ser, Leiden, ella recién comienza.

Gruñí. Sabía que no la conocía pero de allí a que me negaran estar con ella, era un gran paso.

—¿Me estás diciendo que ella no puede...? —gruñí molesto.

—Elige cualquier otra y te la daré a mitad de precio, cielo —dijo colocándose frente a mí. Tenía ganas de patalear como un niño; esto debía ser una puta broma.

—¡No quiero a otra! —dije poniéndome de pie—, ¡quiero a esa mujer...!

—Lo lamento cariño. No ella. Elije otra y te la enviaré. —Murmuró dándome una palmadita en el pecho.

—Sabes lo que quiero —respondí molesto.

—Bueno, pero ella no puede darte más que esto..., y tú, ya estás duro, así que por qué en vez de estar protestando no tomas a otra hembra.

Simple, pensé, porque yo quiero a esa y mi mitad animal gruñó en mi interior confirmándolo.

—¿Qué puede hacer? —pregunté rendido.

—Otro baile y un poco de charla, solo eso.

Maldije entre dientes. Me habían tentado y ahora no podría aliviar el bulto que se había formado en mi entrepierna.

Busqué a mis hermanos a través del lazo mental, y sentí a Hass con dos hembras, una humana y una vampiro. Furcht estaba con otra lejos de aquí. Volví rápidamente a la habitación y mi concentración se enfocó en la anciana frente a mí.

—Bien —acepté y le di un fajo de billetes. Los ojos de la anciana se iluminaron—. Sin máscara y aquí, la quiero. —Ella dudó un momento—. No la forzaré, conozco las reglas. —Me evaluó un poco más y asintió.

—Bien, bien..., la llamaré.

—Todo lo que queda de la noche —agregué antes de que se marchara.

La escuché reír y volví a sentarme fastidiado. Todo lo que quedaba de la noche de charla. ¿Qué mierda estaba pensando? Escuché sus pasos nuevamente detrás de mí.

—Ven..., siéntate a mi lado. —La oí tragar con fuerza y sonreí.

Al menos no era el único incómodo.

Me estiré hasta la mesa junto al sillón y tomé la botella de vino que había pedido, buscando algo en que pensar, algo frío en que pensar. Ella caminó y se sentó junto a mí, pero solo nuestras piernas se rozaban.

—¿Cómo te llamas?

—Camille.

Me giré para entregarle la copa y me petrifiqué.

Ca... ¿Carim?

Parpadeé varias veces y ella casi me imitó, empujándose hacia atrás.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con los ojos tan abiertos que parecían salirse de las cuencas. Estreché mi mirada sobre ella y la estudié. Su cuerpo iba cubierto por una simple faldita y un trapo que cubría sus pechos. Estaba claro que no era ropa de trabajo, al menos no para la sociedad de asesinos—. Tú, maldito hijo de puta, ¿qué haces aquí?

—¿Yo? ¿Disculpa? —La frustración me cruzó como un latigazo el rostro.

Había buscado a Carim de todas las formas posibles, pero sus hermanas eran buenas y habían evitado que la encontrara. Nicolás y Zander habían ayudado, pero

nada podía hacer para quedarme con ella a solas. ¡Ahora ella me gritaba como si fuera mi culpa!

—¿Tienes alguna duda... de por qué estoy aquí? —gruñí apretando los dientes y señalándole mi erección. Ella echó un vistazo y apartó los ojos como si le escocieran—. ¡Tú no te llamas Camille...! —murmuré enojado. ¿Qué mierda hacía ella aquí? Iba a matar a Nicolás.

—¡Cierra la boca! —susurró, y miró hacia la entrada, y la sospecha corrió por mi cuerpo como si estuvieran encendiendo pólvora.

¿Qué coño pasaba aquí?

—¿O qué? ¿Qué harás si les cuento que tú...? —La reté sonriendo con malicia. Ella se acercó más a mí y me tapó la boca con su diminuta mano.

Demonios, era ella.

El aroma picante y dulzor eran ella, lamí su mano y jadeó. Cuando volvió a echar una mirada por encima de su hombro hacia la puerta, aproveché que estaba distraída, la tomé del trasero y la subí sobre mis piernas.

—¿Qué cuernos haces? —Demandó con un gritito indignado.

—Te sigo la corriente; por lo que veo, ellos no saben quién eres, así que dame el baile que pagué.

—¡Que te jodan! —gruñó, y la apreté aún más a mí.

—Eso pedí, pero me dijeron que eras una mojigata y que solo bailabas, así que... —le di una palmada en el trasero y su cabello rubio se onduló... y sus mejillas se colorearon—. Baila encima de mí.

—¡No soy una mojigata! —protestó... y nuestras narices se rozaron.

—Vamos..., Camille. Baila encima de mi erección.

—¿Por qué todo el mundo piensa que soy mojigata? —Continuó como si no hubiera oído más que eso.

—Porque ninguno sabe qué es lo que te gusta —le solté sin pensar. Ella me estudió pero no dijo nada, así que seguí y solté aquello que tenía atascado en la garganta de hace tiempo—. Ya que por lo visto has encendido esto, hazlo —le dije elevando mis piernas para que mi erección diera justo en su centro.

Me causó gracia verla contener la respiración y que sus ojos brillaran con una mezcla de pudor y rabia. Así me gustaba, una guerrera, como la había conocido. Estrechó su mirada sobre mí.

—¡Maldito hijo de puta! —Elevé las caderas nuevamente, y aunque trató de alejarse, la apreté contra mí, sus pechos apretados contra mi pecho, y su boca cerca de mi oído. Me froté contra su centro nuevamente logrando que un gemido agitado se escapara de sus labios. Casi podía imaginarme la mueca de horror en su cara, pero no la aparté, la enjaulé en mis brazos apoyándola contra mí.

—Voy a morderte... —me amenazó con la voz en un hilo, y volví a tentarla con

otro movimiento.

—¡Vamos muérdeme gatita! Toma un pedazo de mí, si es lo que más deseo. — Maldijo nuevamente y sonreí contra la piel de su cuello cuando jadeó sin querer—. Tú hiciste que me pusiera duro, así que no me acuses como si fueras inocente.

—No sabía que eras tú.

—Ni yo, así que dime, Camille, ¿tan mal paga tu jefecito que debes bailar en los clubes?

Intentó moverse pero no la dejé, la aferré aún más, y tomé sus manos por detrás de su espalda haciendo que sus pechos se acercaran peligrosamente a mi boca.

Un hilo de indecisión cruzó su rostro cuando nuestras bocas se aproximaron hasta casi rozarse, y noté su aroma a hembra. Podía percibir su aroma, estaba lista y tan excitada como yo, y eso me tentaba.

—No, pero... —dudó. Y sus ojos recorrieron mi rostro un poco más de lo necesario. Suspirando me dijo—: Debes irte de aquí.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo dices?

—Porque es peligroso... —susurró en mi oído. Volvió a mirarme mientras dudaba, como si sopesara la idea de protegerse o contarme algo; había duda y terror en su rostro, y no me gustaba.

A mi lobo tampoco le hacía gracia esta situación. Ella estaba asustada y, por más que me hubiera rechazado muchas veces, por nada en el mundo dejaría que la lastimaran. Me estudió un momento más y lo soltó.

—Salvo que estés metido hasta la cabeza.

—¿Metido? ¿En qué?

—Suéltame y te lo diré.

Sonreí sospechando de sus intenciones.

—Lo siento cariño, aquí no tienes poder, así que o bailas, o salgo de aquí anunciando quien eres —manifesté, y me gruñó en respuesta—. ¡Oh!, gatita, no hagas eso porque te ira mal, muy, muy mal.

—¿Por qué? ¿Vas a pegarme?

—No, voy a tomarte aquí mismo, Carim, te tiraré en el sofá y te lameré cada centímetro de tu cuerpo hasta que ruegues que te penetre. —Sin saber cómo, mi boca susurraba las palabras a su oído, impregnando aún más su aroma en mi cuerpo—. Esa faldita tuya —dije tironeando suavemente la tela y percibiendo su respiración entrecortada— no deja nada a la imaginación y me muero por lamer tu centro, tus pliegues y probarte de un modo tan poco decente que llorarás por más —susurré, y dio un respingo como si un rayo la hubiera atravesado. Se atragantó y casi suelto una carcajada cuando sus mejillas se encendieron y empezó a toser. Pero no podía desviarme del objetivo.

No, no ese objetivo, me dije cuando mis pensamientos corrieron hasta el sitio en

que su cuerpo se presionaba contra el mío.

Necesitaba saber qué hacía ella aquí. No podía tan solo haber venido, nadie pagaba mal, y Nicolás era un centinela de primera, se decía que incluso era demasiado «sobreprotector». Así que..., ¿qué hacía ella aquí?

No sabía por qué, pero no me gustaba. Definitivamente, a mi lobo tampoco le apetecía verla aquí, con otros machos cerca.

—Dime de qué se trata —pregunté intentando controlar al lobo. Carim dudó, y eché un vistazo por encima de mi hombro al oír pasos. Carim se apoyó contra mi pecho y su boca llegó a rozar la zona sensible de mi oreja.

—Alguien viene —murmuró y comenzó a moverse en mis piernas.

—¡Por la diosa, no hagas eso mujer! —supliqué muy bajo solo para que ella me oyera y la oí soltar una risita.

Si seguía así, estaba seguro de que mi pene estallararía en mil pedazos o buscaría la forma de atravesar la tela de *jean* y penetrarla.

—¿Y qué quieres que haga? —murmuró—. Estamos en club de *strippers*.

—Sí, donde debería estar teniendo sexo, no dejando que me torturen... —dije echando la cabeza hacia atrás; esto era un calvario.

—¿Te estoy torturando, Leiden? —ronroneó.

—Sí —jadeé sin intenciones de esconder cuánto me afectaba esa hembra. Me lamió el cuello sacudiendo el poco control que tenía. Tomó el lóbulo de mi oreja, y di un gruñido entrecortado de placer.

—¿Qué tanto te molesta?

—Ca... Camille. ¡Detente!

—¡Oh! ¿En serio? —masculló con malicia y mordisqueó mi cuello—. No te preocupes, Joe viene —se irguió en mis piernas tan solo para que la observara—. Él no dejará que me saques ni esta faldita... o este trapito —dijo moviendo sus pechos.

—Voy a cogerte, follarte o como mierda quieras llamarlo —confesé sin más. Iba a hacerlo así pasaran millones de años. Ella sonrió con malicia cuando alguien habló.

—¿Todo marcha bien aquí? —La voz del tipo de la puerta vino justo detrás de mí. Carim levantó su cabeza y le sonrió.

—Más que bien..., todo bajo control, Joe.

—*Madame* quería saber si deseaban algo frío para beber.

—Sí... —dije sin apartar mis ojos de ella—, por favor —supliqué con la garganta seca. Carim me pellizcó el muslo, pero no reaccioné. Prisionero bajo su cuerpo me sentía bien, pero ambos llevábamos ropa.

Necesitaba dejar de pensar en lo bien que se amoldaban sus pechos contra mi pecho, cómo sus piernas me estrechaban contra su cuerpo.

—Enseguida —respondió el hombre y los pasos se alejaron, por lo que Carim se acercó nuevamente a mí.

Cerré los ojos tratando de tomar valor y salir de allí con la entrepierna doliéndome como si estuviera atrapado en hierros candentes, pero fue justo el momento en el que ella decidió apoyar las palmas de sus manos contra mi pecho haciendo que un escalofrío me recorriera.

—¿Qué pasa? —preguntó como si no tuviera suficiente. La tomé de las caderas y la moví a mi lado sin abrir los ojos, y mis dedos ajustándose a su trasero no hicieron otra cosa que aumentar el dolor—. ¿Estás b...?

—No, no preguntes, no te atrevas a preguntarme. Dime por qué estás aquí. —Necesitaba recuperar el control y eso sería ahora. Abrí los ojos enfocándome en ella.

—No puedo decírtelo.

—Carim, no estoy para juegos —aseguré.

—¿Hace cuánto que concurre a este sitio? —preguntó apoyándose de lado, de modo que su faldita se levantó unas pulgadas mientras cruzaba una pierna sobre las mías—. ¡Oye, mis ojos están aquí!

—Lo sé, pero no estoy pensando justamente con esa cabeza... —admití—. No sé, un tiempo —dije levantando la vista, no sin antes recorrer todo su cuerpo—. ¿Por qué?

—¡Leiden! —Me amonestó y se cruzó de brazos tan solo logrando que sus pechos sobresalieran por encima de la «telita» que ella llevaba—. No has notado nada... ilegal.

—Todo es ilegal aquí cariño, esa faldita es ilegal —dije señalándola—, ese trapo es ilegal, así que, ¿a qué parte de I-l-e-g-a-l te estás refiriendo?

—¡Uff!, a la parte en la cual la S.A. tomaría como un delito —concluyó, y la observé entrecerrando los ojos.

Eso era algo grave, pues la S.A. no se metía en sitios como estos..., mucho menos mancharía sus manos por algo así, por lo que debía de ser una mancha al código. Zander había dicho que tuviera cuidado.

¿Qué estaba pasando?

Habíamos pasado varios días fuera de la ciudad, pero tenía todas las intenciones de averiguarlo. Debía de ser algo grande como para que Nicolás enviara a una de sus chicas.

—Silencio —susurré. Y un segundo después *Madame* Laicot llegaba con una bandeja en la mano.

Ella nunca servía a la clientela pero se preocupaba por sus chicas, así que imaginé que esto era más una inspección que otra cosa. Al menos nadie sabía quien era la mujer a mi lado, y eso le daba una ventaja que no pensaba quitarle.

—Aquí tienen... —se marchó como vino, y volví a centrarme en Carim.

—Debes tener cuidado —dije.

—¿Por qué? ¿Temes por mí, lobito? —preguntó con perversidad.

—Más de lo que crees, gatita, más de lo que crees —admití.

No podía terminar de creérmelo, estaba lo bastante avergonzada de estar en este lugar de mierda, como para tener que lidiar con el maniático egocéntrico de Leiden. Aunque tenía que admitir que una parte de mí quería saltar sobre él y averiguar qué juegos le gustaban a su lobo, cuáles eran sus sitios más sensibles. Y, por sobre todo, si podría hacerme ronronear. Porque, definitivamente, había comprobado toda su dureza.

T-O-D-A-S-U-D-U-R-E-Z-A.

El muy cabrón estaba sentado allí como si el mundo le importara un comino y entorpeciendo mi investigación. Y, lo que era peor..., me había dejado caliente y estaba segura de que su animal podía olerlo.

Pero no podía irme, pues *Madame* Laicot había dicho que había pagado por toda una noche y que Leiden era un caballero con las mujeres que llevaba a su cama, incluso algunas que me gruñeron cuando me conducían hacia él, y me sentí tontamente orgullosa por ser yo la que lo tuviera esta noche.

No había relacionado el nombre con aquel... arrogante que lograba que mi sangre entrara en punto de ebullición, y que se jactaba de haberme salvado el día en que los ángeles cayeron sobre nosotros.

Técnicamente, no mentía.

Pero nunca se lo admitiría a él.

Me calentaba... el alma, claro está.

¡Claro!, el alma, Carim; mi mente se mofó de mí esta vez.

Todo en él era sexo.

Y me sentí hambrienta.

Observé sus piernas largas, estiradas como si nada le preocupase, sus brazos extendidos sobre el respaldar, aquellos brazos que podía acorralar a una mujer sin importar cuánto luchara; estaba segura de que si me envolvía con ellos, sería lo más parecido a una jaula de carne sudor y placer; su pecho duro y moldeado se dibujaba bajo su camisa fina.

Había un perfume en el ambiente, un olor a macho y seguridad, sexo y sudor, sabía que estaba listo, mi centro respondía a él, mi gata ronroneaba contra las paredes de mi mente instándome a que cediera ante él, y rogaba ser poseída. No necesitaba pasear mis ojos por su entrepierna para confirmar que estaba duro, lo sabía..., lo había sentido en mi núcleo; era grande y poderoso como todo en él.

Tomé una respiración larga que empeoró todo, parecía que mi cuerpo no cooperaría con él cerca. Necesitaba alejarme, pero ¿cómo? No podía pensar

teniéndolo tan cerca, no cuando tienes dos seres en un mismo cuerpo que intentan ir hacia sitios distintos; es difícil decidirte por qué hacer...

Había oído a las otras hembras del club susurrando que lo harían con él aunque no les pagara y ya podía imaginarme por qué. Después de haberme balanceado sobre él corroborando la dureza de sus músculos y haber degustado su cuerpo a mi merced, un sentimiento de posesión parecía comerme la últimas neuronas cuerdas que me incitaban a alejarme de él.

Leiden era un cambiante, no un vampiro, por lo que estaría a salvo. Él no era un objetivo, así que eso me tranquilizaba. Lo observé mientras intentaba calmarse; me intrigaba el ondular de sus músculos mientras intentaba controlarse apretando los puños, aquella mirada lupina que parecía desnudarme.

Sabía por Eva que los machos licántropos pocas veces podían controlarse al ser tentados y, claramente, Leiden había sido tentado, por mí, pero aún buscaba controlarse. Tal vez mi presencia lo enfureciera aún más de lo que lo enojaba no poder aliviar su erección.

Que te jo..., corté la idea antes de continuar. Pensar en sexo tan solo empeoraba las cosas. Y si yo le molestaba, que se fuera a la misma mierda. Él me había pedido y aquí estaba.

Me lamí los labios lentamente, me arrimé a él sin apartar la mirada de esos ojos lujuriosos, y él me maldijo mientras le sonreía.

Su celular sonó justo a tiempo cuando mi mano tocaba su entrepierna.

Aún maldiciendo, lo oí responder, mis ojos no paraban de explorarlo, de intentar adivinar qué se escondía bajo esa piel. La voz del otro lado parecía ser la de Zander, pero Leiden no dio mucha información al respecto. Ni un hola ni un adiós, tan solo un simple sí, estaré ahí y nada más.

¡Maldición!

Cerró el teléfono y lo miré insistentemente. Parecía aturdido y comprendí que debía hablar mentalmente con sus hermanos. Cuando siguió con la mirada fija en la pared del fondo, no pude contenerme más. Algo estaba pasando y quería saber qué era.

—¿Qué? —pregunté inquieta, y mi mano toco con dureza su pierna. Leiden no era un tipo que se ponía nervioso por cualquier cosa, por lo que debía de ser algo grande. Me observó como si pudiera devorarme con solo pensarlo, y eso me calentó aún más, mojando mi tanga.

—Nada, no es nada —dijo sonriéndome, y sus dedos atraparon un mechón de mi cabello. Se acercó un centímetro más haciendo que su aliento rozara mi cara y un escalofrío recorrió mi cuerpo. La gata maulló dentro mío, frotándose contra las paredes de mi mente absorbiendo con avidez cada caricia, cada roce.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había estado con un macho?

Semanas, debían de ser semanas. Un gato había sido el último, y eso había ocurrido días después de la caída de los ángeles, una noche en la que no había podido quitarme la pelea de la cabeza, y la imagen arrogante de Leiden me había copado por completo.

Sacudiendo mentalmente la imagen del gato, mi inconsciente comenzó a hacer comparaciones entre el lobo y el gato... no había notado cuán parecidos eran...

En ese momento había echo lo más valiente que pude, busqué a un macho, un cambiante como yo, y simplemente me arrastré con él hasta la cama. Aunque mi mente me había jugado malas pasadas, porque aquellos ojos verdes y lupinos no habían dejado de atormentarme.

Ahora, frente a mí, ese calor parecía volver como un maldito incendio intencional, como si alguien hubiera cambiado el agua de mi ducha por gasolina y Leiden fuera el fósforo que me haría explotar.

—*¡Concéntrate, maldición!*

Él seguía jugueteando inconscientemente con mi cabello.

—Bien, dime, entonces la S.A. está preocupada por la prostitución —dijo suavemente, y sonreí de mala gana sabiendo que buscaba cambiar de tema, mientras que yo buscaba personalmente salir de la trampa de sus ojos.

—No —dije haciendo un esfuerzo para que mi voz saliera normal—, pero, como dije, no puedo decírtelo.

Aún seguía tocándolo, casi como si mis manos tuvieran vida propia y no sabía por qué no quería apartarme.

—Bien, entonces estamos estancados. —Me palmeó la pierna.

Diosa querida, debía soltarme de la trampa de sus ojos, tan verdes, tan animal...

—Eso creo... —Él aún no había soltado el mechón de mi cabello, y esa parte felina de mí quería acercar mi mejilla para ser acariciada. Quería frotarme contra él y marcarlo..., *¿marcarlo?*

¡Enfócate!

—Ahora, si me disculpas —soltó la hebra de mi cabello y quitó mi mano de su cuerpo. Sentí como si aquello me escociera, cada célula de mis manos gritó en protesta ante la pérdida de contacto. Se levantó con una media sonrisa en su rostro y lo observé atónita.

Petrificada por el aluvión de sensaciones, por la persistencia de mi gata buscándolo, por mi cuerpo reaccionando ante él, por la sola idea de pensar en marcarlo como mío. Mi mente era un caos, tal vez estuviera derrumbándome por el estrés, no lo sabía, nunca había sentido algo tan fuerte como esto.

—Bebe una copa por mí —dijo mientras me alcanzaba una copa larga y burbujeante. Me dedicó una hermosa sonrisa—. Le diré a Laicot que debo marcharme a aliviar ciertas cosas..., así que estarás libre para seguir con lo que sea que estás

haciendo.

Maldije, ¡no! Yo no quería que se marchara.

La gata en mí maldijo.

No sabía por qué, pero quería jalarlo nuevamente a mi lado. La gata azotó contra los muros de mi mente obligándome a tomarlo del brazo. Estaba cerca, tan solo debía levantar el brazo.

—¿Te vas? —pregunté desesperada. *¡Pon una mano en su entrepierna!*, gruñó la gata en mi interior. *¡Haz que se quede! ¡Tiéntalo como sabes...!*

—Pensé que era lo que deseabas —dijo y me dedicó una sonrisa perezosa que me hizo sonrojar, y hubo un dejo de tristeza en su voz que socavó mi interior. ¿Yo quería eso? ¿Realmente lo quería?

—¿Yo? —tragué con fuerza ante mi necesidad de explicarle que no era cierto, que prefería quedarme con él a estar con otro macho, que haría cualquier cosa por que se quedara—. ¿Qué pasó? ¿Ocurrió algo? —Me sonrió de lado y me guiñó un ojo.

—No puedo hablar de eso.

Maldije el momento en que las palabras que había dicho minutos atrás abandonaron su boca.

—Llámame si necesitas ayuda con algo de esto, vendré si me necesitas. —Puso una tarjeta en mi mano y un beso en mi frente antes de levantarse y dejarme boquiabierta.

—¡Espera! —supliqué, y se detuvo.

—¡Oh!, lo lamento —recorrió los pasos que nos separaban mientras hurgaba en su bolsillo—. Toma —dijo tendiéndome la mano—. Es por la noche, haz lo que quieras con ello. —Me quedé helada nuevamente cuando el dinero quedó sobre mi mano. No era lo que deseaba de él, no era lo que deseaba—. Este no es sitio para alguien como tú, Ca... mille. Tú no tendrías que estar aquí, ya te lo he dicho, pero no escuchas. Sabes que las *niñitas* como tú deberían quedarse adentro y no estar en un sitio como este. Es peligroso.

Salió con un paso elegante sin decir más.

—*Entonces quédate conmigo.*

Las palabras se me atascaron en la garganta. Niñita. Me había dicho lo mismo el día que nos habíamos conocido y él me había salvado de que me arrancaran la cabeza.

Me detuve un momento a pensar en todo esto. Leiden no lucía feliz al decirlo, por lo que recordé que él era un caballero. ¿Podía acaso estar preocupado? ¿Por mí?

—*No te ilusiones idiota; si serás tonta, Carim, cualquier hombre te acaricia el lomo y ya estás maullando* —me dije molesta.

Quería correr detrás de él y gritarle que no era una niña..., pero un segundo después descarté la idea; eso no haría más que confirmarlo. No, yo me quedaría aquí

y cumpliría mi misión.

De aquella de la cual aún no sabía si era inocente o podía estar relacionado con el tráfico de sangre.

No.

Zander lo sabría, era amigo de Nicolás y nada se le pasaba por alto. Algo había pasado por lo que Leiden se había convertido en un cubo de hielo. Un sexy y caliente cubo de hielo, uno que gustosa lamería hasta derretirlo.

Me levanté despacio aún aturdida. Caminé hasta la parte pública y varios ojos se posaron en mí recordándome a qué había venido y qué hacían las hembras aquí. Tomé aire recuperando la compostura y caminé hasta la sala trasera donde nos cambiábamos.

—¡Oh, aquí estás! —Laicot me tomó de las manos con una sonrisa en su cara, y me forcé a hacer lo mismo—. Sobreviviste... Me ha dado muchos halagos para ti y me ha dejado una comisión, por lo que el dinero que te dio es solo tuyo.

¿Leiden le había dicho algo bueno? ¿Me había halagado?

Una parte tonta de mí se calentó. Sabía que él estaba duro y preparado, mi gata podía sentir su necesidad, su ansia de sexo, pero se había contenido y ni una vez me había puesto la mano encima; bueno, técnicamente lo había hecho pero no de la forma neandertal o como un hombre de las cavernas como habría supuesto.

Maldije en silencio a mi mente por sentirme ridículamente celosa ante la idea de que él buscaría consuelo pronto... con otra.

—Sí, él...

—Es genial..., dijo que volvería más tarde y se llevaría una de las chicas... Puede ser muchas cosas pero es un caballero, Camille. Me alegro de que lo hayas conocido en primer lugar, no merecías otra cosa para tu primera noche. Puede que alguna noche vuelva a pedirte, pero esperara hasta que estés lista.

¡Maldita sea! Mi centro estaba mojado y ardía por el encuentro, ahora mismo estaba preparada y resbaladiza para recibirlo.

¡Carajo! ¡Estaba más que lista!

—¿Volverá... por otra chica? —me forcé a decir sin parecer molesta, con los dientes tan apretados que casi podrían partirse.

—Sí, sí, siempre lo hace —dijo la anciana colocando una mano por encima de mi hombro—, suele llevárselas a un sitio, a veces a más de una. —Ella rio y sentí un puñal penetrando mi estómago como si aquellas palabras dolieran como el metal—. Pero tú tranquila que no te forzaré a hacerlo hasta que tú misma lo decidas.

¡Maldita moralista! Cualquier otra me hubiera entregado. *¡Cuanta maldita suerte puedo tener como para encontrar a la única Madame de la ciudad moralista...!*
¡Demonios!

Sentí una furia ciega corriendo por mis venas.

—Gracias... —grazné molesta, conteniendo a la gata que me exigía sacar las zarpas y rasgarle la cara.

Otra chica...

El maldito iba a venir a buscar otra chica.

—¿Cómo te ha ido? —Carrie me tomó del brazo y me giró. Estaba entusiasmada como si yo hubiera ganado una medalla al honor o algo así—. ¿No es lindo? —suspiró y esa partecita de mí que no podía controlar quiso golpearla—. Espera a que pases a la zona «*haz lo que quieras*», y una vez que estés con él. ¡Uff! —dijo y se estremeció como si ahora mismo un orgasmo la sacudiera, y se acercó a un espejo para colocarse otra capa de rímel—. Te juro que no habrá nada igual..., Leiden es... ¡Uf!, caliente.

Mis garras luchaban por salir por mis dedos a tal punto que dolía. Bien, había llegado a la zona de peligro.

Me moví alejándome de su vista. No sabía por qué mierda me estaba pasando esto, pero sentí los arañazos de mi gata dentro de mi mente y las ondulaciones en mi piel exigiendo el cambio, mis garras desgarrándome de adentro hacia fuera, el chisporroteo en mi columna exigiéndome cambiar, cambiar y matar a la mujer frente a mí.

Desde un rincón, me imaginé llegando hasta ella por detrás, sigilosa; la gata y yo actuando en conjunto; me vi tomándola de su sedoso cabello y arrojándola contra el vidrio, una, y otra y otra vez hasta que su cara sangrara y se deformara de tal forma que Leiden nunca volviera a desearla. Nunca volvería a desear estar con ella. El solo hecho de imaginarme a aquella mujer hurgando en su cuerpo, satisfaciéndolo, me nubló la vista y los pensamientos.

—¿Me estás oyendo Camille? ¿Acaso oíste algo de lo que te dije? —Parpadeé con fuerza para salir de aquella imagen sangrienta y procurar que mis ojos volvieran a la normalidad—. No te preocupes —enfoqué mi mirada hacia ella, que pareció no notar el cambio en el aire; cualquier cambiante hubiera notado la cercanía de mi gata, de la pérdida de control, pero no una humana, otro punto a mi favor para matarla sin que lo notara—. Todas quedamos así después de estar con él. Debo irme. —Se marchó y me levanté con la necesidad de seguirla, de cazarla.

Enfócate, enfócate, le ordené a mi gata y me palmeé las mejillas intentando retenerla dentro de mi cabeza, caminé hasta el espejo y eché un vistazo corroborando lo que ya sabía: estaba fuera de control.

Guardé el dinero que Leiden me había dado y tomé aire antes de salir nuevamente; necesitaba despejarme.

Caminé con paso seguro hacia las mesas y volví a encontrarme con la mirada de Joe. Me hizo una seña y me acerqué lentamente.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Ten cuidado con esos, están colocados... —me dijo levantando la barbilla para indicarme a unos tipos que parecían estar demasiado eufóricos. Definitivamente estaban drogados. Pero... ¿con qué?

—¿Colocados? ¿Con qué?

—No te preocupes por eso... —murmuró apretando los dientes dando por terminada mi ronda de preguntas—. Tan solo estaré echándote el ojo, en cuanto te hagan algo... Con que serán míos.

Sonreí.

Joe tenía ojos oscuros, penetrantes, incluso siniestros, pero la sonrisa que se colaba en los labios denotaba un ser amable. Le agradecí y volví a husmear a aquellos tipos; deseaba saber con qué se estaban drogando.

No eran humanos, por lo que las drogas comunes no los afectarían, debía de ser algo más.

Algo como... *sangre*.

Salí de la casa de *Madame* Laicot con la idea de volver luego por otra hembra. Sabía que no podía estar con Carim, aunque algo en mí se negaba a estar con otra que no fuera ella, pero debía suavizar las cosas entre mi amigo y yo, o ambos estallaríamos en cualquier momento.

La noche estaba llegando a su fin, la luz perezosa del día comenzaba a teñir el cielo con colores lilas y rojos. Aún faltaba para que el día llegara por completo, por lo que aquella zona estaba tranquila. Vi a un tipo ser arrojado hacia la calle desde un bar, seguramente había creado algún disturbio.

Yo admiraba las rigurosas reglas de estos sitios. No sabía por qué, pero aquí las cosas eran claras como el día y la noche.

Un viento cálido azotó mi cuerpo presagiando un día de altas temperaturas. Intenté aflojarme un poco pero era casi imposible.

¿Qué hacía una mujer como Carim aquí?

No era un sitio para ella.

Era demasiado hermosa, con su cabello dorado enmarcando sus rasgos finos, sus pómulos altos, su sonrisa amplia, su nariz refinada. Cada rasgo la distinguía como un felino, pero sus ojos eran tan vivaces, tan azules, tan profundos..., y esa boca que podría hacer milagros sobre mi cuerpo dolorido.

Ella no pertenecía aquí.

Algo había pasado..., debería averiguar por qué la habían enviado a este sitio y sacarla... como fuera.

Hass salió en ese mismo momento y maldije. Se arregló el cabello que estaba un poco revuelto e intentó componer su ropa, que estaba arrugada debido a la acción. Se enfocó en mí con una mirada evaluativa y luego, bueno, sus ojos viajaron al sur de mi cuerpo y sacudió la cabeza.

—Te dije que podía conseguirte una.

Yo tenía una en mente, pero si se lo decía, eso rompería el encanto de una noche... rara.

Además quería sacarla de allí...; eso supondría meterme en sus asuntos.

—Y yo te dije que no te necesito. —Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones intentando disimular la erección, aunque era imposible.

—Claro, tú no, tu amigo, bueno, eso es otra historia.

Él olía a sexo..., todo su cuerpo desprendía hormonas y en ese momento agradecí tener mi propia movilidad, ya que estar dentro con Hass en el coche podría lograr que con solo decir algo, más el embotamiento, terminaríamos a los golpes, sin más.

Él caminó a paso lento y se montó en su coche. Me subí a mi moto y me calcé el casco y la hermosa Honda ronroneó bajo mi cuerpo.

Me puse en marcha siguiendo a Hass; no estaba dispuesto a dejar que él supiera cuánto necesitaba un revolcón. Eso sería reforzar su teoría de buscarme una amante y en estos momentos tan solo deseaba a una hembra.

Una hermosa gata en particular.

Me encaminé hacia la S.A. soltando palabrotas en todos los idiomas que conocía.

Y créanme, son muchos.

No le seguí el ritmo, debía calmarme. La imagen de los hermosos ojos de Carim aún bailaba frente a mis ojos, sin contar que el aroma de la gata había quedado impregnado a mi piel como un remache. Mi mente recordó cada caricia, cada movimiento en cámara lenta y caí en la cuenta de algo que no había reconocido hasta ahora, la deseaba.

No solo el macho que era, sino algo más, y lo peor de esto, era que mi lobo lo hacía, él solo deseaba cazar y definitivamente había elegido a Carim como su presa.

Y cuando mi lobo dictaba algo, no había nada que mi ser pudiera hacer..., la quería, y pronto Carim estaría entre mis garras.

Aceleré la moto, y la verdad borboteó en mí, con una determinación férrea. La tendría, *sería mía.*

No importaba cómo, ella debía ser mía.

Mi lobo lo sabía, y ahora yo también lo sabía...

Sonreí al descubrir la sangre corriendo en mis venas más viva que nunca por primera vez en muchos años. Deseaba algo.

La quería.

Ella era mi nueva fijación, mi nuevo objeto del deseo.

La seduciría hasta que la gata en ella ronroneara de placer, estimulando cada punto de su cuerpo, cada célula, todo en ella, sin importar lo que su hermana me había dicho semanas atrás.

Sería mía. Ahora ambos lo sabíamos.

Mi lobo aulló eufórico en mi mente y yo gruñí al ver las imágenes que llegaban a mi cerebro.

Ahora sabía lo que quería y con determinación llegué a la S.A.

Aparqué y me dirigí al área médica, que estaba confinada en una de las alas más alejadas del edificio. Allí se encontraba la zona más tranquila y más difícil de atacar en caso de que algo golpeará contra nosotros como había pasado hace poco tiempo atrás.

Recorrí el pasillo en soledad, logrando recuperar mi temperamento. Cuando hallé el sitio donde estaba la chica vi a Furcht. Hass no estaba presente, lo que llamó mi atención. Mi hermano no tenía buena cara, por lo que imaginaba que Hass lo había

echado de la habitación.

A patadas. Muchas de estas.

Me acerqué a él, y mientras corroboraba sus sentimientos a través del lazo mental que nos unía, sentí que me equivocaba otra vez: no estaba enojado; por lo visto, estaba cabreado, su boca era una línea fina y su mandíbula estaba apretada con tan fuerza que casi podía oírla crujir.

El desagrado era mutuo. Ninguno de nosotros estaba feliz con noticias como estas. Así que su cólera era bastante justificada, ya que todos sentíamos la misma furia ciega.

—No se alimentaba de ella —masculló cuando llegué a su lado.

Sacudí la cabeza intentando asimilar sus palabras. No encajaba.

—¿Qué has dicho?

—Que no bebió de ella. La niña tiene una opinión diferente de lo que hacía con ellas, no pudo ver mucho, pero lo que vio..., lo que le hizo. —Las palabras se consumieron en sus labios. Furcht estaba apoyado contra el muro, sus piernas cruzadas a la altura de las rodillas, sus poderosos brazos cruzados en su musculoso pecho, luciendo relajado, pero no había nada de eso en su voz. Estaba furioso y lo sentía.

—¿Opinión diferente?

La puerta junto a Furcht se abrió y Hass emergió de allí con mala cara.

—Sí —Hass apareció limpiándose las manos—, no tomó su sangre, la joven dijo que él simplemente colgaba a las mujeres, las cortaba y dejaba caer su sangre en algo parecido a una copa o algo así. —La imagen era asquerosa, aquello sonaba mal, incluso peor que la idea de que bebiera de ellas.

—¿Por qué un vampiro recolectaría sangre?

—Tal vez pensaba que se venía el fin del mundo o algo así, y recolectaba provisiones.

—No, esto es algo más —murmuré—. Más grande.

—Las sospechas se centran en vampiros, pero han encontrado los cuerpos de unos cambiantes a la salida de la ciudad.

—Por lo que no podemos descartar la amenaza de alguna secta humana —agregué, y Hass asintió mientras continuaba.

—No sé que coño está pasando chicos, pero les diré que estoy cada vez más hastiado de encontrar tíos que ruegan por su inocencia después de lastimar a los más débiles.

—Tan solo desearía tener un tiempo a solas con el tipo del galpón, le daría una zurra que le duraría esta y dos vidas más —dijo Furcht apretando los puños.

En el fondo yo también lo deseaba.

No era el primero que encontrábamos, pero la S.A. se había encargado de

encubrirlo para el resto de la sociedad. Habíamos sufrido mucho daño hace tan poco que habían decidido guardar la información hasta tener algo certero. Aún la puja y la ira entre humanos y oscuros persistían, por lo que lanzar una bomba como la muerte de varios oscuros de formas raras, sin contar con la de las humanas, lo único que lograría era que las cosas se caldearan aun peor.

—¿Cómo está ella? —pregunté, y ambos se miraron.

—No creerás lo que hizo. —Percibí por el rabillo del ojo cómo Furcht se tensaba como una cuerda—. No sabemos por qué, pero él sabía cómo lograr que la chica sangrara poco a poco sin comprometer su vida.

—¿Quieres decir que la dejó viva solo con el propósito de...?

—Su sangre; el hijo de puta la alimentaba, la nutría mientras le quitaba sangre, como si fuera un cerdito.

—Eso es... ¡Hijo de puta! —Di un golpe al muro con el puño cerrado. Aquello era atroz, premeditado.

—Están investigando que ocurrió. Zander está trabajando junto a Nicolás y Ben, pero esto es raro.

En ese momento la imagen de Carim inundó mi mente, pero no con el mismo calor de antes.

Algo iba mal.

—Hoy vi a Carim —afirmé, y mis hermanos me observaron—. La asesina a cargo de Nicolás. —Aclaré como si hiciera falta.

—Wow!, debía estar feliz de verte —se mofó Furcht.

No había nada que pudiera ocultarle a ellos, a menos que fuera intencional y la intensidad de nuestros encuentros me habían dejado con ganas de más, así que sí, sabían que la gata me gustaba, y las afirmaciones de última hora ya debían haber llegado por correo mental a mis hermanos, pero ahora nada tenía que ver con esto. Torcí una sonrisa.

—Algo así..., pero no. La encontré en lo de Laicot. —Ahora las sonrisas se esfumaron de sus labios.

—¿Qué?

—¿Qué demonios hacía ella allí?

—Lo mismo me pregunto..., solo que no lo sé —admití rascándome la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—Poco y nada, solo que estaba encubierta.

—Espera, espera. ¿Cómo es que no la vi?

Hass no la había visto, seguramente porque Laicot la había enviado a mí, en el cuarto cerrado.

—No lo sé, pero Laicot la envió conmigo. —Añadí avergonzado.

—¡Oh! Ahora lo entiendo. —Hass pareció sorprendido un segundo y se lamió los

labios y sonrió.

—¿Qué? —preguntó Furcht, quien era ajeno a todo lo que había pasado.

—Tendrías que haberlo visto cuando salió —se carcajeó palmeando el hombro de Furcht—, tenía, tú ya sabes... —se tomó el brazo desde el codo y apretó el puño. Desvió la mirada para no gruñirle.

—¡Que te den...!

—Eso, ya lo han hecho, a diferencia de ti. —Me palmeó el hombro y comenzamos a caminar gruñendo maldiciones.

—Si la tocas, incubo, ya estás muerto —gruñí.

—Tranquilo, mi querido lobo, es toda tuya; tú y tu lobito pueden quedársela, pero de lo que realmente me alegro es de que por fin te dieras cuenta.

—Sí, hombre —murmuró Furcht—, que ya ibas a volarnos la cabeza con cada imagen de ella que invadía nuestros sueños. —Furcht se frotó la cabeza incómodo.

Estaba sorprendido; me detuve a mitad de camino y ellos me miraron. ¿Eso era cierto? ¿Carim había entrado en mis sueños?

No, no la quería en mis sueños pero no tenía idea del alcance de Carim hasta que mis hermanos confesaron aquello. Nunca recordaba los sueños, y por lo visto había estado más afectado por ella de lo que creía.

—Ya sé, ya sé, no la quieres en nuestros sueños y lo entiendo, pero deberías hacer algo. Sé que odias que nos metamos en tu vida, por eso mismo no dijimos nada, pero creo que lo estás entendiendo. Ahora ya sabes por qué no puedes controlar esa puta erección ni siquiera con otra hembra —dijo Hass con desdén.

—Da gracias a Vatur que no te dio una embolia... o algo por tanta pérdida de sangre para llenar tu pequeño amiguito. —Me chicaneó Furcht.

—Cabrón ¿quieres que midamos a ver quién la tiene más grande?

Zander nos interrumpió justo en ese momento.

—¡Aquí están! —Zander apareció de la nada. O tal vez era solo yo que me sorprendía por todo—. ¿Ocurre algo?

—No —dijimos en trío. No quería a Zander al tanto de la cuestión de Carim, y por lo visto mis hermanos lo comprendieron. Él podía ser nuestro centinela, pero era amigo de Nicolás, quien era casi como el padre de Carim..., así que no.

—Gran trabajo el del vampiro. —Nos felicitó.

—No fue un gran trabajo Z, ella está mal...

—Sí, pero hemos encontrado algo más.

—No me digas que estás diciendo que ella... —Furcht bajó un poco su voz sonando más agresivo—. Que ella es un daño colateral.

Zander avanzó unos pasos sin importarle la amenaza latente en la voz de mi hermano, y puso una mano en su hombro.

—No, nunca lo haría. —Zander no estaba imponiéndole respeto por su rango, tan

solo intentaba trasmitirle su posición, sin miramientos—. Pero, te diré, Salomé está llegando, ella es la clave. Por lo que dijo Viv, ella tiene posibilidades, muchas posibilidades, pues el virus parece reciente.

—Mejor.

—¿Por qué nos llamaste?

—Vengan..., necesitamos hablar, de otras cosas...

Quería preguntarle si sabía por qué Carim estaba en aquel sitio. Pero no aún.

Una idea cruzó mi mente. Debía volver allí y chequear que estuviera bien. Pero eso sería luego de saber qué pasaba aquí.

Era irónico que me preocupara por alguien que parecía despreciar mi presencia.

Nos sentamos en una de las salas de reunión. Zander tomó unos papeles y los lanzó hacia nosotros.

—Estas son las otras víctimas. —Me negaba a mirar nuevamente aquellos rostros vacíos—. ¿Ven algo en particular que llame su atención?

Meforcé a mirar.

La mujer estaba tendida sobre una plancha metálica que debía ser de la morgue. Estaba expuesta, totalmente desnuda, y por un momento me sentí enfermo. Ella no merecía esto, nada de esto.

Una confirmación a mis pensamientos llegó por el lazo. Hass estaba con el estómago revuelto y Furcht observaba la imagen con los parpados caídos.

Centrándome, volví a observar la foto. Esta vez evitando aquello que dolía, me concentré en llevar al asesino que había en mí, él podía manejar aquello, el entrenamiento lo había preparado para ver el horror, y era por eso podíamos trabajar sin perder la cabeza. Enfocándome en mi preparación percibí marcas en todo su cuerpo. Había cortes por toda su piel, incluso en partes que no tenían sentido.

Si hubiera sido solo el ataque de un vampiro, tan solo la hubiera secado con dos marcas o tal vez más en zonas donde pudiera acceder fácilmente a sus venas y arterias. No haría cortes al azar. Definitivamente, no la cortaría.

Esto definitivamente era premeditado, pensé.

—No, no lo es —me respondió Zander sorprendiéndome al responder a algo que no había dicho en voz alta—. Por lo que entendemos, hizo pruebas, la foto de la mujer que tienes, Leiden, es una de las primeras, pues los cortes disminuyen con las otras que les di.

—Esto no es el ataque de un vampiro.

—No, por lo que pensamos él estaba experimentando cómo hacerlas sangrar...

—Sin que muriesen en el proceso —completó Hass.

—Correcto. El tipo tiene la precisión de un cirujano y por lo que la joven ha dicho... él no hacía nada más que alimentarla, nutrirlo como a un ternero para Navidad, y tomar su sangre, pero no para alimentarse. Cuando notaba la debilidad del

pulso, detenía la hemorragia con su saliva sellando la herida.

—Por eso la infección no está avanzada en ella —concluyó Furcht.

—Correcto. Él no la mordió, tan solo cerraba sus heridas. Por eso el virus no está avanzado. Su cuerpo está luchando por mantener su estado primigenio.

—¿Cómo está ella? —pregunté.

—Aún lucha, sabemos que eso es importante. En su estado, más de un humano se hubiera abandonado.

—Después de todo lo que vio..., que vivió... —Ya se hubiera suicidado concluí.

Furcht dio un fuerte golpe a la mesa haciéndola temblar.

—¡Maldito cabrón!, te dije, Hass, que él debía sufrir.

—Sí, lo dijiste, pero hay un código. —Ignoré a mis hermanos y presté atención a Zander que observaba la discusión.

—¡Basta! —musité—. Lo hecho, hecho está. ¿Qué podemos hacer por ella?

—Rezarle a Vatur para que la inyección con la base S funcione —dijo el centinela. La base S, la habían llamado así debido al nombre de la asesina cuya sangre estaban utilizando. Ella era la única que poseía una sangre tan rara. Una que permitiría restituir las propiedades naturales de la sangre inyectando la fuerza que esta necesitaba para volver a su primer estado, siempre y cuando el virus no hubiera avanzado. Habían estado cultivando una vacuna a partir de ella, como un virus regenerativo que podría restaurar los daños.

—Ahora quiero que vayan a la zona donde se dijo que están los otros cuerpos, e imagino que conocerán la escoria del lugar.

—¿Los han preservado?

—Sí, hay un equipo cercando el lugar y un par de Amila borrando los recuerdos de los humanos. Necesitamos contener la situación, al menos hasta saber a qué apuntamos.

—¿Temen que haya humanos trabajando en esto? —pregunté.

—¿Humanos involucrados? —preguntó Furcht, mientras Zander intentaba no revelarnos nada, pero lo conocía demasiado bien.

—Sí, es algo de lo que tememos, no sabes hasta que punto la guerra pasada creó una división entre humanos y oscuros; lo que sí sabemos es que hay muchos que se han planteado la eternidad como una posibilidad, y otros están lo bastante obtusos como buscar cualquier bando mientras sigan con vida.

—¿Crees que los humanos se han vuelto adictos a otra cosa? ¿O alguien más está buscando ser eterno?

—Puede ser. No lo sabemos, necesitamos saber qué hacen con la sangre. Las mujeres de esa sala no pueden haber muerto por manos de un solo vampiro.

—Y estás pensando que tal vez hasta eso sea una fachada, ¿cierto?

—Cierto, cualquier humano que las hallara le echaría la culpa a un vampiro

sicótico sin detenerse a pensar en el resto de las heridas.

—Aun así, ellos o él, lo necesitaba. —Todos miramos a Hass que estaba apoyado junto a la puerta, con las manos entrelazadas sobre su cabeza y con sus ojos cerrados—. Solo un vampiro conoce ese tipo de cosas, solo ellos pueden detener la hemorragia sin tener que acudir unas veinte veces a la farmacia por vendas y demás. Eso hubiera llamado la atención si no fuera porque los vampiros poseen una saliva especial. —Mi hermano estaba en lo cierto, era una posibilidad.

—Hass tiene razón, por eso quiero que vayan a investigar estos otros —dijo Zander, que lucía agotado y de mal humor.

—Necesitamos unir piezas.

—¡Vamos por ellos! —Furcht se levantó e hizo crujir sus huesos.

—Busquen alguien que sepa algo —dijo Zander dando por cerrada la reunión y se levantó—. Tienen luz verde y saben lo que eso significa —dicho esto, nos entregó un plano pequeño y saludó con la mano y se marchó.

Maldije para mis adentros porque no podría ver a Carim nuevamente..., tal vez eso era lo mejor. La próxima vez que la viera no sabría como podría reaccionar. El hecho de que mi lobo la reconociera como mía podía ponerla en un aprieto, no quería ni imaginar lo que podría llegar a hacer si la veía con otro macho.

De pronto, el aire dentro de la habitación crepitaba con electricidad pura y yo debía centrarme en la misión que teníamos por delante de nosotros.

Los tres nos miramos con determinación.

Luz verde significaba que esto era delicado y necesitábamos utilizar la fuerza bruta.

Sin restricciones, y yo, personalmente, ahora tenía mucha energía por gastar así que... nunca mejor que hoy para hacerlo.

Había pasado más de dos horas con esos tipos y lo único que había conseguido era:

A) comprobar que mis tetas no eran pequeñas, como yo pensaba; al menos, eso no les importaba a ellos.

B) el interés de ellos pasaba por cuantos tipos podía soportar en una sola noche y muchas insinuaciones que relacionaban mis agujeros con sus penes.

C) la más indignante, que me habían tocado el culo, por lo que Joe se les había ido encima; yo recibí un golpe en mi mejilla cuando me empujó alejándome del revoltijo de extremidades y todo se desmadro.

Sabía que estaban drogados, debía investigar sobre eso, y sería una de las primeras cosas que haría al llegar a casa. Debía entrar a la base de datos de la Asociación para comprobar cuáles eran las drogas que podían drogar a dos cambiantes zorros y un cambiante mofeta.

Sí, asqueroso, lo sé.

El sol me recibió con una suave lamida sobre mi piel cuando pisé la acera. La gata en mí se regocijó al sentir la temperatura. Hoy sería un día ideal para retozar, seguramente terminaría llamando a Eva y a Nina para unas horas de juego.

Me metí en el coche, notando como las demás se marchaban también; algunas me saludaron con la mano, bastante animadas.

Una vez que la pelea había comenzado, uno de esos tipejos había intentado golpear a una de mis «nuevas» amigas. Me había interpuesto entre ellos, había golpeado al tipo, sorprendiendo incluso hasta Joe. Había repartido golpes ida y vuelta, no permitiría que nadie saliera lastimado hoy..., y bueno, así me había ganado mi reputación de guerrera, por lo que todas me sonreían ahora.

Por otro lado, Leiden no había vuelto, lo que me había molestado aún más. No sabía aún por qué, pero lo hacía.

Esperaba verlo, aunque no me eligiera.

—*¿Qué mierda pasa conmigo?* —grité en la soledad de mi coche.

Sentir la aceptación del deseo de verle, me enojaba.

Mi teléfono vibró ni bien pisé la estatal.

—*¿Cómo estás?* —La voz de Nicolás del otro lado sonaba firme, sin emoción.

—Bien, he sobrevivido a cosas peores, Nicolás, no necesitas controlarme.

—Eva se sintió rara a comienzos de la noche... —dijo, y pensé en Leiden, cuando descubrí que era él aquel macho que encendía a mi gata—. Dijo que estabas agitada, molesta —Leiden, Leiden, y más Leiden—, pero luego el sentimiento disminuyó hasta que sintió una necesidad de buscarte. Decía que estabas triste —eso pasó

cuando se marchó y me sentí vacía—, como si no quisieras estar sola... ¿Carim? ¿Me escuchas?

Sí. ¿Cómo no hacerlo?

Claro que lo escuchaba, pero mi boca estaba seca. No quería desearlo, no quería saber nada con él pero mi gata gruñía lo contrario. Elevé los muros de mi mente para que mis hermanas no pudieran hurgar allí. Necesitaba la privacidad de esos muros, contener mis pensamientos hasta que supiera qué iba a hacer con esos sentimientos encontrados.

Se sentía raro, nunca había encontrado ni un motivo para hacerlo, pero ahora...

—Carim... —gruñó.

—Estoy aquí, estoy cansada, tengo algunos indicios. Nicolás, te repito, no soy una niña y dile a las metiches que se metan en sus propios problemas, no las quiero hurgando en mi mente. Te daré un informe detallado ni bien bañe y me conecte a la Web, ¿está bien? —solo deja de molestarme; eso era lo que deseaba decirle pero no lo hice. Nicolás se mantuvo en silencio y comprobé si el móvil se había apagado pero no, estaba encendido—. Eso es todo, tan solo quiero descansar.

—Está bien, hazlo.

—Gracias —gruñí y cerré el teléfono como los muros que se estrechaban alrededor de mi mente.

No las quería ahí. No las quería viendo cómo me derretía por él. Era humillante. ¡Demonios! Incluso escucharlo de la boca de Nicolás me había incomodado.

Pisé a fondo el acelerador pero mi mente me exigía hablar con alguien más. Vívika.

Ella era la solución, necesitaba saber por qué sentía esto... ¿Por qué? Algo en mi interior me decía que sabía lo que era, lo sabía desde el día en que lo había visto por primera vez, lo conocía, pero no me atrevía a preguntárselo a nadie más.

Llegué al apartamento que compartía con Eva en menos de quince minutos. Detuve el coche en el estacionamiento y me quedé allí.

Sí, me escondí, ¿vale?

Moví el espejo retrovisor para comprobar mi imagen. Lucía cansada, tenía la boca reseca y todavía tenía una leve marca en mi mejilla por el golpe, que pronto sanaría.

Pero lo que más me preocupaba era saber qué hacía él allí.

Tomé mi teléfono y le dije en voz alta al sistema de marcación rápida el número de la única gata emparejada que conocía. No había posibilidad de llamar a mi antigua casa, pues allí las parejas se formaban por dos de su misma especie, no había mezclas de razas. Y lo mío sería algo casi prohibido, algo que no debería pasar, no por nada me había mezclado intencionalmente con cualquier ser menos con gatos... en mi cama.

—¿Sí?

—¿Vívika?

—Ella habla, ¿quién es? —preguntó cortante.

—Viv, soy, soy Carim.

—¡Oh!, Carim —su voz se suavizó—, ¿estás bien?

—Sí, no, no lo sé, ¿podemos hablar?

—Claro cariño, ¿qué ocurre?

—Debo preguntarte algo, un tanto personal, ¿sabes?

—Bien, espera. —Escuché como daba un par de indicaciones y cerraba una puerta. Ella debía de estar aún en la S.A.—. Bien, estoy lista y sola en mi despacho. ¿Qué ocurre?

—Sabes, Viv —tartamudeé—, yo vi a Leiden hoy.

—¿A Leiden? ¿Te estaba molestando?

—No, no..., no es eso, yo, lo que quiero saber es... pasó algo hoy... sentí algo por él...

—¿Qué sientes? —preguntó, como si estuviera analizando un caso.

—¿A que te refieres con cómo qué siento?

—Estuviste con él, ¿cierto?

—¡No dormí con él! —respondí con la voz un poco chillona.

—No me refiero a eso, estuviste cerca de él...

—Sí, y estoy confundida, sentí cosas. Y no es la primera vez. —Me cubrí el rostro con una mano aun sabiendo que ella no podía verme. Era la primera vez que lo confesaba abiertamente.

—¿Y tu gata? ¿Ella que siente? ¿También lo ha sentido antes? —¡Demonios sí!, ella había sido el primer indicio—. ¡Oh!, por la diosa, Viv. —Puse una mano en la frente sintiendo como mi gata martillaba dentro de mi cabeza—. Ella está alterada, yo lo estoy..., y no es la primera vez que lo siente tampoco.

—¿Cómo se siente cerca de él?

—Debería decir dominante..., feroz..., completamente desbalanceada..., con necesidad de marcarlo... —Listo, lo había dicho.

Vívika se quedó unos minutos en silencio aunque la escuchaba respirar.

—¿Puedo saber hace cuánto sucede esto?

—¿A qué te refieres? —pregunté sintiendo que mis mejillas ardían.

—Mira, cuando vi a Zander, bien sabes que estaba muy cerca de Nicolás, y él me generaba protección, pero mi gata se negaba a tomarlo. En cambio, cuando conocí a Zander, la gata fijo sus ojos en él y por más que quise negarlo, desde el primer momento que lo vi lo supe...

—Yo también lo supe, hace unos meses, en el ataque. ¿Crees que él lo sepa?

—Estoy segura de eso, pues los muchachos no dejan de quejarse de su fijación por ti, aunque no tengo muy claro cómo es el sistema de emparejamiento que tienen

los lobos. Imagino que Leiden no quería forzar nada.

—No sé que hacer... —confesé.

—Haz lo que sientas, acércate a él, dale la oportunidad, Carim. Sé que crees que Leiden es un soberbio que solo quiere hacerte sentir indefensa; pero ahora que lo pienso, creo que el día del ataque su lobo lo supo, tal vez no el hombre en él, y por eso es que quiso protegerte.

—Él me trató como una niña, quería que metiera mi trasero adentro yendo en contra de todo lo que soy —siseé.

—¿Y no es acaso lo que todos los machos hacen con sus compañeras? Evitar que salgan lastimadas, intentar protegerlas. —Era la primera vez que me detenía a pensar en sus actos como algo más que una forma de menospreciarme—. Piensa bien qué sienten ambas con él, y si la respuesta es la misma, no hay nada que puedas hacer, Carim, más que tomarlo.

—Gracias Viv...

—Tranquila cariño, si encontraste a Leiden donde imagino que lo has hecho... te cuidará, y por una vez en la maldita vida tendrá una buena excusa para dejar de meterse en esos antros de mala muerte... Ya quiero verle la cara, ya que se negó a que le buscara una cita y se fue a lo de esa *Madame* —dijo con cierto asco en la voz — sin saber que corría a tus brazos. Eso lo dejará pensando en algo.

—Va seguido por allí, lo sé —admití.

—Yo también, pero créeme, Leiden puede correr a los brazos de las hembras que se le den la gana, pero nunca logrará calmar esa sed por ti. No es lo mismo, puede calmar su cuerpo pero su lobo maldecirá cada vez que lo haga.

—¡Voy a matarlo si lo hace! —chillé, y ella rio en respuesta.

—Ayúdalo a salir, Carim, él te necesita aunque tal vez solo su lobo lo sepa..., pero es un hijo de puta arrogante y terco y se negará a admitir algo como eso.

—Gracias.

—Ya, no hay por qué, llámame luego, ¿está bien?

—Dalo por hecho.

Corté la comunicación y noté que estaba más tranquila. Mi gata se mofaba de mí y casi podía sentir cómo me sacaba la lengua. Tomé conciencia de lo que habíamos hablado y sentí la tranquilidad de saber que alguien, Vívika, había oído mis tristes palabras sin una gota de desconfianza ni desagrado. No me había juzgado, tan solo había sido, objetiva.

Me bajé del coche con mucha calma y me quité los zapatos de tacón que me había torturado los pies toda la noche. Bostecé en el camino hasta el ascensor y aproveché aquel instante para volver a comprobar mi imagen. No debí haberlo hecho. Al mirarme a los ojos pude notar la gata fluyendo en mí y no era momento para eso.

Entré al apartamento y hallé a Eva junto a la ventana.

Su rostro era sombrío, tenía la mirada extraña y parecía que no había pegado un ojo en toda la noche.

—¡Oh, por la diosa! ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien? —Sabía que vería el golpe en mi mejilla, pero además parecía molesta.

¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

—Por supuesto que estoy bien —dije levantando el mentón obstinadamente. Su mirada denotó algo distinto—. ¿Qué? ¿Qué me miras así? —pregunté malhumorada—. ¿Qué mierda le pasa a todo el mundo hoy que me pregunta si estoy bien? ¡Por supuesto que estoy bien!

—Carim, yo...

—Sí, sí, tú y Nicolás, y seguramente Sal también me preguntarán lo mismo cada día. Estoy bien, ¿entiendes? ¿Cómo debo decirlo? —Me giré mostrándole mi cuerpo, haciendo un giro completo para que me viera.

—¿Por qué cuernos estás tan cabreada? —preguntó con un gruñido, cruzándose de brazos.

—¿Por qué? Bueno, porque todo el mundo se empeña en tratarme como si fuera una cachorra, por eso. —Su boca se abrió pero no dijo nada y en ese mismo instante di por terminada la conversación.

Me marché a mi cuarto a paso firme y no miré hacia atrás.

Estaba cansada de que todo el mundo me soltara el mismo rollo. Irónico, ellos me enviaban allí y luego se preguntaban si estaría bien; por supuesto que estaría bien que no me liara con veinte tipos en una noche, o que pasara más tiempo sobria que ebria no quería decir que fuera una total y maldita *nerd*.

Encerrada allí, dejé que mi mente analizara todo. Cada imagen, cada olor. Debía entregarle un informe completo a Nicolás; no sabía para qué se lo había prometido.

Bien, me senté a los pies de la cama dejando que mi cuerpo se relajara y analizara. Había visto el modo de actuar de cada una de ellas. Había cinco bailarinas que trabajaban en la zona privada, y yo solo conocía dos.

Luego había otras dos en los caños, y un par que trabajaban como yo de mesa en mesa. Eso me daba un total de nueve hembras.

Luego estaba la *Madame* Laicot, quien parecía muy calmada, casi como la imagen de las abuelas de las películas. Ella regenteaba el lugar y estaba al tanto de cada uno de los movimientos.

En la puerta estaba Joe, quien mantenía a los hombres a raya, y había notado a tres tipos más, uno de ellos escoltaba la puerta trasera, mientras los otros dos se ubicaban de forma despreocupada en el bar y a la entrada a los baños..., pero lo más significativo era la puerta trasera.

Mi mente se detuvo en ese detalle.

En un principio había imaginado que allí estaba la zona privada, donde las

hembras ofrecían un servicio completo; pero pensándolo bien, muchos de los que pasaban por allí, eran, machos..., era la zona que estaba más aislada y protegida de todo el lugar, al menos era más privada que la zona en la que yo había estado con... Leiden.

Tragué con fuerza.

La sonrisa masculina y esos ojos vivaces se colaron en mi mente nuevamente.

Recordé las palabras de Vívika: «puede acostarse con tantas como quiera pero nunca saciará su sed de ti».

Mió.

Me tumbé en la cama y, sin pensarlo, su perfume volvió a mí. Era como una fragancia absorbente a hombre, a placer... encima mío aquellos ojos exóticos de lobo me observaban. Él yacía encima de mí y su peso no me molestaba; al contrario, sus brazos me apretaban contra el colchón de una forma agradable, quería acariciar su musculosa espalda, pero no me lo permitió. Sus manos tomaron las mías posándose justo junto a mi cabeza. Leiden aún me miraba... como si con sus ojos pudiera devorarme, retenerme. Un gemido se atascó en mi garganta mientras contenía la respiración. La protuberancia de su carne se apretó contra mí y sentí su necesidad latente, su hambre que respondía a la mía; mis pechos se amoldaron a la dureza deseando más, forcejeé para tocarlo pero no me soltaba.

—*Déjame tocarlo..., por favor.*

No hablé.

Simplemente negó con la cabeza en un gesto lobuno. Su boca viajó hasta mi cuello, sus dientes apresaron parte de la piel de mi hombro y luego su lengua recorrió el camino hasta mi clavícula..., y otro gemido se disparó en mi mente y se escabulló entre mis labios entreabiertos. Me encorvé cuando su boca viajó un poco más abajo..., entonces él...

—¿¡Carim!? ¿Qué ocurre? ¿Carim? —El golpeteo en la puerta me aterró. Me senté de golpe y me abracé a mí misma.

Estaba jadeando..., ¡maldición!, y ¿cómo cuernos había terminado desnuda?

—¡ABRE LA MALDITA PUERTA!

—Estoy bien... —ella siguió aporreando la puerta de un modo que hasta las bisagras temblaron—. ¡Dije que estoy bien!

—No lo estás, cerraste el lazo, algo pasa. ¿Qué pasó allí? ¿Qué te hicieron? Mataré a cada hijo de puta que te haya tocado...

Por primera vez en mucho tiempo me alegré por ser tan precavida; el lazo estaba cerrado y los muros de mi mente contenían todo, incluso aquella fantasía.

¿Cómo había ocurrido?

Mi piel estaba perlada por el sudor..., ¡diosa santa! ¿Qué me estaba pasando?

—¿Carim?

—Déjame sola, Eva —repliqué con un tono de voz que dejaba entrever el cansancio.

Debía de ser eso. El cansancio me estaba matando, mi mente estaba agotada.

—Por favor..., créeme, nadie me ha lastimado, incluso repartí unos golpes, ¿vale?

Ella suspiró fuerte, para que la oyera.

—Hablaemos luego.

—Estoy, estoy segura de que hablarás con Nicolás: dile que el informe lo presentare más tarde, ¿de acuerdo?

—Bien, descansa.

La escuché marcharse y volví a concentrarme en mí.

Hallé mi ropa rasgada a unos metros de la cama. Me quedé observándola, como si no fuera mía; no recordaba habérmela quitado, mucho menos haberla desgarrado de ese modo tan... animal.

Me levanté como una flecha y corrí hacia la ventana.

Tal vez alguien había entrado y me había influenciado...

Deja de mentirte, me gruñó la gata y yo le respondí del mismo modo.

Comprobé que el pestillo estaba puesto, tal como lo había dejado. Comprobé cada borde de la abertura, pero no había ni una alteración, ni pintura saltada, nada. Estudié el cuarto, pero comprobé lo que ya sabía.

Estaba sola.

—Estoy delirando.

Amontoné la ropa negándome a estudiarla, sabía hacia quién me llevaría si lo hacía. Y ahora estaba cansada, más que antes. Mi cama no era gran cosa; a diferencia de las de los demás felinos, tan solo estaba levantada del piso por unos centímetros, y tenía una gran respaldar como repisa donde había fotos de mis hermanas.

Abrí la cama y las blancas sábanas de algodón egipcio de más de mil hilos me dieron la bienvenida. Acurrucarme en ellas era como una suave caricia. No como la que había fantaseado de parte de las manos de... *¡basta!*

Déjalo fuera.

Me acurrugué y tomé la almohada con fuerza...

—Duérmete de una vez... —me ordené. El sueño me consumía entera, caí dormida al instante, aunque alcancé a percibir como si una mano se colocara dulcemente sobre mi cadera—. Duérmete, Leiden..., por favor —murmuré.

—Duerme, gatita —ronroneó.

Le hubiera dicho que hasta en sueños el maldito me llamaba así, para fastidiarme. Sabía que solo buscaba fastidiarme, pero no pudo, tan solo sonreí ante la sensación de saber que él estaba allí, sin problemas, sin pedir nada, solo él, para mí, y todo el cansancio de la noche cerró por fin mis ojos.

Cuando salimos de la S.A. nos dirigimos en dirección al sitio que nos había señalado Zander. Estaba en lo correcto. Allí hallamos a un tipo que tenía un potencial negocio escondido detrás de la fachada de un supermercado. Detrás de su fachada el maldito tenía un buen banco de órganos y sangre... Lo habíamos golpeado lo suficiente como para que hablara, pero no lo había hecho. Comprobamos los cuerpos en una zona cercana y cuando volvimos el tipo se había suicidado con veneno para ratas.

—¿Quién puede ejercer un temor más grande que el de la S.A.?

—No lo sé, pero este tipo prefirió morir a hablar —dije acucillado junto al cuerpo. Estudié su documentación pero tan solo encontré unas identificaciones falsas y un par de dólares.

Furcht entró por la puerta lateral limpiando sus manos de sangre.

—Es diferente al otro —nos dijo antes de detenerse a mirar al maldito en el piso—. Pero esta vez, no son solo humanas, son todas hembras, menos dos niños.

—¿Son oscuros?

—Sí, cambiantes, metamorfos, un Ibwa, un Chemosit hembra, dos Orusula y un Orthon, que me parece que debe de haber muerto en las últimas horas y sin cortes —concluyó imaginando lo que sabíamos.

Me quedé pensando en eso. Entendía lo de los cambiantes y metamorfos, pero quién podría buscar algo de un Ibwa, era repugnante, el demonio era conocido por alimentarse de cadáveres, en su mayoría de seres torturados, no solo se alimentaba de la carne putrefacta sino también de su dolor. El Chemosit era un demonio muy raro en esta zona, y muy difícil de atrapar ya que era mitad pájaro y mitad humano, por lo que la mayor parte del tiempo pertenecía al aire. Debieron de haberlo traído de otro lado ya que era habitante de Kenia, pero no era el único que habían «importado».

¿Por qué tomarse la molestia de traerlos de tan lejos?

Debía de ser por la sangre, alguien estaba experimentando con algo. La Orusula era perteneciente de Costa Rica y no era nada atractiva, ya que tenía la forma de un cerdo asqueroso y enorme, pero imaginé que el cerdo tendría algo en esto.

Cada uno debía cumplir un rol que no tenía claro, salvo el de Orthon. El Orthon era conocido por la posesión y conservación de órganos, así que imagino que lo tenía para eso y por eso había muerto; tal vez había fallado en su trabajo, o tal vez simplemente sabía demasiado.

—¿Están pensando lo mismo que yo? —preguntó Hass sosteniendo un frasco con un órgano que no reconocí.

—Han experimentado con humanos y no ha dado resultados, por eso ahora se han

vuelto más intrépidos y han buscado oscuros —respondió Furcht.

—Alguien está experimentando con estos seres, y este tipo —dije dándole una patadita— debió de temerle mucho más que a la Asociación.

—¿Quién puede generar un miedo tan atroz? ¿Quién posee tanto poder como para dominar una operación en encubierto sin ser rastreado por las autoridades?

—Debe de tener influencias —mascullé. Busqué el número de Zander y abrí el lazo por completo para que mis hermanos también estuvieran al tanto.

—¿Los hallaron?

—No creerás esto... —dije y me pasé el dorso de la mano por los ojos.

—¿Es peor que lo otro?

—Mucho —admití de mala gana—, están experimentando con los nuestros.

—¡Hijos de puta! —gruñó—. ¿El tipo? ¿Han podido sacarle algo?

Mis ojos viajaron hasta el gilipollas tirado en el suelo.

—No mucho; lo intentamos de todas las formas, las ortodoxas y las no tanto, lo dejamos solo un momento y terminó por suicidarse.

—¿Se suicidó? —preguntó confundido.

—Alguien ejerce un temor más grande que la S.A., Zander —señaló Hass—. Este tipo no dudó en quitarse la vida, no dijo nada, ni una sola palabra.

—Además encontramos especies que no son residentes de la zona, Z. El tipo o lo que sea que él sea, tiene el poder de pasar por las barreras de las fronteras sin ser visto..., nadie ha visto estas especies por aquí. No hay registros.

—¿Cómo atravesó el control sin que lo viéramos?

—No lo sé, pero sugiero que se focalicen en fortalecer las fronteras de la ciudad, para empezar —dijo Furcht.

—Eso pondrá en alerta a los humanos...

—Lo sé, pero no hay otra forma. La operación debió de funcionar durante varios meses aquí, alguien lo proveyó de órganos, pero no dudo de que fueran utilizados para otra cosa.

—¿Órganos? —repitió Z. Se notaba que estaba tan consternado y confundido como nosotros, pues esto no era normal, no era el acto de dos o tres renegados.

—Sí, tiene una cantidad considerable de piezas, así que dile a Vívika que esté alerta. Puede que parte de esta provisión sea por sus propias matanzas, aunque no dudo de que muchos se los hayan facilitado desde adentro —dije sabiendo que tan solo la idea de tener un doble agente trabajando desde adentro despertaría todas las alarmas.

—¿Creen que tenemos infiltrados en la S.A.?

—Lo creemos —afirmé mirando a mis hermanos—. No sería la primera vez.

Había ocurrido cuando el nefilim había caído la primera vez y un vampiro buscaba cazar a Salomé como recompensa por su sangre. El secreto había sido

resguardado para todos los que fueran ajenos a la S.A., pero aun así se había filtrado la información sobre el poder de su sangre.

—Alguien pudo haber filtrado la información sobre el Agente S que han estado probando y tal vez buscan eso —añadió Hass sin convicción. Estábamos dando pasos a ciegas.

—*Estaré atento* —murmuró Z del otro lado de la línea—. *Le avisaré a Vívika.*

—Ten cuidado Z. —Los tres conocíamos los cambios que se habían producido en Zander desde la aparición de Vívika en su vida, y teníamos la certeza de que ella era ahora su nueva piedra angular, así que si ella estaba en riesgo o le ocurría algo...

—*¿Por qué lo dices?* —preguntó inquieto.

—No sabemos contra quién estamos yendo y menos cuán implicados están, ni siquiera sabes lo que están dispuestos a hacer, pero sí sabemos que pueden infundir terror, como a este tipo. Así que, cuida a Vívika.

—*Lo entiendo, están en lo correcto.*

—Si averiguan que ella sabe lo que están haciendo, puede que corra peligro. El tipo tenía un Orthon, y lo asesinaron.

—*No como los otros, ¿cierto?*

Podía imaginarlo frotándose los ojos como hacía cada vez que algo le molestaba.

—No, no como los otros, a él simplemente lo han asesinado.

—*Bien, tendré cuidado. Gracias, chicos.*

—Dile a Vívika —dijo Furcht acercándose al teléfono— que si nota algo raro, simplemente se aleje, que no dude en llamarnos ¿entendiste?

La lealtad que teníamos con Zander se extendía a su pareja, y, al ser una hembra, Furcht triplicaba aquello de «*romperé el cuello a cualquiera que te mire mal*».

—*Le diré, y lo agradezco Furcht, estará contenta por saber que la protegerás. Sé que todos lo harían.*

—Dalo por hecho —dijo Hass.

—*Gracias. Bien, terminen ahí y vuelvan. Deben descansar..., deben de estar agotados.*

—Estamos bien —murmuró Hass.

—*No me importa, los necesito alerta, íncubo, así que muevan sus culos y vayan a descansar. Los necesito fuertes..., o ponlo de este modo: Vívika los necesita.* —Eso era un golpe bajo y Zander lo sabía—. *Enviaré a otros asesinos, esto quedará entre nosotros; nadie puede saber sobre esto, ¿entendido?*

—Estamos de acuerdo.

—*¿A quién enviarás?*

—*Gente segura, Nicolás tiene un grupo que protegerá la información.* —No lo dudaba Nicolás era uno de los más herméticos centinelas y más seguros. Si él enviaba a alguien, estaba seguro de que nada saldría de ellos—. *Enviaré la noticia que no*

encontraron nada.

—Está bien por nosotros. Esto es algo grande Z —aseguré, esto estaba pasando frente a nuestras narices.

—*Enviaré al grupo a controlar la zona por doce horas.*

—¡No necesitamos doce horas! —le reproché, sabiendo que Zander estaba dándonos la orden de permanecer alejados por ese tiempo.

—*Y a mí no me importa, es una orden, Leiden. Váyanse a casa. Iré a verlos...*

—Quieres decir: controlarnos...

—*Por supuesto* —admitió Zander—. *¿Qué crees que soy? Un amo sin piedad.* —Furcht gruñó en respuesta. Odiaba cuando Zander hablaba sobre ser nuestro amo y él lo sabía—. *Además, Leiden tiene un corte profundo en el pecho por luchar con ese maldito, que llevará unas puntadas. Tú, Furcht, sí, tú, pequeño problemático, tienes ese corte en tu brazo, y necesito ese brazo..., y Hass, bueno, Hass, ya saben él...*

—¿Yo qué? —preguntó a la defensiva—. También me han lastimado en la pierna... —maldijo tomándose la pantorrilla y el muslo—, mis heridas son tan profundas como las tuyas —se quejó y miré a Furcht. Ambos queríamos matarlo—. ¡Que sea íncubo no significa que no luche, me han lastimado como a ustedes, pero...!

—*¡Ven!, admiro cuando tres machos poderosos admiten que necesitan ayuda. Iré con Vívika, ella los curará. Descansen y, sí, Hass, es una orden.*

Nos miramos sacudiendo las cabezas.

Zander siempre lograba lo que quería y sí, era cierto, Hass había admitido que estábamos lastimados. Sanaríamos en pocas horas pero por ahora necesitábamos estar alertas y sanos.

—No sé por qué siempre caes en la misma jugada Hass —gruñí.

—¿Qué?

—Eres un idiota..., él solo necesitó ofender tu hombría para que saltara la niña en ti y le contaras todo lo que quería saber.

—Es un idiota —afirmé.

Nos marchamos directo al departamento. No hubo paradas de por medio, pues sabía que el local de Laicot estaría cerrado a estas horas. Me vi tentado a buscar a Carim, pero me contuve, ya que ella ya debería estar en su casa durmiendo. Y yo necesitaba descansar, quería saber que estaba pasando y, sobre todo, qué estaba investigando ella metida en su sitio como ese.

Me marché directo a mi cuarto, tomé una ducha rápida y desnudo me fui a la cama. Tumbado boca arriba dejé que mi mente se perdiera alejando las imágenes de aquellos cuerpos. Tomé mi pene con mi mano y comencé a moverla con un ritmo lento. Se sentía bien. Mi mente empezó a entretejer la imagen de Carim bajo mi cuerpo. Me puse duro al segundo de verla.

Mi mente destelló hasta ella.

Sí. Destelló. Era uno de esos extraños poderes que nunca sabes para qué te podría ser de ayuda, y, la verdad es que nunca lo había usado, hasta ahora.

Zander insistía en que aquel don era el que había permitido que nuestras mentes elementales se unieran hace tiempo. El poder no era del todo útil ya que si la otra mente no estuviera dispuesta a aceptarme, cabía la posibilidad de que tan solo me transformara en un *voyeur* y observara su vida sin que me percibiera. Había pocos seres que podían detectarme o empujarme fuera, y si tenía la mala suerte de cruzar mi camino con una bruja, estaba perdido.

Los momentos en que mi mente destellaba fuera de mi cuerpo eran lo más parecido a lo que los humanos llaman viajes astrales. Estos fenómenos son naturales para ambas razas, solo que algunos como yo, podemos materializarnos por medio de proyecciones a una mente huésped si lo deseamos, ver lo que están viendo, y percibir el lugar y separarnos de la mente huésped como si de un fantasma se tratara. Eso era de utilidad cuando interrogábamos a alguien, aunque también muy peligroso. El viaje astral es la capacidad natural de la mayoría de los seres vivos para proyectarse energéticamente fuera de su cuerpo y sacar el alma de nuestro cuerpo físico para acceder a lo que llamamos plano astral.

Los humanos, en su mayoría, y muchos oscuros, logran hacerlo cuando duermen por la noche —que es cuando su cerebro está en calma y la mente trabaja a muy bajas frecuencias—, pero solo logran ver su cuerpo desde afuera. Aunque la mayoría necesita utilizar técnicas de visualización, como yo podía inducir la mente ajena, solo necesitaba una mente dispuesta o débil. Daba igual, salvo que si alguna bruja se cruzara en mi camino, me dejaría perdido en un mundo inmaterial. Pero allí estaba, en su cuarto viéndola retorcerse, casi como si notara mi cercanía.

Podía percibir su cara, sus ojos cerrados e impacientes. Me subí a la cama gateando hasta estar sobre ella. Carim abrió los ojos y pareció percibirme allí, pero en vez de gritar, tan solo ronroneó. Bajo mi cuerpo ella parecía pequeña y frágil, pero en sus ojos veía a la gata que habitaba en su ser, tan poderosa y segura. Podía sentir su excitación, su aroma a hembra.

Me alejé un momento mientras la desnudaba. Era mi poder, y si ella no se negaba, podía romper sus ropas si quería, así que rasgué cada una de ellas; no me importaba, tan solo la quería desnuda.

Su cuerpo lucía suave sobre las sábanas, su rica piel lechosa, a la cual deseaba lamer hasta saborearla por completo. Sus cremosas extremidades se contorsionaban tentándome. Gateé hasta ella y apresé sus manos junto a su cabeza, las levanté un poco más para que mi otra mano siguiera acariciando su estómago plano, hasta llegar a sus pechos..., la oí gemir, y eso me puso en la cima. Me apreté contra ella y gemí acompañándome a ella, a cada movimiento, cada espasmo. Se movía intentando tocarme, pero quería disfrutarla así, sumisa, como sabía que ella nunca dejaría que la

tuviera.

—Déjame tocarte..., por favor —suplicó.

Pero me negué. La voz se me quedó atragantada en la garganta. Negué moviendo la cabeza y mi boca bajo por su garganta hasta la cima de sus pechos.

Algo la despertó sacándome fuera de su mente de un golpe, justo cuando estaba listo para venirme. Aparecí en mi cama, apoyado tan solo en mis manos y rodillas, jadeando.

Apreté mi pene con fuerza, y los movimientos bruscos me hicieron comprobar que la liberación llegaba y era bienvenida. Acabé con un gruñido animal que dejó mi garganta ardiendo...

Me desplomé en las sábanas revueltas. Ni siquiera terminé de pensarlo. Caí tumbado y me giré boca arriba. Mi sexo palpitando aún en mi mano, mi semilla derramándose, mientras intentaba recobrar el aire. Cogí mi camiseta que estaba junto a la cama y de la cual me había desecho hace minutos y me limpié para luego dejarme ir..., y fue así, sin saber cómo, que el sueño me llevó hasta ella nuevamente.

La sentí moviéndose a mi lado y sonreí aún dormido. Ella estaba allí y no pensaba apartarla de mi sueño, al menos allí era mía... Me giré de lado y pasé una mano sobre su cadera.

—*Duérmete, Leiden...*, por favor —murmuró, y sonreí.

Aun en mis sueños intentaba darme órdenes. Me apreté a ella ronroneándole al oído, y escuché una risita ahogada...

—Duerme, gatita...

Nos habíamos acostado, tal como Zander había impuesto, cerca de las doce del día humano. Había perdido la cuenta de las horas que habíamos llevado despiertos, pero estaba seguro de que eran más de cuarenta y ocho horas. Después de mi visita a Carim, la noche no había sido buena, había dormido menos de siete horas, pero los sueños habían vuelto justo después de que volví a usar mi don.

Como siempre. Por eso lo odiaba, porque él me lo había dado.

Misha. Ella también había aparecido en mis sueños como un doloroso recuerdo, con sus palabras siseadas, el tic de su cuerpo por los castigos que recibía, y el dolor colándose por su boca, susurrando mi antiguo nombre y recordándome que no había podido salvarla.

—*La locura, Uriel, te atacará... la locura... como lo hizo conmigo, te atacará, matarás. Matarás. Matarás.* —Su voz siseando mientras se balanceaba de un lado al otro arrancando mechones de su cabello—. *La locura. La locura. La locura nunca te abandonará...*

Había siseado eso hasta el día que me pidió piedad, hasta el día que con tan solo quince años retorció su cuello finalizando con su tortura. Aún podía ver la imagen de su cuerpo cayendo, la sonrisa en sus labios blanquecinos, y la sensación de soledad devorándome de nuevo.

Eres un bestia asquerosa... y repugnante. No puedes ganar..., la locura..., la oscuridad... Nunca debiste haber nacido..., nadie te quiso y ahora, ahora solo me tienes a mí, cachorro. A mí. Seré tu amo y tu señor..., eres un perro de la calle al que ni su propia manada defendió. Nadie vino por ti, ¿entiendes eso?

Looper.

¡No!

—¡Looperrrrrrrrrr! —grité hasta que mis pulmones dolieron.

—¡Despiértate, Leiden! —El grito me devolvió al presente.

—¡Maldición, lobo, debes volver! —gruñó una voz conocida.

—¡Vuelve, Leiden!, escúchanos...

Abrí los ojos y me senté de un solo movimiento. Tenía la piel perlada por el sudor, y mis ojos tardaron un poco en acomodarse a la luz de la habitación. Parpadeé varias veces hasta que vi a Furcht, frente a mí, apretando los caños de la cama a tal punto que creí que los quebraría. Hass no estaba mejor, ni mucho más lejos. Estaba a unos pasos al lado de mi cama.

—Se ha ido... —dije.

—¿Has vuelto perro? —murmuró Furcht, que respiraba con dificultad y lucía

preocupado. Lo miré y asentí sin molestarme por que me llamara perro.

—¿Estás con nosotros? —La voz de Hass dejaba entrever qué tan mala había sido la pesadilla. Habían notado mi desesperación, mi dolor y allí estaban, brindándome la fortaleza mental para que la locura no me tomara.

—Sí.

—Compruébalo, te he llamado perro y no me has gruñido. Te queremos con nosotros... —Furcht fue el primero que se marchó. Hass me echó un vistazo y lo siguió.

No había vergüenza, ni degradación. No me juzgaban, tan solo estaban preocupados y compartían mi dolor, como hacía muchos años. No había nada que nos ocultáramos. Ellos sabían lo que representaban para mí esas pesadillas porque habían visto dentro de mi mente. Mi lobo no había bloqueado aquello, los había dejado ver mi pasado y ellos lo habían atesorado en sus memorias, sin ni siquiera nombrarlo una vez; conocían mi dolor, porque también era su dolor.

Y lo que era más importante...: ellos sí habían venido por mí contradiciendo a Looper. No importaba dónde estuvieran, si debían usar portales, abandonar una hembra, ellos siempre habían estado a mi lado para cuando lograba salir de las pesadillas sintiéndome débil e indefenso, y eso me hacía fuerte.

Me levanté molesto, no con ellos, si no conmigo. Con la sensación de que la muerte no nos dejaría en paz por mucho tiempo. Los sueños habían dejado una nebulosa en mi mente. Aquello que estaba atacando a las mujeres..., ellos creían que nadie iría por ellas. Pero se equivocaban.

Nadie conocía mejor el dolor y el abandono que nosotros.

Nadie.

En mi mente se coló la imagen de Carim y noté que parte de mi preocupación se basaba en que aquello que estaba cazando oscuros, podía cazarla. Prefería a las hembras, y había una gatita en particular, que estaba metiendo el hocico en un lugar peligroso.

¿Conocen el dicho «la curiosidad mato al gato», verdad?

Bueno, creo que no hay una mejor descripción a lo que ella estaba haciendo y aquello socavaba mis nervios. Ella no conocía lo que el mal podía hacer.

Yo, sí.

—¿Estás bien? —me preguntó mi hermano mientras caminaba sin rumbo hacia la sala de armas.

Furcht estaba apoyado en el vano de la puerta con los poderosos brazos cruzados sobre el pecho como si la herida abierta desde su codo hasta su hombro no significara nada para él. Aun así, su brazo aún supuraba un líquido rojizo y lucía asqueroso. Tampoco se lo veía descansado, su cabello caía alborotado en su rostro y tenía una barba de dos días.

—Sí, tan solo es que no pude dormir bien.

—Lo sé —afirmó— pero lo superaremos como siempre; somos tres contra él, además no te culpo. Todo esto es una mierda —gruñó arrojando una de las pesas que usaba para entrenarse al piso, haciéndola rodar hasta que quedara debajo de uno de los muebles—. Nos tiene alterados a todos y me molesta, no puedo creer que hayan lastimado a tantos sin que la S.A. se haya enterado.

—¿Dudas de la Asociación... o de Vatur? —pregunté levantando una ceja.

—No —dijo señalándome con el dedo de forma acusadora, sus rasgos intensificándose, y su quijada cerrándose como si fuera metálica—. No metas a Vatur en esto, ella no tiene nada que ver con lo que los seres hagan en la tierra.

Caminé hasta la computadora holográfica y la encendí ignorando el relampagueo en los ojos de mi hermano.

—Es cierto, pero si alguien se infiltró, tenemos problemas graves —gruñí en respuesta. Mantuve mis ojos sobre la pantalla, pero sabía cómo se verían sus ojos. Totalmente fríos como el hielo.

—Preparé café —dijo, y lo observé un momento.

—Está «tomable», si es lo que te preguntas —me soltó descruzando los brazos y tumbándose en el sillón—. Hass ha ido por algo de comer.

Puse mala cara; que el íncubo dijera que buscaría algo de comer nos dejaba con la duda de si sería su hambre la que saciara o él..., mejor no pensarlo.

—Esperemos que traiga algo bueno.

Nos reímos ante la idea. Hass siempre había tenido problemas de control, pero últimamente su instinto por fecundar hembras lo había metido en muchos aprietos. Varios de ellos nos habían acarreado problemas con familias importantes de oscuros. No importaba que hiciera, siempre terminaba metido en líos.

—Debemos entregar un informe —dije y me fui por una taza.

—Nos encontraremos con Z —me informó.

Volví con él a la sala y me observó el pecho como si pudiera ver a través de la tela.

—¿Cómo está tu herida?

Le eché un vistazo y torcí la boca. Dolía un poco, pero estaba mejor, al menos ya no supuraba. Sentía un leve escozor en los bordes de piel, como si buscaran juntarse pero no lo lograban.

—Mal, creo, o bien, depende de cómo la mires, al menos no supura. —Él echó un vistazo a su propia herida y descartó mi preocupación con una sonrisa—. Zander dijo que vendría.

—Lo sé, y lo hará, pero Vívika está de guardia hasta dentro de una hora y está investigando la posibilidad de que alguien esté filtrando información, por lo que no le pareció conveniente sacarla de allí, poniéndola en evidencia. Todo el mundo sabía

que iríamos, o al menos la mayor parte del personal estaba al tanto, así que si corriera a curar a alguien, sabrían que éramos nosotros, pues Zander no enviaría a Vívika por cualquier oscuro lastimado, sobre todo desde que ella está al mando del área del hospital..., así que se retrasará un poco.

—Sí, eso les daría una buena idea de cuánto sabemos; tal vez no sepan que hemos desbaratado el almacén.

—Tal vez. Pero por las dudas, es mejor no ponerlos en aviso y dejar que crean que no encontramos nada.

Observé con mala gana los informes que Zander había enviado.

Había un informe que terminó por llamar toda mi atención. Habían detectado irregularidades en la llegada de unas cargas y no había descripciones, solo un nombre de un humano que había sellado la entrega.

Comencé a redactar el informe de forma sistemática. Pasaron cinco minutos, mientras tecleaba los datos suministrados por la mente colectiva de los tres, detallando cada cosa que el otro había notado o visto.

—¿Qué has sabido de Carim? —Levanté la vista de la pantalla para enfrentar los ojos de mi hermano.

—¿Qué hay con ella? —pregunté a la defensiva.

—¿Le has preguntado a Z qué hacía ella allí?

—Todavía no... —admití.

—¿Crees que esté implicada? —preguntó y se dejó caer de forma perezosa en el sillón.

—No, ni por un pelo, ella estaba investigando algo, aunque creo que está relacionado con la sangre.

—Deberías preguntar..., ¿no crees?

—Hass está aquí.

Al instante la puerta se abrió. Hass traía una bolsa de papel en su mano, una sonrisa en su cara y el olor a sexo pegado en su piel.

—¿Cómo estuvo el desayuno? —pregunté.

—Genial, les traje esto chicos, invitación de la casa..., o más bien de la nena de esa pastelería.

—Ya imagino cómo le has pagado...

—No, no te lo imaginas —me respondió de una forma lasciva—. ¿Has terminado con los informes?

Miré a mi hermano por encima de la pantalla.

—¿Por qué? ¿Te has quedado con ganas y vienes a por nosotros? —Lo chicaneé, rodó sus ojos descartando la idea.

—Más quisieras..., tenemos tiempo para las apuestas.

—Siempre listos —Furcht ya estaba de pie y se hizo sonar los puños—. Voy a

patearte el culo Hass.

—Apuesto por ver eso... —dije y apagué la computadora un minuto después de enviar el informe.

Entramos a la sala de entrenamiento. No era muy grande, simplemente era una habitación de unos cuatro por cuatro, donde había bancos de ejercicios, pesas y unas cuantas poleas. En el centro había una improvisada zona de lucha. Hass se libró de su chaqueta y se acomodó el cabello. Furcht le mostró los dientes en un intento de sonrisa.

—A ver, chiquillas... —susurré mientras me dejaba caer en la barra inclinada. Crucé las piernas y entrelacé las manos por encima de mi cabeza—. Vamos a ver de qué están hechas.

Sin previo aviso, ni bien Hass pisó el área demarcada, Furcht lo embistió y rodaron en el piso... Sabía muy bien que Furcht podía matar a Hass en menos de un chasquido. En las categorías de los más temidos, allí se encontraban nuestros nombres, y, por supuesto, se encontraba Furcht por su habilidad de cambiar de forma. Los íncubos no eran muy poderosos en la lucha, pero mi hermano no se quedaba atrás. Le dio un rodillazo haciéndolo rodar, saltó sobre este como un felino, pero Furcht se movió un momento antes de que le estampara su puño en el pecho.

Pelearon por más de quince minutos.

La victoria había sido de Furcht, claramente. Un cambio de peso, y el cuerpo de Hass había impactado contra un poderoso cambiaformas.

Una hora después, en la puerta se oyeron los golpes del centinela. Zander llegó en horario. Venía acompañado por Vívika y Nicolás.

Sí, Nicolás.

Mierda, y santa mierda.

—¡Oh por dios..., Leiden! —Vívika maldijo en voz baja mientras se abría paso entre los dos hombres y se arrojaba contra mí, me empujó a un sillón y abrió su maletín—. Puedo oler la podredumbre desde aquí.

—Centinela Ikkar —dije mientras sonreía a Vívika. Sabía que Nicolás no estaría aquí si no fuera algo importante.

Oí los pensamientos de mis hermanos; eran tan caóticos como los míos. Lo que enfrentábamos era mucho más grande de lo que creíamos. Vívika, bueno, esa era la otra palabra que se repetía.

—Quítate la camiseta ¡Ahora, Leiden! —Vívika se giró para darle una mirada asesina a Zander—. ¡Dijiste que no eran heridas graves! —le reprochó a su pareja, que se cruzó de brazos sin siquiera responder.

—Ellos dijeron eso —murmuró como un niño.

—¡Sí! Bueno, ellos siempre dicen eso, Zander Unripe. Sí, lo dijeron; ahora bien, mírale el brazo a Furcht. ¿Te parece que no es nada? —Furcht boqueó, pero Vívika le

apuntó con un dedo antes de que respondiera—. Y ni me digas lo que imagino... ¿Han estado luchando? Me alegro que al menos este —le dio un golpecito a mi herida haciéndome gemir— no lo haya hecho. ¡Maldición, chicos! ¿Por qué no me avisaron? No traje lo necesario...

—Nicolás, siéntete como en mi excasa —murmuró Zander.

—Hola chicos —dijo cuando Vívika dejó de amonestar a Zander. Estaba dicho que no éramos los únicos que le temíamos—. Lamento interrumpir de este modo, pero debía hablar con ustedes.

—Tomen asiento —Hass acomodó una sillas y todos nos sentamos en un círculo. Yo, aún con Vívika colgada de mi herida.

Por un instante percibí la mirada de Nicolás sobre mí, que caía como una roca sobre mi cuerpo. Me concentré en la herida que Vívika me curaba y no pude hacer más nada que tensarme.

—Leiden..., deja de estar tan tenso, necesito verte la herida, así que relájate. —Vívika tocó mi herida y me tensé aún más. La miré con mala cara, y ella me mostró los dientes. Nunca la lastimaría, pero eso no me impedía gruñirle. Rendido me recosté del mejor modo que podía—. ¡Oh por la diosa!, ese maldito te hizo mucho daño, ¡mírate! —murmuró indignada.

—Estaré bien...

—No me hables como a una cachorra, sabes que estás mal... ¿Por qué siempre me avisan tarde? Esto no es grave, pero si lo fuera, estarías muerto...

Supe que el nerviosismo que se coló en su voz era más por lo que había visto, que por mi herida, así que hice lo que pude, y acaricié su hombro. Ella no debía sufrir por nosotros. Me sonrió en agradecimiento.

—Zander me ha dicho lo que han encontrado allí —la voz de Nicolás indicaba que le habían contado todo.

—Sí, no es más de lo que encontramos en el otro sitio; la única diferencia son las razas —dije apretando los dientes.

—Lo sé..., pero algo ocurrió. —Murmuró Hass—. ¿Por qué cambiar de víctimas?

—No lo sabemos..., pero sé que la sangre está implicada en todo esto. —Nicolás estudió a Hass.

—Es cierto —me echó un vistazo—. ¿Puedo tomar tu computadora?

Asentí mientras la piel del pecho me escocía.

—Esto es un secreto, pero visto que ya están involucrados en ello..., —Nicolás prosiguió a teclear unos nombres y claves, y nos volvió a mirar.

—Estamos investigando una posible conexión con el tráfico de sangre.

—¿Quién mierda puede querer eso? —La voz de Furcht era ronca, cargada de ira y recuerdos.

—Muchos —afirmó Nicolás apretando los labios—. Un humano que desee

rejuvenecer, ganar inmortalidad..., brujos...

—O —dije y todos me miraron—. Algo nuevo e intoxicante.

Nicolás me estudió.

—Sigue...

—Sabemos muy bien que los oscuros no somos afectados por las drogas..., pero la sangre en muchos casos puede ser algo parecido.

—Eso implicaría... —Furcht se levantó de un salto maldiciendo y caminó hacia la ventana.

—Transferencia de poder —añadió Hass—. Eso les daría cosas que nos joderían aún más...

—Están en lo cierto. Aún debemos manejar la posibilidad de que sean humanos los que estén detrás de esto. No podemos fiarnos de nadie, ni de nada.

La charla prosiguió con los hechos ocurridos, detallando cada uno de los lugares y seres que habíamos encontrado. Nicolás aportó datos que no conocíamos y las cosas comenzaron a ensamblarse como un rompecabezas. Conocíamos todo aquello.

Vívika trabajaba laboriosa como una abeja sobre nosotros, y solo nos dejó levantarnos cuando estuvimos bañados en desinfectante y cubiertos con vendas, y la promesa de llamarla si algo nos ocurría. Luego de haber cerrado mi herida, siguió con Furcht y Hass, y no se detuvo, ni siquiera mientras gruñíamos. Vívika no había sobrevivido a este mundo por ser temerosa, en su interior el ser que había sido seguía intacto, y unida a Zander todo su poder y personalidad se incrementaba.

Cuando concluimos, Nicolás me apartó a un lado.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó tomándome del hombro. Misteriosamente los demás se marcharon del cuarto de un momento a otro con Vívika arreándolos a otra parte de la casa, así que lo observé y asentí.

—¿Qué ocurre? —pregunté cruzándome de brazos y enfrentándolo.

—Mira, lo haré del modo fácil...

—¡Ya!, lo resumiré por ti: aléjate de Carim, no la molestes; lo entiendo —respondí molesto.

Él me observó de un modo extraño, sonrió de lado y negó dejándome pasmado.

—No es eso —dijo casi con una nota de humor—. Sé lo de Carim, ella está en una misión allí ya que tememos que una gran cantidad de la sangre destinada a sitios como ese. En total hay más de veinte asesinos esparcidos por distintos sitios de la ciudad, y, bueno, ya sabes, no quería enviarla sola pero...

—¿Entonces por qué...?

—Porque enviar a Eva y Carim al mismo tiempo hubiera levantado sospechas. Así que cuando me enteré por sus hermanas que estabas allí, pensé que sería bueno que pusieras un ojo sobre ella.

¿Así que sus hermanas lo sabían, eh?

—No te preocupes, sabe defenderse.

—Lo sé, pero anoche unos tipos querían tocarla y terminó repartiendo golpes —dijo, y gruñí ante las palabras de Nicolás—. Sé que fue después de que te marcharas, eso también lo sé por sus hermanas. El problema es que su coartada podría quedar expuesta si comienzan a pensar que se defiende mejor que cualquier hembra normal.

—Eso implicaría entrenamiento —añadí.

—Y eso los haría sospechar. Puede que no sea nada, pero las desapariciones de las hembras que han matado últimamente son casos repetidos: una camarera nueva, una prostituta, una mujer solitaria, una loca.

—Personas a las que nadie extrañaría —admití.

—Correcto y nadie las buscaría por mucho tiempo; por lo tanto nunca despertarían sospechas.

—¿Quiénes? ¿Quiénes fueron? —pregunté imaginando a Carim siendo manoseada—. Los machos... ¡Voy a matarlos! —espeté de golpe y mi puño se estrelló contra el muro. Él sonrió de lado y sus ojos brillaron como si de pronto confirmara algo, algo que sabía pero no podía decirlo con certeza hasta ver mi reacción.

—No lo sé, creo que ni ella lo sabe: los tipos no volverán a entrar allí, pero habrá otros.

—¡No, no, no los habrá!

—Bueno, eso será difícil... —él aún sonreía. ¿Por qué mierda sonreía? Quería borrarle la sonrisa de un golpe. No habría otros.

—¿Por qué no los detuvieron?

—Los tipos parecían drogados. Carim tiene la sospecha de que es la sangre.

—¿Crees que el negocio de la sangre está enraizado allí?

—No lo sé. Quiero que te reúnas con Carim y planeen algo.

Ahora me tocaba a mí reír.

—No creo que ella sea feliz con ello —siseé.

—Eres su guardaespaldas ahora, así que más le vale ser feliz con ello. Te aseguro que me deja más tranquilo saber que estarás allí, esto no podría ser mejor. Temía por ella allí sola, pero ahora que sé que tú estás allí, es lo más confiable.

—Si tú lo dices, dudo que ella sea feliz.

—Quiero que planifiquen un modo, algo que sea sutil. Por lo que Zander me dijo, son asiduos a ese lugar, así que tú no resaltarás, mientras que ella...

—Resalta... créemelo. Ella es... no sé. —Me froté la frente intentando buscar una descripción—. No pertenece allí —aseguré, y él colocó una mano en mi hombro.

—Sé que la protegerás...; además, no es la primera vez que la salvas —murmuré, y sonreí nuevamente.

Nicolás se marchó quince minutos después. Había quedado en pasar a buscar a

Carim una hora antes del comienzo de su turno.

—Su guardaespaldas —murmuré frente al espejo del baño mientras terminaba de afeitarme.

—Vas a erizarle los pelos a esa gata... —se burló Hass cuando pasaba por allí.

—Ten seguro que lo haré..., eso dalo por hecho —prometí.

Parpadeé nuevamente mirando a Nicolás. No podía ser cierto.

Después de mi charla con Vívika no había hecho más que darle vueltas al asunto del emparejamiento y todo eso. Había discutido internamente con mi gata y afianzado los muros que guardaban mi secreto..., y, ahora, Nicolás estaba allí incrementando mi nerviosismo como si eso fuera posible.

—¿Qué tú hiciste q-u-é? —Sentía la piel ardiendo, tenía los nervios de punta, mi gata rayaba las paredes internas de mi mente instándome a aceptar aquello como una bendición, mientras mi parte humana quería mostrarles los dientes a mi centinela—. ¡Has perdido la cabeza! —le grité, y eso pareció golpearlo de lleno en la boca del estómago. Me crucé de brazos frente a él intentando contener mis garras que arañaban la piel pujando por salir.

Iba a matarlo.

¿Acaso mis hermanas habían encontrado un modo de atravesar mis defensas? Volví a reforzar los muros mentales y esconder mis sentimientos en lo más profundo de mi ser. Ya estaba lo bastante confundida como para incrementarlo con una noticia como esta.

Maldito.

—Mira, Carim, prefiero tener a Leiden detrás de ti que dejarte sola —argumentó mirándome con dureza.

—¿Y no se te ocurrió preguntarme? —chillé colocándome las manos en la cintura.

—Carim, por favor... —bufó con fastidio.

Tenía mi alma dividida en dos: mi parte animal y primitiva, aquella que quería marcarlo como mío, estaba segura de que Nicolás tenía razón, mientras que la otra parte, la humana, tenía miedo. ¿Qué ocurriría si me equivocaba, y si no fuera él?

Me negaba a someterme a él y vivir al lado de un macho que no amara.

—No... —dije cuando logré dejar la diatriba atrás—, deja de tratarme como una niña..., ¡no lo soporto!

—No te trato como una...

—Sí —dije cortándolo— sí, lo haces —exclamé apretando los dientes y di un paso atrás—. Si fuera Eva... —apunté señalándola con el dedo—. No, no la enviarías con nadie, y si fuera Sal..., tan solo... —Estaba enojada, tan enojada—. ¡Maldición, Nicolás!

—¡Carim, por favor! —suplicó e intentó acercarse a mí, como las personas hacen cuando quieren tocar a un gato para calmarlo.

En respuesta rechiné los dientes y di un paso atrás.

—¡No!, ya, déjalo. —Lo fulminé con la mirada, tomé mi bolso y me dirigí hacia el ascensor—. Iré, haré lo que me pides, pero la próxima vez, no seré yo la que salga, ¿entendido? —El ascensor se cerró en el momento justo. La cara de Nicolás expresaba su incredulidad, mientras Eva y Sal me miraban perplejas.

—¡Guardaesaldas y un cuerno! —grité sabiendo que oirían mis quejas.

A la mierda con los buenos modales.

Estaba cansada.

Inestable y sulfurada. Quería retorcerle el cuello a alguien y quería a Leiden, de mi vida.

Y lo más lejos de mi cuerpo y de mi mente, ya que no importaba cuánto se quejara mi gata, había vivido en paz hasta que lo había conocido. Había sido una gata fuerte, que había dormido con muchos machos sin importarme nada, sin ni siquiera dedicarme un segundo a preguntar sus nombres, porque simplemente nunca había buscado un amor eterno..., y aquí estaba él rompiendo todo eso.

Vívika no podía estar en lo cierto, tal vez ella también confundía las señales..., *debe de estar equivocada*, me dije.

Salí del ascensor disparada hacia la puerta, sin mirar a nadie. Simplemente tenía ganas de moler a alguien a golpes..., pero cuando pisé la calle, el aire se estancó en mis pulmones junto con mi convicción de sacar a Leiden de la ecuación de mi vida.

Él estaba apoyado contra un coche lujoso. Tenía sus asombrosos y enormes brazos cruzados sobre el pecho marcando sus poderosos músculos y sus piernas cruzadas haciéndolo lucir como los chicos de mis películas preferidas; tenía el ceño fruncido, y la expresión de ser un macho que satisfacería a cualquier mujer. Él no me miró, y por un instante pensé en mi vestuario pero lo descarté al segundo. ¿Qué importaba si le gustaba o no?

Las pocas féminas que pasaron por allí lo observaban y cuchicheaban cosas sobre el macho que podría llegar a ocupar sus sueños esta noche, o, más bien quitárselo.

Llevaba unos pantalones de *jean* rotos en las rodillas y en otros sitios mostrando tan solo una parte de su piel bronceada; una camisa blanca que remarcaba cada uno de sus músculos; una chaqueta negra que pasaba el largo de sus rodillas y llevaba botas. Sus lentes oscuros ocultaban aquellos bellos ojos de lobo que tanto me inquietaban. Instintivamente miré hacia el cielo y, como lo sabía, el sol estaba cayendo pero él aún llevaba los lentes.

Gruñí cuando mis piernas temblaron recordando las caricias del sueño de la noche anterior. Aquellas mujeres estaban en lo cierto: Leiden podía hacer que los sueños de cualquier mujer se volvieran jadeantes y calurosos. Tomé con fuerza mi cartera clavándole las uñas ante las sensaciones que no lograba descifrar.

Aprieta las piernas, me ordené. Había dicho que lo quería fuera de mi vida,

¿cierto?

¿Cierto?

—¿¡Estás listo!?! —dije un segundo antes de llegar frente a él.

Pero no se movió.

Me planté dando un fuerte pisotón al suelo para mostrarle mi enojo, pero no pareció preocuparlo, ni siquiera inquietarlo. Giró su cabeza hacia mí atrapándome por un momento en los ojos que no veía, pero conocía.

—Te vez, hermosa —susurró, aquellas palabras me atravesaron y me golpearon en el estómago.

—¿Podemos irnos? —insistí con impaciencia cruzándome de brazos.

—Como quieras —murmuró, y se movió con un movimiento fluido y abrió la puerta del coche para mí.

Lo miré extrañada, esperaba una actitud hosca de su parte, algún gruñido, algo, pero no lo hizo. Sabía que en la noche lo había dejado caliente y deseoso de más y aun así no me había reprochado nada.

Sí, sentía culpa y más culpa, que caía como pequeñas gotitas dentro de mí, y mi gata comenzaba a desesperarse por la acumulación de líquido en mi interior.

Pasé a su lado y me hundí en el asiento. Leiden esperó a que me acomodara y cerró la puerta con calma, como si esto no fuera más que un simple encargo de buscar y entregar un paquete.

¡No soy un puto paquete! Leiden rodeó el coche oteando el aire, mirando más allá y robando millones de suspiros; incluso creo que vi a más de un hombre mirarlo y apartar a sus mujeres, o tan solo besarlas para confirmar que eran su posesión. Mis ojos lo siguieron todo el trayecto hasta que se metió dentro. Deseaba con todo mí ser que fuera grosero, molesto, maleducado, violento, algo que me diera la necesidad de odiarlo, pero no había nada.

Todo en él era medido, lucía como un maldito galán de telenovelas, por lo que toda la culpa encontró un nuevo objetivo y corrió a acumularse entre mis piernas calentando el centro íntimo de mi cuerpo, casi parecía una de mis películas rosas preferidas.

El chico sexy y duro venía a buscar a la damita luciendo tierno y amable. Había una película de los '90, *Mujer bonita*, donde ella era una prostituta, y un empresario la contrataba por una noche, luego terminaban enamorándose y quedándose juntos..., ¡maldición casi podría hacer la *remake* de esa película!

¡Deja de pensar como una niña!, me amonesté cuando noté que mi estómago se estrujaba ante la posibilidad de que eso fuera cierto. No había finales felices para nosotros, el mundo luchaba por sobrevivir y mi misión era proteger a mi raza, no enamorarme y ponerme cursi.

Me mordí el interior de mi mejilla en reprimenda y en cuanto él entró en el coche,

su perfume me envolvió haciendo que mi corazón palpitará con fuerza.

—¿A dónde deseas ir para hablar de esto? —preguntó ladeando la cabeza y mirándome de lado.

Yo le di un vistazo, pero mis ojos me traicionaron y se detuvieron en sus hermosos labios bien tallados.

Y tuve que aclarar mi garganta antes de hablar.

—Pensé que iríamos a tu apartamento —respondí con algo parecido a mi voz. Él bufó como descartando la idea y volviendo su vista al frente.

—Mis hermanos están allí.

—¿Y qué sugieres?

—No lo sé, piensa en un sitio donde no te sientas incómoda. Puede que no sea un gato, pero créeme, sé que esto no te agrada —dijo haciendo un gesto que demostraba la proximidad de nuestro cuerpo—, puedo sentirlo —aseguró.

Dos pensamientos corrieron en mi mente a la velocidad de la luz.

¿Él pensaba en mí? ¿Quería verme cómoda? Y eso era... tan tierno. ¡Por favor, Vatur, que solo sienta mi incomodidad, solo eso, solo eso por favor, por favor, por favor!

Esto era humillante, estaba casi derretida por él, sabía que debía echarme más perfume, tal vez eso lo confundiría.

—¿Por qué no podemos ir a tu departamento? ¿Tus hermanos se molestarían, o es solo que no se permiten chicas ahí?

—Hay demasiados machos —el gruñido en su voz me calentó, cuando en realidad debía alertarme de algo más.

—¿Y qué? —Bien, llegados a este punto, me deleité con la sensación de él preocupado por que estuviera junto a otros machos.

—Quieres dos pares de ojos sobre ti, sabiendo en que estás metida —dijo de un modo tan despectivo que me sentí sucia. Me dedicó una mirada rápida recorriendo mi cuerpo, así que mentalmente agregue «y así vestida». Ahora era mi momento de bufar. Estaba en lo cierto. Otra vez.

—¿Dónde fuiste la otra noche? —pregunté sin poder impedir que las palabras traicioneras salieran de mis labios. Se giró enfrentándome; en su mirada no había enojo, tan solo incredulidad al no entender a que me refería—. ¿Adónde fuiste? —repetí, y me obligué a mirar al frente.

No podía mirarlo ahora. Sería como admitir que quería saber más de él y me sentía molesta; tragué con fuerza, pero el nudo en mi garganta seguía allí.

—¿Es necesario que hablemos de esto ahora?

—¿Por qué no? —Lo fulminé con la mirada.

—Porque no es bueno que nos vean juntos..., así que decide.

Gruñí, pues, técnicamente no había respondido a mi pregunta.

—¿No es bueno por qué...? ¿Qué alejara a las hembras de ti? —pregunté.

En respuesta puso los ojos en blanco con fastidio y maldijo. Bueno, no podía ver sus ojos por las gafas, pero el gesto había sido obvio.

Sí, me comportaba como una niña celosa, ¿y qué? Lo único que agradecí era que Nicolás no podía verme para confirmar su necesidad de cuidarme.

—Claro que no, pero estamos en una investigación, Carim. —Volví a gruñirle. Él estaba completamente seguro de que si saliera del coche ahora mismo, podía buscar cualquier mujer y esta no se negaría a estar con él. ¿Podía ser más engreído?—. No pueden saber que estoy contigo fuera del local de Laicot. —Técnicamente no había respondido a mi pregunta, *nuevamente*, por lo que me enfurruñé en mi asiento, crucé los brazos y clavé mi mirada al frente, sin saber si debía sentirme ofendida, dolida o celosa—. Tengo una idea.

No pregunté nada más.

Tan solo me quedé allí atrapada en mis cambios de humor. No sabía que ocurría conmigo. Aquel macho me fastidiaba del mismo modo que me calentaba.

¿Y si Vívika estaba en lo cierto?

Condujo lejos del centro hasta un edificio de cinco plantas, y agradecí el silencio. No quería que husmeara mis sentimientos, ni como me sentía; había tenido mucho de eso en casa con Eva, Sal y Nicolás tras mi rabo, y menos quería averiguar qué más percibía sobre mi actual estado de idiotez. Intentando no pensar en nada más, me detuve a observarlo.

Su andar era suave, sus ojos estaban cubiertos por esos lentes oscuros que deseaba arrancar. Leiden se movía como un maldito robot, su posición rígida, su cuerpo atento a la ruta, dándome el espacio necesario, sin interactuar de ningún modo conmigo para que me calmara, mientras que yo me achicaba en el asiento del acompañante.

Llevaba una diminuta falda roja y unas medias de red con un portaligas rojo, y ropa interior a tono; arriba llevaba una camisa blanca, que dejaba entrever mi sujetador, y que pensaba anudarme dejando ver mi ombligo cuando entrara a trabajar, pero ahora, en el coche, me sentía desnuda.

Se detuvo en el estacionamiento que estaba en un subsuelo y por un momento pensé que nos quedaríamos allí. No había ningún movimiento en el lugar, no conocía el edificio, pero imaginé que debían ser muchos los que habitaban allí, pero ninguno se molestaba por mantenerlo en buen estado ya que había mugre en los rincones y un par de gatos callejeros corriendo por el fondo junto a un coche abandonado y destruido.

Se giró hacia mí sin quitarse las gafas por más que casi estuviéramos a oscuras.

—Espérame aquí... —dijo.

—¿Adónde vas?

—Ah... —iba a hablar, pero noté como descartaba la idea la instante— no importa, vendré por ti en unos minutos. Cierra las puertas en cuanto salga y llámame cualquier cosa.

Tocó mi mano pero la retiró rápidamente, aunque el calor quedó chisporroteando en mi piel.

Salió del coche, y me detuve a admirar su andar, sus pantalones se amoldaban de una forma perfecta a su trasero, ¡su trasero era casi un monumento a la perfección!; su espalda musculosa se movía bajo la tela y daba ganas de lamerla, se me secó la garganta al pensar en su piel bajo mis dedos, toda su piel, la dureza de su pene que había percibido anoche; seguramente era enorme y podría llenarme haciéndome gritar su nombre...

Malditos lobos, todo en ellos inspiraban sensualidad y poder, aquello que haría que cualquier mujer se arrastrara frente a él. Mi gata ronroneó con la idea, pero la descarté con un puñetazo mental.

Pero había tomado una decisión.

—¡Ni una mierda, no me voy a quedar aquí! —afirmé.

En cuento Leiden se subió al ascensor, me deslicé fuera del asiento antes de que se detuviera, y noté que se trataba de uno de los últimos pisos. Se detuvo allí, y mis piernas se tensaron ante la futura carrera.

La pregunta era qué hacer.

Si estaba implicado en el tráfico de sangre, estaba segura de que borraría todas las evidencias antes de que pudiera verlas, pero si hubiera una mínima duda, estoy segura de que Nicolás no lo hubiera enviado..., entonces, ¿por qué me había dejado aquí?

Subir o no subir...

Subir o no subir...

Subir o no subir...

Subir o no subir...

—*Sube* —ordenó mi gata y corrí por las escaleras.

Me detuve cuando pisé el descanso del quinto piso; abrí la puerta silenciosamente y me colé dentro. Usando mi agudizado olfato me dejé guiar hasta el departamento donde Leiden estaba. Su aroma había quedado pegado a mi nariz, así que no fue difícil encontrarlo.

Comprobé la puerta y el picaporte cedió ante el peso de mi mano, la abrí lentamente sin hacer ruido. Me obligué a seguir la fuente del sonido cuando mis piernas temblaron.

¿Qué ocurriría si encontrara sangre derramada?

¿Un cuerpo?

¿Podría enfrentarme a él y matarlo?

¿Podría?

Él no tiene nada que ver con eso, gruñó mi gata anulando mi cerebro.

Debía verlo. Meforcé a seguir.

Cuando llegué a la sala me detuve. No era un departamento grande, debía de tener pocos metros y en el lugar donde debían estar los sillones y la mesa del estar, tan solo había una cama, una enorme cama. Leiden estaba alzando una silla y acomodándola en un rincón; la cama estaba revuelta y olía a sexo, sexo y a su perfume.

Olía a hembra. Había traído a muchas hembras aquí, rugió mi gata queriendo despedazar el lugar, y tuve que apretar los puños para no empezar a romper cosas.

Leiden cogió unas velas rojas que había en el suelo y las acomodó en una repisa. Mi gata gruñó nuevamente cuando comprendí qué era aquel lugar. Laicot había dicho que él se llevaba chicas a un lugar especial.

Recordaba la charla como si pudiera verla.

—Sí, sí, siempre lo hace, suele llevárselas a un sitio, a veces a más de una.

Más de una. Maldito hijo de puta. Más de una.

El techo tenía un espejo enorme sobre la cama que le permitiría ver a su amante mientras lo montaba.

Hijo de mil puta... Las paredes estaban pintadas de color borgoña y había una inscripción en una de las paredes, como si fuera una confesión momentánea garabateada en limpios trazos de pincel color blanco.

Dicen que el elemento más poderoso es el fuego, que puede hacer arder una pasión hasta que te consume, y es el más lento y doloroso de todos... porque consume tu piel, consume tu cuerpo, creando el más crudo de los dolores.

Me quedé pensando en aquellas palabras, debían significar mucho para él si no las había quitado. Mis ojos notaron que había velas y cuadros eróticos por todos lados..., y aquel maldito olor a sexo impregnado en cada centímetro, en cada relieve, en cada tejido. Mi gata y yo gruñimos y ahí fue cuando se giró, me encontró parada observándolo.

—Este —tragué con fuerza para que mi voz sonara dura y mirándolo señalé la cama— ¿este es el lugar en el que te..., en el que te... —en mis ojos picaron las lágrimas que luchaba por contener.

—Dilo, Carim, pregúntame lo que deseas saber —murmuró mirándome con la voz calmada y tranquila.

—Yo..., tú —dije apuntándolo—. Aquí es donde tú, tú te las montas? —Las palabras salieron como un gruñido y sabía que había visto mis colmillos, meneó la cabeza y suspiró lentamente.

—¿Qué te dije de esperar abajo?

—¡Que te den! ¡Responde! ¿Aquí es donde te las traes para... para...?

—¡Dilo, maldición! ¡Dime lo que quieres saber! —gritó, y en vez de retroceder di un paso adelante—. Dilo, Carim, pregúntame, ¿aquí es donde vienes a tirártelas, Leiden? ¡Dilo!

—Aquí, aquí es donde... —Intenté con todos los medios decir las palabras, podía imaginarlo revolcándose con otras, podía verlo con... otras.

—Vengo a coger, sí, aquí es donde vengo a tirármelas —repuso y levantó los brazos, como si estuviera orgulloso.

Di un paso atrás como si me hubiera golpeado en la boca del estómago mientras me observaba con aquel maldito aire de superioridad.

—Aquí es donde te las coges, ¿cierto? ¿Es aquí donde te acuestas con esas... putas? —Leiden sonrió de lado, como si estuviera orgulloso de que dijera aquellas palabras mientras se lamía los labios, como si ahora fueran mis palabras las que lo golpeaban y probara su propia sangre. Me miró pausadamente y bufó molesto. Ladeó la cabeza y sin dejar de mirarme de forma arrogante. Se agachó lentamente sin mirarme y levantó del suelo una prenda de encaje diminuta, y la dejó colgando en su dedo como una maldita bandera. La observó un segundo y volvió sus ojos hacia mí. Si con eso pretendía clamar por una tregua, estaba equivocado.

¡Aquella minúscula pieza colgaba de su dedo como una maldita bandera!, y la odiaba, quería arrancársela de las manos, quería golpearlo; pero en vez de eso, apreté los dientes y apreté las manos con fuerza. Me observó como si estudiara cada uno de mis movimientos, cada uno de mis gestos. Alguien se había olvidado de ella en el apuro o tal vez se las había dejado de recuerdo.

Imaginé a la mujer quitándose aquella tanga para él, mostrándole su sexo, y Leiden dispuesto a tomarla... Mi corazón comenzó a latir con más fuerza y mi garganta se secó, pero quería saber...

—¿Aquí es? —insistí, pero no respondió, suspiró con fastidio y arrojó la prenda en un rincón. Mis ojos siguieron el recorrido y noté que iba a parar en un montón de telas.

Junto a otras... muchas otras..., sentí la necesidad de caerle a golpes cuando noté la cantidad de prendas íntimas.

Trofeos. Recordatorios..., eso eran.

—Carim, detente —dijo y casi no lo escuché. Ni siquiera había notado que había empezado a cambiar. Leiden se aproximó e intentó tocarme, pero no lo dejé. La gata estaba fuera de control y yo, yo ya no podía controlarla, ni tampoco quería. Sabía que se traslucía en mis ojos cuando él me miró—. Cálmate —ordenó.

—¿Qué me calme? ¿Quieres que me calme? —grité.

—Sí, lo lamento ¿está bien? Pensaba ordenarlo antes de traerte aquí, sé que no es el mejor sitio..., no quería que te sintieras incómoda. Pero sí, aquí es... ves, no hay cuerpo, ni sangre, no he traído a ninguna a la fuerza.

—Dime, Leiden..., ¿a quién pertenece eso? —mascullé entre dientes señalando la tela roja.

—No importa —repuso haciendo una mueca de desinterés que me puso aún más furiosa.

—Sí, sí que importa..., ¿a quién ibas a buscar? —lo increpé acercándome. Él sacudió la cabeza luciendo confundido, pero estaba segura de que sabía de que hablaba.

—¿De que hablas? —preguntó con desdén y puso los ojos en blanco y dio un paso alejándose, pero lo detuve del brazo—. Estás desvariando —susurró arqueando una ceja.

—Dijiste que pasarías a buscar a una chica...

—¿Qué?

—Anoche, Leiden, anoche —gruñí con los dientes apretados haciendo que mi voz sonara aterradora, sin importarme quién podía oírnos.

—¿Qué pasa con «anoche»? ¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Ibas a buscar a una hembra, estuviste conmigo y te marchaste, pero prometiste volver por otra hembra... Laicot dijo que siempre lo haces...

—Sí, ¿y qué? —preguntó sacudiendo la cabeza y levantando las manos.

—¿Quién? Dime quién, cuál de ellas.

—¡Olvídalo! ¿Qué tiene que ver eso contigo?

—No te importa —indiqué.

—Sí, sí lo hace —me retrucó acercándose a centímetros de mi cara.

—Tan solo responde, quién —repetí sin darme por vencida.

—¿Habría alguna diferencia? —dijo soltándose de mi agarre.

—Sí, la hay, dime cuál de todas, Leiden —siseé.

—Bien, quieres saber a quién buscaría, está bien Carim, buscaría a Carrie, ¿ok? Ella sería a la que iría a buscar, ella y yo, bueno..., no sé. —Gruñí de un modo tan animal que él retrocedió un paso—. ¿Qué te pasa? ¡Cálmate! —Mis ojos amarillos se fijaron en él, la tonalidad del cuarto oscilaba entre la visión de la gata y la humana—. ¡Nunca las he forzado!

—¿Carrie? ¿Carrie...? —refunfuñé recordando mi fantasía de romper su hermosa cara.

—Sí, ella me conoce, no es la primera vez que...

Avancé un paso haciendo que se detuviera. ¿Acaso no sabía como cerrar la boca?

—¿Por qué te interesa tanto?, o ¿acaso tú? —Me escrutó un momento y sacudió la cabeza como si una gran idea se le hubiera ocurrido—. ¡Oh, maldición, no lo sabía! Lo lamento.

—¿Qué? ¿Qué no sabías?

—Que era tu pareja —masculló arrepentido, levantó los hombros y me señaló—.

Tu amante.

Mi boca quedó abierta, muy abierta, las palabras se atascaron en mi garganta y enmudecí.

¿Qué yo que?

Se rascó la cabeza, peinó su cabello, y sonrió de lado como avergonzado. Esperaba cualquier cosa de él, menos eso.

¿Lesbiana?

¿Creía que era lesbiana?

¿Cómo mierda se le ocurrió eso?

—Lo lamento, sé que te gustan las hembras y por mí está bien... —se disculpó como si me hubiera ofendido. Volvió a ordenar otra cosa que no vi, ya que sus palabras me había pegado al piso y casi no podía moverme—, solo que no sabía que...

—¿Qué has dicho? —pregunté molesta.

—Tranquila. —Lo escruté con la mirada; si las miradas mataran, Leiden estaría hecho un colador—. ¡Eh!, tranquila, no saldrá de estas paredes..., y bueno...

—¿Hembras? —murmuré y largué una risita ronca dando un paso hacia él.

—Sí, sé que te gustan las hembras... —di otro paso hacia él que parecía estar confesando su indiscreción—, mujeres. ¿Qué hay de malo? —Levantó los hombros y me sentí totalmente fastidiada—. Por eso sabía que nunca te acostarías conmigo, ya sabes..., instinto. —Se giró recogiendo algo del suelo.

Ni bien llegué hasta él, lo tomé del brazo y lo giré de modo que quedamos enfrentados y puse mi dedo índice en su pecho.

—No me gustan las hembras —di otro paso esta vez empujándolo—. Me gustan los machos, ¿entiendes? —Di otro paso haciéndolo lucir más confundido—. No soy lesbiana. —De un empujón lo tiré de espaldas a la cama revuelta, y rápidamente me monté sobre él impidiendo que se moviera.

Oh, sí, iba a disfrutar esta revolcada.

—Escúchame Carim... —levantó nuevamente las manos con aquella seña que era tan particular en él y comenzaba a fastidiarme— no voy a decírselo a nadie ¿está bien? —aseguró y sus manos sostuvieron mi rostro para que notara la cruda verdad en sus palabras—. No necesitas demostrar nada —aparté de un manotazo sus manos y en cambio plante las mías junto a su rostro dejando que mi centro se frotara contra su dureza.

—¿Quién te dijo que era lesbiana? ¡Cómo se te ocurre! —Le grité indignada.

—Alguien que te conoce, Carim.

—¿Qué?

—Sabes, por qué no vamos a otro... —le cubrí la boca con mi mano y me acerqué a centímetros de su cara dejando que la gata se filtrara en mis ojos

nuevamente.

—¿Quién? —pregunté y retiré mi mano.

—Esa es tu pregunta preferida, ¿cierto?

—Responde y no tendré que preguntar tanto —murmuré.

—Bien, bien, Eva... Eva me lo dijo —susurró y mis ojos se abrieron como platos.

—¡No te creo! —dije acercando mi rostro a él y torturándolo al frotarme contra la erección que comenzaba a despertar entre sus piernas.

—¡Ouch! ¡Ouch! Está bien, lo dijo, una noche, cuando nos encontramos en el bar, dijo que tú vendrías pero no estarías interesada.

—¿Qué yo que?

—... que no estarías interesada, intenté convencerla de que podría hacerte cambiar de opinión que no soy siempre un engreído y cosas así, pero terminó diciéndome que la única manera en la que tú vendrías conmigo era si no tuviera pene... ya sabes... mujer, hembra, lo que sea. —Concluyó agitado.

—¡Voy a matar a Eva! —gruñí mirando la pared delante de mis ojos—. ¿Y tú le creíste? —pregunté y le di un golpe en el pecho.

—No sabía que pensar... —respondió tragando con fuerza.

—¡Le creíste...! —afirmé dándole otro golpe.

—Sí, sí, lo hice. ¡Deja de frotarte! —Le di otro golpe— ¡deja de frotarte! Además... —Levantó los hombros confundido—. ¿Qué querías que hiciera? Es tu hermana, ella te conoce y bueno, había rechazado todas mis propuestas... pensé...

—Bueno, Leiden, te diré... —me agaché sobre él dejando que mis pechos se pegaran a su cuerpo—. No me gustan las hembras, me gustan los penes, ya sabes, hombres. —Estiré mi mano hasta su entrepierna pasando justo entre nuestros cuerpos.

—¡Espera! ¡No, no!, no hagas eso a menos que vayas a terminar con lo que empieces.

Lo miré y noté cómo mis ojos brillaban y mi gata ronroneaba ante la idea.

Nicolás había dicho que debía conocerlo, ¿cierto?

Que sería mi guardaespaldas y debía confiar en él, ¿no?

Bien..., eso haría, como en Mujer bonita.

Mi gata tomó el control de una maldita vez arrebatándome la cobardía, me sonrió mostrándome sus hermosos colmillos, y supe que Leiden sería *nuestro* hoy.

No había ni un centímetro de su cuerpo que no lamería; ese lobo se había metido donde no debía.

Ambas, la gata y yo, lo dejaríamos completamente saciado de una forma que no buscará ninguna otra hembra..., al menos no por hoy, mañana ya veríamos. Pero hoy pensaba disfrutar de mis fantasías con él; en aquel cuarto donde otras lo había amado, yo sería la que lo montara. No había vuelta atrás.

Estaba resuelta.

Sería mío.

Mis labios encontraron los suyos; sus manos no me tocaban pues estaban apretando las sábanas, tal como había hecho en lo de Laicot para no tocarme, y yo anhelaba esas caricias, necesitaba aquellas manos recorriéndome.

Sus labios eran suaves, y me deleité probándolos hasta que abrió su boca y la invadí de inmediato. Mis sentidos se embotaron con el beso, dejando que mi mente saboreara cada segundo, cada aliento. Sabía a dentífrico y menta, una combinación que amenazó con hacer que mi cabeza girara. Mi lengua probó de nuevo sus labios, lamí su tersa piel, para luego enredarse junto a la de Leiden nuevamente, hasta que me apartó.

—Detente —me dijo, y me tensé ante su intromisión. No quería detenerme. Quería seguir y él me lo estaba negando.

—¿Por qué?

—No quiero que me demuestres nada..., no es necesario que lo hagas, Carim.

—No lo estoy haciendo —repuse sonriente, bajé la cabeza y mordí su cuello dejando una marca—, y deja de ser tan caballeroso, ¡maldición!, Leiden. ¿Por qué todo contigo es complicado? —dije y volví a buscar sus labios pero me alejó.

—Entonces, este no es el lugar, tú no mereces hacerlo en un lugar así. Vamos a cualquier lado, tú decides..., pero...

—Aquí... —mi voz salió como un gruñido duro que reverberó por mi cuerpo—. Quiero que lo hagas aquí —repetí frotándome contra su entrepierna—, como a las otras. Quiero que me lo hagas como se lo has hecho a la puta de Carrie, quiero que me lo hagas, Leiden, o arrancaré cada mechón de su puta cabeza. —Atraje una de sus manos a mi trasero y la apreté dejando que el calor me recorriera entera. Me sentía tan lasciva, tan promiscua y, a la vez, tan sensual y viva; podía percibir su aroma y él estaba tan caliente como yo. ¿Entonces por qué se detenía?

Quería ser la que borrara los recuerdos de las otras mujeres, de Carrie. Quería hacerlo aquí de la forma más brutal y sucia..., y él me lo haría. O lo obligaría.

—Escúchame, cielo... —Me acarició la mejilla.

—No —dije deteniendo su mano—, nada de cielo, no soy la asesina de la S.A., soy una prostituta de Laicot, Leiden..., cógeme.

—Nunca podría tratarte así... —admitió con una mueca triste.

—¿Aun si te lo ruego? —¿*O te obligo?* Lo pensé, pero en mis ojos imprimí los sentimientos. En sus ojos relampagueó el deseo y me lamí los labios—. Por favor, Leiden..., por favor —dije ronroneando junto a su oído mientras me frotaba contra él notando cómo su pene aumentaba de tamaño—. Por favor..., seré una gatita buena.

—Escuché cómo su respiración se agitaba y lo sentí como una victoria. Podía tener la determinación de un guerrero, pero sabía también que hasta los guerreros caían.

Sin saber por qué, me movió de lado dejándome apoyada en la cama sobre mis rodillas y mis manos, y se levantó tan rápido que pude ver al lobo. Aquel animal que habitaba en él y lo poseía era una máquina de matar, lo había visto con mis propios ojos, y verlo caminando de ese modo me estremeció.

Parte de mí quiso preguntarse en dónde me había metido.

Pero las palabras que salieron no fueron exactamente eso.

—¿¡A dónde vas!? —grité indignada mientras me apartaba el cabello de la cara.

—¡A cerrar la puerta, jodida gata...! —gruñó sin humor, y en su voz no había ni un rastro del humano que era. El animal había tomado el control, y mi gata se regodeó con la idea y las imágenes de sexo, posiciones rudas, embestidas bruscas. Mi cerebro racional se licuó. Solo él podía lograr eso, lograba sacar al animal que siempre había cubierto con la parte más racional de mi ser.

Escuché el portazo, que fácilmente podría haber partido la puerta en dos y arrancarla de las bisagras.

—¿Aún quieres que te monte, gatita?

—Vuelve y dame lo que exigí, Leiden.

—Bien —susurró, y lo miré por encima del hombro parado junto a la puerta—, si voy a montarte —dijo aproximándose—, solo yo podré verte —me dio un palmetazo en el trasero que me hizo ronronear—, no los demás. Nadie más... —Se quitó los pantalones con rapidez, y también la camiseta.

Aquellas palabras tan posesivas hicieron que mi centro se humedeciera. Me sentía mojada y lista para recibirlo, por lo que cuando sus manos acariciaron mi espalda, ronroneé como una gata en celo, y levanté el trasero con la misma intención. Sorprendiéndome, se tumbó en la cama dejando tomar el control y tomándome de la nuca reclamó mis labios como ningún otro macho lo había hecho antes. Me monté nuevamente sobre su cuerpo y gemí cuando su mano se aferró a mi trasero justo donde la había colocado, mientras que la otra no hacía nada.

—Tócame... —me senté contra él sintiendo la dureza de su carne entre mis muslos. Tomé su mano y la llevé a mi cuerpo, y rápidamente su mano tomó posesión de uno de mis pechos. Cerré los ojos dejando que hiciera lo que quisiera, tal como lo había pensado la primera vez que lo había visto. Se me erizaron los pelos de solo pensarlo, y se me endurecieron los pezones de inmediato; él era como fuego y yo tan solo podía derretirme en sus manos.

—Eres hermosa.

Abrí los ojos, y la necesidad corrió por mi cuerpo, y un pensamiento inundó mi mente: los celos me llenaron.

—¿Qué haces con las otras? —pregunté apoyándole las manos en el pecho para

que me mirara. Él me estudió mientras sus dedos pellizcaban mis pezones—. ¿Cómo lo haces con ellas?

—Eso no importa... —levantó las caderas casi haciéndome aullar.

—¡Sí! ¡Sí importa! —Se detuvo y sus manos cayeron a los costados. Lo miré fastidiada.

—La gata está tomando posesión de ti, puedo verlo en tus ojos. Tú no eres así y te arrepentirás luego, y no deseo eso. —Quiso apartarse pero se lo impedí.

Ambas le gruñimos en respuesta.

Ambas, odiándolo por ser... ser... ser lo opuesto a lo que creíamos. Por ser un tan... odioso, y que nos hiciera sentir tan delicadas, tan puras, por hacernos revolver esos sentimientos que habíamos ocultado por tanto tiempo.

—No soy una niña, ni una puritana —ronroneé apretándome nuevamente contra él—, ni una maldita santurrona, Leiden, soy una hembra...

—No lo dudo... —repuso dubitativo.

Me senté nuevamente y lo observé.

—¿Por qué todo el mundo piensa que soy una maldita santurrona? —Comenzó a reír, y me crucé de brazos indignada.

—No te pongas así. —Intentó tomar mi mano pero me solté de su agarre y me bajé de la cama.

—Jodido estúpido moralista.

—Carim, ¿adónde vas?

No respondí.

Me alejé unos pasos procurando que pudiera verme y comencé a quitarme la ropa descaradamente frente a él, mientras mis ojos seguían conectados con los suyos.

¿A ver qué tan pura creía que era ahora?

Me quité la falda dejándola caer de modo que me quedé en una diminuta tanga y el portaligas con mis medias de red. Pateé la minúscula falda a un costado y luego fui por mi camisa: uno a uno abrí los botones, dejando que sus ojos se concentraran en mis manos, disfrutando cada segundo.

¿Conque ahora sí tengo toda tu atención?, pensé.

Cuando mi camisa estuvo abierta, lo vi tragar con fuerza, sabiendo que el valle de mis pechos se veía con claridad y sonreí llevando mi mano derecha al triangulo entre mis piernas... Lo vi tragar con fuerza nuevamente y me mordí los labios provocadoramente. No era una virgen..., sabía cómo hacerlo. Me acaricié un buen rato dejando que el aire se impregnara con mi excitación.

—Soñé contigo la noche en que bailé para ti... —ronroneé de forma sexy mientras mis manos no dejaban de moverse. Él intentó hablar pero lo detuve; coloqué un dedo sobre mis labios, y lentamente lo metí en mi boca chupándolo sin prisa—. Me desnudabas... —dije tirando mi camisa al suelo y dejando mis pechos tan solo

envueltos por el sujetador de encaje que dejaba ver claramente mis pezones duros—. Te montabas sobre mí, Leiden... —Me mordí los labios ante el recuerdo—. Me acariciabas... —jadeé cuando un latigazo de placer me cruzó entera como si sus manos estuvieran sobre mí, como si sus ojos pudieran tocarme—. No me dejabas tocarte... —Cerré los ojos disfrutando de aquello. Nunca me había sentido tan audaz, tan sexual como ahora frente a él. Su mirada me hacía sentir aún más excitada, tan bella.

—¿Y que hacía luego? —murmuró.

—Me tomabas... —Metí un dedo entre mis pliegues y gemí ante la sensibilidad de mi centro.

—¿Cómo te tomaba, Carim?

Abrí los ojos para notarlo parado a solo unos pasos de mí; su aliento chocaba contra mi piel, quemándome.

—Te deseo... —admití, tiró de mí hasta que no había nada que nos separara. Acarició mi trasero para luego subir hasta mi espalda; su boca lamía y besaba mi cuello—. Me dejarás tocarte, Leiden..., me dejarás probar el sabor de tu piel.

—Gatita —jadeó.

—Por favor..., déjame tocarte. Quiero tocarte.

—Ya lo has hecho —me dijo y me tumbó sobre la cama con una rapidez increíble, igual que en mi sueño. Comenzó a besarme el cuello mientras seguía bajando hasta el nacimiento de mis pechos dejando besos húmedos sobre mis pezones aún enfundados en encaje—. No fue un sueño —susurró, y jadeé en respuesta.

—¿Cómo lo sabes? —Me froté contra él ondulando mi cuerpo.

—Porque me masturbé esa misma noche pensando en ti, imaginándote bajo mi cuerpo. —Su boca se arrastró por encima de mi sujetador y apresó uno de mis pezones entre sus labios—. Te arranqué la ropa y la tiré en un rincón. —Volví a jadear, sabía que eso era cierto. La había visto rota y rajada—. No era un sueño. —Metió su mano entre mis piernas, y cualquier cosa que estuviera pensando se esfumó como el agua en el asfalto de un verano caluroso.

Tan solo existía él, besando cada centímetro de mi piel. Bajó un poco más y besó mi vientre. Gruñí cuando sus labios me exploraron entre las piernas aún por encima de la tela. Con un gruñido de placer sus ojos se encontraron con los míos. Arrastró la prenda por mis piernas mientras me besaba entre los muslos, y sentí que me estremecía cuando sus dedos tocaron mi sensible centro. Sabía que Leiden podía ser más brusco que esto, pero se estaba controlando.

¡Maldito sea!

Su dedo dibujaba círculos sobre mi clítoris y sus labios succionaban, besaban, mientras su lengua... ¡Oh, por la diosa! Ella hacía lo que quería conmigo y podría jurar que podrían pasar años antes de que me cansara de su jueguito allí abajo.

—Quiero que me hagas lo que me prometiste —jadeé intentando encontrar mi voz entre los gemidos.

Él siguió jugando con mi tierna piel mientras hacía que me estremeciera aún más, aumentando la presión en algunos sitios, golpeteando mi carne con su lengua, y sus dedos abriéndome por completo. Colocó mis piernas sobre sus hombros y me abrió aún más para darle un total acceso.

—Quiero lo que prometiste —grité aferrándome a las sábanas mientras el orgasmo llegaba por medio de su boca y sus dedos.

—¿Qué prometí? —preguntó mientras volvía a colocarse encima de mí mientras los restos del orgasmo me retorcían bajo su peso. Cuando recuperé mi voz, logré hablar.

—Dijiste que querías tomarme, dijiste que me tirarías en el sofá y me lamerías cada centímetro de mi cuerpo hasta que rogara que me lo hicieras.

—También dije que me moría por lamer tu centro y por probar tus pliegues —replicó, y me arrebató un beso profundo. Yo aún tenía los ojos cerrados pero sentía su respiración en mi mejilla—. Y eso ya lo he cumplido.

Abrí los ojos y lo miré sonriente cuando noté que aún estaba vestido, mientras que yo estaba semidesnuda a no ser por el sujetador y las medias.

—Mi turno. —Lo empujé y me salí de abajo para arrodillarme frente a él.

Los botones de su camisa me impedían ir rápido, por lo que aproveché a besarlos duramente, y lamer su pecho. Cuando la camisa estuvo fuera, mis manos exploraron su pecho y su vientre; toqué la cinturilla y abrí el pantalón.

Mi mano se metió dentro y quise aullar cuando su carne rozó mi palma. Estaba duro y caliente.

—Tumbate... —le ordené y sonrió—. Tumbate, Leiden, te daré mi primer «no baile».

Se recostó boca arriba y aproveché la situación para quitarle los pantalones y los bóxer ajustados. Cuando estuvieron fuera, su pene se veía enorme y rígido descansando contra sus abdominales. Temblé al ver su tamaño pero no importó. Mis instintos me llevaron a probarlo.

Nunca antes había sentido una atracción como esa, quería lamerlo y saborearlo, y desde allí empezaría.

Tenía hambre. Hambre de su carne, de su cuerpo.

Estaba famélica.

Se estremeció cuando mis labios acariciaron la punta, probando una gota que colgaba allí; lo observé mientras lamía un poco más, probándolo. Saboreándolo.

Leiden me observaba hipnotizado: su cabeza levantada apoyada contra el respaldo, sus dientes apretados y sus ojos amarillos. El lobo me observaba mientras lo degustaba y lo adoraba. Mi gata le respondió tomando el capullo de su pene entre mis

labios como si fuera una fruta fina; y, sin saber por qué, seguí probándolo, primero una larga lamida desde la base, luego metiéndolo poco a poco en mi boca mientras mis manos acariciaban lentamente sus testículos. No podía apartar la vista, estaba hechizada por el lobo.

Sin apartar los ojos, mis lamidas fueron más intensas; mi cuerpo me pedía más, succionaba mientras mis manos lo acariciaban, y su lobo no perdía detalle de mí, haciendo que entrara en combustión.

Pronto, el lobo gruñó y supe que se había acabado el juego. Me jaló sobre él y rápidamente me levanté para albergarlo en mi interior.

Gemimos al unísono cuando comencé a acunarlo dentro de mí.

Mi cuerpo comenzó a moverse mientras mis manos se apoyaban en su pecho buscando el ritmo. Leiden no había hablado, tan solo gruñía, y por un momento me sentí frustrada.

¿Acaso hacía esto con las demás?

¿Era así como lo hacía?

Pensando en eso recordé el rostro de Carrie, y sin pensarlo mis uñas se clavaron en su piel. Gruñó, y de un movimiento estaba con el pecho contra el colchón y con su peso sobre mí.

—¿Leiden? —susurré cuando no se movió.

—Silencio. Alguien viene.

Eso me alertó por completo. Pude oír los pasos apresurados por la escalera, los susurros a la lejanía.

—Vamos. —Se levantó y me moví de prisa, tomé mi ropa y me acerqué a él.

Parte de mí estaba frustrada.

No era justo.

No solo porque no habíamos llegado a más, sí, después de TODO lo que me había costado convencerlo, sino también por el hecho que no había oído ni percibido nada.

Leiden esperó un momento con la oreja pegada a la puerta.

Los pasos eran próximos, demasiado para mi gusto. Quise decirle en silencio que nos largáramos de allí, no tenía armas y no podía cambiar en este estado, pero él no me miraba.

Toda su atención estaba en el pasillo, y cuando el ruido estaba a solo unos pasos de nosotros, los oí seguir de largo. Leiden me echó un vistazo y notó que seguía semidesnuda. Él, en cambio, parecía haber recuperado toda su ropa, salvo los zapatos y la camisa.

¡Maldito! Yo aún luchaba por colocarme la falda.

—Quédate aquí —ordenó.

—¿Qué? No, claro que no —susurré.

—No pueden verte conmigo, tal vez no sea nada.

Tenía razón y lo sabía; me acomodé la ropa y me crucé de brazos. Leiden abrió la puerta lentamente y salió.

Otra vez estaba sola y otra vez necesitada, aunque sabía que Leiden estaría peor. Hice una mueca pensando en el dolor que estaría aguantando. Me tomé un momento para inspeccionar la habitación mientras mis sentidos apuntaban a lo que ocurría afuera. Puede que no tuviera armas, pero si escuchaba una riña, o a Leiden gritando, debería bajar la misma Vatur para detenerme.

Nerviosa, caminé hasta un armario y noté la ropa de Leiden.

Negra y en mucha cantidad. Podría juntarse con Sal y hacer un grupo de autoayuda. Además de su extraño amor por el negro, no había nada extraño.

Afuera todo parecía seguir en silencio, aunque sabía que algo había alertado a Leiden.

Revisé los cajones y todo lo que tenía a mano, pero no había rastros de nada que no fuera mujeres que habían pasado por aquí, esposas, látigos, velas, incienso... Absorta en eso, fue cuando una idea se formó en mi mente.

¿Qué ocurriría si fuera solo una táctica de distracción...?

Mierda. Santa mierda.

Mis ojos se abrieron como platos y salí de la habitación sin importarme nada. Corrí escaleras abajo cuando escuché un gemido..., y esta vez no era de placer.

Llegué hasta el descanso de la escalera y volví a escuchar un sollozo. Corrí el resto y llegué a la planta inferior; miré a mi derecha y vi a una mujer que lloriqueaba cubriéndose la boca. Leiden estaba agachado y de espaldas a mí, sujetando algo contra su cuerpo. Me acerqué aun sabiendo que él podía oírme, cuando escuché a la mujer hablar entre los sollozos.

—Lo mataron, Leiden, y se llevaron a mi niño. Mi niño, Leiden..., mi niño, él no pudo detenerlos, Leiden.

—¡Oh, por la diosa! —susurré cuando entendí que Leiden cargaba a alguien sobre un charco de sangre. Mi olfato me dijo que era un cambiante, aunque no era uno de nosotros. Leiden me observó por encima del hombro demostrándome su cabreo.

Bien, ya estaba aquí, ¿vale? Gruñón.

Me acerqué a su lado sin importarme la mirada de desaprobación en sus ojos y vi el corte en su mejilla. Su brazo tenía uno bastante profundo, aunque el peor estaba en su pecho. La mujer se cubrió la cara sollozando, pero nadie más que Leiden salió. Todos se mantuvieron dentro de sus casas y los odié por eso.

Podía oír los pasos atropellados cerca de las puertas, los susurros, pero nadie había salido a ayudarla, salvo... Leiden.

—Llama a Nicolás —suspiró cansado.

Depositó el cuerpo en el piso y pude ver el rostro del hombre, que lucía sorprendido, como si nunca hubiera esperado el ataque, con el horror plasmado en su

rostro. Leiden le cerró los ojos y volvió a mirarme.

—¡Llámallo, ve! No necesitas ver esto.

Me alejé unos pasos tambaleando, y tuve que sostenerme del muro para no caer. Me concentré en el lazo ya que mi teléfono estaba arriba y mis piernas no soportarían la subida. Por ello llamé a mis contactos más cercanos. *Eva y Sal*.

—¿*Carim?* ¿*Qué ocurre?*

—*Llama a Nicolás...*, *tráelo a esta dirección*. —Mentalmente le indiqué el sitio donde estábamos y cerré la comunicación.

Una mano se posó en mi hombro y me giré para encontrar a Leiden ahí parado detrás de mí, sosteniéndome. Noté su rostro triste y quise abrazarlo para aliviar su pena. Me detuvo con la mano y señaló la sangre en su pecho. No había visto el corte en su totalidad, pero ahora se veía muy feo, tenía una cortada que iba de su pezón izquierdo a su cadera derecha. Mis manos tocaron su piel suavemente, y temblé ante la idea de que alguien lo había lastimado y no había estado allí para ayudarlo.

—No es nada, tranquila. —Me dio un beso en la frente—. Vamos, debemos irnos. Los demás llegaron a ayudar con esto, pero tú debes estar en lo de Laicot en menos de media hora. Será mejor que nos movamos.

Lo observé atontada.

¿Cómo podía ver algo como eso y seguir diciéndome que estaba todo bien?

Me empujó al ascensor y llegamos a su piso. Entré aún en el mismo estado.

Me senté en la cama mientras lo veía recolectar su ropa del suelo. Tomó del armario, que yo había revisado, una camisa negra y se colocó unas botas. Imaginé que se tomaría un baño pero no lo hizo; tal vez pasará por su casa antes de ir al club; no lo sabía.

Alguien debería verle las heridas, había visto marcas recientes de cortadas y golpes, pero esto lucía peor.

—¿Qué ocurrió ahí? —Tartamudeé. Se giró observándome como si no supiera que decir.

—Alguien entró. Tengo una pista por las descripciones de la mujer, pero puede que haya más de lo que creemos.

—¿Más?

—Sí, la mujer dijo que corrieron escaleras arriba cuando huyeron; yo no pude verlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees? —El sarcasmo en su voz me sulfuro—. Básicamente, lo resumiré así: no pude verlo escapar porque tenía a uno de ellos cortándome en pedazos —siseó arrugando el ceño y levantando una ceja marrón.

—No me hables así —le dije firmemente mientras arrugaba la frente—. Sabes a lo que me refiero.

—Decidí luchar contra él un poco más hasta que puso distancia y tomó a la mujer y amenazó con romperle el cuello. —Levantó los hombros en un gesto desinteresado que imaginé que se forzaba a hacer para no pensar en eso—. Cuando fui por ella corrió.

—¿Qué hay arriba?

—Nada. —Se sentó a mi lado mientras terminaba de calzarse la media del pie izquierdo—. Solo la azotea, eso es lo peor. Hay bastante sangre como para que Vívika realice unos exámenes de especie, pero el niño que se llevaron... —Sacudió la cabeza cerrando los ojos—. Debo hablar con Zander, pero lo haré luego de que te deje en lo de Laicot. No quiero que sospechen, bastante es que me han visto a mí —y a ti, no lo dijo pero lo vi en su cara—, puede que si tardamos en llegar aten los cabos, o alguien los ponga en alerta.

Asentí en silencio mientras me estrujaba las manos. Intenté cerrar los ojos, y Leiden me tomó las manos y acarició mis dedos manchados con sangre.

—Necesito que te recompongas. ¿Me oíste? —Su tono era autoritario, duro, casi como si le hablara a un soldado mientras en su cara se traslucía su desaprobación—. Luces como una gata mojada y no pueden verte así. Tus nervios están a flor de piel. ¿Acaso no les enseñaron a controlar las emociones? —protestó con desdén.

Las palabras sonaron como cuchillos para mí. Lo miré demostrándole mi desagrado; quería que supiera qué tanto me molestaba mientras intentaba tomar el control de mis expresiones.

—Sabes..., eres un maldito cuando quieres.

—Lo sé. ¿Qué quieres que te diga? Qué todo estará bien. —Acarició mi cabeza como si estuviera calmando a una niña, y aparté su mano de un manotazo—. ¿Te calmaría si te dijera que todo irá bien? —masculló—. Bien, tranquila, Carim, todo estará bien. La sorna en su voz sonó sin gracia, y lo escruté con la mirada.

Se levantó lentamente y caminó hasta una puerta que no había visto, encendió la luz y noté el baño. Lo escuché abrir la canilla y regresar con un paño mojado en las manos.

Se acuclilló junto a mí y me limpió cuidadosamente las manos, mientras yo intentaba procesar sus cambios de humor.

¿Cómo cuernos podía pasar de ser un caballero a un patán, a un idiota, y volver a ser un caballero?

No pude reconocer al hombre que conocí en la batalla hace meses, y menos al hombre que me había lanzado crueles palabras hace unos instantes.

Este lucía mucho más calmado y triste. Totalmente distante.

—Puedo hacerlo sola —le espeté y sus ojos se enfocaron en mi cara. Una palabra se atascó en sus labios, pero no le di tiempo.

Mi gata quiso abrazarlo pero me negaba a hacerlo, me negaba a reconfortarlo

cuando sus palabras habían sido más crueles que nunca; tal vez aquello solo lograra hacerlo sentir peor, o que terminara de arruinar mi cara, y Leiden estaba en lo cierto.

De nuevo.

Tomé una bocanada de aire y caminé hacia el baño. Cerré la puerta con fuerza y me detuve a mirarme al espejo; me gruñí mentalmente cuando noté las marcas rosas bajo mis ojos. No recordaba haber llorado pero parecía que lo había hecho. Salí del baño en búsqueda de mi bolso y volví a meterme dentro. Sentí los ojos de Leiden siguiéndome todo el tiempo, pero no me detuve a mirarlo. Sus palabras habían calado hondo en mí y no era momento para lucir angustiada; mágicamente él lograba despertar todas mis emociones y ahora no era el momento para tenerlas apretándose el pecho. Volví a concentrarme en mi reflejo y saqué el corrector de ojeras y me coloqué una capa. Tomé el rímel y unas sombras oscuras, y un labial rojo. Me arreglé el cabello y acomodé mi ropa, al igual que mi sonrisa.

—Compórtate —me dije y salí.

Debía aparecer en el club y plantar cara allí en menos de media hora y ver si lograba averiguar algo más. La sola idea de ir nuevamente a ese lugar me hizo temblar.

—¿Irás? —pregunté más para mí que para él, pero noté que había hablado en voz alta porque me miró.

—Estaré ahí. Lo prometí ¿recuerdas?

Claro que lo hacía, pero ahora necesitaba una mano amiga y él era lo único que tenía a mano. Deseaba tener a Eva allí, aunque mi gata me devolvió como respuesta las palabras que le había soltado a Leiden. Y no, no era bueno tenerla en aquel lugar, quería saltar a su cuello y ese no sería ni el lugar ni el momento.

Leiden se levantó y caminó hacia la puerta y lo imité.

No podía imaginarme sola en ese lugar.

¡Mierda, necesitaba a mis hermanas! Por más que quisiera arrancarle un pedazo de Eva.

Ahora Leiden era como mi puerto seguro, aunque por momentos era un completo idiota; lo era, era aquel en quien podía guarecerme. Salimos para subirnos al ascensor. Escuché las voces provenientes del piso de abajo. Oí a Nicolás y me apreté junto a Leiden. Después de estos minutos de soledad tendré que fingir indiferencia nuevamente.

Nos metimos dentro mientras intentaba comprender dónde había quedado la gata que había luchado contra los ángeles, contra Mikela.

No lo sabía, pero más vale que recobrara mis ovarios pronto o perdería la cabeza entre las hormonas y la sangre.

Mientras el ascensor se movía hacia la planta de subsuelo, lo observé. Lucía serio y mi gata luchaba por decir algo, por gruñir algo. Estudié su cuerpo marcado,

sabiendo que bajo aquella ropa él estaba herido, pero no hizo nada para demostrármelo; debía luchar igual que él. Antes de que la puerta se abriera y nuestro momento juntos terminara, detuve el ascensor en seco dejándolo trabado entre la planta baja y el subsuelo.

—¿Qué haces? —preguntó casi en un tono frustrado o cansado.

—Quiero que sepas dos cosas: una, no me trates como si fuera una más de las hembras con las que te revuelcas y a las que ni te molestas en volver a ver, ¿oíste?

Se planto frente a mí mirándome desde toda su altura.

—Discúlpame, pensé que habías sido tú la que había dicho «no soy una asesina de la S.A., soy una prostituta, trátame como tal». —Repitió mis palabras, e incluso imitó mi voz sonando chillona e infantil, y mis mejillas se colorearon.

—Sí, pero, no —gruñí temblando por la rabia.

—¿Sí o no? Decídetes, Carim. —Sus dientes estaban tan apretados que podrían partirse.

—Sabes a lo que me refiero —grité indignada—, en la cama, tú, tú, yo...

—Oh por la diosa, ¡vez un poco de sangre y ya te pones histérica! —Susurró altanero.

—¡Piensa lo que quieras Leiden!, pero déjame decirte una cosa..., no me hables así..., no lo toleraré, y dos, ¡y para que quede claro! —le dije mirándolo a los ojos con una intensidad que se tradujo en preocupación en sus rasgos— si no quieres que mate a Carrie, que ni se te ocurra acercártele.

—Carim —murmuró.

—Lo que oíste. Esta hembra histérica y llorona entrará en estado de descontrol y matará a Carrie y cuando quieran enjuiciarla dirán que tan solo respondía a un estrés post traumático por ver... SANGRE.

Intentó tomar mis manos y acercarme a él, pero la gata en mí se erizó y se encorvó. No importaba cuánto significase lo que habíamos hecho para él. Importaba para mí y debía decírselo; no sería honesto matar a Carrie sin una advertencia. Además, no se libraría de mí tan fácilmente.

A fin de cuentas, quien advierte no traiciona, ¿cierto?

—Carim —ya me estaba cansando el modo en que gruñía mi nombre.

—¡Carim, nada! Voy a matarla y voy a... —Él cortó mi berrinche con un beso, y Lo alejé dándole un golpe en el pecho. Cuando se alejó, le gruñí en advertencia—. Lo dije en serio. Voy a castrarte. Cuando estés allí, solo será conmigo.

—No puedo. —Dijo, y volví a gruñirle. ¿Cómo que no podía? ¿Acaso era un psicópata sexual?—. Se darán cuenta de que algo ocurre —dijo recostándose afablemente contra uno de los muros del ascensor.

¡Maldición!, lucía condenadamente sexy.

No, no, no, usa la cabeza.

—No, no lo harán. —Me negaba a dar el brazo a torcer. Imaginar a Leiden bailando con otra. Leiden tocando a otra me ponía enferma.

—Pueden matarte si es lo que creemos, si están detrás de las desapariciones no lo dudaran. Te liquidarán. ¿Lo entiendes, no? No respirarás más, estarás muerta o, peor, siendo usada como banco de sangre —afirmó.

Pero si creía que con un par de palabras crueles me amedrentaría estaba loco.

—¡Voy a matar a Carrie y entregárselas en una bandeja, Leiden! —Le advertí apuntándolo con el dedo y haciendo mi voz un octavo más amenazante que antes—. Le quitaré yo misma la sangre y se la envasaré como regalo, y, de paso, cortaré tus pelotas. —Me moví hacia él tan rápido que no pudo anticipar mi movimiento, le tomé los testículos con fuerza y él gruñó—. Y ese será mi *souvenir*. ¡Gata enojada, las pelotas! ¿Oíste? Como te vea, te castro y tendrás que usar tu dedito para todo, si es que alguna hembra vuelve a intentarlo contigo.

—Cariño —susurró con sarcasmo en la voz y una media sonrisa, que quise borrar de un golpe, mientras quitaba mi mano de sus testículos—. Tú solo bailas. —Dijo y me giré enfurecida—. ¿Piensas que ellos se creerán el rollo de que solo vengo por un baile cuando...? —Su boca se cerró de golpe y chasquéé los dientes, y giré para mirarlo a los ojos.

—Cuando... —murmuré dando un paso hacia él.

—Cuando me he acostado con casi todas las hembras de aquel lugar y, a veces, incluso dos por noche. —Sonrió de lado y lo empujé con fuerza. Expulsó el aire de sus pulmones de golpe y sus ojos formaron una línea—. Piensas que se creerán el rollo...

Maldito hijo de puta.

—¿Te has acostado con una o dos cada noche?

Su respuesta fue un suspiro y me crucé de brazos enfurecida: una cosa era imaginarlo, y otra muy distinta es que él...

—Harás que se lo crean..., que se crean que solo vienes por un baile.

—O ¿qué? —amenazó.

Cabreada, y totalmente sulfurada, no respondí. Bien, a él no le interesaba estar con otras, así que no debía molestarle que estuviera con otros, ¿no?

—Lograré que me dejen hacer algo más —dije, trazando mi plan mental.

Bien. No importa.

Había más de un modo de lograr que entendiera mi punto.

—Laicot es infalible en eso, ella... —agregó, y gruñí. Ella podía ser lo que quisiera pero ya veríamos cómo reaccionaba su lobo cuando me viese con otro.

—Voy a cortarte en pedazos, Leiden, las tocas... y las mato. Voy a conservar tu pene en formol para usarlo como consolador, así que cada vez que me veas feliz y radiante, recuerda que es el pene que te corté, por ser tan idiota, lo que me hace gemir

en las noches.

Volví a pulsar el botón del ascensor y este continuó con un letárgico movimiento. Las puertas se abrieron al estacionamiento y conseguí, por fin, un poco de aire fresco.

Salí a la oscuridad dándole la bienvenida.

Estaba cabreada de solo imaginarlo; no podía ni pensar qué pasaría si lo viera. Pero eso no quería decir que jugaría limpio. Nunca lo haría.

Me subí al coche sin decir nada más. Era mejor que él cerrara el hocico porque lo próximo que saldría de mi boca sería pedirle a Nicolás que lo quite de ese lugar y pusiera a otro. Un remordimiento me tensó las entrañas. Podría hacerlo, pero soy mezquina y cobarde porque por más que no lo quiera cerca de ninguna otra hembra, lo necesito. Lo necesito allí. Lo sé, lo sé, estoy siendo estúpida, pero lo quiero ahí...

Ya en el coche, podía sentir a la gata a mi lado, ni un rastro de la humana.

¡Maldición!, sabía que era mi culpa... No sabía por qué estaba actuando de ese modo: por momentos parecía estar sufriendo el extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde. Por momentos me sentía calmado y controlado como el doctor Jekyll, y por momentos, simplemente, me convertía en señor Hyde, descarado y molesto.

Carim estaba molesta, enojada, pasando de un estado al otro en un chasquido de dedos. Ella no debía haber visto todo aquello, *punto*. Podía intentar lucir fuerte, pero había visto el dolor en sus ojos, el miedo irradiando de su cuerpo. Luego de haber compartido la proximidad de nuestros cuerpos, de haber estrechado su cuerpo, me sentía impotente de no haber logrado evitar que ella viera el horror al que estaba expuesto constantemente. Además, estaba el hecho de que, personalmente, no me había gustado hacerlo con ella en ese lugar. Pero cuando me había tomado el lobo, sabía que estaba perdido, y su gata había dado la bienvenida al animal en mí y no podía luchar contra eso. Nadie podía..., bueno, también tenía los testículos doloridos. ¿Por qué mierda debía ocurrirme justo a mí?

Mejor que Hass nunca lo supiera o me torturaría de por vida.

Bueno, sí, también después de todo eso, también estaban las palabras estúpidas que había utilizado con ella. Aquella forma de hablarle, de tratarla, no era propia de mí; pero me sentía impotente y ella debía de estar enojada. Al menos el estar enojada la haría estar alerta.

Carim era tierna y dulce, no merecía estar metida en esto y no hallar un modo de sacarla de esto me estaba fastidiando.

¿Con qué mierda se había drogado Nicolás el día que decidió enviarla?

Justo a ella.

¡Definitivamente, estaba drogado!

Así que ahora estaba a mi lado, cabreada, y con el odio consumiéndola. Odio dirigido a mí, por supuesto. Y me lo merecía. *Lo sé.*

Pero la prefería así, pues el mundo en el que se sumergiría ahora no necesitaba a la mujer dulce, necesitaba una mujer fuerte, cabreada, capaz de estar atenta al primer golpe que le tiraran.

Al menos así sobreviviría.

Parte de mí se regocijaba con sus celos; me gustaba sentir cómo la distancia entre ambos disminuía, el sabor dulzor de cada picor de celos encendía mi lobo. Así que por mí, estaba bien así, porque, si había una cosa que me había gustado desde el día que la conocí, era hacerla enojar. Sus mejillas color leche se enrojecían; sus ojos

brillaban mostrando la naturaleza de la hembra que habitaba en ella.

Mi lobo gruñó, pero me negué a escucharlo. Ahora no era el momento para consolarla, era el momento para que fuera fuerte y aguerrida; ya podría ser tierna y dulce cuando la encerrara en las profundidades de mi cuarto.

Si es que no me rebanaba el pene antes.

Una y otra vez mi mente se enrollaba en la idea de alguien entrando al edificio, robando al niño y matando al padre.

Otro niño.

¡Maldición! Lo conocía, lo había visto corriendo por las escaleras, escapando de sus padres..., había hablado con él, y esos bastardos se la había llevado y debía encontrarla.

Revolviendo una y otra vez las escenas, sabía que por más que le diera vueltas, solo algo que tuviera alas podría haber salido de allí pitando como lo hizo..., y luego estaba Carim y el peligro al que había estado expuesta. Ella había bajado minutos después por esa escalera.

¿No los había visto?

¿Era posible?

—¿Qué? —me preguntó molesta un minuto después de notar que la observaba mientras estamos parados en un semáforo.

—¿No los viste bajar? —pregunté.

—¿Crees que si los hubiera visto no hubiera, no sé, golpeado a los tipos? ¿Tan estúpida me crees? —gruñó.

—No, solo que es raro —susurré.

—¿Por qué? —dijo cruzándose de brazos.

—¿Qué ser puede desmaterializarse para que no lo podamos ver? ¿Qué ser puede hacerlo y también sabe volar?

Antes que me pudiera responder, mi teléfono sonó. Rápidamente lo conecté al coche y vi la imagen de la compañera de Zander. La sonrisa de Vívika era la identificación que nos motivaba a todos: verla sonreír era relajante, no había rudezas en ella, no había maldad, solo aquella sonrisa que nos hacía creer que no todo estaba perdido. Había tomado la foto meses atrás cuando Zander se había unido a ella.

—¿Leiden?

—¡Eh, Viv! —murmuré sonriendo de lado.

—¿Cómo estás? La mujer le dijo a Nicolás que un hombre había sido herido, y se negó a decir tu nombre, por lo que imagino que no es la primera vez que la sacas de algún problema. Ah, y antes de que puedas negar nada, quiero que sepas que sé sumar dos más dos; así que guárdate lo de «estoy bien» y todas las demás chorradas, porque ya no me lo creo. Además, el paradero del antro ese al que llaman «*el gran follador*» es conocido por todos —concluyó con la voz sulfurada.

Lo habíamos bautizado así luego de un período en el que Hass se había obsesionado, por el año dos mil, con las películas del universo imaginario de J. R. R. Tolkien y en la obra *El Señor de los Anillos*, y en la película, la cual nos había hecho ver más de cien veces. Todos los viajeros se detenían a beber y buscar diversión en la posada El Pony Pisador, y cuando había encontrado ese apartamento, lo habíamos denominado del mismo modo. *O algo así.*

—El gran poni follador —la corregí sabiendo que eso la irritaría aún más. Escuché un gruñido del otro lado en respuesta—. Tengo un pequeño corte que va...

—¿Pequeño? —Carim se giró para mirarme con la furia cruzándole el rostro—. No es pequeño.

—¿Carim? ¡Oh cielo!, estás bien...

—Lo estoy, pero él no lo está.

—¿Sabes que estoy aquí, chicas? Y puedo oír las.

—Lo sabemos —respondiendo a dúo.

—Como te dije, no está bien —añadió Carim dándome un golpe en el pecho, uno que realmente dolió.

—Lo sé, llevo unos meses conociendo a estos niñatos y sé que se hacen los duros, pero juro que vi a uno de lo más duro llorar; así que, dime cariño, ¿qué tan grande es?

Sacudí la cabeza al escuchar la voz calmada que impostaba Vívika, aunque sabía que como médica estaba tratando de reunir toda la información posible.

—Como un dedo de ancho y llega desde su pezón izquierdo a la cadera derecha, y sangra, puedo olerlo.

—Estoy bien, no es tan grave —repetí cortante, pues odiaba que tuvieran pena de mí.

—Ignóralo —le dijo Vívika a Carim, y siguió hablando como si no estuviera ahí.

¿Qué había pasado con mi vida? Primero tenía dos hermanos y mi centinela, nada de mujeres que se preocuparan por mí, y ahora tenía dos en menos de... muy poco tiempo.

—¿Algo más?

—Huele raro.

—Huele a sangre —repliqué mientras doblaba hacia un callejón donde pensaba dejar a Carim. Desde aquí podría observarla llegar al club.

—No, he olido la sangre, aunque no lo creas, conozco su olor, y no es la primera vez que la veo, Leiden, y esto es raro, huele a... —arrugó la nariz, y la observé sacudiendo la cabeza mientras su cara se acercaba a mi estómago.

—Cualquier excusa te viene bien para chuparme el pene, ¿verdad cariño? —Riendo tomé su cabeza intentando acercarla a mi entrepierna, pero ella forcejeó y me dio un golpe en el muslo.

—¡Eres un hijo de puta, Leiden!

—¡Maldición!, Leiden, ¿puedes ser tan cabrón? —me reprochó Vívika.

—¿Qué? —dije con una sonrisa colgando de mis labios.

—Viv, huele a moho, o algo así. O tal vez tan solo sea mi deseo de que te pudras —replicó sonriendo con malicia.

—¡Mierda!

—¿Qué? —preguntamos ambos al unísono ante la palabrota de Vívika. Y mi humor se fue en picada.

—Brujas, Leiden..., brujos —respondió exasperada.

—Eso explicaría cómo se alejaron de allí sin que los viera —concluyó Carim quitándome la pregunta de la boca.

—¿Qué tipos de brujos? —pregunté alarmado, pues había conocido varios, y la mayoría me causaban desconfianza. Bueno, no, mejor dicho, los odiaba. Hass decía que tenía brujofofia, si es que eso era una palabra.

—¿No me digas que le temes a los brujos? —Me chicaneó Carim burlonamente.

—No les temo —gruñí en respuesta.

—Claro..., cariño —dijo sonriendo con malicia—. Se nota en cómo tu pene se encoge.

—¡Que te den! —repliqué.

—Lo han intentado —murmuró, y puso una mano en mi entrepierna y estreché mi mirada sobre ella—. Pero no fue «tan» macho como creía y no pudo acabar. —Sonrió y le gruñí—. ¿Cómo se le dice a eso Viv? Ah, disfunción eréctil.

—Voy a cogerte tan duro, Carim —le gruñí cerniéndome sobre ella—. Y no tengo distensión eréctil.

—¡Oh, por la diosa! —Me empujó desde el pecho logrando que volviera a mi asiento—. No prometas cosas que no puedes cumplir.

—¡Se dice disfunción, Leiden. Disfunción! —gritó Vívika desde el otro lado de la línea.

—Como sea —repliqué mirando a Carim.

—¡Diosa Vatur, ampárame! ¿No quiero saber nada de eso, está bien? Ya con solo enterarme de lo de la disfunción... —murmuró Vívika y me la imaginé tomándose de la cabeza.

—¡Que no tengo distensión! —gruñí.

—¡Disfunción, Leiden, es solo una palabra...! —gritó Carim.

—¡Eh..., chicos...! ¿Conocen el término DI? Demasiada información. Bueno, este es el mejor momento en el que ese es el término que usaría.

—¿Qué más sabes Viv?

Carim dejó de mirarme y volvió la atención a la llamada. Vívika bufó aliviada, aunque yo no podía apartar mis ojos de Carim.

Disfunción eréctil y su condenada madre.

—Sabíamos de la posibilidad de que este o estos malditos estuvieran trabajando con un grupo de *Witchcraft*, aunque hemos oído por ahí que se hacen llamar solo *The Craft*.

Aquello volvió mi atención a la gata del otro lado del teléfono.

—¡Espera, espera! ¿De qué hablan?

Wow!, demasiada información, ¿conocen el término?

—*Witchcraft* se aplica a los brujos que trabajan con la magia de la religión neopagana de La Wicca —me aclaró Carim con superioridad, o al menos lo intentó. Al cabo de un minuto Vívika volvió hablar de forma burlona.

—*Nop, creo que debes darle más información, Carim. No lo ha entendido* —dijo Vívika desde el otro lado y la escuché recoger cosas mientras seguía al teléfono. ¿Cómo demonios hacía para estar en ambas cosas a la vez?

—Sus seguidores son conocidos como *wiccanos*. ¿Me estás escuchando? —Volví mi atención a Carim estrechando los ojos—. Gerald B. Gardner la popularizo como un renacimiento de la llamada Antigua Religión, él alegaba que había encontrado parte superviviente del antiguo culto de la brujería del aquelarre de New Forest, en la región de Hampshire en Inglaterra. Ellos rinden culto a un libro llamado *Libro de las sombras*, el cual mantienen en secreto y tan solo los iniciados y pertenecientes a sus *coven* tienen acceso a él, es como el *bestiario* o el *grimorio*, siglo tras siglo se iba recabando información y era plasmada en el libro ya que la mayor parte de la información es transmitida de forma oral.

—Eso me gusta —susurré en voz baja, pero Vívika pareció oírlo y me maldijo desde el otro lado.

—*¡Leiden! Deja de pensar con el pene, debes dejar de juntarte con Hass, mierda, ese maldito súcubo.* —Maldijo Vívika.

—Íncubo —la corregí y me gruñó.

—Se han propuesto en estas décadas diversos *Libros de sombras* públicos, como por ejemplo el editado por «Lady Sheba», o *El encargo de la diosa*, los que han sido adoptados por los practicantes. Para muchos, esta religión gira en torno a dos dioses principales, el Dios y la Diosa, que son observados como polaridades masculino-femenino. El símbolo de la diosa es una luna al centro con una luna llena con un cuarto creciente y un cuarto decreciente a sus lados.

Mientras Carim seguía hablando me detuve a pensar en eso. El tipo que golpeé llevaba un tatuaje en su pecho, sobre su corazón...

—Espera, aguarda. ¿Cómo sería el símbolo del dios? —pregunté.

—Es representado con un círculo y luna decreciente en la parte superior como si fueran cuernos; incluso se lo llama Astado.

—Chicos, buscaré el resto de las cosas. Leiden búscame en tu casa. Y deja de hablar de ese modo, no es propio de ti, debes dejar de copiar esas cosas de Furcht.

Últimamente comienzas a parecerle. —Vívika se despidió y la saludamos mientras Carim volvía su atención a mí.

—¿Por qué lo preguntas?

—El tipo al que golpeé llevaba un símbolo sobre su lado izquierdo.

—En su corazón.

—Sí...

—¿Cómo era?

—Como un... —cerré los ojos recordando la imagen que había visto.

—¿Un círculo y una luna decreciente encima? —preguntó.

—Sí, como una cara con cuernos. ¿Cómo demonios sabes tanto?

—Leo mucho y estudio; además, la fuente de información proviene también de mis hermanas.

Nunca lo había pensado de ese modo. Si buscara algo de esto en las mentes de Hass y Furcht, estaba seguro de que no hallaría nada.

¡Maldición!

—Sigue, ¿qué más sabes *enciclopedia*? Háblame. —Me dio un golpe en el brazo y sonrió.

—En algunas ocasiones son simbolizados con el Sol y la Luna; por estas asociaciones lunares, la Diosa es concebida en un aspecto de Triple Diosa como «Doncella», «Madre» y «Anciana». El Dios Astado es la chispa de la vida dentro de Ella. Las manifestaciones naturales expresan alguno de los cuatro elementos arquetípicos: Tierra, Aire, Fuego y Agua, y suele añadirse un quinto elemento denominado Espíritu, Éter o Akasha. Los elementos son simbolizados por el Pentagrama, que entre otras cosas representa los cuatro elementos con el Espíritu en la parte superior. Al trazar el círculo mágico para los rituales religiosos, además de los dioses se invoca a los cuatro elementos que se corresponden con los cuatro puntos cardinales. Siguiendo el orden: Este, Sur, Oeste y Norte. Los practicantes se agrupan en denominados *covens* o aquelarres, que tradicionalmente tienen trece miembros como máximo. Están dirigidos por un sumo sacerdote y una suma sacerdotisa.

—Eso nos deja con quince malditos allí afuera —añadí.

—Algo así —me dijo y volví a mirarla.

¡Maldición! Otra vez me había portado como un estúpido. Maldito míster Hyde.

Ella era tan pequeña y sonrojada, sus ojos brillantes, toda esa inteligencia y seducción en un mismo cuerpo en el que podría retorcerme por toda la eternidad.

—Lo sé, aburro, pero pensé que querías saberlo.

Carim lucía avergonzada después de que las palabras terminaran de brotar de sus hermosos labios rosados, como si la grabación hubiera acabado dejándola avergonzada. *¡Maldición! No podía estar cabreado con ella.*

—No aburres. —Le di un beso profundo metiéndome en el interior de su boca,

invadiéndola, y sí, allí estaba el maldito doctor Jekyll, al menos había logrado que se relajara. Cuando se alejó me dedicó una sonrisa.

—Debo irme.

—Sí, sería lo mejor.

—Espero que Vívika te cure y regreses —murmuró esperanzada.

—Estaré aquí en cuanto menos lo pienses, y lo lamento —añadí y ella volvió a sonreír.

—La verdad es que estás en lo cierto —una sonrisa curvó sus labios—, buscaría cualquier cosa para chupártela.

¡Diosa!, esas palabras lograron que mi erección volviera, doliendo como una condenada; cerré los ojos y gruñí mientras me golpeaba la cabeza contra el asiento.

—Eso no es justo —rezongué, y ella se relamió los labios.

—Recuerda lo que te he dicho... —me dijo mientras se bajaba del coche y se marchaba directo al club.

La seguí con la mirada hasta que entró en el local y recién ahí dejé que el dolor se filtrara libre por mi cuerpo. No solo mis bolas punzaban, todo el cuerpo me dolía y comencé a maldecir por el malestar que me oprimía el pecho. Instantáneamente volví a tocar el teléfono y llame a Vívika.

—¡Viv!, calmantes, muchos. Muchos, muchos calmantes. Muchos y fuertes calmantes...

—¡Oh, mierda! Sabía que no podía ser solo un rasguño. Menos mal que cargué mucho más de lo que necesitaba.

—Lo lamento, no podía decirlo frente a ella.

—Lo imagino, ella te importa, pero le hablas como un cavernícola y la tratas como una de esas con las que te acuestas, y te diré: ojo con lo que dices... o se te volverá en tu contra.

No pude decirlo, pero Vívika lo entendió.

—Te quiero aquí en cinco minutos, Leiden.

—Estaré allí.

Si no me desmayo antes.

El camino fue rápido. Subí por el ascensor tomándome el pecho y recostándome contra la pared; la sangre se había filtrado por mi ropa y noté cómo la tela estaba humedecida. Ni bien abrí la puerta, Vívika me arrastró a la mesa y me obligó a tumbarme boca arriba.

—¡Oh mierda, Lei!

—¿Tan mala es? —pregunté haciendo una mueca.

—Piensa en algo lindo..., ¿vale? Espero poder sacar toda la carroña que te pusieron dentro. Tú, solo piensa en algo lindo —murmuró agitada. Podía ver en su rostro la preocupación.

—¿Carroña?

—Sí, es lo que Carim olisqueó en tu herida.

—¡Maldición! —Odiaba eso.

—Lo sé, pero ahora quédate quieto, cuanto más rápido lo saquemos mejor será para ti. Lo lamento, cariño, pero esto va a dolerte. —Acarició mi frente intentando calmarme.

—Puedo soportarlo... —gruñí sintiendo otra oleada de dolor.

—Cuéntame algo, no sé, por ejemplo ¿quién te puso Leiden?

—Fue mucho después. —Mi voz se entrecortó cuando ella me colocó un líquido que hacía arder la herida—. Mucho después de que me volviera un asesino —gruñí obligándome a quedarme quieto—. Odiaba quien era y odiaba mi verdadero nombre, por eso entré a la S.A.

—No me dirás tu verdadero nombre, ¿cierto? —susurró sin apartar los ojos de mi herida, pero si había algo más doloroso que la herida en mi pecho, era mi pasado. Tan solo pensar en ello me revolvió el estómago, no podía ni recordar lo que había sido. Esa vida había quedado atrás, yo lo había querido así, había luchado en olvidar, olvidarlo todo.

—Sé que puedes conseguirlo de otro modo —respondí sin más.

Ella sonrió. Sabía que Vívika tenía un acceso casi ilimitado a la información, y con eso a todas nuestras fichas, así que si ella me lo preguntaba era más por no abusar de nuestra confianza.

—Lo lamento —susurró.

—No lo hagas, no vale la pena —confesé, y me acarició el cabello como a un niño y sonreí con la tristeza atravesándome.

—Sí, vales, Leiden, tú lo vales, tú sí importas —afirmó Vívika y se aclaró la voz esquivando mi mirada. Tan solo aquellas palabras valían más para mí que cualquier

cosa.

Una punzada de necesidad me aguijoneó.

Nunca había sido valioso para nada ni para nadie. Al comienzo me había dolido enterarme de que Vívika conocía mi pasado, pero con el tiempo había decidido que no me arrepentía. Ella nunca hablaba de eso, tan solo me daba lo que necesitaba, una caricia cuando la necesitaba, una palabra de aliento. La medicina justa para nuestras heridas.

Era como aquel médico que no se compadece de las heridas de la persona que tiene que atender, y simplemente se dedicaba a suministrarle la medicina que necesita para sanar. Sin compasión, sin miradas esquivas. Solo lo que necesita para sanar.

Y eso hacía conmigo.

Me ayudaba a sanar.

—¿Por qué «dolor»? —preguntó cambiando de tema—. ¿Por qué decidiste llamarte dolor?

—Porque no había un mejor nombre para mí: mis umbrales de dolor son muy altos, por lo que lo soporto mejor que otros, y, además, es lo que mejor sabía hacer, causar dolor.

—¿Y tus hermanos, qué hay con ellos?

—Bueno, ¿has visto alguna vez a Furcht enojado? —pregunté, y ella negó con su rubia cabeza y sonrió mientras yo intentaba soportar otra oleada de dolor—. Bueno, cuando llegó, todos le temían, nadie quería entrenar con él, ni mirarlo, por lo que cuando entraba a un sitio, mágicamente terminaba quedándose solo. Por eso le llamamos: «terror». Era lo que causaba a todos.

—Y ¿Hass? Ese íncubo me saca de mis casillas. Si me hubieran preguntado, habría dicho que lascivo o promiscuo sería un buen nombre para él. —Rio y la imité, pero me arrepentí al instante: el aguijonazo me cruzó el pecho haciendo que me tensara.

—Hass estaba allí como un lobo atrapado en una trampa. Gruñía a cualquiera que se le acercaba, ¿sabes?, y peleaba con todos, se mantenía aislado mirándonos como si tuviéramos rabia, incluso a las hembras.

—No puedo ni siquiera imaginarlo —añadió con seriedad.

—El maldito íncubo estaba más alerta que cualquiera de nosotros y evitaba el contacto con todos. Nos miraba con tal desprecio que la mayoría lo evitaba al punto de sentarse del otro lado de la sala y no cruzar su mirada por nada en el mundo. Nos observaba como si nos odiara por algo que no sabíamos.

—Quieres decir que básicamente odiaba a todos —concluyó, y asentí.

—Sí, por eso el nombre. Cuando nadie quiso trabajar con nosotros, decidieron colocarnos juntos. Y bueno, rezarle a la diosa que si nos matábamos no hiriéramos a ningún inocente.

—Así que pensaban que se matarían, ¿eh? —murmuró sonriendo de lado.

—Sí, nos acomodamos con el tiempo, no fue todo color rosa, hubo peleas, lastimaduras, y luego, simplemente..., nuestras mentes se unieron, y aprendimos que éramos más parecidos de lo que creíamos y comenzamos a ser Dolor, Terror y Odio.

—El trío dinamita... —dijo y me guiñó el ojo—, mi trío preferido, cariño. —Me besó la mejilla—. Estás listo.

Fruncí el ceño, pues no sabía cuánto tiempo había pasado recostado con ella hurgando en mi herida, pero, por lo visto, Viv se volvía cada día más hábil y rápida. Me senté lentamente para mirarme el pecho. Vívika me había cosido de punta a punta en menos de una hora.

—¿Cómo mierda...? —dije palpándome la herida ahora cerrada.

—Oh muchacho. —Me tomó del brazo y me ayudo a bajar de la mesa—. No tienes idea de lo que un poco de anestesia local y un poco de charla puede hacer.

—Debo ir con Carim. —Me dio un beso en la mejilla—. Gracias Viv...

—¿Qué harían ustedes sin mí? —dijo orgullosa.

—Quemarnos en el infierno y básicamente solo morir —admití.

Me dirigí rápidamente al baño y me quité la ropa a los tirones, me metí en la ducha y eliminé la sangre, ya que cualquiera con buen olfato sabría que había luchado con algo, y si ese algo pertenecía a lo de Laicot, estábamos muertos. Me calcé nueva ropa en menos de diez minutos. Vívika seguía guardando cosas en su maletín cuando salí. Me observó y sonrió.

—Viv. —La lengua se me pegó al paladar casi impidiéndome hablar, y sacudí la cabeza intentando estabilizarme. El mundo se movió ante mis ojos y tuve que apoyar la mano en el muro para no caer.

Sentí que el *flashback* llegaba como una puñalada a mi mente, arrojándome imágenes que no quería ver. No ahora, por favor, murmuré.

Moví la cabeza tratando de alejar la sensación que me recorría la espalda apretando mi columna vertebral, comencé a agitarme intentando zafarme, pero era como si algo tirara de mí, algo potente que hacía latir mi herida. Mi mano voló a mi pecho, y un sonido áspero se escapó de mis labios. Volví a sacudir la cabeza para centrarme en la realidad, pero me era casi imposible.

—¿Leiden? ¿Me escuchas?

Por un instante mis ojos se nublaron y al segundo siguiente la imagen de Vívika mirándome preocupada apareció frente a mí. Suspiré y le sonreí intentando calmarla.

—¿Crees que...? ¿Crees que...? *Aggg* ¡mierda! —Sacudí la cabeza nuevamente cuando el sudor perló mi espalda, y mis manos se tensaron. Mientras los recuerdos minaron mi mente, el sudor frío comenzó a recorrerme por el rostro y busqué la fuerza para impedir el cambio... impedir lo que sabía que vendría. Había sufrido un ataque la noche anterior y mis hermanos me habían sacado de allí, como les había

enseñado, pero Vívika no podría hacer mucho. ¡Maldición!, debía salir de ahí antes de lastimar a alguien.

¿Qué mierda me pasaba?

Trastabillando me tomé con fuerza de la mesa impidiendo que mis piernas se doblaran.

—*La locura, Uriel, te atacará... la locura... como lo hizo conmigo, te atacará, matarás. Matarás. Matarás. La locura. La locura. La locura nunca te abandonará..., él te buscará..., te buscará hasta que te encuentre.*

No.

—Él estaba muerto... —mascullé con los dientes apretados.

—¿Quién? ¿Leiden? —La voz de Vívika no hizo más que agitarme, la quería lejos de aquí, lejos de mí—. ¿Quién está muerto?

—Él está muerto, está muerto, muerto —susurré.

—¿Leiden?

—¡No te acerques! —le grité sintiendo las lágrimas picando mis ojos.

La imagen impactó en mí como un puñetazo, vi a mi madre allí, a mi padrastro, a mi alfa...

—*Eres un bestia asquerosa... y repugnante.*

—*No dejes que te dobleguen...*

—*Eres la vergüenza de esta familia.*

—*No luches, déjate ir.*

—*¡Maldito perro de la calle, debí dejarte morir!*

—*No puedes ganar..., la locura..., la oscuridad..., te buscará...*

—*No, él está muerto.*

—¿Leiden?

—*¡Tú nunca debiste nacer...!*

—¡Vete Vívika! —grité.

—*Nadie te quiso y ahora, ahora solo me tienes a mí, cachorro. A mí. Seré tu amo y tu señor... Seré todo lo que tendrás, seré tu noche y tu día, tu sol y tu luna. Seré cada molécula de tu piel.*

—*No dejes que te encuentre.*

Looper.

—*Y aquí lo veis, un autentico asesino... Como podrán ver, su mente está dispuesta a soportar el dolor y el cansancio.* —Un hierro se enterró en mi costado, observé la candente arma atravesando mi piel y mis músculos y no solté ni un gruñido. Lo observaba como si no fuera mi cuerpo. Como si no fuera yo—. *Estas son las armas del futuro, señores, estas son las armas que usaremos. Mírenlo, nada pasa por su mente si no se lo ordenamos. Miren y admiren mi obra. Mataremos fuego con fuego, señores. Esta es la razón por la que debemos luchar contra los impuros,*

contra estas bestias domesticables debemos darle —mi mente maldecía, mi corazón se estrujaba pero mis músculos no respondían, mi mente luchaba pero no había ni un solo dolor, ni un malestar, tan solo el negro del vacío— el trato que merecen. Atacaremos a sus bestias con sus propias bestias. Aquí lo tenéis, un asesino programado.

Luces en mis ojos, fuertes luces mientras me postraban de rodillas, con una cadena jalando de mi cuello. Y otra vez a aquella maldita habitación; ya no era gris. Había muebles y el perfume del maldito Looper por todos lados. Había destrozado el cuarto más de cien veces, pero él siempre volvía a armarlo recordándome que estaba en sus manos.

—Eres un perro de la calle al que ni su propia manada defendió. Nadie vino por ti, ¿ves?

Luego había sangre en mi boca. Corrí y corrí con las palabras de Looper en mi mente hasta que mis patas sangraron.

—Siempre serás una bestia, no importa lo que hagas... Matarás porque eso eres..., mataré a cada uno que esté a tu lado, Uriel..., a cada uno que te importe..., siempre estarás solo..., solo, ¿oíste?, y yo seré al último que verás porque soy el único que estará a tu lado siempre, de día y de noche, sin descanso, te acompañare siempre, aunque intentes ocultarme, intentes olvidarme te encontraré... porque viajo contigo, soy parte de tu ser. Cuando veas a los ojos a ese ser que te ame, recuerda que lo estás matando. Cuando sientas algo más que dolor, recuerda que allí estaré contigo para recordarte que nadie, nadie puede amarte como yo.

—¿Leiden? —Quité de un golpe la mano que se posaba sobre mi hombro, y cuando la neblina de los recuerdos se alejó vi a Vívika tomándose la mano, y en sus ojos había aprensión y lo entendí: la había golpeado. Me maldije mientras retrocedía para estar lo más alejado de ella posible.

—Debo irme... —murmuré—, lo siento Vívika.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y quise decirle que toda la mierda que ella creía que era de mi pasado aún me atacaba, pero no lo hice. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Háblame!

—Tú no entiendes... —mascullé manteniendo la distancia que me separaba de ella.

—¿Qué no entiendo? —preguntó—. Es sobre Carim..., ¿cierto?

¿Cómo se lo explicaría? ¿Qué le diría? Sí, también era por Carim, era la certeza de saber que cada vez que mi corazón se unía a ella, comenzaba a amarla, pero también comenzaba a matarla, de a poco. ¿Cómo le explicaría sobre Looper? ¿Cómo le diría que Looper había llegado a mí en el mismo momento en que mi corazón sintió algo diferente al dolor? Y qué me convertiría en una bestia asesina si me acercaba a ella.

No podía explicarle eso.

No a ella.

—No, es sobre mí... —manifesté.

—¿Leiden? Mírame... —suplicó.

—No. Debo irme —pero antes de que pudiera llegar a la puerta Vívika se interpuso.

—¡Quiero saber qué te ocurre!

—Viv, no es el momento.

—¿Por qué?

—No estoy cuerdo... —admití entre dientes—, déjame marchar.

—Escúchame.

—Vívika..., por favor.

—¿Qué ocurrió? Estabas bien, estabas... por preguntarme algo y luego.

Y luego recordé que nunca podría retener a nadie a mi lado. Que eso me convertiría en las cosas que salgo a cazar a diario.

—No importa que quiera... —murmuré—, no importa.

—Leiden, déjame llegar a ti... —imploró.

—No valgo la pena. Tan solo sirvo para matar y proteger. Protegeré a Carim.

—No, me niego a dejar que te autodestruyas; sé que protegerás a Carim y que debes irte, pero esto no quedará así. Que te quede claro eso —gruñó y se apartó de la puerta tan solo para que pasara. Mis manos llegaron a la manija, Vívika levantó su mano y me rozó el hombro—. Tan solo vuelve, Leiden, no importa qué haya ocurrido, no importa lo que hayas hecho o pasado, estás a salvo ahora —afirmó con una voz maternal. Salí y cerré la puerta antes de decir algo estúpido.

¿Estar a salvo? Nunca había estado a salvo.

Ni siquiera de mí mismo, y ahora, a cuántos peligros estaba exponiéndose por mí, y a cuánto dolor me estaba exponiendo yo. Y qué pasaría si ella me negara, y qué ocurriría si lastimara a Vívika.

Dolor, tan solo sentiría dolor, como cuando mi familia me negó el afecto que necesitaba.

Dolor.

—¡Algún día deberás admitirlo, Leiden, deberás contármelo! —gritó sabiendo que podía oírla claramente.

Hacía años que las pesadillas habían vuelto y se intensificaban cuando intentaba acercarme a alguien. Mis hermanos habían cubierto cualquier sospecha, habían ocultado muchas cosas bajo los muros de sus mentes de modo que nadie más supiera de mi dolor.

Me apoyé pesadamente contra el muro luchando con el barrido mental de cada recuerdo. El lobo aullaba dolorosamente en mi cabeza, retumbando en horrorosos

ecos que acalambaban mis músculos.

Mucho dolor.

Mis pasos se detuvieron cerca de la puerta del ascensor.

Cobarde, me dije instándome a reaccionar, a hacer algo más que parecer patético, pero parte en mi ser, se retrajo. Aquella parte que había quedado abandonada para siempre, mi lobo, se acurrucó en un rincón alejado de mi mente y haciéndose un ovillo escondió el hocico y lloriqueando. Eso era lo único que podíamos hacer, él y yo. Escondernos tras la coraza de dolor que los recuerdos nos habían dejado.

Mi madre me había negado, me había vendido claramente a su nuevo marido. Mi manada entera me había dejado para morir en manos de los Médicis, así los llamaban, como la familia florentina de la cual eran descendientes, aunque cualquier oscuro sabría que el grupo se hacía llamar los justicieros.

Adinerados y poderosos sobornaban a muchos y mataban a otros tantos. Cuando mi madre me entregó a cambio de la vida de su nuevo esposo, en mi corazón supe que nadie me ayudaría.

Y así fue.

Ninguno vino por mí.

Me recordaba llorando de niño, gritando porque alguien me sacara de la agonía, de la crueldad..., pero nadie había vuelto. Una y otra vez él había experimentado con mi cuerpo, con mi ser, usándome en actos tan depravados que tanto mi mente humana, como mi lobo, escondieron en el rincón más lejano para no volver a verlos jamás.

Cada noche me llevaba a su cama, cada noche gritaba y lloraba, pero él no me dejaba en paz... Cada día sepultaba una parte de mi ser en lo más profundo del infierno en que vivía.

Me preparó para la guerra, abusó de mí de todas las formas posibles, nada importaba una vez que liberaba al animal que habitaba en mí, la bestia solo quería matar, y así había sido. Una guerra entre humanos y oscuros, la que ocultaron tras la imagen de los caballeros templarios, pero habían matado a millones de oscuros, batalla tras batalla y yo, como muchos, había encabezado la cacería.

Maldito brujo.

Me había dominado, me había convertido en una bestia asesina de mi propia raza. Me había violado en cuerpo y alma, y siempre se encargaba de recordarme cuánto me amaba. Cada violación, cada día, mi dolor se acrecentaba, pero ya no lloraba, ya no le daba el gusto.

Y ahora..., cada recuerdo era un latigazo a mi cordura. Cada memoria me recordaba por qué nunca podría estar con Carim.

Una llamada mental me volvió al presente. Me di cuenta de que había deambulado hasta el estacionamiento como un puto zombi.

La llamada provenía de mis hermanos, seguramente habían sentido mi dolor y mi pedido de ayuda, y habían llegado a mí rasgando cada recuerdo que me atacaba, luchando con capa y espada a un nivel mental, y allí estaban.

—*Vuelve hermano, no podemos perderte.* —La voz de Hass me desestabilizó, y me apoyé en el muro tomándome la cabeza.

—*Le arrancaría la cabeza, antes que llegara a ti.* —El odio se tintaba en la voz mental de Furcht casi como si pudiera verlo—. *Nunca podrá volver a tocarte de nuevo, el maldito cabrón sufrirá los mil infiernos..., lo haremos suplicar.*

—*Juro que lo haré desangrarse una y otra vez, Lei, puede que sea un puto íncubo pero créeme, tengo muchas maneras de conseguir que el condenado sufra durante años bajo el yugo de algunos conocidos.*

—*No eres una bestia.*

—*No puede tocarte.*

—*Primero tendría que matarme.*

—*Y eso nunca ocurrirá.*

—*Eres mi hermano. No dejaremos que nada te toque, Uriel, él nunca volverá a ponerte un dedo encima...*

—*Primero deberá matarnos, y aun así volvería por el maldito.*

—Gracias chicos —murmuré dejando que sus palabras aquietaran mi mente y alentaran al lobo.

Abrí el coche preguntándome dónde estarán.

Mi teléfono sonó en respuesta. Sonreí ante la llamada de Hass. ¿Por qué demonios no usaba el vínculo? Seguramente para dejarme pensar tranquilo.

—*Estamos cuidando a tu chica, estate tranquilo..., todo va bien.* —Aquello me hizo sentir aliviado. Aunque las palabras «tu chica» tan solo me hacían recordar dolorosamente las imágenes del pasado—. *Encontraremos un modo. Tranquilo, Garou, todo estará bien.*

No quería a ningún macho junto a ella, pero prefería mis hermanos que a cualquier otro que pudiera lastimarla. Además, sabía que ellos la defenderían. Ella aún no era mi pareja, pero los conocía tan bien como para saber que les importaba. Ellos no resaltarían en ese lugar y, en parte, era bueno que vieran a Carim con otros tipos además de mi persona.

—Gracias chicos... —susurré.

Y me dejé llevar por la canción mientras comenzaba la marcha hacia el local para verla, para ver a Carim.

Tomando coraje me vi decidido a espantar aquellos recuerdos. Por ahora buscaría una forma de sacarla de este lío, y distraído llamé a Vívika.

—*Hola cariño, ¿te encuentras mejor?*

—Sí, hasta que Zander se entere que te golpeé y me arranque las pelotas.

—No lo haré, porque lo que ocurrió solo fue un empujón, ¿entiendes? O tendré que hacer que lo repitas conmigo —me quedé en silencio sonriendo—. No me lastimaste, Lei, no lo hiciste. Sé que nunca me lastimarías y no importa cuánto intentes que te crea. Nunca ocurrirá.

—Ojalá pudiera estar tan seguro Viv.

—No importa si lo haces o no, yo lo hago, Zander lo hace, Hass y Furcht pueden intentar lucir relajados, pero tanto Zander como yo sabemos lo que hacen cada uno de ustedes, y a eso súmale a Carim.

—Viv... —Me froté la frente.

—No puedes luchar contra ella, Lei...

—No lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? Deja de repetir la misma puta frase, mira como me pones a decir palabrotas.

—Nunca podré estar con ella —admití dándole un golpe al volante del coche.

—¿Porque los machos no se enamoran?

—No, porque si lo hago ella estará muerta. Tú no sabes...

—¿Qué es lo que no sé, Leiden? Mi exnovio abusaba de mí, ¿realmente crees que no conozco el horror? Tal vez no sea como tú, pero sé lo que es sentirse solo.

—Lo mataría si tan solo me dejaras.

—¿Para qué? Yo soy feliz, él quería que sufriera, y eso no pasará...

—Vívika, por favor...

—Ya me has oído... —cerró la comunicación sin siquiera despedirse.

Sacudí la cabeza pensando en cómo se lo explicaría mientras buscaba una canción. Pasaron más de cinco minutos y aún no la hallaba, pero estaba decidido a buscar esa maldita canción... El instante en que la hallé y sonaron los primeros acordes... fue casi el mismo momento en que Hass me contactó.

Ni bien pisé la entrada del local, busqué el poder de mi gata para enfrentarme a lo que venía. Algo no olía bien, no sabía qué, pero el instinto o la intuición femenina, llámenlo como quieran, *eso*, me advertía que algo no estaba bien. No había sabido nada de mis hermanas por un buen rato, y Leiden llegaría más tarde, y comenzaba a sentirme sola.

Era una imbécil. ¿Cómo cuernos había pensado que podría sobrevivir a esto lejos de mis hermanas, sin Leiden?

Básicamente estaba insegura de todo, de mí, de mis sentimientos, de mi necesidad...

Diosa, ayúdame, supliqué, esto era mucho, nunca antes me había sentido así.

Necesitaba alejarme de él.

Urgente. Y la única forma para lograrlo sería acabando con este trabajo, luego podría olvidarme de todo, de las palabras de Vívika, de las caricias de Leiden, todo quedaría atrás.

Sí, claro, murmuró mi gata y erizó los pelos de la columna.

Joe me dedicó una amplia sonrisa al entrar, y me dirigí a la zona donde nos cambiábamos. De pasada observé que el lugar estaba más lleno que otros días, había tres bailarinas en los caños, y las mesas estaban casi todas ocupadas. Ni bien entré, me encontré a Eugenia retocando su maquillaje.

—¡Camille! —Me saludó con mucho entusiasmo, y deduje que sería por el hecho de que ella era una de las que defendí el día de ayer—. Que bueno que viniste..., hoy estamos repletos. —Me acerqué a ella y dejé mi bolso. Eugenia se giró y me dio un fuerte abrazo antes de salir pitando por la puerta. Le eché una mirada a la máscara que cubría mi rostro, que tapaba las náuseas, y mi necesidad de salir corriendo. Todo estaba en orden, la mujer frente al espejo sonreía y era sexy, no se comparaba con la aterrorizada hembra que se escondía tras el disfraz.

Mejor así, me dije.

Decidida a terminar con esto lo más rápido posible, salí directo hacia las mesas. No pasaron ni cinco minutos, que dos tipos llamaron. No creía haberlos visto ayer, así que puse toda mi atención en ellos. Lucían cansados pero no pertenecían a la clase baja, tenían ropas finas, y parecían modelos de televisión.

Los conocía.

Pero ¿de dónde? Un recuerdo quiso atravesar mi mente pero no había logrado nada. Así que tomando coraje llegué hasta su mesa. Me sonrieron y les devolví la sonrisa, y uno de ellos me hizo señas para que me siente frente a ellos. Creí

conocerlos de algún lado, tal vez de la pelea de ayer, eché un vistazo a Joe pero este no pareció molesto. Y definitivamente no olían a mofeta.

El más alto de los dos parecía relajado, llevaba una fina pelusa de barba que no debía de ser más de un día; sus rasgos eran angulosos, su nariz refinada y sus ojos penetrantes. Llevaba una camisa color plata que resaltaba su cabello rubio que caía hasta llegarle a los hombros; estaba desabrochada en los últimos botones mostrando parte de su piel, la cual haría sucumbir a cualquier hembra; además de un aura de «peligro» que parecía pender sobre su cabeza. El otro estaba tenso, miraba alrededor evitando mirarme, tal vez no fuera su «tipo» de chica. También era rubio, pero llevaba el cabello corto, con algunas tiras más claras; sus rasgos eran más dulces, aunque no había nada dulce y tierno en su cuerpo: su brazo podía fácilmente hacer tres de los míos; parecía un modelo, su piel era de color bronceada, llevaba su piel lisa, sin barba.

¿Serían bisexuales en búsqueda de un trío?

—Hola, chicos..., mi nombre es Camille.

—Hola muñeca. ¿Quieres una copa? —dijo y la acepté mientras intentaba descifrar de dónde los conocía.

—¿Vienen siempre por aquí?

—Siempre —afirmó el que hasta ahora no me había hablado.

—¡Oh! Soy nueva, lo lamento —me excusé intentando mantener su atención.

—Lo sabemos...

Un nudo se formó en mi garganta. ¿Cómo mierda todo el mundo sabía que era nueva?

—¡Oh! —debía ser eso. Los había visto ayer. La copa llegó para calmar mis nervios. La tomé sonriente mientras la chica me dio un guiño rápido de aliento. Laicot me había dicho que la mayoría de las veces que los clientes pedían alcohol para ellos y las chicas, las camareras y el barman se encargaban de que quedara del mismo color sin tanto alcohol para nosotras por lo que debía vigilar mi vaso, al final de cuentas a nadie le convenía que estuviera borracha—. Se ven guapos, ¿acaso tienen pareja?

—¿Por qué, nos darías un baile? —Me atraganté e intenté mantenerme firme y sonriente.

—No puedo hacer eso. Por ahora.

—Sé que has dado un baile, ayer... —dijo el que parecía más hablador. Lo escruté nuevamente e intenté hablar, pero él me frenó.

—Furcht, déjala en paz...

—Sí solo estamos hablando, ¿no, cielo? —me susurró sonriendo de lado.

Estaba segura de que más de una hembra había perdido sus tangas por una sonrisa así.

—Sí, claro. ¿Cómo es qué...? ¿Por qué piensas que di un baile? Yo nunca he dado un baile... —afirmé e iba a preguntar más cuando Laicot me tocó el hombro.

—Lo lamento chicos, necesito un minuto a Camille. —Me arrastró cerca de la barra y se acercó tanto a mí que me respiraba en el oído—. Necesito un favor. Carrie no ha venido hoy a trabajar y llamó un cliente, es un cliente fijo y pidió a Carrie y, como verás, no tengo a quién enviar y pensé que tal vez tú pudieras ir.

—¿Por qué yo?

—Pues, porque sabes defenderte —murmuró y la miré desconfiada, la estudié un momento pero su sonrisa terminó por convencerme.

¡Vamos miedosa, es solo un viejita!

—¿Qué piensa Eugenia de esto?

—Está de acuerdo si tú lo estás; ella, bueno, no le gusta salir de aquí —dijo levantando los hombros. ¿No le gustaba salir? ¿Por qué? Según sabía por los informantes las salidas eran más caras y las bailarinas cobraban más de la mitad por ello—. Carrie es la única que lo hace, y no tengo a nadie. ¡Por favor!

—Bien... —dije a regañadientes simulando mi interés. Algo no estaba bien, pero tal vez era la pista que había estado rogándole a Vatur para alejarme de Leiden.

Sí. Sería un buen modo de alejarme de Leiden, de mi necesidad. Además, admitámoslo, si el tipo no era alguien implicado necesitaba un macho, *cualquier macho*. Alguien debía cortar con esto y debía ser yo, no importaba lo que Viv hubiera dicho..., no importaba. Lo único seguro en mi vida eran mis hermanas. Además, no sería la primera vez que me acostaría con un hombre que no conociera.

—¿Dónde debo ir?

—Oh, no, no, no, allí está, junto a la barra, ve con él y habla un poco, si lo convences y le gustas te llevará con él.

—Bien. —Volví a repetir sin ánimos y ella me empujó hacia la barra—. Iré —gruñí malhumorada ante su empujón.

—Oh genial, gracias, gracias.

Busqué a Leiden por el lugar pero no había rastros de él.

Mejor así.

—¿Cambiate de idea? —me preguntó con sus ojitos de cachorros. Odiaba los ojitos de cachorro.

—Iré, te dije que iría, tan solo me gustaría darle un vistazo a mi aspecto antes de encontrarme con él —ella sonrió ampliamente—, por lo que me has dicho es exigente y no quiero ir desarreglada.

—Eso, eso, haz eso y toma —me dijo Laicot acercándose nuevamente—. Este es el teléfono de la compañía de taxis con la que trabajamos, solo dale la dirección donde estés, y un coche te recogerá ¿vale?

Asentí y me metí de lleno al baño que teníamos tras bambalinas. Aproveché el

momento a solas para revisar mis armas.

Llevaba encima cuatro cuchillas Böker de lanzar de unos 27 cm y de 22 cm en una funda a cada lado de mis caderas, ocultas debajo de la falda. Había cogido un pequeño puñal dentado que estaba impregnado con un veneno paralizante y que pertenecía a la colección de Sal. Acomodé en mi bota un puñal Corcesca, normalmente usado en lanzas, pero Sal lo había modificado para que fuera un puñal; era hermoso y brillante. ¿Qué más quiere una chica? Su filo tenía forma de aletas en forma de arpón, lo que hacía que fuera difícil arrancarlos y por sobre todos esos tenía unos cuchillos-garra de Riddick, sí, sí, como la película. ¿No les dije que era una cinéfila?

Cuando estuve lista y armada, eché un vistazo a mi reflejo a la pasada, y salí. En el camino, Laicot volvió a detenerme. Esta vez sus manos me tomaron el rostro y sentí una rara vibración proviniendo de ella.

—Gracias Camille; por cierto, las salidas se cobran el triple, pero este ha pagado por adelantado.

Sonreí de mala gana; este tipo era un maldito engreído, que sabía que alguna hembra iría.

Volví a buscar entre la multitud a Leiden pero no había rastros de él. Una parte de mí me reprochó ese pensamiento. ¿Por qué lo necesitaba? Nunca lo había necesitado.

Maldije nuevamente, y me dirigí a la barra a paso seguro. El tipo aún estaba allí, acodado, sin prestar atención a nada; bueno, en realidad a lo único que le prestaba atención era al vaso entre sus manos. Pasé junto a la mesa de los tipos con los que había estado hablando.

—¿Ya te vas? —me preguntó el más callado de los dos y volví a observarlo. ¡Demonios!, sabía que los conocía, pero no había tenido tiempo para preguntarles. Sabía que los había visto, pero eso será en otro momento, me dije.

—Lo lamento chicos, la próxima será —les dije intentando parecer convincente aunque la mueca en su cara me dijo que no lo he logrado.

¡Maldición!

Recompuse mi actitud y volví a caminar hacia la barra. Me acomodé en la silla que está a su lado y, ni bien volteó a verme, lo sentí.

Aquel aroma... lo había sentido antes.

Maldito cerebro, parecía embotado. Hoy no había forma de que procesara más de una orden seguida. ¿Qué pasaba conmigo?

—¿Cómo te llamas? —Su voz era un siseo siniestro, que hizo que se me erizara la piel y que la gata gruñera.

—Camille —respondí modulando mi voz, mientras escrutaba sus ojos que estaban casi cubiertos por unos mechones de cabello, por lo que, sumando la penumbra en la que se encontraba, no podía ver mucho de él, pero no hacía falta. Algo en mi interior comenzó a alborotarse: esto no está bien. Él no era de los buenos.

—Soy Sabine... —extendió su mano y respondí del mismo modo. Maldije en silencio cuando no logré que mis manos dejaran de temblar, y pensé en qué demonios haría esta noche; ni siquiera sabía por qué había aceptado. Él tomó mi mano y besó mis nudillos. Cuando creí que me soltaría, retuvo mi mano y pasó su lengua lentamente por mi palma, como si me probara. Noté que cerraba los ojos, como si me ¿degustara?... ¿Qué buscaba? ¿Mi sabor?

Algo en mi instinto de asesina se disparó y comencé a analizarlo. Él podía ser la clave para toda mi investigación, no solo para alejarme de Leiden, sino también para evitar más muertes. Nicolás nos había mostrado varias fotos y no lucían bien, y quien fuera que las mataba gozaba haciéndolo. Aquellas mujeres estaban siendo mutiladas y era el deber de la S.A. hacer algo y yo había sido entrenada para estas situaciones, así que con la convicción en alto sonreí.

—Toma una copa conmigo —dijo arrastrando un vaso hasta de mí. No quería beberlo, y algo en mi intuición me decía que huyera, pero no podía hacerlo, debía saber qué pasaba con este tipo. ¿Por qué ninguna otra se había ofrecido a ir?

Definitivamente algo ocurría y debía averiguarlo.

—Me han dicho... —murmuré de una forma melosa, mientras acariciaba su pierna— que buscabas a Carrie. —Con mi mano libre tomé el vaso y tomé un trago corto. Sus ojos siguieron el movimiento de mi garganta, y esbozó una sonrisa torcida que envió un escalofrío a mi columna. Paladeé el sabor del líquido que se derramaba por mi garganta y no pude sentir nada diferente: era alcohol, esta vez lo bastante puro como para marearme.

—Pero ella no está, ¿cierto? —afirmó mientras una de sus manos corría un mechón de mi cabello.

Esta vez su boca estaba más cerca de mí y volví a sentir aquel aroma.

Lo conozco, lo he sentido, pero dónde.

¡Maldito cerebro, funciona!

—No —dije juguetona bamboleándome para que mis pechos se notaran—, por eso me han enviado. —Di otro sorbo mientras sus ojos se detenían en mis pechos.

—Da una vuelta para mí —dijo.

Me bajé lentamente sintiendo que el alcohol comenzaba a hacer mella en mi sistema y casi tropiezo al bajarme de la silla. Cuando comencé el giro noté como los tipos de la mesa me miraban extrañados. Había algo intranquilizador en sus ceños fruncidos.

Quería pedir auxilio, no sé, preguntarles si tal vez lo conocían, algo..., pero saber que me estaban viendo me tranquilizaba, había testigos. Y los asesinos no dejaban testigos, ¿cierto?

Cuando terminé el giro, nuevamente lo enfrente. Él tomó una mecha de mi pelo y lo olió; sus labios estaban a centímetros de mi mejilla.

—Servirás —susurró y se puso de pie. Mi corazón comenzó a martillar contra mis costillas como si fuera a salirse de mi pecho. ¿Servirás? ¿Qué es lo que había percibido en mi cabello? ¡Qué demonios!

—Termina tu trago —ordenó.

—Estoy bien —intenté decir, aunque mi boca no parecía funcionar normalmente.

—Bébetelo —dijo esta vez con mucho más dureza. Tragué con fuerza y bebí el último trago ante su mirada rigurosa, obligando a mi garganta a aceptar el líquido—. Buena niña —susurró.

Me levanté intentando tomar el control pero no lo logré. Estaba dicho que había puesto algo más que alcohol a mi bebida. Di dos pasos y trastabillé de nuevo, y su mano me tomó del codo y me sostuvo erguida. Levanté la vista hasta su rostro para sonreírle y fue cuando noté por primera que todo parecía dar vueltas.

¿Qué era esto?

Me había drogado y ya no había modo de volver atrás. Tampoco sabía si contaba con las fuerzas suficientes como para evitar que me arrastrara hasta afuera, y parecía que nadie del lugar notaba mi situación. Buscando todo el autocontrol con el que me había entrenado puse un pie delante de otro obligándome a reunir fuerzas. No importaba cómo podría manejar esto, pues las drogas no hacían el mismo efecto en los humanos que en los oscuros. Estaba segura de que un poco de aire me vendría bien y estaría lúcida de nuevo en cuanto mi sistema procesara la droga. Debía hacer esto, mi instinto me decía que estaba cerca de descubrir al asesino, necesitaba ir.

Tenía que hacerlo. Además, si no iba, la próxima en la lista era Eugenia y puede que no la conociera desde hace mucho tiempo, pero no la dejaría en manos de este tipo. No importaba qué tan bien se viera o se moviera, era siniestro y terrorífico, y

Eugenia era de las humanas que nunca habían conocido el mal que yo había visto, y esperaba que siguiera así.

Tomándome más fuerte por el codo me ayudó a caminar.

—Vamos —dijo y comenzó a jalarme hacia la puerta. Inconscientemente, miré hacia la mesa donde habían estado aquellos hombres, pero no había nadie. Intenté abrir el vínculo con mis hermanas pero el mareo parecía impedir que mis neuronas funcionaran con rapidez. Deseé poder avisarle a Leiden; alguien debía ser testigo de que me marchaba de allí, y dudaba que mis hermanas pudieran verme con el lazo tan estrecho.

El trayecto hacia la puerta fue nebuloso, y me moví procurando mantener un paso firme y controlado. Un pie detrás del otro, un pie y el otro. El aire nocturno me dio una bocanada de alivio, percibí el frío de la noche y tirité. Él se adelantó unos pasos y abrió la puerta del coche para que entrara.

Me subí lentamente. Definitivamente, el aire no había mejorado la cosa, y pensé que cuando viera a Sal le diría que lo suyo era solo un mito, que el aire no mejoraba nada. Sonreí en silencio y algo en mi interior tembló: se lo diría si es que volvía.

Intenté parecer calmada mientras lo oía subir al coche y ponerlo en marcha. El mareo parecía incrementarse, y mi sistema no lograba procesar los narcóticos. Me froté el estómago con fuerza instando a mi cuerpo a mejorar; tal vez fueran los nervios, tal vez no fuera nada.

No debe de ser nada, me dije intentando calmarme pero algo en esta situación no estaba bien. Intenté con el lazo nuevamente pero cada fibra de él parecía estar envuelto en la nebulosa en la que estaba sumergida.

No habló mientras el coche se movía por la ciudad. Se detuvo en una zona oscura, y atisé un poco de lo que nos rodeaba, pero parecía alejado de las intensas luces de la ciudad; básicamente no sabía dónde cuernos estaba. *¡Genial Carim, genial!*

Lo oí abrir la puerta, pero la neblina de mi mente parecía ocupar todo. Ahora no solo mis sentidos estaban embotados, sino también mi visión. Debía salir de esto como fuera. ¿Me dejaría ir si le vomitaba? No sería fino, pero al menos podría largarme y volver cuando estuviera alerta.

La puerta de mi lado se abrió y él simplemente me sacó de allí jalándome del brazo.

—¿Dónde estamos? —pregunté intentando lucir relajada mientras me apoyaba en su cuerpo para estabilizarme. Me rodeó los hombros con el brazo y me apretó.

—En mi casa, ¿dónde más? —susurró contra mi cabello.

—Tú casa —jadeé—. Excelente...

Subimos en el ascensor, lo que hizo que me sintiera aún peor. Cuando miré hacia él, noté que me observaba con detenimiento.

—¿Qué te gusta hacer? —pregunté intentando desviar su mirada, mientras

pestañeaba varias veces buscando aclararme la vista.

—Jugar al gato y al ratón...

—Oh —tragué con fuerza—. A mí también me gusta jugar.

—Lo imagino, serás una linda presa —murmuró sombrío.

Lo escruté con severidad; bueno, al menos lo intenté aunque dudaba que luciera fiera, ya que con una mano me sostenía contra la barandilla y la otra me tomaba el estómago. Él sonrió, y corrió los mechones que caían sobre sus ojos, y por primera vez logré ver sus ojos. Eran rojos, rojos como la sangre; su boca se tornó en una mueca diabólica que me hizo retroceder un paso apretándome aún más contra la cabina. ¿Cómo demonios hacía Carrie para estar con él?

Salimos a un pasillo largo y deshabitado, y me condujo hacia una puerta al final del pasillo sin decir una palabra.

En ese instante me di cuenta de que no había marcha atrás e intenté contactar con mis hermanas nuevamente en una búsqueda desesperada. Examiné el lazo, pero no quedaba nada; era como si la enorme soga que nos ataba, se hubiera deshinchado y solo quedaba una hebra.

El pánico me tomó por primera vez en mucho tiempo desde que era una asesina. Lo sentí, lamiéndome la piel y sonriéndome con malicia. Sentí como la soledad se estrellaba contra mí, recordándome por qué siempre éramos tres elementales, y como cada una infundía algo a la otra, algo que no poseía. Pero aquí estaba sola como una cachorra indefensa a la que le han rapado el pelaje.

Posó una mano en mi hombro y me empujó hacia adentro. El lugar era oscuro y apestoso, y había una luz amarilla impregnándolo todo, haciéndolo más tenebroso.

Intentando interpretar mi papel, me giré y me pegué contra su cuerpo mientras buscaba uno de los cuchillos en mi muslo pero no logré tomarlo. Él me envolvió con sus brazos que parecían hierros enormes mientras me hacía retroceder sin dejar de observarme. No logré ver hacia dónde me empujaba, pero de pronto mis pantorrillas chocaron contra algo frío.

Me soltó de golpe y me empujó de tal forma que caí de espaldas sobre una superficie mullida. *¡Por la diosa, era una cama...!* El pánico me envolvió dejándome sin aire, y no podía mirarlo sin largarme a llorar. En vez de eso, me concentré en observar el sitio donde estaba atrapada, pues, si moría, estaba segura de que las Aminas podrían recuperar mis memorias y encontrarlo. Al menos pagaría por mi muerte.

Vi unas velas rojas y negras encendiéndose de la nada, y estaban por todos lados, alrededor de la cama y en los muebles. En la pared había los huesos de un animal con astas y dos cabezas colgando casi encima de la cama; dibujos y pinturas que no podía descifrar, y más velas... Levanté mis ojos hacia él, y noté que comenzaba a quitarse la camisa. Entrecerré los ojos concentrando mi vaga atención en cada detalle de su

cuerpo, y fue ahí cuando lo entendí todo de golpe: tenía un pentagrama sobre su corazón.

Eso era, todo aquel lugar poseía el mismo olor que él, el aroma rancio de la lastimadura de Leiden... Olía a Wicca.

¡Oh, demonios, él pertenecía al The Craft!

En cuanto Hass me lo dijo, no podía creerlo.

—¿A dónde se ha ido? —grité.

—*Un tipo la sacó de aquí, no parecía estar bien. Furcht vuela sobre el coche en el que se han ido, yo la sigo en el coche unos metros más atrás. Se la llevó, Leiden, ella no nos reconoció, pero su mirada nos dijo que sabía que algo no iba bien.*

Aquellas palabras hicieron que un nudo se me formara en el estómago. No podía ser cierto. ¿Cómo había podido llevársela? ¿Cómo la habían convencido? Estaba seguro de que Nicolás la mataría si supiera lo que ella estaba haciendo. Él había sido muy claro: Carim debía permanecer dentro del local, la investigación se llevaba allí. Lo único que podría haber hecho que ella desafiara esa orden era que creyera que lo había encontrado. ¡Mierda! Ella debió de percibir algo más, algo que los demás no vieron, que mis hermanos no notaron.

Golpeé el volante del coche con los puños mientras comenzaba a seguir la ruta que Hass me había transmitido a través del lazo, y por lo que podía ver a través de sus ojos, me encontraba cerca.

—Han bajado —susurró Furcht mentalmente—. Ella no está bien, le ha hecho algo, no se qué. No pudo hacer nada en el club sin que lo viéramos, Leiden..., lo lamento. —La voz de Furcht se impregnó de malestar y paladeé su enojo.

—Lo sé —respondí automáticamente. Ellos nunca la hubieran dejado ir si hubieran percibido algo más.

Detuve el coche unas calles antes del edificio y me dispuse a correr. Hass escondió su coche en un callejón, y noté la tensión en cada una de sus fibras: su instinto lo llevó a revisar cada rincón en las afueras, pero no halló nada.

Furcht había descendido en el techo, había cambiado casi en el aterrizaje y ahora entraba por la azotea.

Mi mente se dedicó a mantener mis músculos en marcha, y fantasear en diversas formas de matar al hijo de puta.

—¿Leiden...? —Hass tocó mi hombro antes de que pudiera entrar al edificio. Era un sitio oscuro, casi parecía abandonado: los pisos estaban gastados y las paredes debían añorar los años en que habían visto por última vez un rastro de pintura fresca. Las lámparas despedían una luz que hacía ver todo apagado y color sepia, un horrible sepia—. ¿Estás seguro?

Lo miré extrañado. ¿Qué quería decir con que si estaba seguro? Ella estaba en peligro, ¿no?

—¿Seguro de qué? —gruñí.

—Que es ella.

—Yo no estaba allí. ¿Cómo demonios voy a saberlo? —repuse furioso.

—No es eso a lo que me refiero..., lo que quiero decir, es si estás seguro de que es tu pareja.

Cuando las palabras salieron de la boca de Hass, mi estómago se anudó.

¿Si estaba seguro? No sé, tal vez, nunca había sentido a mi lobo ser tan posesivo con ninguna otra hembra.

¿Si era mi pareja? ¿Cómo saberlo? Me había negado a buscar una por la cual sentir algo, a la cual exponer a una muerte lenta por parte de Looper.

Había pasado por millones de brazos, pero nunca unos que me acurrucaran en la mañana, nunca nadie que se quedara a mi lado más que las horas que pagaba para ello.

—No lo sé —admití dejando al desnudo todos mis miedos. Mi hermano me estudió con detenimiento—. No.

—Si ella está con ese tipo y la está pasando bien, no podemos tocarlo, ¿lo entiendes verdad? —susurró con cuidado, y apreté los dientes aún con las imágenes frescas de los recuerdos contaminando mi sistema. Hass puso una mano en mi hombro—. Lo sabes, ¿cierto? Si fuera tu compañera no habría problema, pero dado que dices que no lo es...

—*¡Lo es!* —afirmó Furcht a través de nuestras mentes interconectadas—. *¡Admítelo, maldito perro cobarde! ¿Qué esperas para admitirlo?*

No necesita un buen oído, o vernos, sabía lo que estábamos haciendo y hablando como si fuéramos un solo cerebro.

Los elementales estamos unidos por una misma conciencia, una misma mente. Un mismo corazón, todo eso en tres cuerpos, uno que aportaba el poder del cuerpo, otro el poder de la mente y el tercero era la balanza que mediaba entre ambas partes.

Tres seres con una misma mente.

—Vamos a buscarla, Leiden, quieras o no —siseó Furcht—. *No me importa cuantos recuerdos estén rondando por tu mente ahora, y no me importará cuando la saque de allí, porque en el fondo sabes que no puedes mentirnos, y si dejamos que esa carroña la toque, deberé escucharte maldiciéndote por décadas. Juro que puedo luchar con el pasado, cuando no estuve allí para ayudarte, pero no me cruzaré de brazos a verte sufrir cuando estás cerca, hermano. Así que decide, porque Looper no podrá tocarlos, esa es mi promesa y la firmaré con sangre si eso te da un poco de paz. Y, por una reventada vez, deja de hacer lo que tu cerebro te dicta para escuchar a tu estúpido corazón de lobo, que parece que fuera a partirse en dos, así que..., ¿entran? O iré solo. Porque no se veía bien cuando la sacó de allí y, sea tu pareja o no, no dejaré que la lastime. No permitiré que la mutile como a las otras. Y no permitiré que te lastimes por el resto de tu condenada existencia, ¿oíste?*

Dicho eso, lo único que sentí, fue a mi cuerpo tensarse y, antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba corriendo por las escaleras, mientras Hass subía por el ascensor. La desventaja física del incubo solía molestarle, por lo que se limitó a subir por el medio más rápido para él. Furcht bajaba por las escaleras desde la azotea; tan solo unos pisos lo separaban de Carim.

—*Están en el séptimo piso* —nos informó Furcht mientras sentía su impaciencia, ya que se encontraba junto a la puerta. Por sus ojos podía ver que estaba frente a ella, aunque no oía mucho— *maldición, apúrense o entraré solo, arrancaré la puerta...*

—*Espéranos* —sentenció Hass—. *¿Oyes algo?*

—*No, el maldito debe de tener la habitación sellada.*

Mi teléfono sonó cuando mis pies tocaron el quinto piso y volví a concentrarme en mi propia mente abandonando la de mis hermanos.

—*¿Qué pasó?* —La voz de Nicolás era aún más alarmada que la mía—. *Sal y Eva están saliendo en su búsqueda. ¿Dónde está?*

—Se fue con un tipo, estoy a un piso de ella. Nicolás, contacta con Zander, él puede guiarte. Debo irme, la vida de Carim está en riesgo —colgué sin importarme nada.

Nicolás podría darme un castigo por este comportamiento: podría alegar insubordinación, rebeldía, cualquier cosa que se le diera la maldita gana, pero sería luego, ahora solo importaba llegar.

Pisé el séptimo piso y vi a Furcht tenso y apretando los puños; el odio y el dolor disparados en su cuerpo agarrotándolo como un arma. La puerta del ascensor se abrió mientras Hass saltaba fuera, y escuchamos un grito.

Sin pensarlo, Furcht pateó la puerta, que se desprendió de sus bisagras. Lo aparté a un lado y entré cegado por la furia. El olor impactó en mi rostro como una ola gigante. Vi el cuerpo de Carim recortado contra la luz de las velas. Ella estaba a horcajadas sobre el tipo. Me mordí la lengua y fui hacia ella. Furcht ya estaba del otro lado listo para lanzarse a cualquier cosa cuando llegué a la derecha de Carim, que tenía sus manos sobre el cuello del tipo. La empujé de lado y mi hermano la agarró en el aire y la apartó.

—¡Suéltame! ¡No! ¿Qué haces, qué quieres?

La oí gritar pero no tenía tiempo para ella ahora. Le di un puñetazo al tipo que se movía con lentitud. Era un brujo, lo sabía, podía sentir aquella energía recorriendo mi piel y a mi lobo mostrando los dientes. En un instante Hass me apartó a un lado. El tipo parecía no moverse muy bien y mientras mi hermano me señaló a Furcht, que estaba tratando de sostener a Carim mientras esta le caía a golpes.

Mi hermano trataba de esquivarla, de someterla sin infringirle daños, pero le era imposible mantenerla quieta, por lo que me decidí a buscarla. Caminé con paso firme hacia ella.

—Háganse cargo de él —le gruñí, y en ese momento vi que Furcht soltaba a Carim, que parecía atontada. La apresé contra el muro inmovilizándola e instándola a que me mirara.

El odio rasgaba mi lengua deseando gritarle lo que sentía, lo que pensaba. El coraje que me habían infundido mis hermanos al confesar que la defenderían, y aquí estaba ella, los colmillos luchaban por salir. Sentía mi rostro palpitando por el cambio, y cuando ella me vio, sus ojos se abrieron por completo, en una mezcla de miedo y sorpresa que no me detuve a entender. Pero, por su mirada sabía de qué color eran mis ojos; mi nariz había sido remplazada por un hocico animal y las garras comenzaban a rasgar mis manos.

—¡Solo bailabas! ¿Eh? —gruñí sin saber si las palabras habían sonado como lo pensaba.

—No es, no es lo que piensas, Leiden —gimoteó.

Y me detuve ante sus palabras, pues parecía contrariada. Mis ojos viajaron por su cuerpo. Apresada contra el muro parecía diminuta, tan chiquita como las prendas de encaje que llevaba puestas, y eso me hizo chasquear los dientes.

—Claro, lo veo —le respondí con ironía. Con furia y con diez mil putas emociones que no sabía como manejar.

Ella llevaba solo ropa interior de encaje que dejaba traslucir sus pezones y unos pequeños rizos entre sus piernas. La misma que le había quitado horas antes. Aquello solo logró que gruñera desde el centro de mi alma.

—Mira esto no es lo que... —sin querer pensar en nada más, la tomé del brazo y la jalé fuera mientras escuchaba gemidos sordos de los golpes y preguntas de mis hermanos.

No podía quedarme allí o lo mataría, y nadie puede matar sin pruebas, ¿cierto?

Además lo necesitábamos; si aquel tipo sabía algo se lo sacaríamos a golpes. Incluso podría ser el mismo con el que había luchado horas antes, el que se había llevado al niño que aún no habíamos encontrado.

La metí en el ascensor bruscamente, y me quité la chaqueta para cubrir su desnudez. Aún era de noche y no habría nadie en la calle que pudiera verla, pero tampoco la dejaría así, al menos merecía eso. Envié una orden mental y les pedí a mis hermanos que fueran a buscar su ropa; la necesitaría.

Nunca ultrajaría a ningún ser, no de ese modo; sabía en carne propia la vergüenza que se sentía cuando otros te veían sabiendo que habías sido usado de un modo tan carnal que dolía.

Dentro oía como latigazos parte de la conversación que mantenían mis hermanos con aquel tipo. *¡Maldito sea!* Se había salvado de una muerte lenta. Mi lobo retrocedió devolviéndome mi forma humana.

Carim se colocó mi chaqueta mientras me observaba. Por el rabillo del ojo pude

notar que quería decirme algo, pero no estaba listo para enfrentarlo, por lo que seguí mirando al frente sin enfrentarla.

Era una gata ¡maldita sea!

¿Qué tan jodido podría ser mi destino como para emparejarme con un hembra de otra especie?

¿Eran fieles como los lobos, o simplemente se liaban con unos y otros?

¿Acaso tenían un solo amor?

¿Sentían amor por sus parejas?

¿Se emparejaban de por vida como los míos?

No lo sabía. Tragué con fuerza y me dediqué a pensar en otra cosa, aunque me fue imposible con ella tiritando a mi lado.

Cuando llegamos a la planta baja ella salió lentamente y yo la seguí. Quería tomarla de los hombros y zarandearla por haber hecho esa estupidez.

Quería demostrarle lo que sentía ahora. Traición, eso sentía. Los recuerdos habían vuelto por mis sentimientos por ella, mis hermanos me habían instado a salvarla y allí estaba ella orgullosa, como si aquello me hiciera sentir mejor. Estaba sobre aquel maldito tipo... ¡Que mierda!

Carim no habló y aquel silencio tan solo me hizo pensar una cosa. Ya había pasado por esto.

Me había enamorado de una hembra hace más de quinientos años. En ese momento era joven y más inexperto; tal vez un poco más audaz, me había atrevido a enfrentar mis miedos. Había vivido con ella durante cinco hermosos años.

Cinco años que fueron truncados cuando ella murió en mis brazos. La recordaba temblando mientras me miraba con aquellos ojos color canela que me suplicaban algo. Me recordaba llorando mientras ella acariciaba mi rostro, odiándome por lo que le había hecho.

Lo único que podía pensar en ese momento era cuánto lo sentía, cuán descuidado había sido y cómo su vida se resbalaba de mis manos. Recordaba el dolor de su agonía durante más de tres días.

En aquel momento le había confiado mi alma, le había contado cada uno de mis temores, y ella había insistido en que podríamos enfrentarlos juntos. Y así había sido, hasta que un doce de febrero, justo tres días antes del día de los enamorados, ella había caído en cama. Mi instinto me había alertado sobre el ataque, sabía que era él pero no podía dejarla agonizando y buscar mi venganza.

Mis hermanos habían recorrido, sobornado y cometido todos los actos perversos para encontrar una pista, algo. Incluso Zander se había ensuciado las manos y aun así, Triz, moría día a día. Y yo con ella, sus últimas palabras habían sido un gorgoteo entre dientes. Me había dicho: *no importa nada de esto, te amé cada segundo y no me arrepiento.*

Yo sí lo había hecho, me arrepentía. Me odiaba por haberla matado.

Ya había pasado por esto, había sobrevivido a Triz, y me había prometido no volver a poner en riesgo otra vida por mi egoísmo y mi cobardía.

Su muerte, fue lenta y dolorosa: sus ojos se fueron apagando; su cuerpo volviéndose poco a poco más flácido; su mirada siempre observándome, sin dolor ni resentimiento. Cuando partió, lo último que dijo fue: *valió la pena.* Y ese día me prometí a mí mismo no hacerle lo mismo a nadie más.

Y aquí estaba Carim. ¡Maldita sea! Había pasado de esto, ya no volvería pasarlo, o eso se suponía.

Maldiciendo solté las palabras más hirientes, tal vez así, solo así, ella se marcharía y viviría.

—Tan solo eres igual a las demás... —murmuré y abrí la puerta de mi coche—. Métete en el coche. —Mi voz sonó tan ruda como pude mientras miraba más allá de ella. No podía mirarla a los ojos sin recordar los ojos de Triz.

—¡No me trates así! —gruñó, la miré a los ojos fulminándola y noté que tragaba con fuerza—. No tienes derecho —susurró.

—¡Ni una mierda...! —dije empujándola dentro—. ¡No sabes lo que siento, no sabes a las cosas que me enfrento! —«Y por sobre todo, no sabes lo que sufrirás al final, si tan solo dejas que te me acerques», lo pensé, pero no fui capaz de decirlo en voz alta.

—Lo siento, ¿está bien? —chilló y aguantó las lágrimas apretando los labios hasta que se volvieron solo una línea.

—¿Y a mí que me importa lo que sientes? —dije sonriendo de lado y mirándola directamente a los ojos, mostrándole qué tan cerca de la superficie se hallaba el lobo. Mostrándole por qué debía alejarse de mí.

—¿Y por qué demonios estás tan cabreado entonces? —preguntó cruzándose de brazos.

—¿Por qué? Por lo que... no sabes a lo que te enfrentas, no tienes ni idea gatita —Carim levantó el mentón, terca y me enfrentó sin saber qué decir—. ¡Olvídalo! —dije y cerré la puerta de un golpe. Iba a volver allí y moler a golpes a aquel tipo, estaba decidido, pero antes que pudiera hacer nada, Carim volvió a salir del coche cuando tan solo había hecho unos pasos. Me gire furioso, ya tenía demasiado por hoy.

—¡No, no lo olvidaré! —Se cruzó de brazos desafiante—. Tan solo dímelo... ¿Qué? ¿Te molesta? ¿Qué es a lo que me enfrento? ¡Dímelo! Dime a qué demonios me enfrento, o mejor dime a qué es a lo que te enfrentas tú. —Me provocó dando un paso adelante hasta llegar enfrente de mí y aporrear mi brazo.

¿Acaso las gatas no sabían cuando un macho está por perder el control?

Cualquier loba en su sano juicio se hubiera quedado quietita dentro del coche sin decir nada.

Pero ella..., Carim.

Triz y sus rizos rojizos. Carim y su cabello rubio y lacio. Triz con su sonrisa amplia. Carim con su manía de llevar la contra. Triz..., Triz, muerta.

Aléjala o terminará muerta.

—¡Estabas montada sobre ese tipo! ¿Qué quieres que piense? —La estampé contra el coche lo más fuerte que pude, haciendo que perdiera todo el aire de los pulmones, y mi cuerpo se amoldó al de ella. Contra ella. Su mirada era un desafío, y,

no, claro, no tenía miedo—. Tan recatada, ¿cierto? Tan pulcra y recta ¿Y tú me juzgabas? ¿Eras tú la que me llamaba animal? ¿Tú... gruñendo por las hembras con las que he tenido sexo? ¡Y estabas montada sobre ese maldito..., voy a matarlo y tatuare tu nombre en su pecho! —grité e intenté girarme, pero me detuvo.

—Sí, sí estaba sobre él —rugió, y le respondí del mismo modo acercándome de un modo que nuestras narices se tocaron— golpeándolo, ¡maldición...!, hiqué un cuchillo en él, ¿te detuviste a ver eso? —Me quedé duro estudiándola.

—Ella dijo la verdad Lei, esta gata golpea duro, y definitivamente sabe usar un cuchillo. El maldito está inmovilizado por algo parecido a un veneno o algo así.

La voz de Furcht disipó parte de mi furia; miré por encima de mi hombro y pude ver cómo mi hermano jalaba a un cuerpo, no, no aún, seguía vivo, pero estaba desmayado y babeando.

Carim me golpeó en el pecho haciéndome retroceder un paso y volver a concentrarme en ella.

—¿Ves? Te lo dije.

—¡Métete en el coche! —le ordené. Esta vez el lobo se había retirado, solo un poco.

—*No lo hagas, Leiden. Simplemente, no lo hagas* —la voz mental de Hass se coló en mi cabeza.

—¿O qué? —me desafió Carim cruzándose de brazos.

Maldita gata terca y desafiante.

—O usaré la fuerza, Carim, métete —dije un poco más amable esta vez.

—¡Oh hermano! Déjala en paz, ella no se irá —dijo Furcht que parecía hacerle gracia todo este asunto.

—Sí, sí lo hará.

—*Ella no es Triz, Leiden. Beatriz no habría querido esto para ti* —murmuró Furcht fuerte y claro, como si me hablara al oído.

—¡Uy que miedo! —murmuró Carim y quise matarla. Oí la risa ahogada de mis hermanos, mientras mis ojos evaluaban a Carim. ¿Qué debería hacer para lograr que se marchara o que me olvidara?

—Lo dije en serio —gruñí mientras mi mente surcaba los puntos débiles de ella.

—*Sabes muy bien cuáles fueron las últimas palabras de Triz, y no fueron solo lo que dices.*

—*Sí, lo fue, estaba perdida, delirando.*

—*No, lo sabes y estás cagado hasta las pelotas de solo pensar en que tal vez...*

—*No lo digas, Furcht.* —Mis ojos conectaron con los suyos, él me sonrió de lado y sacudió la cabeza.

—*Sabes lo que Triz dijo. Esa bruja se las traía..., no puedes evitar pensarlo.*

—¡Oye, tú, cabrón!

Carim me pegó en el pecho y volví mis ojos hacia ella. Levanté mi labio superior para mostrarle los dientes, pero ella tan solo rodó los ojos.

—¡Uf si estoy temblando! —susurró fastidiada.

—Me gusta esta chica, Leiden.

Carim se giró hacia mis hermanos y los estudió un momento, como si los viera por primera vez, o tal vez no.

—¿Oye? ¿Tú estabas allí? ¡Maldición, sabía que los conocía, los había visto en la lucha, los vi en casa de Nicolás! Ustedes estaban allí. De ahí los conocía, son sus hermanos, lo recuerdo, ahora lo recuerdo. Tú eras el que quería tener una oportunidad con Eva —añadió señalando al incubo.

—¡Oh no! No digas eso... —respondió Hass luciendo ofendido, con una mano sobre su pecho y una tos fingida—. Aún la quiero, tan solo dame tiempo —le respondió sonriendo.

Sabía que no había olvidado a Eva, incluso había buscado muchas mujeres en el último tiempo que tenían un leve parecido con ella.

Enfermo, lo sé.

—Carim...

—¿Qué?

—Un día de estos voy a... —dije mordiéndome los labios y arqueando una ceja para que ella entendiera a qué me refería— tan duro, que no caminarás en semanas. —Abrí la puerta del coche nuevamente y la empujé dentro.

—Espero que puedas cumplir esa vez —respondió con dureza.

—¡Oh no! No me digas —la voz de Hass fue más una carcajada, y lo fulminé con la mirada antes que siguiera.

—¡Ah! ¿No lo saben? —preguntó ella sabiendo que estaba incomodándome pero parecía no importarle.

—¡Por la diosa, Leiden! —gruñó Furcht con una mezcla de fastidio y de diversión.

—¡Cierra la boca, Furcht!

—Creo que un maniquí tendría más acción que tú en un puterío —añadió Hass.

—No me importan las demás —dijo Carim estudiándose las uñas—, pero la próxima que hagas una promesa cúmplela.

—¡Van a fastidiarme por años Carim! Métete en el coche, por la diosa, mujer.

Ella sonrió y no, digno de ella, no se subió al maldito coche; en vez de eso, se acomodó contra mi hombro y la abracé. La oí suspirar reiteradas veces mientras comenzaba a relajarse. La tomé de la mano y la ayudé a entrar en el coche; esta vez lo hizo, y me subí con ella mientras las palabras de mis hermanos hervían en mi cabeza. No podía dejar de pensar en Triz, en Looper, en todo lo que había vivido. Inconscientemente acaricié sus manos heladas y, por primera vez en la noche, sopesé

la idea de que ella fuera mi compañera.

Furcht había dicho: *No estás solo.*

Hass se marchó con el tipo antes de que pudiera darme el gusto de golpearlo. Se contactó conmigo mentalmente y se dirigió hacia nuestro apartamento. No estaba lejos de lo de Laicot y era un sitio protegido por la S.A., así que todos los ojos habrían estado vigilando en el caso de que algo raro hubiera entrado. Era el sitio más seguro para interrogar al brujo y donde podríamos hablar.

—¿Adónde vamos? —me preguntó ella al cabo de unos minutos.

—Hass quiere que diagramemos un plan —murmuré.

—Está bien.

Carim no habló durante el resto del camino, y se dedicó a acariciarme el cuello, de forma calma y pacífica, como si fuera más una caricia dedicada a mi lobo que a mí.

—Lo lamento, Leiden —susurró, y la miré mientras se volvía a acomodar, pero su mirada está perdida en la lejanía.

—Lo sé —murmuré volviendo la vista al frente—. Yo también lo siento. —Antes de poder decir algo más entré en el estacionamiento y me detuve junto a mis hermanos.

Subimos al ascensor apiñándonos, y entramos en el departamento que ninguna hembra conocía.

—¡Lamento el desorden! —murmuró Furcht tomando unas latas de cerveza vacía.

—Sí, no solemos recibir, ya sabes, mujeres aquí —susurró Hass mientras tomaba un par de cajas de pizza.

Carim se detuvo en la puerta observándolo todo.

—Creo que deberíamos haber buscado otro sitio —dije sonriendo al ver el andar desquiciado de mis hermanos.

—Bueno, a su favor debo decir que cuando mis hermanas y yo vivíamos juntas solíamos hacer desastres como estos.

—No lo creo —farfulló Hass—. Pero gracias por intentar hacernos sentir mejor.

—Menos sucios deberías decir —añadió Furcht, y largué una carcajada cuando las mejillas de Carim se pusieron rojas.

—Siéntate por aquí —dije haciéndole espacio en el sillón.

—Primero creo que debería... vestirme. —Ella aún llevaba mi chaqueta.

—Claro, lo lamento. —Hass le tendió la ropa—. El baño está por ahí. Y antes de que entres recuerda que no recibimos muchas visitas.

Solté una carcajada al ver la cara de espanto de Carim, y levanté los hombros intentado darle aliento.

—Creo que debemos pensar qué haremos con él —dijo Furcht mirando al brujo, que estaba amordazado y atado en un rincón de la sala.

Mientras tanto Hass seguía juntando mugre y arreglando todo como un poseído. Ella volvió unos minutos después. Debía admitir que aun ahora parecía desnuda.

—No me miren así, no es como si fuera la primera vez que vieran a una de las chicas de Laicot.

Apartamos la mirada al instante. Me senté en el sillón, y debí admitir que la limpieza había dado sus frutos. Ella se sentó tan pegada a mí como pudo y eso reconfortaba al animal en mí. Le pasé el brazo sobre el hombro y la atraje aún más sintiendo que su calor se filtraba en mí a través de la ropa y que su cuerpo se acomodaba al mío como si hubiéramos sido diseñados para encajar, Aún podía sentir aquel aroma mezclado con su perfume... y deseé poder bañarla hasta que no quedara rastro de aquel maldito, pero no había tiempo.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Será mejor que nos larguemos de aquí porque necesito llevar a ese a la S.A. e interrogarlo. Estoy seguro de que Zander y Nicolás querrán quitarle hasta la última sílaba —dijo Hass en modo operativo de asesino—, pero tú necesitas volver a lo de Laicot. —Hass señaló a Carim que parecía hacerse más pequeña con aquel dedo apuntándola. Después se levanto y comenzó a revisar sus armas.

—¡No! ¿Por qué? —preguntó Carim con la voz entrecortada, mientras me tomaba del brazo.

Mi instinto me llevó a consolarla, así que le di un beso rápido en los labios; ella debía temer y no la culpaba.

—Porque —dijo Hass girándose para verla— simularás que el tipo no está muerto.

—... Y nos darás tiempo. Necesitamos sacarle todo lo posible antes que alguien se entere y cambien la ubicación del sitio donde sea que estos malditos se reúnen. Por lo que sé, son varios, al menos es la información que pude recopilar de la mente de Leiden —Furcht sonrió.

—¿Siempre revisas su mente? —preguntó ella olvidando el tema del que hablábamos.

—Solo a veces —murmuró de forma maliciosa Furcht—. Piénsalo, Carim —murmuró esta vez añadiéndole un poco de compasión. Carim tragó con fuerza ante las palabras de Furcht—. Puede que haya muchos más niños, como el que se llevaron hoy.

Aquellas palabras me recordaron por qué estábamos aquí y que había sucedido.

—Tienes razón —afirmó Carim y se enderezó un poco, recobrando la valentía y me enorgulleció verla enfrentar la situación con todo el poder que podía—. Gracias por traerme la ropa, y lamento haberte golpeado, ¿de acuerdo?

—No te preocupes por eso —Furcht le regaló una sonrisa torcida que logró relajarla un poco—. Tú encárgate de darnos un poco de tiempo, ¿está bien?

Imaginamos que el tipo no se comunicará con nadie en horas, por lo que no lo extrañarán por un tiempo. Por cierto, creemos que puso algo en tu bebida, alguna sustancia que solo puede afectarle a los oscuros, así que ten cuidado.

—Creo que es el mismo que estuvo en mi edificio —añadí.

—Sí, este llevaba un pentágono sobre su pecho; debía de ser el otro, el que escapó —apuntó Carim asintiendo con vehemencia.

—Entonces, ¿tenemos un plan? —pregunté mirándolos a los tres.

—Sí —dijo Carim resuelta y sonrió. La gata miedosa y asustada ha dejado lugar a la asesina que tanto adoraba.

—Iré primero —dije—. No se creerán que lleguemos casi juntos. Tenemos que darte dinero...

—No, él tipo pagó con anticipación.

—Sabía que serías buena, ¿eh? —preguntó Furcht guiñándole el ojo y logró que ella volviera a ponerse colorada.

—No lo creo, solo que es un arrogante. Cuando me llevó allí, me dijo que tenía buena piel, que seguramente mi sangre sería pura, porque no había nada que intoxicara a los cambiantes. También me dijo que, por cómo luchaba, tendría órganos fuertes, y que su jefe le pagaría muy bien por eso.

—¿Su jefe? ¿Qué más dijo?

—Solo eso. Luego sacó un cuchillo de la mesilla de noche y tomé el mío y se lo clavé. Cuando cayó de lado me subí sobre él, e intenté ahorcarlo o mantenerlo quieto mientras el veneno paralizante del arma lo inmovilizaba, y, bueno, saben cómo sigue... Ahí entraron ustedes.

—Después de que todo esto pase, quiero saber dónde conseguiste ese cuchillo —apuntó Furcht.

—Bueno, eso deberás preguntárselo a Sal.

—Bien —susurró Hass listo para seguir y completamente armado—. Manténganse en contacto. Tú —dijo tomando la mano de Carim—, no más salidas esta noche señorita, ¿de acuerdo?

Fue gracioso oírlo, pero contuve la carcajada, pues le habló como le habla un padre a una niña. Ella asintió y se llevó dos dedos a su boca y luego los levantó.

—Lo prometo, palabra de asesina.

—Gracias cariño. Llamaremos un taxi, y ella se irá unos diez minutos después de que Leiden llegue allí —añadió Hass—. Yo me iré con el tipo este.

—Yo me quedaré contigo, Carim, tranquila. —Nos levantamos lentamente y bajamos.

Hass cargó al brujo sobre su hombro y lo metió en el maletero. Carim miró detenidamente a Furcht dudando y luego a mí.

—¿No habrá problemas? —preguntó ella mientras miraba a Furcht que le daba un

puñetazo a una columna de hormigón sin siquiera inmutarse.

Su nerviosismo era normal. Cualquier ser con un poco de autopreservación buscaría estar lejos de mi hermano, y más aún cuando se veía tan cabreado. Sin embargo, lo conocía demasiado como para saber que se forzó al máximo al sonreírle a Carim, tan solo para tranquilizarla, y eso me agradó. Furcht podía ser muchas cosas, pero nunca trataría mal a una hembra.

—Tranquila —le acaricié los hombros con dulzura captando su atención nuevamente—. Furcht nunca, pero jamás, lastimaría a ninguna mujer..., créeme, es el más seguro de nosotros. Estoy completa y auténticamente seguro de que saltaría enfrente de cualquiera que quisiera atacarte. Te veré en el club. Habla con tus hermanas y con Nicolás; estoy seguro de que mis hermanos le han informado del plan, pero le agradecerá escuchar tu voz. —Le di un beso rápido y me monté al coche. Furcht llegó a su lado y asintió como un soldado, con un claro mensaje de que la protegería como fuera.

—Ve con Vatur, Leiden..., la cuidaré, incluso cuando se marche en el taxi.

—Gracias, te veré luego gatita, no más «no bailes por hoy».

Ella bufó y sonreí. Agradecí a mi hermano mientras comenzaba a conducir el coche hacia la salida y de allí al club.

Sabía que no permitiría que nada le sucediera y eso era lo más seguro que ella podría estar. Estaba seguro de que no permitiría que ni Looper pudiera tocarla y esa seguridad me reconfortaba.

Ahora teníamos un plan. Más de uno.

—*No estás solo Lei, Looper pudo con un niño y ya no eres ese niño. Además, el niño tiene dos hermanos mayores que adorarían meterle un palo por el culo y cortarlo en pedacitos después de asarlo. Así que, tranquilo, estamos aquí...*

No reconocí la voz, era una mezcla de dos voces; no, mejor dicho, eran tres voces mentales: parte de los pensamientos de Hass y Furcht, mezclados con una nueva voz que se les unió: Zander. Él también estaba allí, y tenían razón, yo, yo ya no era ese niño.

Estaba nerviosa y me sudaban las manos. La imagen a Furcht a mi lado me daba un poco de tranquilidad, aunque aún mantenía las distancias.

Pensé en mis hermanas, y no pude imaginar el estado en el que Eva y Sal estarían ahora. Mentalmente me compadecí de Hero; definitivamente sufriría las consecuencias, como siempre.

Tomé mi teléfono de la cartera color morado, que llevaba en conjunto con mis zapatos, y usando el comando de voz llamé al primer número que se me vino a la mente.

—¡Eh, Nick!

—¡Por mi madre, Carim...! ¿Cómo estás? —Escuché un revuelo tras él e imaginé a las chicas molestas.

—Estoy bien. Imagino que Hass ya te ha informado del nuevo plan. —Él guardó silencio un momento y suspiró.

Podía imaginar el hilo de sus pensamientos: querían sacarme de allí, quitarme del medio, del riesgo y todo eso, pero no lo permitiría.

¡No con Carrie tan cerca de Leiden!

Sí, sonaba egoísta y débil, pero no me importaba, y esperaba, de corazón, que ese mensaje llegara hasta ellas por el lazo.

—No me iré, seguiré en la misión, aunque no quieras —le respondí y eché un vistazo a Furcht—. Créeme estoy siendo protegida... Furcht está conmigo, y Leiden ya está en lo de Laicot. —En ese momento, Furcht volvió a dedicarme esa sonrisa torcida que lo hace ver como un niño travieso, un niño de casi dos metros, pero travieso. Su cabello colgaba suelto junto a su rostro y parecía que no se hubiera afeitado hace dos días, y aunque luce desalineado, no dejaba de verse irresistible.

—Eva y Sal quieren hablar contigo..., ¿has cerrado el lazo?

—Solo un poco, y estamos en una área protegida, imagino que el lazo se hizo más débil después de las últimas horas.

—¿Qué pasó? ¿Qué te hizo? —Por lo visto, Eva había logrado arrebatarme el teléfono a Nicolás—. ¡Carim, respóndeme!

—Me drogó, pero solo eso, los chicos llegaron a tiempo y nada ocurrió; deben quedarse tranquilas, ahora mismo están llevando al tipo a la S.A.

—¿Los chicos? —Ahora era la voz de Sal la que me interrogaba.

Puse los ojos en blanco y noté cómo Furcht se alejaba hablando solo, aunque lo más probable era que hablara con Hass o Leiden.

—Sí, los chicos de Zander, ¿está bien? —Furcht maldijo en otro idioma y lo miré;

se dio vuelta y me miró confundido—. Créeme, nunca estuve tan bien protegida. — Cubrí el teléfono intentando averiguar qué es lo que lo había puesto de mal humor y le pregunté con señas qué ocurría. Algo debía de haber pasado. ¿Le había ocurrido algo a Hass? ¿Leiden?

En cambio su boca gesticuló otra palabra, la cual no esperaba... ni hubiera esperado en años.

Traición.

Esa era la palabra que formularon sus labios y sentí como un cosquilleo invadía mi cuerpo, como si sus ojos pudieran atravesarme. Fruncí el ceño e intenté pensar con claridad.

¿Traición? ¿De quién?

—¡Ay, no, diosa querida! —dijo Sal de forma ahogada y una telaraña de pensamientos me envolvieron, y el débil lazo comenzó a brindarme información de inmediato.

¡Qué habían hecho! En vez de refrenar la pregunta, tan solo la escupí de forma acusadora.

—¿Qué han hecho? —repetí.

—Lo siento, lo siento...

—¡¿Qué mierda hicieron?! —grité más fuerte, pues quería saber qué había ocurrido, y aquellos lloriqueos no ayudaban.

—Creímos que te habían tendido una trampa.

Mis dientes estaban tan apretados que podía sentir el chirrido. Furcht se acercó a mí y me tomó del hombro, susurrando palabras para que me calmara. En sus ojos había desaparecido la furia, que fue sustituida por la necesidad de consolarme, de calmarme, aunque lo único que lograba es aumentar mi determinación.

—¿A quién atraparon, a quién tienen? —Como no hubo respuestas desde el teléfono miré a Furcht.

—Hass, agarraron a Hass —manifestó.

—¡Voy a matarlas! Si tan solo han lastimado a Hass, si tan solo —me detuve un momento maldiciéndome al notar que mis ojos se llenaban de lágrimas, y las palabras iban dirigidas más a Furcht que a mis hermanas—, si tan solo lo han..., juro que dejaré la S.A. y deberán buscarse una nueva hermana.

—Te sentimos en peligro, estabas allí... y nosotras...

—¡Dile a Nicolás que la próxima vez que intente hacer algo recuerde que estará dañándome también! —grité y cerré el teléfono con fuerza.

—Carim —Furcht se agachó de modo que sus ojos conectaron fácilmente con los míos—, tranquilízate, el incubo es fuerte.

—¡Lo lastimaron por mi culpa! —grité indignada.

—Tan solo fueron unos puñetazos pero todo vuelve a la normalidad; ni Zander ni

Vívika permitirían que le hicieran daño —dijo apartándome el cabello de la frente.

—Gracias a la diosa alguien mantiene la cabeza sobre sus hombros en esta maldita ciudad. —Furcht me atrajo contra su pecho y me envolvió en un abrazo consolador.

No sabía por qué, pero aquel abrazo me reconfortaba. Me hacía recordar mis años de cachorra, cuando mis hermanos me cuidaban, y yo solo pensaba en jugar. Y ahora eso estaba muy lejos de mis últimas décadas como asesina, pero aquí, envuelta en la calidez de Furcht me sentía bien. Como si conociera a este hombre hace mucho tiempo.

—Creen que soy una tonta —balbuceé—, no confían en mí..., por eso lo hacen, creen que no puedo. No confían en que pueda hacerlo —sollocé desalentada.

—Sí lo hacen, Carim, solo tienen miedo. —Escuché sus palabras suaves amortiguadas por su cuerpo que me envolvía mientras acariciaba mi cabello. Recordaba a Furcht luchando contra los ángeles. Allí, parecía molesto, atacando a diestra y siniestra; todo su cuerpo era un arma, lucía letal, mortífero, y aquí estaba consolándome sin ni siquiera criticarme—. Es bueno tener a alguien que tema por ti, que te ame y arriesgue todo por eso... —me moví solo un poco para verlo a los ojos y hablaba en serio. Querría tener tiempo para preguntarle cómo lo sabía, pero estaba impreso en sus ojos: en su mirada se traslucía que él realmente sabía muy bien lo que es no tener a nadie.

—Yo confié en ustedes, y también temo que les hagan daño, confío en ti, Furcht, y tengo miedo... Recién te conozco y yo no podría... —me apretó un poco más contra su cuerpo— perderte —terminé de decir.

—No debes hacerlo —dijo soltándome, aún con sus manos en mis hombros—. Aunque es un honor saber que me aprecias. —Sonrió. Apreciarlo, era más que eso, pienso. Él es honesto y cariñoso como un hermano.

—Leiden tenía razón, eres un buen tipo Furcht. —Él solo sonrió en respuesta para luego dar un suspiro sonoro.

—Soy un chico tierno, en el fondo..., muy, muy en el fondo —murmuró con picardía y por primera vez en horas me largue a reír a su lado. Él hizo una mueca que tan solo logró incrementar mi risa.

—Sí, lo eres...

Pasados los cinco minutos, aún quedaban otros diez hasta que el coche llegara y el silencio volvió a caer sobre nosotros como cuando el coche de Leiden salió por la puerta del garaje. No podía quedarme en silencio; a mi lado Furcht parecía una estatua de mármol, tan firme, que casi parecía no respirar.

Así que decidí romper silencio con un poco de charla. Tal vez eso lograra relajarme un poco. Aún rondaban en mí las imágenes de Hass siendo golpeado, y la ira bullía en mí como una cacerola al fuego.

—¿Cómo...? —Mi voz salió como un graznido, así que lo intenté de nuevo—. ¿Cómo me seguirás incluso en el taxi? ¿Es que puedes hacerte invisible como Hero?

—¡Oh!, no..., no puedo; eso es algo que unos pocos saben manejar. Yo soy un cambiaformas, haré lo mismo que hice para llegar aquí... —Mi cara debió de haber reflejado mi incertidumbre porque añadió—: Volar.

—Wow!... ¿Puedes volar? —Me alejé un paso para verlo completo. Debía de medir como dos metros, no me podía imaginar a aquel hombre musculoso volando como un pájaro—. Wow!, nunca me lo hubiera imaginado.

—Nadie lo hace —añadió guiñándome el ojo—. Puedo tomar la forma de cualquier ser vivo si tengo una imagen la cual copiar.

—Podrías, no sé, ¿convertirte en mí si quieres? —pregunté.

Furcht largó una carcajada sonora que me hizo dar un paso hacia atrás. Lo vi reír con ganas por un momento hasta que logró recomponer su postura.

—Sí, podría, pero sería incómodo. Imagínate si Leiden me confunde y pide un baile. —Ambos hicimos una mueca de asco—. Eso, eso sería realmente incómodo —respondió mientras me evaluaba de pies a cabeza.

Volví a reír y a relajarme, sus palabras eran honestas, me sentía bien.

—Sí, imagino que sí —respondí con un tono jovial. Leiden tenía razón sobre Furcht. Había algo en él que me decía que nunca dejaría que me ocurriera nada.

—Además está el hecho de imaginarme siendo tú, teniendo que soportar los besos de Leiden, hace que me replantee eso —susurró con cara de asco, y comencé a reír nuevamente.

Si Eva estuviera aquí, diría uno de sus comentarios lésbicos y gay, pero un minuto después recordé que no estaba aquí, sino en algún lugar en la S.A. limpiándose las manos de la sangre de Hass, y volví a gruñir.

—Ni yo puedo imaginarlo —le dije cuando noté que me estudiaba con detenimiento.

—Tu taxi está aquí —dijo mirando hacia la entrada—. Leiden ha llegado, yo te seguiré desde arriba. —Le sonreí cuando colocó una enorme mano en mi hombro—. Tranquila, estaré ahí, aunque no me veas.

—Gracias —le dije un momento antes de voltear y mirarlo a los ojos nuevamente—. Dile a Hass... —las palabras se atascaron en mi garganta—, tan solo dile que lo siento, ¿sí?

—Estoy seguro de que lo sabe, no hay nada que él no sepa —dijo tocándose con un dedo su sien.

Y sé que es cierto. La conexión, por más débil que sea, lograba registrar los sentimientos más puros como el odio, el dolor, la felicidad y la dicha. No hay nada que no le permitiera a Hass saber que yo no planeé esto, y eso me hacía feliz.

—Está bien, dile que les compraré todo el tiempo que pueda, espero que la idiotez

de mis hermanas no haya empeorado las cosas y que nuevamente... lo siento.

—Estoy seguro de que lo sabe, Carim.

Cuando el taxi comenzó a dirigirse a lo de Laicot, estaba decidida a recomponer mi imagen. Me desarreglé el pelo dejando algunos mechones sueltos, y arrugué mi ropa que, por cierto, ya estaba bastante maltrecha. Una idea cruzó mi mente, una y solo una.

Yo sería el emblema, estaba resuelta a no flaquear, por ellos, por la confianza que me habían brindado, y, como si casi pudieran leerme la mente oí un graznido, más bien como el canto de un ave cruzando la noche.

El taxista pareció inquieto y miró al cielo. Muchos mirábamos aún al cielo en búsqueda de amenazas, de alas grises surcando la noche, pero luego de un instante él solo dijo:

—¡Mire eso! Es raro ver águilas hoy en día. —Al escuchar su comentario, me pegué al vidrio y, a lo lejos, pude ver las hermosas alas batiéndose, haciendo del cielo algo hermoso y nuevo. Esta vez no miraba el cielo con miedo, porque sabía que Furcht estaba allí—. ¿Quién diría que aún existen?

—Sí, quién diría —respondí aún sin dejar de prestarle atención a la enorme ave que seguía mi camino.

Mi teléfono sonó, *nuevamente*, ni bien me senté en el área de mesas de Laicot. El lugar parecía bastante lleno, y había muchos más hombres que lo habitual. El maldito teléfono parecía cobrar vida propia últimamente y, realmente, comenzaba a odiarlo.

Desvié la atención de la muchacha que se había acercado y me servía una copa. Antes de que me atendiera le había pedido si tan solo podía traerme algo más fuerte, y ella me dedicó una sonrisa seductora y se marchó bamboleando el trasero. En ese momento pensé qué curiosa era aquella escena, y cómo una simple gata me había cambiado. En cualquier otro momento, hubiera apreciado sus largas piernas, su trasero respingado, pero una parte de mí, mi lobo, se negaba a mirarla de ese modo.

El aparato volvió a sonar quitándome la concentración de la chica. No necesitaba mirar para saber quién llamaba.

Sí, el que imaginan.

Zander, con sus llamadas de control. Desde el ataque de los ángeles él había incrementado sus llamadas. Antes, directamente no llamaba, nos controlaba a través del lazo y las llamadas solo eran para casos de emergencia, y punto. Ahora era constante; en parte, estaba seguro de que era obra de Viv, pero ¿qué podíamos hacer?: nada. Casi siempre bromeábamos con cuánto se parecía Zander a una madre controladora, últimamente.

—¿Z? ¿Qué ha ocurrido?

—No me lo creerías aun si te lo dibujara.

Su voz fue más un gruñido animal que algo parecido a la voz humana. Me lo imaginaba pasándose la mano por la cabeza y maldiciendo con los dientes apretados.

—Creo que podría representármelo por diversos métodos que hasta un niño de cinco años entendería y, aún no lo creerías.

El cansancio se filtraba en su voz aunque podía notar algo más..., pero no lograba precisarlo con la música tan alta. Yo también estaba exhausto, las últimas noches habían sido una locura.

—¿Hass, está bien?

—Sí.

No quise preguntar, pero las palabras salieron atropelladas antes de poder contenerme.

—¿Y ella? —pregunté cuando la muchacha se acercó nuevamente, y dejó frente a mí un pequeño vaso. Lo escruté un momento intentando descifrar qué tipo de licor había mezclado para crear un líquido rosáceo parecido al color del amanecer. Ni amarillo ni rojo, una mezcla rara entre los dos.

—Está bien. Carim parece estar decidida a continuar con esto, aunque imagino que parte de esa decisión es el hecho de que tú estás allí con muchas hembras deambulando. Ya sabes, es una gata territorial —añadió logrando hacerme sonreír—. En fin, va hacia a ti, como lo habían planeado. Furcht la sigue desde arriba, todo marcha como lo planearon.

—¿Y sus hermanas...? —pregunté receloso. Sabía que ellas tendrían su opinión formada de lo que llevaba a Carim a hacer esto—. ¿Acaso no se han opuesto?

Era improbable que Eva y Sal la hubieran dejado marchar así nomás. Seguramente en este momento estarían buscando un hechizo, alguna forma de atrofiarme el pene, o algo así con tal de quitar a Carim de la ecuación.

—Lo han intentado, pero ella fue más fuerte..., debes de estar orgulloso de tu compañera.

—Lo estoy —respondí sin pensar y sentí como el silencio se apoderó de la línea al momento.

Zander soltó una risita, pero en mí algo se removía en mi interior, la satisfacción de mi lobo era tal que tenía ganas de aullar.

—Hay reunión en la S.A.; después de que salgan de ese tugurio de mala muerte, los quiero allí.

Ahora era mi momento para reírme de él.

—Antes no solías llamarle tugurio de mala muerte, si mal no recuerdo.

—No, y cierra el pico que si Vívika te oye, juró que te dejará morado el culo a patadas.

Comencé a reír sin más mientras lo oía suspirar desde el otro lado.

—Sin demoras, ¿oíste?, debemos discutir algo más. ¡Ah! Y, Leiden, sí, todos..., por si tus hermanos no entendieron el mensaje.

—Se los diré. ¿Has sacado algo de información del tipo?

—Sí, y sumado a las cosas que aportó Carim, más lo que pudieron sacarle tus hermanos, es algo grande, pero quiero que lo veas por ti mismo.

—Sabes que no puedo acercarme a él —siseé—, no sin intentar arrancarle la cabeza.

—Lo sé, me contaron de la situación y lo controlado que te portaste. Eso sí es domesticar a un lobo, aunque nunca imaginé que una gatita pudiera domesticarte...

—Ella no...

—Pero debemos hacer esto juntos, no hay tiempo para esas cosas, y menos si quieres sacar cuanto antes a Carim del medio.

—Tienes razón —gruñí de mala gana.

—Nos veremos en la S.A., sin demoras, Leiden. —Sonreí de lado sabiendo que Zander sonreía también.

—Sin paradas previas, lo prometo.

—Tengan cuidado.

—Lo tendremos, papá.

Después de eso mi teléfono quedó mudo.

Debíamos terminar con esto lo antes posible. Había muchos cuerpos, y mucha sangre secuestrada corriendo hacia algún lado, y no es justamente el mar. Había algo más escondido en la entrañas de esta ciudad y debíamos averiguar qué, si no queríamos entrar en una guerra. Aún no comprendía por qué necesitaba sangre de féminas, pero, por lo visto, era su predilección. No había forma de zafar de este embrollo.

—¡Hola cariño! Me extrañaste.

Mientras estaba perdido en mis pensamientos no había visto a Carrie acercándose, raro, porque siempre notaba cuando alguien se aproximaba, pero mis sentidos parecían estar jugándome una mala pasada. Levanté automáticamente la vista ante aquella voz familiar.

Carrie estaba acodada en mi mesa, justo frente a mí, con una sonrisa color melocotón en sus labios y sus exuberantes ojos claros. Por debajo de la mesa, era otra historia; ella movió su pie y comenzó a acariciarme la pierna; lucía tan seductora mientras se lamía los labios y sus dedos recorrían su escote, y lo primero que vino a mi mente fue... ¡eso sí que es un escote...!, bueno, luego de ver cómo sus tetas casi se salían por su diminuta ropa, la imagen mental que Carim había instalado en mi cabeza me golpeó. La vi arrancándole los cabellos como había sugerido, o muchas cosas más.

—¿Qué? ¿No me invitarás una copa?

—No es seguro —respondí sin mentiras, aunque ella no lo entendiera. Yo sí lo hacía, y Carim, bueno, ella podría matarla de un zarpazo. La estudié un momento y noté que había algo en ella no estaba bien; hoy se veía distinta, aunque no lograba descifrar por qué.

—¿Por qué, acaso te sientes un poco... violento esta noche?

Se movió tan rápido que no pude impedir que se sentara en mis piernas, mejor dicho a horcajadas sobre mí.

Mierda. Carim va a matarme.

Había tenido sexo unas cuatro o cinco veces con Carrie y claramente me había conocido un día en el que me había violentado. La había atado a la cama, y la había forzado al máximo, y ella lo había recibido con una sonrisa.

—Vamos, Carrie, no estoy de humor... —gruñí mientras ella se frotaba contra mi entrepierna.

—¡Uh! Me gustas, Leiden, y lo sabes...

Ella me besó el cuello, una vez, dos, y me moví hacia atrás para evitar otro contacto que pudiera terminar con ella hecha añicos. Pero no se quitó, y la empujé un

poco más cuando noté que ya no me prestaba atención y que su cuerpo se había tensado. Seguí la línea de su mirada: sus ojos apuntaban a la puerta y fue cuando noté quién había llamado su atención.

El tipo de la puerta, del cual nunca me había molestado en averiguar su nombre, saludaba a Carim, se acercó a ella y le indicó algo que no pude oír por la odiosa música. Carim echó un vistazo rápido y sus ojos encontraron con los míos. Por un instante me debatí entre quitarme a Carrie de encima y protegerla, o simplemente escudarme con el frágil cuerpo de la mujer y salvarme del ataque de la gata.

Entonces Carim hizo algo que no esperaba, y menos con Carrie encima: sonrió y la saludó como si nada, y se volvió para dirigirse a los camerinos, no sin antes mirarme confundida.

¿Qué había dicho Carim sobre Carrie?

Me había dicho que Laicot la había enviado en su lugar.

Con aquel pensamiento en mente olisqueé la piel del hombro de la mujer, pero no sentí nada. A ella no pareció molestarle ya que estaba más interesada en Carim que en mí.

—¡Carrie! —La llamé al notar que no se había perdido ni un movimiento de la gata. Ella se giró y me dio un beso rápido en los labios, y se levantó con una sonrisa falsa en los labios.

—Será más tarde cariño, debo hacer algo antes —me dio un beso rápido y se levantó—, cosas de chicas, ya sabes —dijo intentando quitarle importancia, pero algo no andaba bien: olisqueó en el aire algo parecido al odio, dolor tal vez...

Carim se movía apretando los puños, y su cuerpo estaba tenso. La seguí hasta que se perdió detrás de una de las áreas privadas del club. Vi a Carrie hablando con el tipo del bar echando miradas rápidas hacia el vestidor donde sabía que estaba la gata. Luego de gritarle algo más se movió para luego perderse en una entrada opuesta a Carim.

Miré extrañado el sitio por donde Carrie se perdía, y por primera vez noté la entrada, nunca antes la había visto. Entrecerré los ojos intentando recordar algo de ese lugar, pero nunca la había entrado allí.

No hacía falta ser un experto para notar que algo no andaba bien y Carrie no era solo una simple humana trabajando en un prostíbulo. Ahora, con las fichas cayendo de dos en dos comencé a unir piezas. Zander me había dicho que en los primeros informes de la gata, se decía que había muchas chicas nuevas que nunca habíamos visto. Carim había reportado que muchas de ellas no volvían al segundo día y que por eso estaban escasos de personal. También había agregado que Laicot había censurado a Carrie por hablar de las mujeres nuevas.

Definitivamente Carrie sabía algo.

Carim no salió por unos minutos. Intenté lucir distraído viendo a las demás bailarinas mientras controlaba la salida de Carrie, pero no salió por un buen rato.

Carim se sentó con varios tipos, siempre teniéndome a la vista y dedicándome miradas furtivas que claramente amenazaban con la integridad de mis pelotas si es que, acaso, no me quedaba solito y donde estaba.

Ella reía, charlaba, y coqueteaba un poco con ellos. Cualquiera diría que estaba normal, incluso como si nunca hubiera ocurrido nada. La gata se estaba esforzando, demasiado... Así que, notando que ella estaba bien, me dediqué a seguir a Carrie rogando a Vatur que Carim no entendiera mal aquella acción.

Carrie salió después de unos minutos más ofuscada que antes. Cada tanto enviaba miradas oscuras hacia Carim, pero esta parecía no prestarle atención. Se paseó por la barra y luego por un par de sillones en el área semiprivada. Lucía nerviosa y me di cuenta de que tampoco había visto a Laicot. Eso también era raro.

Mi teléfono sonó. *Sí, de nuevo.*

—¿Qué? —pregunté sin más.

—*A ver. ¿Cómo puedo hacer esto fácil sin que parezca una idiotez?*

—¿Por qué no lo piensas y me llamas luego? —respondí. Él rio un poco y volvió a intentarlo.

—*Bien, lo diré así: Carim le dijo a Eva que necesitaba hablar contigo en privado, y también habló de mutilación de ciertas joyas que no querrás perder, pero creo que parte de eso puede haber sido agregado por Eva.*

—No lo creo, —murmuré recordando las amenazas de Carim—. Carrie se ha sentado en mis piernas cuando Carim entró.

—*¡Oh, genial! Claro, ahí es cuando entran tus pelotas en juego y la parte de cortártelas en pedacitos para que nadie más pueda usarlas.*

—Correcto —afirmé mientras Carim me dedicaba otra mirada de esas que confirmaban las palabras de Eva.

¿Pelotas en juego? Nunca mejor dicho.

—*Bien, ¿qué quieres que le diga?*

—¡Espera! —Hass sonaba tan emocionado como un niño en una juguetería—. ¿Eva está hablando contigo? —pregunté y Hass suspiró—. ¡Oh, hombre! ¿Ves, Hass? Siempre alguien saca algo bueno de esto...

—*No te rías, al menos ponte un poco feliz de que sea la Eva real...*

—Sí, no como esas a las que te llevas a la cama... ¿Sabes lo que haría si se entera?

—*Espera, cortaré. La llamaré y le diré que hablé contigo y que me llamarás.*

Me quedé perplejo. ¿Qué haría qué?

—¿Y la diferencia es? —murmuré sin terminar de comprender.

—*Que hablaré dos veces con ella; no, perdona, tres veces con ella...*

—¿Sabes que estás obsesionado con ella, cierto?

—*Solo un poco, ¿ok? Soy un maldito ícubo y no logro meterme entre sus piernas. Creo que deberías darme un poco de crédito. Esto es como el dicho «en casa de herrero cuchillo de palo», ya que aún no he podido hundir mi palito en su agujero...*

—Está bien, está bien, me hiciste una fotografía —dije frotándome la frente, porque él realmente había enviado esa imagen hacia mi cabeza y no la quería allí.

—*Ten un poco de piedad* —suplicó.

—Lo hago. Cuando, bueno, cuando hables con Eva dile que en quince minutos la llamaré para un baile. Necesitamos hablar pues hay algo en una de las chicas.

—¿*Qué hay con ellas?* —preguntó poniéndose serio.

—¿Recuerdas a Carrie?

—*Sí, te has revolcado un par de veces con ella, ¿no?*

—Sí, la misma. Por lo que ustedes me dijeron, Carim salió con el tipo ese esta noche porque Carrie no estaba, ¿cierto?

—*Te sigo* —dijo totalmente profesional.

—Cuando llegué, Carrie estaba aquí, vino a coquetear conmigo..., y...

—*¡Uy!, va a matarte, si ella tan solo te ve cerca...*

—Me ha visto... —confesé.

—*Eres hombre muerto* —susurró.

—¿Me dejas acabar? —repuse fastidiado.

—*Eso deberías preguntárselo a ella, Leiden.* —Rio y bufé ante su respuesta y juego de palabras—. *Ok, está bien, sigue.*

—Carrie no estaba feliz con ver a Carim, y Laicot no está por ningún lado.

—¿*Cómo que no estaba feliz?* —Ahora toda la jocosidad se había esfumado de la voz de mi hermano.

—No lo estaba, lucía sorprendida.

—*Como si Carim nunca debió haber vuelto con vida* —anunció haciéndose eco de mis pensamientos.

—Lo mismo pienso.

—*Ten un ojo sobre ambas. Si esas malditas están metidas en todo este lío, puede que dé la alarma sobre lo que sabemos, sobre el tipo...*

—¿Has hablado con Zander?

—*Le han sacado un poco de información y están por realizar varios allanamientos. Zander, Hero, Nicolás y las dos elementales que le restan están al*

frente de la operación, y Furcht está cerca del departamento del tipo por si alguien va allí...

—Esto se está poniendo peor de lo que creíamos —afirmé bajando la voz.

—Los malditos saben esconderse, Lei, y están haciendo todo su esfuerzo, incluso puede que esto haya comenzado hace mucho tiempo...

—Con el ataque de los Ángeles, lo sé, pensé lo mismo.

—Piénsalo de este modo: si la ciudad es un caos, con revueltas y muertos por todos lados, ¿quién se preocuparía por un poco de sangre que falte de aquí o allá y un par de órganos perdidos?

—Nadie, incluso podría ser que pasaran por encima de Vívika.

—Sí, eso ha sido un caos.

—Dile a Eva que hablaré con Carim cuando la llame, ¿está bien?

—¿Huh? ¿Hablar? Claro, y yo soy un niño..., aunque eso suena interesante...

—Tan solo díselo, ¿quieres?

—Lo haré.

—¿Oye? ¿Cómo está tu cara?

—Ni lo digas. ¿A qué no imaginas quién vino a pedirme perdón luego de recriminarme que algo le habíamos hecho a su hermana?

—¡Por la diosa! ¡Hass, estás de suerte!

—Ya lo creo... —lo oía feliz del otro lado de la línea, y una sonrisa se formó en mi cara—. *Hubiera querido un besito, aunque sea mínimo, pero no podía forzar mi suerte.*

—Hola cariño. —La voz de Carim me envolvió como un murmullo de seda cuando se acomodó a mi lado, pegándose justo del lado donde estaba el móvil.

—Debo irme, aunque odiarás esto, Hass —le dije mirando a Carim a los ojos.

—¿Qué?

—Creo que ya no es necesario que llames a Eva...

—¡¿Por qué?!

La frustración hizo que apartara un poco el móvil de mi oído, mientras Carim jugueteaba besándome el cuello y haciendo que me estremeciera.

—Porque Carim está aquí... —murmuré muy bajo mientras ella me daba un pequeño mordisco cerca de la clavícula.

—¡Maldición, ustedes dos! ¿Qué pretenden? ¿Que se me condense el esperma y no pueda caminar por la infección que me dará?

Carim comenzó a reír contra mi cuello para que nadie más lo notara, mientras que yo hice una mueca de asco.

—Lámala —susurra ella y lo repito—. Dile que serás mi contacto y que debe llamarte a ti para saber de mí.

—¿Estás segura? —preguntó Hass, aunque sé que la oyó fuerte y claro.

—Sí. Al fin y al cabo se lo merecen por la idiotez que cometieron, ahora que se aguante, ¿está bien?

—*¡Más que bien!*

—Genial. Ahora déjame trabajar —murmuró Carim pícaramente aún manteniendo su voz muy suave para que la música la cubriera.

—*Sabes que te adoro, ¿no?*

—Sí —respondimos los dos al unísono.

—Hass, sabes que solo debes adorarla..., y ya sabes el resto.

—*Claro que lo sé, no debo poner mis manitas en ella...*

—¡Leiden! —Carim me dio un mordisco suave en represalia pero no me quejé.

—*Cuídala, Lei..., y gracias..., eres genial gatita.*

Cerré el móvil y dejé que ella jugara conmigo. Cerré los ojos mientras sus manos me acariciaban.

—Creo que encontré tu punto débil, Leiden.

La voz de Laicot llegó desde mi espalda, y me moví un poco para verla de frente. ¿De dónde había aparecido?

—Creo que lo has hecho —dije estudiándola.

Después de unas palabras más nos retiramos al área privada. Esta vez Laicot le dijo a Carim que era ella la que decidía qué hacer conmigo, así que ni bien me senté en el sillón, ella se montó sobre mí con total naturalidad. Como si lo hubiéramos hecho por años, mis manos se pasearon por su espalda mientras sus ojos me observaban. Dejé que mis manos absorbieran la suavidad de su piel, el calor que irradia.

—¿Leiden?

—¡Jum!

—No tengo ganas de bailar hoy...

—No lo hagas... —ronroneé, y mis manos se apoyaron en su trasero y la jalé aún más cerca. Ella envolvió sus manos en mi cuello y no pude dejar de notar cómo sus pechos se apretaban contra el mío.

—Quiero tomarte.

Levanté mis ojos hasta ella y observé con claridad a la gata en sus ojos.

—Quisiera marcarte de modo que todos supieran que eres mío.

—Eso va a tener que esperar —susurré—. Hacerlo ahora sería muy peligroso.

—Quisiera matar a Carrie, lo que por cierto me recuerda, ¿qué hacía ella encima de ti?

—Tan solo vino a mí, Carim, estaba tratando de quitármela de encima cuando apareciste —murmuré acomodando un mechón de su cabello.

—Claro —respondió recelosa.

—Lo digo en serio. Ella está metida en esto..., aún no sé qué papel desempeña, —

dije y la estudié—, pero está metida hasta las narices, Camille. Debes tener cuidado.

—Lo mismo pienso —afirmó—. Ella sabe algo, tengo la sensación de que Laicot no es la jefa en este lugar, pero no es seguro hablar aquí. Además —dijo hundiendo un dedo en mi pecho—, recuerda lo que le haré, es a ella a quien debes advertirle.

—Lo sé, lo siento. ¿Cuántas veces deberé decirlo? —pregunté.

—Decirlo —dijo mirando al cielo de forma pensativa—, no lo sé, pero deberás compensarme. —Noté cómo la comisura de sus labios se levantaban en una sonrisa sensual y provocadora.

—¿Compensarte, eh?

—Sí, ya sabes, por el daño emocional y esas... ¡Leiden!

La moví de forma que quedó atrapada bajo mi cuerpo, y mis labios se encontraron con los suyos como si estuvieran imantados.

Mi cuerpo se pegó tan fuerte que corríamos peligro de fusionarnos. Dejé sus labios tan solo para bajar un poco hasta su cuello, mientras mis manos acariciaban sus pechos. No teníamos demasiado tiempo, en realidad, y no quería hacerlo en un lugar como este. Ella no lo merecía.

Ella era mi compañera, pero en estos momentos ella necesitaba sentir que era más importante que Carrie. Sabía que los celos corrían por su sangre como el combustible, y mi lobo quería erradicar todas sus dudas, y, tanto él como yo, se lo haríamos saber del único modo que conocía.

Quitó lentamente la diminuta prenda que cubría sus pechos y me hice de su pezón, lo lamí y acuné entre mis labios mientras la notaba estremecerse. Sus manos se engancharon en mi pelo, y yo tan solo quería más.

Me dediqué a dejar aquellos botoncitos rosados tan duros como podía, mientras mis manos bajaban hasta su tanga. La moví de lado sin quitársela y abrí mi bragueta con una mano mientras la otra jugueteaba con su sexo. Podía sentir la humedad, el deseo y deseaba aullar de placer.

Gruñí cuando mis dedos la invadieron, estaba lista para mí, ella gimió al compás, y cuando mi pene estuvo libre, me hundí en su carne y haciéndola gritar.

Esta vez los movimientos no fueron lentos y pausados, eran bestiales y devastadores, arremetidas violentas que ella aceptaba sin quejas. Mis labios volvieron a por los suyos y mi lengua invadió su boca.

—Más..., más fuerte —jadeó, y con sus palabras susurradas me dejé ir; el lobo tomó posesión de mi cuerpo y las embestidas aumentaron logrando que ella perdiera el aire.

—Te estoy haciendo daño —gruñí intentando que el lobo retrocediera.

—No —gruñó feroz y me hincó las uñas. La miré a los ojos para confirmar sus palabras y lucía decidida—. No te detengas —su demanda fue acompañada por un posesivo agarre de mi trasero, y me moví hasta que quedó sentada sobre mí nuevamente.

Carim no necesitó mi permiso para moverse, se hincó tan profundo y tan fuerte que esta vez realmente pensé que la había lastimado, y me helé.

—No me harás daño, Leiden. —Siguió moviéndose, con movimientos tan profundos que no los creía posible para una hembra tan pequeña y delgada como ella. Cuando su orgasmo llegó, dejó caer su cabeza hacia atrás y ahogó un grito con sus manos; luego volvió a mirarme, y jadeante me dijo:

—Ahora tú, cariño.

Se balanceó nuevamente y sentí que solo necesitaba un beso para acabar. Besé sus pechos nuevamente, disfrutando el orgasmo que se aproximaba y cuando ella arañó mis hombros llevándome hasta el borde, ahogué mi grito en sus labios.

Estábamos sudados y exhaustos.

Se desplomó contra mi pecho y tuve que esforzarme para que volviéramos a cambiarnos.

Pasó una hora hasta que me marché de allí como habíamos planeado Carim tomó un taxi hasta nuestro apartamento; mientras, los ojos de águila de Furcht la seguían

desde lo alto. Nadie había aparecido por el sitio adonde aquel tipo había llevado a Carim. Tal vez no fue nadie tan solo porque sabían que si alguien volvía con vida de allí, significaba que algo había pasado.

No lo sabíamos.

Ya en el garaje, me detuve a esperar junto al coche de Hass.

El mío podía ser reconocido, pero no el de mi hermano. Carim bajó del coche y se metió por la entrada principal, como si viviera allí, para que nadie sospechara. Furcht entró en su forma de águila y se materializó frente a mí. Le arrojé una muda de ropa que había buscado para él, mientras Carim se acercaba desde las escaleras.

—Algo va mal —les dije, y esperé a que se metieran en el coche con vidrios tintados.

—Todo va mal, esto no debería estar pasando. —La furia de Furcht corría libre por sus venas.

—Cuando me enviaron con el maldito, Carrie no estaba... —agregó Carim.

—Vi que no estaba feliz cuando te vio llegar, viva —añadí.

—Tal vez no esperaba que volvieras con vida —musitó mi hermano.

—Lo mismo pienso.

Ninguno volvió a decir nada hasta que llegamos a la S.A. Todos estábamos cansados, no habíamos dormido bien en días, y eso ya comenzaba a notarse.

Vívika nos recibió con un compendio de abrazos y besos, y agradecimientos a Vatur por traernos a salvo. Nos reunimos en un área privada del comedor general de la Sociedad de Asesinos.

La S.A. albergaba a todos aquellos que no se sentían a salvo entre los humanos.

Hubo un tiempo en que sus paredes solo estaban habitadas por los profesionales que trabajaban allí. Con el tiempo y las represalias, sin contar las guerras, se dispuso de un área más grande que sería el albergue, y la casa para muchos. Los años habían llevado a la S.A. en convertirse en una gran colmena, casi toda bajo tierra, como una ciudad escondida y amurallada.

Contaba con todo lo que se necesitaba para que los que no querían volver a las ciudades se quedaran allí para siempre. Había escuelas, comedores, hospital, incluso había tiendas y parques con iluminación controlada para que todo el mundo se sintiera cómodo, incluso áreas al aire libre arboladas y monitorizadas.

El espacio alcanzaba más de los mil metros de largo con siete niveles en profundidad, en una basta llanura rodeada por un par de picos poco elevados.

Nadie vagaba por estos páramos, se encontraba a más de quince minutos de la ciudad, y todos los que estaban o llegaban aquí era porque así lo querían.

Actualmente se estaban ampliando las zonas de viviendas dado a que muchos habían llegado después de la caída de los ángeles. Habían estado trabajando en otro predio igual, que había sido el sitio para cuarteles de los humanos. Eran búnkeres que

debían de pertenecer a la NASA o alguna Asociación así, pero aquel sitio no estaría listo por largos meses.

El aroma a comida italiana me asaltó haciéndome notar que tenía hambre. Vi a mi hermano contra el muro en una pose relajada, aunque su mente era un completo revuelo de datos e información. El rostro de Hass tenía algunas marcas de puños y el labio cortado, pero no lucía mal. Nos devolvió una sonrisa a medias y reclinó la cabeza indicándonos algo. Me giré y vi a toda la pandilla de Nicolás allí apiñados o paseándose inquietos.

Y créanme que cuando dije todos, era todos, desde Sal y Hero, Eva y hasta su pareja había venido.

Don gato y su pandilla habían venido.

Lo entiendo.

Nadie quiere dejar a sus hembras solas cuando cosas como estas suceden; nadie mejor que nosotros para comprender eso. Si Carim y Vívika fueran lobos como yo, las hubiera llevado a un lugar remoto y las hubiera dejado allí, apartadas del peligro y del horror; pero ellas no lo eran. También daba por hecho que no se marcharían tampoco, pues la S.A. podría tomarlas como desertoras y eso les acarrearía muchos problemas incluso la muerte.

—¡Carim! —Sal se soltó de Hero y corrió hasta su hermana, pero ella no le devolvió el abrazo en respuesta. Sabía lo molesta que estaba con ellas, por lo que Sal se alejó con cautela y Eva se levantó de su silla con las manos en alto, de forma protectora.

—Lo lamentamos, ¿ok?

—¿Se lo has dicho a él? —dijo, y su voz era una mezcla entre murmullo y gruñido, y sus ojos taladraron a Eva. En respuesta, esta se puso roja como un tomate mientras seguía la mirada de su hermana hacia Hass—. ¿Le has pedido perdón a Hass? Porque, por lo que veo, le han dedicado un tiempo lo bastante considerable como para que aún esté magullado y aún no haya sanado; así que debió de verse peor hace unas horas. Y él no lo merecía. No después de todo lo que me ha protegido. No después de todo lo que ha hecho.

—Lo ha hecho —respondió mi hermano, aunque dudaba sobre eso, pero aquella simple respuesta pareció calmar las aguas. Las manos de Carim se apretaron contra mi mano, y su nerviosismo era tal que había retrocedido hasta chocar contra mi costado. Detrás de ella estaba Furcht mirando a todos con una mirada asesina. Levanté el brazo dándole un sitio contra mi pecho, y noté cuando todos los ojos percibieron ese movimiento; ninguno pareció comprender aquel gesto de confianza, aunque para mí se sentía tan natural como respirar.

—Vamos a comer.

Vívika nos arreó hasta la mesa tirando de mi mano. En la sala había caído un

silencio sepulcral que solo se rompía con el sonido de los platos que Vívika manipulaba. Había sillas amontonadas en una esquina y nos dispusimos a dispersarlas para que todos estuvieran cómodos. Nicolás y Hero lucían más tranquilos que las hembras, y me imaginé que se debía al lazo mental. Hero pasó a mi lado y me sonrió antes de hablar.

—No te preocupes, siempre pelean, se les pasará —dijo para aliviar mi procuración—, y todo volverá a estar más tranquilo en cuanto hablen un poco. No están acostumbradas a estar separadas. Es solo eso.

—Espero que tengas razón, Hero. No quiero que pelee con sus hermanas, sé lo duro que es no tener a nadie.

—Se le pasará —agregó Nicolás mientras le tendía una silla a Furcht.

Zander se nos unió y me tomó por el hombro.

—Vamos a sentarnos todos juntos, hagamos algo civilizado por un rato.

Y eso hicimos.

Furcht se sentó en la punta, ya que debido a su tamaño ocupaba casi dos lugares; yo me senté a su derecha y Hero se ubicó a su izquierda con Sal a su lado, seguida por Eva. A su lado estaban Nicolás y Nina, y terminaba con Zander y Vívika junto a Hass, y a su lado Carim que se ubicó entre mi lugar y Hass. Frente a ella, sus hermanas que parecían no comprender el motivo de esto y al final fue Nicolás quien decidió hablar primero.

—El tipo, el que trajo Hass, ha dado un par de ubicaciones, y están realizando allanamientos en este momento. —Soltó mientras le daba un mordisco a su comida.

—¡Espera! —gruñí antes de poder contenerlo. Nicolás levantó sus ojos hacia mí. Aquello me había tomado por sorpresa.

—¿Sin avisarnos?

—¿Nos dejaron fuera?

Desde Furcht, pasando por Carim, Hass y mi persona, comenzamos a protestar pero esta vez fue Zander el que interfirió.

—Fue mi idea —declaró—. No los quería allí, era demasiado riesgoso; esperaremos a que despejen el área y los que estén allí serán suyos, ¿ok?

—¡Nos atacaron hoy, dos veces! —gruñí y levanté la mano y le mostré los dedos—. Por si no lo sabes, un niño fue raptado hoy. ¡Y nos dejaron fuera!

—Sí, lo sé, pero puede haber espías. Y buscamos al niño. Su familia ha sido trasladada hacia aquí hace unas horas.

—Hay espías —manifestó Vívika atrayendo nuestra atención—. Encontré fichas falsificadas, estoy siguiéndole la pista, pero sea quien sea que esté haciendo esto sabe como esconderse. Hay documentación que está tergiversada y falta de órganos también, aunque imagino que la sangre la consiguen en otros «sitios» porque no ha desaparecido ningún cuerpo...

—Por lo que necesitarán carne fresca —dije.

—Hoy ocurrió algo extraño —Carim habló mientras removía la comida de su plato— cuando me marché con ese tipo, Laicot dijo que Carrie siempre iba con él, pero ella no estaba, entonces ya saben lo que pasó.

—Carrie parecía molesta o furiosa cuando vio que Carim volvía, imagino que ella es el contacto interno.

—Él metió algo en mi bebida, pero aún no termino de entender si fue un acto en solitario o si el tipo de la barra también está metido en esto. Carrie me dio a entender el primer día que las chicas nuevas aparecían constantemente por allí...

—Sin embargo no hay ninguna nueva, ¿cierto? —la voz de Eva era un susurró mientras sus ojos se estrechaban más.

—Ni una —le respondió Carim—, y Laicot dijo que el tipo siempre elegía a Carrie, pero resulta que ella no tuvo problemas con él... ¿Por qué no querría matarla?

—Porque ella trabaja con ellos —conjeturó.

—Seguramente utilizaba aquellas salidas para encubrir su rastro —aventuró Hass.

—¿Su rastro? —preguntó Eva estudiándolo.

—Piénsalo, nosotros no podemos atacar a ningún oscuro salvo que haya suficientes evidencias como para probar que estuvo a cargo del acto —explicó.

—Pero ella es humana...

—Lo sé —prosiguió Hass mirando a Carim—. Las leyes humanas no son más liberales que las nuestras, por lo que si ella buscaba «carne fresca» debía hacerlo teniendo una coartada.

—Encubría sus salidas de caza con la cita con el tipo este.

—Entonces, ¿por qué la urgencia de mandarte fuera? —Sal lucía intrigada.

—No lo sé —respondí por Carim, frotándome la barbilla que debería quitarme si no quería lucir desaliñado según las normas de la S.A.

—Él pagó por anticipado, por lo que sabía que enviarían a alguien —murmuró Furcht, y Carim asintió—. ¿No había otras mujeres allí?

—Eugenia se negó —afirmó la gata—. Ella no quiso ir. Tal vez lo sospechaba y por eso se negó y Laicot no la forzó.

—¿Por qué? ¿Por qué se negó? —preguntó Eva.

—No lo sé, pero ella tan solo lucía aliviada cuando me vio, y dijo algo como: «Me alegro que hayas vivido para contarlo».

—Por lo que sabemos, ella también podría estar implicada.

—Aunque sabes que no permitiríamos que te ponga una mano encima, ¿verdad? —preguntó Furcht.

—Lo sé —afirmó Carim acariciándole el antebrazo—. Creo que se negó...

—Porque no es la primera vez que lo hacen... —murmuró Hass ofuscado, sabiendo que estábamos llegando a algo.

—Y por lo visto, no es la primera vez que ocurre —repitió Nicolás pensativo.

—Les envían a las nuevas, esas que no extrañaría nadie, por las que nadie preguntaría —completó Furcht apretando los puños.

—Creo que tenemos algo —susurró Zander.

—Sí, pero aún no entiendo qué papel juega Laicot en todo esto. —Miró a mis hermanos intentando encontrar algo.

—Tal vez ella no lo sepa, tal vez... —intentó decir Carim pero las palabras quedaron en sus labios.

—Tal vez, Carim. Sé lo que piensas, quieres sacar a la abuelita del medio, pero no olvides que regentea uno de los prostíbulos más populares de la ciudad —soltó Furcht — y que fue ella quien te envió; por lo tanto, ella debe de saber que las mujeres no vuelven y aún así te envió, así que no intentes justificarla.

—Opino igual —afirmo Hass, y yo simplemente asentí—. Vimos cuando te llamó y no lucía como alguien que no estaba enterado del tema, sabía muy bien que, salvo Carrie, ninguna vuelve.

—Salvo tú... —dije y me giré para enfrentar a Zander—. ¿Qué pasó con el tipo ese?

—Lo hemos interrogado.

—Quiero verlo —le apuntó con el dedo—. No lo despacharán sin que lo vea.

—Déjame ver qué puedo hacer.

Pasamos un rato sin decir nada más. La puerta se abrió lentamente, y Shadow, la secretaria humana de Ben, el jefe de la S.A., asomó su cabeza y buscó a Nicolás entre los comensales hasta que lo encontró y le hizo una seña.

—Si me disculpan —dijo este mientras se levantaba e iba hacia la puerta. Todos nos quedamos en silencio y seguimos comiendo.

Shadow era de esas cosas que nunca entendería del todo. Era una simple humana, aunque aquí adentro ella manejaba muchas cosas, como por ejemplo un ataque. Pero la mujer nunca había demostrado miedo, y mucho menos estar del lado de los oscuros. Por lo que sabía, ella era una humana que no tenía un lugar en el mundo de los humanos, no era aceptada por ellos, y no era una de los oscuros, pero dentro de los muros de la S.A. la vida de ella era tan valiosa como la de cualquiera, incluso más, ya que ella era casi el brazo derecho de Ben.

Pasaron unos minutos hasta que Nicolás volvió a entrar y todos lo miramos intrigados.

—Hay noticias... —dijo de forma pausada, como si pensara cuál serían sus próximas palabras.

—¿Se sabe algo de los allanamientos? —pregunté.

—Sí, ¿qué pasó con los allanamientos? —dijo Furcht.

—Están en proceso, pero la información más valiosa y notoria la ha dado la joven que salvaron del vampiro, la que, por cierto, quiere verlos.

—¿La ha transformado?

Sabía que la pregunta de Furcht estaba cargada de odio. Que hubieran lastimado a la joven era una de esas cosas que mi hermano de dejaría pasar.

—Aún no lo sabemos con certeza... —Vívika suspiró antes de continuar—. No lo sé.

—¡Malditos hijos de puta! —Furcht se levantó tirando su silla y estampó los puños en la mesa antes de que alguien pudiera reaccionar haciendo saltar platos y cubiertos por todos lados.

—¡Cálmate! —gritó Zander poniéndose de pie.

—¡No la quiero ahí, es peligroso! —gruñó, y cuando las palabras salieron de su boca todos lucíamos confundidos hasta que su mano se extendió señalando a Carim—. No va a quedarse para ver qué hacen con ella, lo de hoy ha sido una advertencia, la próxima vez la matarán y nos dejarán el cuerpo en la puerta. ¡Con un demonio! ¡No la quiero ahí!

—¡Tú no lo decides! —le gritó Carim y se levantó haciéndole frente. Furcht hizo

una mueca de fastidio, y en nuestras mentes colectivas podía ver las imágenes de horror, los temores más ocultos de mi hermano mezclándose con los nuestros, pocos seres se atrevían a enfrentársele—. Quiero hacerlo...

—Oh, créeme que lo sé, pero no te quiero herida. Por si no lo sabes, ellos no te darán un puñetazo; ellos arrancarán tu piel a jirones y te desangrarán hasta que mueras y seas solo un envase de lo que fuiste... ¡Tú no has visto por lo que pasaron esas jóvenes! No tienes ni idea de lo que ha pasado... esa joven que está allí adentro, la que se salvó ha visto y sentido cosas de las cuales tal vez nunca se recupere. Así que no me importa si debo robarle a Vívika un calmante para sedarte y dejarte fuera o tan solo darte un puñetazo para hacerlo.

—Nadie va a darle un puñetazo a nadie —murmuré tomándome la cabeza.

—¡Tú, bestia inmundada, no vas a tocar a mi hermana! —gritó Eva apuntándolo con el dedo mientras Sal tomaba un cuchillo, pero Furcht ni las miró.

—¡Cierra la boca, Eva... Sal, suelta el cuchillo. Hero quítale el arma, nadie va a pegarle a nadie aquí! —rugió Carim observando a sus hermanas y a Furcht—. ¡Estoy sana... y a salvo, Furcht...! —Carim hizo lo impensado.

Cualquiera en su sano juicio se alejaría de él en este momento, pero ella rodeó la mesa y llegó hasta su lado, obligándolo a mirarla frente a frente. O más o menos, ya que Carim era unos cuantos centímetros más baja que Furcht.

—Tú estabas allí, ellos estaban allí, sabes que no me tocarán.

—¡Por supuesto que no te tocarán! —Hass se levantó decidido y apretando los puños.

Sentí la furia de mi hermano rozándonos a los tres como si nos hubieran rociado con pólvora y Carim tuviera el maldito fósforo en sus manos.

—Nadie te hará daño Carim —dije admirando la escena mientras trataba de contener las emociones. Ella era mi pareja, lo sabía, pero nunca antes había visto a mis hermanos reaccionar así, ya que poco les importaban las personas que pasaban por nuestras vidas. Las únicas féminas que habían logrado penetrar la capa de dolor y heridas que portábamos habían sido Triz y Vívika, y allí estaba Carim abrazando a Furcht, calmándolo, con la ternura de una niña, de una hermana y, tal vez, de una madre que intenta que sus hijos no hagan locuras.

—Puede que la próxima vez no estemos allí, puede que no llegemos a tiempo... —murmuró mi hermano, y la pena cayó sobre los tres como un contenedor de emociones.

—Sí, puede, pero nunca estoy sola, mis hermanas me ayudarán, todos aquí me protegen, confía en mí, sé cuando salirme...

—Confió en ti, sé que no tienes miedo, y es por eso mismo que temo que te hagan daño.

La tensión se disipó en el mismo instante en que Furcht besó el pelo de Carim

como si solo el contacto hubiera inutilizado al macho cambia formas. Miré a Hass durante unos instantes, y sus ojos se detuvieron en los míos. Sabía que retenía sus pensamientos para que Furcht no lo oyera, pero yo entendía lo que significaba esa mirada. Solo había conocido a una hembra que había logrado calmar a mi hermano, solo una, Triz.

Triz había manejado a mi hermano de una manera increíble, aunque era humana. También había sido una de las brujas más hábiles y más buenas, la compasión brotaba de sus ojos, y nunca había lastimado ni a un solo ser. Había sido la curandera del pueblo y mi hermano también había sido uno de sus heridos.

El poder de Triz no se limitaba a solo curar heridas externas, pues su alma lograba apaciguar a las bestias, y durante el tiempo que estuvimos juntos Furcht había estado estable y calmado, asertivo y controlado. Hass había logrado estabilizarse al punto de ser más amable con todos, la gente ya no lo miraba con miedo, lo admiraban, y había incluso arriesgado su vida por los demás pues había salvado a una niña de una casa en llamas. Solía decirle a Triz que tenía el alma de una omega. Las omegas eran los seres más calmados y protectores que se podía conocer; cualquier macho valoraba a las omegas y eso había sido ella para nosotros.

La voz de Vívika logró sacarme del aturdimiento.

—Deben ir a ver a la chica —dijo y todos miramos a Vívika con más atención.

—No está hablando con nadie —continuó cuando notó que tenía toda nuestra atención—. No come, y necesitamos que hable y se alimente, así que sería genial si tal solo pudieran ir por la mañana.

—Podemos ir ahora —dije.

—No, descansen, quiero que todos lo hagan. —Vívika lucía muy cansada cuando terminó y bostezó un segundo después.

—Tú también debes descansar —concluyó Nicolás—. Todos lo haremos.

—No puedo dejar la guardia ahora, necesito saber qué ocurre. —Vívika sentía el peso del cansancio luchando con la necesidad de descubrir quién era el responsable dentro de la S.A.

—Ben está en eso, y créeme, nada se le escapa.

—Se le escapó decirnos que había mujeres muriendo —murmuré con veneno en la voz.

Nicolás me miró de forma penetrante, casi como si pudiera quemarme con solo mirarme. Noté la incomodidad de Nina, su compañera, la que no había dicho ni una palabra en toda la cena. Se sabía que ella había sido transformada a la fuerza, como la joven que estaba en el hospital. El miedo y el dolor destilaban por sus ojos. Ojalá tuviéramos suerte y la joven encontrara su lugar entre estas paredes, en vez de caer en la locura del cambio y morir.

—A veces pasa —señaló Nicolás con calma, y Carim se pegó a mi lado como si

pudiera protegerme.

—Ellos temen por la joven —susurró Nina junto al oído de Nicolás, pero observándonos de uno en uno—. Ben tampoco vio mi ataque..., los comprendo —la mirada de su compañero se suavizó cuando ella continuó hablando, como si él mismo comprendiera, de pronto, la verdad detrás de nuestras palabras—. El dolor es muy profundo, pero solo pueden ayudarla si están con ella, es necesario que intente hacer una vida normal. —Los ojos de Nina mostraban un atisbo de tristeza.

Nunca antes había estado cerca de ella, y verla de ese modo me hizo comprender el sentimiento de orgullo que todos sentían por ella. Estaba dicho que respetaban su fortaleza. Ella no se estaba quejando, no estaba soltando su propio dolor, tan solo intentaba que todos comprendiéramos qué era lo mejor en un momento como este.

—Iré a verla también —Nina enderezó su postura—. Yo pasé por lo mismo y pude superarlo. —Nicolás la acurrucó a su lado, pasándole un brazo por encima de los hombros como si intentara protegerla de los recuerdos—. Si yo pude superarlo, ella también lo hará, y ella también lo hará. No los culpen por sus palabras —continuó prestándole atención a Furcht—. Es bueno saber que se enfrentarían al mismo Ben por su ataque. Si alguno de ustedes hubiera estado allí —hizo una pausa y bajó la mirada—, si hubieran llegado a tiempo conmigo, tal vez me hubiera ido de forma diferente... Pero no estuvieron, no podían estar allí, porque incluso Ben, a veces, se equivoca. Pero estuvieron allí para ella, y ella lo sabe. No importa lo que crean, estoy segura de que son su puerto seguro. Son las personas en las que confiaré, porque acabaron con su pesadilla. Yo lo hice —dijo pegándose aún más a Nicolás.

Luego de un momento de silencio en el que las palabras parecieron asentarse en nosotros, Furcht fue el primero en hablar.

—Gracias Nina —su voz sonaba tan plana y a la vez tan cargada de emoción que la gata le sonrió en respuesta—. Ojalá hubiéramos estado allí para ti.

—Se quedarán aquí esta noche —dijo Nicolás—. Preparamos un sitio donde estarán cómodos. Quiero que descansen, han estado trabajando mucho y los quiero a salvo, chicos. Así que hay sitio aquí para todos.

—Excelente, gracias —le dije levantándome de la silla y haciéndole una pequeña reverencia al hombre, y a su valentía—. Iremos a descansar.

—Sí, creo que estamos de acuerdo en algo. —Hass se levantó y suspiró mientras se encaminaba hacia la puerta como si necesitara más aire.

—Hablaré con mis hermanas —dijo Carim deteniéndome a mitad del pasillo. Sabía que lo necesitaba como yo necesitaba la cercanía a mis hermanos, y no había nada que pudiera hacer.

—Lo entiendo —respondí, aunque ella no pareció comprenderlo—. Ellas te necesitan también —le coloqué un mechón detrás de su oreja y ella apoyó su mejilla sobre mi mano.

El contacto lo era todo tanto para los felinos como para los lobos, así que aquel simple movimiento envió un calambre a mi estómago.

—Hazme espacio en la cama, ¿está bien? —Sonreí de lado ante sus palabras y ella me dio un tierno beso—. Espérame...

—Te estaré esperando. —Salí de allí seguido por mis hermanos.

La había esperado toda la vida, o casi toda una vida. Y ahora sabía que lo haría de nuevo si pudiera.

Leiden se marchó a las habitaciones que nos habían preparado. Había percibido la tristeza en su rostro, tal vez creyera que dormiría solo, pero eso no pasaría. No pensaba dormir sola esta noche, no con mi compañero estando tan cerca.

Había pasado tanto tiempo buscándolo sin saber, que ahora sentía como si el cuerpo se me consumiera si no estaba a su lado; el dolor era tan puro como el nombre que él llevaba. Algo en mi interior clamaba por estar a su lado, como si hubiera pasado mi vida buscándolo. *Lo necesitaba*, por más que la parte independiente de mí se negaba a admitirlo.

Caminé de nuevo a la sala, obligándome a no seguirlo, para estar un tiempo con mis hermanas, y me preparé para ayudar a Vívika con los trastos de la comida y lograr acercarme a ella con las diez mil preguntas que rondaban mi mente.

Necesitaba saber cómo había convivido con ellos, qué era lo que debía hacer y qué no. Leiden era mi compañero y sabía muy bien que los hermanos se necesitaban. Había aprendido que los machos eran aun más protectores de lo que parecían.

Hass, con su típico andar desinteresado, su sonrisa seductora, no era más que una máscara para el hombre tierno y gentil que se preocupaba por todos. Siempre pendiente, como si su segundo deber en esta vida fuera cuidar de sus hermanos. No conocía su historia, tan solo sabía un poco de ellos, pero, definitivamente, Hass era el que más me intrigaba.

Después estaba Furcht y su aire de chico malo. Su cara con afilados ángulos y su ceño fruncido, me había conmovido con su declaración en la cena; son esas cosas que te sorprenden de alguien como él. Tampoco sabía mucho de su historia; sabía, por lo que me había contado Leiden, que el nunca permitiría que lastimen a una hembra. Algo malo había ocurrido en su vida, algo muy malo referido a las mujeres, y eso lo hacía lucir tres veces más feroz cuando me sumaba a la ecuación.

Me maldecía por haber pensado mal de ellos.

Los tres tenían un lazo que era más fuerte y poderoso, incluso tal vez más que el nuestro. Había sufrimiento detrás de esa unión, un dolor tan arraigado como los años mismos. Una historia que unía sus nombres, una historia llena de terror, dolor y odio.

Mis hermanas trajeron el resto de los trastos y nos amontonamos en la cocina. Aquella escena me recordó los días en que Irizadiel estaba con nosotras y comíamos juntas, volviendo loco a Nicolás.

No habíamos sabido nada de la hija de la diosa, aunque todos suponíamos que ella estaría bien bajo los cuidados de su madre y de Phill.

Por unos momentos simplemente nos quedamos allí, ninguna dijo nada, hasta que

Nina llegó con su frescura y se atrevió a preguntarme lo que todas querían saber.

—¿Él es tu compañero, cierto? —Sentí los ojos de todas clavados en mi espalda mientras dejaba los platos en el fregadero.

Me lo pensé un momento, pero no había mucho que debatir.

Ahora entendía aquella frase en su pared:

Dicen que el elemento más poderoso es el fuego, que puede hacer arder una pasión hasta que te consume, y es el más lento y doloroso de todos... porque consume tu piel, y consume tu cuerpo creando el más crudo de los dolores.

Él podía hacerme arder y desear más, fundirme y consumirme con su calor, aunque acarreará el más crudo de los dolores..., él era mi compañero..., mi otra mitad. Aquel que me encendía, el que me avivaba, y el que podía hacerme morir de dolor si lo perdía.

Aquellos pensamientos se asentaron en mí haciendo que se me formara un nudo en el estómago. Vívika había estado en lo cierto desde el primer día en que la llamé, él era mi compañero y no importaba qué hiciera, tan solo el lazo se afianzaba cada vez más.

Sonreí.

Leiden tenía razón, el fuego era el elemento más poderoso y sabiendo eso, me giré con una sonrisa cruzándome el rostro.

—Sí, sí lo es —la gata arrulló en mi mente y sentí la satisfacción invadiéndome.

El calor consumiéndome como si habitara justo dentro de mí, como si lo hubiera alojado en mi interior desde la primera vez que noté que él era mío. No había más qué decir. No podrían hacer nada que lograra que me separara de Leiden.

—Eso genial Carim —me respondió Nina con una sonrisa colgando de sus labios—. Aunque también creo que debes asumir que te emparejaste con tres, no solo con uno de ellos.

—Oh, sí —dijo Vívika revoleando los ojos—. Vienen en combo, o lo tomas o lo dejas.

—Fue genial ver como te defendían... —murmuró Nina.

—No me gustó que amenazara con golpearte —susurró Eva, y la miré.

—Eva, Furcht haría cualquier cosa por dejarme encerrada a salvo, pero dime una cosa, ¿no lo harías tú también? Piénsalo. Sé que esto no te gusta, puede que el lazo esté un poco cerrado entre nosotras pero puedo saber lo que piensas con solo mirarte. —Caminé hasta ella tomándole las manos—. Sé que me golpearías con tal de dejarme afuera de este lío. Además, no hay nada suave en Furcht, ni un solo hueso, pero es honesto.

—Él simplemente sabe cómo dejarte fuera del peligro —dijo Viv sonriendo—, no

te lo pedirá por las buenas si eso amenaza tu vida, te golpearía, drogaría, ataría y podríamos seguir así con millones de verbos, pero él nunca será el chico suave y encantador, pero es genuino. Si realmente le importa alguien, hará lo que sea para que esté a salvo..., sin importar que luego lo odie.

—Lo sé, lo sé, tan solo es que es extraño. —Murmuró Eva.

—Sí, verlos allí, rodeándote —susurró Sal—, es... se siente bien, pero a la vez... extraño.

—Sigo siendo yo Sal, soy yo, solo que ahora estoy lista y más preparada. Además, no estoy sola, chicas.

—Y nunca lo estarás —agregó Viv mientras comenzaba a lavar los platos—. Ellos no te dejarán. Una vez hace mucho tiempo, hubo una mujer que logró llegar a ellos, ¿saben? Zander me contó la historia poco después que me emparejara con él. Me dijo que los chicos no tenían afición por las mujeres en su vida.

—¿Por qué no les agradan las mujeres? —pregunté confundida.

—Porque en su vida ellas mueren, o tienden a morir cerca de ellos, y preferían simplemente..., no sé, alejarlas. Eso es lo que ellos dicen.

—Buscaban no apegarse a ninguna —completé.

—Claro, resulta que esta mujer era una humana, una bruja, y murió en brazos de Leiden, pero todos sintieron su muerte. Los chicos..., incluso Zander, movieron cielo y tierra buscando al culpable; mataron, torturaron e hicieron todo por lo que la S.A. debía castigarlos, pero nunca ocurrió. Eso despertó lo peor de ellos, y casi como que juraron nunca más apegarse a ninguna de ellas. Incluso Zander lo hacía, salía siempre con una y con otra sin quedarse nunca a dar los buenos días. Zander me lo contó porque pensó que ellos me harían a un lado y me ignorarían, pero eso no pasó. Ellos me acuñaron dentro de su círculo y créanme, a veces es asfixiante. Pero no puedes hacer nada Carim, ya estás allí, llegaste a ellos, así que ahora somos tú y yo dentro del círculo de machotes-sobreprotectores, que incluso suelen golpear sus pechos a veces. Es muy gracioso. —Viv se giró para verme mientras secaba sus manos y soltaba una carcajada—. Y eso incluye a Zander, puede que él no te dijera que te golpearía, pero ha estado intentando convencer a Nicolás de que te saque de allí de todas las formas que conoce, incluso creo que en algún momento pasó por su mente el hecho de robarme la medicación para drogarte. Lo único que hace que sigas allí, es la confianza ciega de Nicolás.

—Wow! —Solo eso escapó de mis labios. Sabía que había un fuerte lazo entre los tres, pero nunca creí que Zander estaba incluido en eso.

—Es genial —volvió a decir Nina—. Te defienden...

—Sí, y, por cierto, lamento todo eso. La escena y el mal trago que las hice pasar.

—No lo hagas, es muy lindo saber que harían cualquier cosa por ti —agregó Sal.

—Ahora lo único que me preocupa es la maldita de Carrie, ella está metida en

todo esto, puedo sentirlo pero tan solo no logro encajarla en la ecuación —mascullé.

—¿Qué sabes de ella?

—Es humana, no huele a lo mismo que los de The Craft, pero está metida en esto, puedo sentirlo, pero no tengo nada en su contra. No sé cómo incriminarla. Ella era la única que iba con aquel tipo.

—¿Pero sigue respirando, cierto?

—Sí, y él maldito casi me arranca la cabeza —gruñí.

—¿Cómo hizo una humana para sobrevivir?

—Esa, mi querida Sal, es una buena pregunta.

—¿Cómo hizo para dominarte? —preguntó Sal, y me sentí tonta. Más que tonta, bajé la cabeza como una niña y observé el suelo.

—¿Te golpeó? —gruñó Eva.

—No, es vergonzoso y peor que eso. ¿Nicolás no se los ha dicho? —pregunté poniendo mala cara.

—No, ¿qué?

—Me drogó —murmuré.

—¿Cómo demonios logró drogarte?

—No lo reconocí, ¿ok? Tomé aquella copa con él y no conozco el sabor del alcohol y no logré distinguir que había algo en mi bebida. —Sus expresiones pasaron de la incredulidad a la diversión, comenzaron a reír, a reírseme en la cara, y me sentí hervir de vergüenza.

—¿Te drogó con un trago? —dijo Eva riendo.

—Eso te pasa por ser tan mojigata —agregó Sal tomándose el estómago.

—¡No soy una mojigata!, no se rían..., no tengo su cultura alcohólica y es solo eso —protesté.

—No, claro que no. ¿Por qué nos reiríamos de ti? Una gran asesina, con muchos siglos de vida, que ha luchado con ángeles, demonios, nefilim, brujas, ha sido drogada con... ¿un trago? —Las palabras de Sal tan solo lograron que volvieran a reír.

La fulminé con la mirada un momento, pero luego me largué a reír, como hace mucho tiempo no lo hacía; todas reíamos. Como lo hacíamos antes y eso me dio la sensación de calidez que necesitaba. Sabor a casa. A hogar.

—Bueno, así que, ¿cómo lograste salir del transe de las drogas? —preguntó Vívika cuando pudo recobrar la compostura.

—Creo que al menos subestimó mi preparación. Logré sacarme eso de la cabeza y reaccioné.

—Como la asesina que eres.

—Sí, ojalá los chicos logren encontrar al niño, aún no sabemos nada de él.

—¿Qué niño? —preguntaron mis hermanas a la misma vez.

—Leiden y yo, hummm, bueno, planeábamos una «estrategia» en...

—¡Oh, no!, y ¿cómo se te ocurrió ir al gran poni follador a «planear» una estrategia?

—¿El poni follador?

—Odio ese nombre —gruñí.

—Deberías —siseó Vívika.

—¿Qué es ese sitio? —preguntó Sal.

No respondí y miré a Viv para que ella explicara sobre eso.

—Es un departamento donde Leiden solía tener sexo con las hembras.

—Sí —dije arrugando la frente al recuerdo de la ropa interior amontonada.

—¿Y fuiste allí y planearon una gran estrategia, no? —preguntó Sal entrecerrando los ojos.

—¡Oh, cállate! —protesté arrojándole un repasador—. Estábamos en lo mejor, él estaba haciéndolo genial y ahí fue cuando aquellos malditos llegaron. Leiden corrió para ver qué era todo el lío y, créanme, yo encontré cosas geniales en ese cuarto —dije poniéndome un poco roja de vergüenza.

—¿Cosas? —preguntó Viv incrédula ante mis palabras.

—Sí, cosas, esposas, látigos, ya sabes...

—No sabía que te gustara eso —susurró Sal.

—Suenan interesantes..., ya sabes... —las imágenes acudieron a mi mente.

—¡Ay, no, no, no!, déjalo fuera, no quiero ver eso —gritó Sal.

—¡Quita, quita! —protestó Eva mientras Vívika y Nina se quejaban por no saber que veían.

—Mejor volvamos... ¿Qué pasó con el niño?

—Lo secuestraron y mataron a su padre. ¿Acaso no estaban allí, no acudieron a la escena?

—Nicolás últimamente no me dice mucho. Y no..., no sabíamos lo del niño. Lo lamento.

—Están secuestrando niños, aunque no sabemos por qué razón.

—Creo que ninguno lo sabe —murmuró Vívika desanimada.

—Carrie debe de saber algo, ella había estado siguiendo los pasos de Leiden desde un principio. Ella... —gruñí cuando me detuve a pensar que no sabía cuantas veces él se había acostado con ella— lo seguía muy de cerca —siseé.

—¿Ella se acostó con él, cierto? —La pregunta de Nina era la misma que queríamos saber todas, incluida yo. Por lo que sabía habían sido unas cuantas veces—. ¡Ouch! —se quejó cuando Sal la pellizcó—. ¿Qué? Tan solo quería saber.

—Lo hizo, y no sé cuantas veces. Y no hay problemas, Nina, lo conocí después que ella —gruñí intentando sonar convincente.

—¿Estás segura de que es tu pareja? —preguntó Sal recostada sobre el marco de

la puerta. La estudié un momento y asentí.

—Tanto como tú sabías desde el primer momento que Hero era tu compañero... aunque no lo admitieras. Sentías el lazo, el poder y la necesidad que te llevaba a estar a su lado. No puedo dejarlo.

—Lo sé, puedo sentirlo en mi piel.

Eva lucía triste en el momento en que me fijé en ella, y se frotaba los brazos como si intentara quitarse alguna suciedad que se había pegado a su piel. Nos habíamos acostumbrado a ser solo las tres y ahora Sal tenía a Hero, y yo a Leiden, mientras que Eva...

—Hass tiene buenas intenciones... —musité.

—El íncubo, ¿confías en él?

Su expresión me hizo recordar lo que le había dicho a Leiden y, sí, pensaba echárselo en cara.

—Al menos no le ha soltado a mi compañero que soy lesbiana, ¿no? Y que tan solo estaría con él si no tuviera pene, ¿verdad, Eva? —Tan solo terminar de decirlo Eva estaba roja de vergüenza e intentaba esconder su rostro.

—¡Ay! ¡Demonios!, pensé que no te lo diría..., maldito traidor.

—Bueno, si te hace sentir mejor, casi tuve que torturarlo para que me lo dijera. Y sí..., confío en Hass, él es bueno y mucho más hombre de lo que imaginas.

—Es muy tierno cuando logras apartar toda la fanfarronería que le gusta demostrarle a los demás —añadió Viv, y le eché un vistazo reprobador. Ella ¿de qué lado estaba?

—Es muy sobre protector —agregué.

—Yo no me fío —respondió Eva y la miramos fastidiadas.

Eva era la persona más cerrada que conocía. Hass tenía razón. ¿Cómo iba a acercársele si solo gruñía a la primera aproximación?

—Nunca lo haces —respondió Nina haciéndose eco de nuestros pensamientos—. Nunca confías en los machos, no sé por qué, pero debes superarlo.

—Algún día deberás hacerlo —susurró Vívika ganándose una mirada desganada de Eva—. No puedes vivir sola todo el tiempo..., no es justo.

—¿Por qué? Estoy bien así.

—¿Sí, lo estás? Además piensa que todo viene de a dos, recuerda que hay alguien allí fuera esperándote... y si tan solo lo dejas... —Vívika se quedó muda, y nos quedamos calladas después de eso.

Sabía lo importante que era la unión, aunque supiera poco de las cuestiones formales. Sabía que él estaba allí para mí, no importaban las mujeres antes de conocerme; debí verlo antes, sentirlo, pero me era imposible. Tal vez Leiden ya lo sabía antes que yo, en aquella maldita batalla. Tal vez lo supiera mucho antes, pero eso ya no contaba; ahora estaba allí, para mí, y lo tomaría, fuera lo que fuera.

Debía romper la coraza alrededor de su corazón, él debía ser mío. No lo dejaría, pero debía planear una estrategia para llegar a él.

Encontraría un modo.

Estuve en la habitación unos minutos después de haber discutido con mis hermanos si era correcto quedarnos aquí, ya que era como estar acorralados. Eran las habitaciones de los soldados o iniciados sin ocupar de la S.A. todo se resumía a entrenar y sobrevivir; nada importaba más allá de eso, por lo que el sitio no era grande: poseía una cocina pequeña, un baño y una pequeña habitación. Era gris, totalmente gris y desagradable. No sabía por qué la sociedad las pintaba así, pero me acordaba de la primera vez que estuve en una como esta. Eso había sido hace mucho tiempo y, lamentablemente, no parecía más acogedor que antes.

Me encaminé hacia el baño. Los pensamientos de mis hermanos no dejaban de rondar el asunto de la niña y el niño desaparecidos. Los nervios estaban a flor de piel, y no importaba lo que hiciéramos, queríamos ir por ellos, pero no serviría de nada si no descansábamos.

Sabía que estaban en lo cierto, pero simplemente no podíamos dejarlo ir sin intentar atraparlo, pues hacerlo se sentía casi como dejarlas morir.

Me metí en el baño.

Abrí la ducha dejando que el agua se templara y el vapor entibiara el frío que me carcomía. Me quité la ropa lentamente para estudiar la herida en mi pecho. Parecía lo bastante sana, aunque no tanto. Había una borde morada, y no de un color normal, era un color extraño.

Sabía que algo andaba mal con esa herida.

Si seguía así, debería ir a ver a Vívika. Hass ya me había advertido mentalmente de eso. O lo hacía yo, o sería él.

No había vuelta atrás. Y aunque pareciera indefenso, el íncubo tenía sus propios recursos y sabía usarlos.

Aparté los pensamientos y me concentré en hacer algo normal. Se sentía bien hacer algo normal por un rato. Me metí en la ducha dejando que el agua lavara mis pensamientos también. Lavé lentamente la herida. El dolor parecía arraigarse a mí pero aún luchaba.

Salí de allí directo a la cama, y me cubrí el pecho con un vendaje grueso para que Carim no lo viera. Me recosté y me dormí quince minutos más tarde. El cansancio me venció de buenas a primera.

Me dormí al instante. Un sueño extraño me envolvió.

Sentía las manos de Carrie recorriéndome. No podía verla pero sabía que era ella. Mi lobo gruñía furioso.

—*¿No es hermoso?* —ronroneó en mi oído.

Fue cuando noté que estaba parado en cuatro patas y ella acariciaba mi pelaje detrás de mis orejas.

—*Siempre ha sido el mejor.* —Instintivamente mi lobo se encorvó y mostró los dientes. Levanté los ojos y vi a Looper ahí—. *Por eso debo eliminarla. Él es hijo de campeones, es mi niño prodigio. Si tan solo hubieras visto alguna de sus batallas, no estarías parada allí, como lo estás. Por eso... ella debe morir.*

Mis ojos se movieron hasta donde los suyos apuntaban y allí la vi.

Triz.

Ella estaba amarrada al muro, sus ojos suplicantes, su boca estaba vendada y tenía muchos cortes en su cuerpo, muchos de ellos. Su sangre caía a un cubículo de vidrio. Looper caminó hasta allí y estiró su mano, mojó su dedo en su sangre y la llevó a su boca.

Rugiendo intenté embestir contra él, pero había cadenas en mis patas. Mis dientes chasquearon pero ningún sonido salió. Gruñí y tampoco pasó nada. Triz levanto la cara, pero ya no era ella. Allí estaba el rostro de Carim, tan puro, tan bello, bañado en sangre.

Mi mente comenzó a retorcerse, sentí tirones mentales, y algo azotó en el rostro a Looper sin que ninguna mano diera contra su quijada.

—*¿Qué es eso?* —preguntó Carrie, y algo invisible arremetió contra ella tumbándola de espalda. Looper se colocó en forma defensiva, su mano derecha se extendió en el aire como si buscara tocar a su objetivo, pero no lo vio venir. Otro embate lo tiró de lado y sentí la sangre. La vi manando de su cuello. Mis ojos se arrastraron hasta la figura ondulante de Carim, de Triz..., ella lloraba y comencé a llorar mientras las cadenas hacían surcos en mis patas.

De repente todo se desvaneció y una mano me sacudía.

—¡Leiden! ¡Leiden!

Abrí los ojos para encontrar a Carim arrodillada a mi lado. Sus manos sujetaban las mías. La puerta se abrió de improviso y casi la sentí volar en astillas.

Furcht apareció como el mismo demonio y, detrás de él, Hass, que tenía casi su altura. Ambos ocupaban el ancho de la puerta. La respiración de mis hermanos era agitada y cuando Furcht dejó que la luz cayera sobre su rostro, entonces lo entendí. Había sangre en sus labios. El embate no había sido solo mental; de alguna forma el cambiaformas había logrado llegar a mis pesadillas y atacarlos.

—*¿Estás bien, hermano?* —preguntó gruñendo cada palabra.

—*¿Era? ¿Era necesario romper la puerta? ¡Solo estaba teniendo pesadillas!* —Carim sonaba indignada pero mis hermanos no se fijaron en ella y noté cuando la mirada de ella cayó sobre mí—. No era una pesadilla, ¿cierto?

—Algo así —conseguí articular las palabras casi como un susurro.

—*¿Nos necesitas...?* —preguntó Hass.

—Estará bien, lo prometo, cualquier cosa que ocurra... —Carim se detuvo de golpe ante una seña de Hass.

—No es seguro que duerman juntos hoy.

—¿Y tú quién eres para decidir eso? —preguntó molesta.

—Carim... —susurré y mi mano acarició su espalda—. Es por tu bien.

—¡Mi bien! ¿A qué bien te refieres?

—A que llegues viva hasta mañana con la cabeza en su lugar, a eso se refiere.

—¿Me dañarías? —preguntó observándome, y vi la duda saltar en sus ojos y me odié.

—No intencionalmente, él no sabría siquiera qué te ocurrió por la mañana. Pero sí podría matarte. —Hass soltó eso como sonó, duro y cruel—. Se culparía por eso. En estado consciente puede contener la mayor parte del entrenamiento y las órdenes impuestas porque tú eres su compañera. Se cortarían el brazo antes de hacer algo que te lastime, y, créeme, lo he visto... pero dormido, en sus pesadillas. —La voz de Hass estaba teñida de dolor y fue perdiendo intensidad mientras hablaba. Mis hermanos estaban enfrentando esto por mí.

—Él llega a mí cuando duermo —admití apretando los dientes.

—¿Él?

—Tal vez sería mejor que hablaran de esto luego y descansaran.

Furcht no dejaba de estudiarme ni un minuto. Su escáner de problemas estaba constantemente chequeando mis signos vitales, mis pensamientos y mis movimientos. Nada pasaba por alto el escrutinio de alguien que conocía mejor que nadie cómo podía reaccionar.

—Sí, creo que estaría bien, —dijo Carim—. Ahora, si me disculpan —se paró delante de ellos y caminó. Mis hermanos se hicieron a un lado y un nudo se formó en mi estómago—. Creo que quiero cambiarme de ropa, pegarme una ducha y dormir, así que... estaremos bien.

—Carim... —susurró Furcht.

—Puedes destrozar la puerta luego —le respondió ella levantando la barbilla.

—¡Carim! —volvió a decir.

—¡Vas a gastarme el nombre, Furcht!, y comienza a molestarme ya, váyanse. — Les cerró la puerta en la cara y se giró enfrentándome. Sabía que este era el momento en que debía responder todas sus preguntas, sabía que vendría eso pero ella no lo hizo, sonrió cansada y se metió en el baño.

Me dejé caer en la cama aún con el sueño rondando mi cabeza. Abrí el canal con mis hermanos lo máximo que podía; así, al menos al menor signo, ellos oirían y verían todo lo que estaba ocurriendo. No había nada, salvo Carim, que no debieran ver o escuchar; ellos lo sabían todo de mí. Casi como si hubiéramos nacido unidos.

Me quité el sudor de la frente y suspiré mientras mis ojos se clavaban en el techo.

¿Cómo se lo diría? ¿Cómo confiesas las bajezas a las que fuiste sometido? ¿Podría? ¿Lo haría? El dolor se atenazó en mi pecho, casi sobre el corazón, justo cerca de la herida. No sabía cómo lo haría, pero en algún momento debía decírselo.

Además estaba el sueño.

No sabía qué había sido aquello pero no me gustaba. Pasé la información detallada a mis hermanos, tal vez ellos encontrarán alguna unión, aunque el instinto me advertía que no sería de mi agrado. Me quedé dormido nuevamente, tan solo me desperté cuando el peso de Carim movió un poco la cama. Ella se acoplo contra mí.

—Duérmete, Leiden —susurró. Apoyó su cabeza en mi pecho y la abracé.

—Lo mismo me decías la otra vez —dije aún riendo un poco.

—¿Leiden?

—¿Hummm?

—¿Sabías que era tu compañera? —Sonreí contra su cabello—. Digo, ¿desde cuándo lo sabes?

—Sí, lo supe en el momento en que llegamos y aquellos ángeles caían sobre ustedes. El instinto me decía que te sacara de allí, que te ayudara. Y eso hice, aunque no te gustó mucho.

—Me llamaste niñita, y siempre odié que me subestimaran.

—Yo nunca lo hice, pero soy un lobo, un Garou cariño. —Ella giró su cabeza y sus ojos se encontraron con los míos en la oscuridad—. Debía protegerte.

—Pensé que, pensé que los Garou no se metían en la S.A. Históricamente siempre estuvieron en contra de la posición de autoridad de la sociedad.

—Lo sé, y aun así Eva también lo es, pero yo no crecí con ellos.

Se quedó en silencio, tan solo mirándome. Se movió de modo que su mano quedó sobre mi pecho.

—¿Aún te duele la herida?

—Solo un poco —mentí.

—Es bueno, no te quiero herido... —Nos quedamos en silencio, pero ella volvió a moverse.

—¿Leiden?

—¿Qué?

—¿Me lo contarás algún día?

—¿Lo de la herida?

—No, lo de tu pasado —susurró.

—Claro que sí.

—Bien, entonces, será mejor que descansemos.

—Sí.

—Estoy segura de que Furcht y Hass estarán con la oreja pegada al muro toda la noche. —Me largue a reír, mis hermanos estaban atentos a todo—. Oigan... —dijo

acercándose a mi cara—. Oigan chicos, ahora vamos a dormir, ¿ok?

—*Ahhhhh...* —suspiró Hass—. *Dile que la oímos fuerte y claro.*

—*Esa gata va a volvernos locos* —refunfuñó Furcht.

—Dicen que te oyeron.

—Genial. —Se volvió acomodar contra mi pecho—. ¡Oh! ¡Casi lo olvidaba! Hass, creo que he anotado unos porotos para ti con respecto a Eva.

Escuché la risa mental de Hass y sonreí también.

—Oigan —murmuré aún riendo—, ¿por qué no se consiguen un teléfono? Mi cabeza no es un maldito trasmisor.

—Ay, no, cariño, tan solo necesito tus oídos. Bueno, y en algunos momentos otras partes.

—*Ya basta, duérmanse o haré una maldita pijamada.*

—No te imagino en una... —murmuré en voz alta.

—¿En una que? —preguntó Carim.

—Furcht dijo que hará un pijamada si no nos dormimos.

—Oh, sería tierno... con un pijama de calaveras... o algo así, o no, ¡ya sé! Estoy segura de que se vería genial con un pijama con caritas de demonios —ella bostezó y yo la seguí, mientras escuchaba a mis hermanos riendo—. ¡Ah! Y más vale que le des una buena «limpieza» a Eva, Hass. Te juro que la necesita y creo que nadie mejor que un íncubo para hacerlo.

—*Es tan tierna* —murmuró Furcht, y me largué a reír nuevamente. Había una maldita pared de concreto entre nosotros y a la vez no había nada allí.

—¿De que te ríes? —me preguntó con la voz somnolienta.

—Furcht dijo que eres tierna.

—¡Hummm!, eso viniendo de él, no es un halago. Furcht..., escucha esto... Coger, follar, fornicar...

—*Dile que eso no me ayuda* —murmuró Hass riendo.

—¿Oíste, Furcht? Lo dije tres veces..., tres. —Sonrió y volvió a bostezar.

—Creo que te oyó, pero Hass dijo que no le des ideas...

—Oh, no, Eva puede matarte.

—*Dile que saliendo de su boca no se siente bien, es como si escuchara a mi hermanita menor maldecir.*

—Ah no, no le diré eso —dije.

—¿Qué?

—Nada —musité.

—¡*Díselo marica!* —gritó Furcht.

—¿Qué dijo? —preguntó Carim.

—Dijo —murmuré arrastrando las palabras— que saliendo de tu boca no suena bien, que lo haces sentir incómodo, como si su hermanita menor estuviera diciendo

groserías.

—¡Ah! Bueno, entonces será mejor que... que no nos vea haciendo cosas. Follando —dice y sonrío.

—Yo, yo no puedo solo tener sexo contigo..., tan solo puedo hacerte el amor —murmuré.

—*Bien, hora de dormir. ¡Duérmanse! Van a matarme con tanto dulce, juro que tendré diabetes por la mañana. ¿Has conocido algún cambiaformas con diabetes?*

—*No, ni uno, pero les diré que eso es... demasiada información.*

—*Sientes eso, es el dulce. Dime Hass, ¿tengo las muelas con caries?*

—*Si tú tienes caries en las muelas, yo tengo el pene decrepito, ¡cierra la boca!*

—*No te pases conmigo esta noche, incubo, nada de tú ya sabes qué, eso que hiciste en la Edad Media.*

—*Fue solo una vez... y no sabía que no era una hembra.*

—*¡Ya, basta!* —gruñí en mi cabeza y acaricié la mejilla de Carim— hora de dormir gatita.

—Ya no me molesta que me digas así, ¿sabes? —dijo acurrucándose a mi lado—, lo mismo me decías en mi sueño... y me gusta. —Bostezó y se abrazó a mí—. Me gusta ser tu gatita.

—Mi lobo lo aprecia.

—Lo sé, lo siento, aún... aún no sé cómo, pero solo lo sé.

—Es bueno saberlo.

—Bien, hora de dormir cariño. —Me dio un beso rápido y volvió a apoyar su cabeza en mi pecho. Acaricié su cabello rubio como el trigo y dejé que la tibieza del momento terminara de borrar los vestigios de la pesadilla—. Adiós chicos.

Carim no necesitaba oírlos, sabía que ellos lo hacían. Era raro, ahora comenzaba a comprender a Zander.

Por la mañana me desperté sana y salva, con mi cabeza en su lugar. Fue agradable tener que desenredarme de los brazos de Leiden que dormía plácidamente. Sus sueños no habían vuelto, y después pudo descansar.

En mi cabeza rondaban todas las cosas que sabía de él. De ellos.

Triz.

No estaba segura si quería saber de ella. Después de dejar a las chicas, escuché que Leiden había gritado su nombre cuando entré al cuarto, y luego había gritado mi nombre. ¿Qué había sido eso? Lo había visto tan mal que no me había atrevido a preguntar.

Vívika había dicho que la habían conocido hace mucho tiempo, que ella había logrado lo que otros no lograron. Ellos la habían amado, aunque ella no había dicho cuál de los tres había estado con ella, pero comenzaba a sospechar que había sido Leiden. Me apoyé en el codo y lo observé dormir. Triz, ella había muerto en sus brazos. ¿De eso hablaba cuando decía que él debía luchar contra muchas cosas por mí? ¿Cuando dijo que no sabía a qué me enfrentaba?

«Porque mueren, o tienden a morir cerca de ellos».

Mirándolo dormir tan plácidamente, no podía imaginar el dolor al que se había enfrentado. Siempre había vivido en mi burbuja de seguridad, ya que Nicolás nunca había permitido que nos ocurriera nada. Mientras nosotras nos creíamos a salvo, había asesinos como Leiden, que debían sufrir y ver muchas cosas horribles. La tristeza se coló dentro de mí de solo imaginar las cosas que él se había visto forzado a hacer.

Zander no los había protegido, o al menos no tenía el poder de Nicolás y ellos había sufrido por eso. Y ella también había significado algo para él ¿Quién era ella?

Triz... Ese nombre rondaba en mi mente una y otra vez. No había podido hallar nada más en nuestros recuerdos conjuntos, solo sabía eso de ella.

Después de unos minutos, decidí que haría algo más que observarlo. Busqué el lazo mental, pues sabía que las chicas estaban despiertas y desperdigadas por la S.A.

Decidida, me vestí, salí del cuarto y caminé hasta la cocina del comedor. No había nadie ahí, ya que ahora tan solo funcionaba en los horarios de almuerzo y cena. Como me sentía inquieta y quería ocupar mis manos en algo, me decidí a cocinar.

Unos minutos después Vívika llegó como si supiera dónde encontrarme. Se la veía mejor que ayer, pues, seguramente, Nicolás la había obligado a abandonar la zona medica y dormir un poco. Las chicas también llegaron junto a Nina, y nos sentamos a la mesa y comenzamos a hablar de cosas banales, aunque en mi mente

aquel nombre seguía ocupando mis pensamientos.

Una hora más tarde y después de varias tazas de café Leiden apareció asomándose por la puerta.

—Chicas, debemos irnos... A Zander le informaron que han encontrado más cuerpos en aquel sitio que investigaron, y debemos estar allí en unos minutos...

La tristeza me recorrió, no quería dejarlo ir, mi gata gruñó ante la idea, y sin saber cómo caminé hasta él pegándome a su cuerpo.

—Voy contigo...

Leiden me envolvió en sus brazos y levantó la vista ante las miradas atentas de las chicas. Tomé su rostro entre mis manos y lo obligué a mirarme. Sus ojos eran tan bellos, sus labios, todo en él lograba encenderme.

—Creo que sería bueno que te quedes con tus hermanas, debemos ir a la parte norte de la ciudad en unas horas y no pueden verte por allí conmigo. Además, no quiero que te quedes sola.

No quería separarme de él, pero estaba en lo cierto.

—Bien... lo entiendo —admití de mala gana.

—Carim, no es...

—Lo sé. —Lo miré a los ojos de forma significativa ya que necesitaba que entendiera que comprendía sus razones. Algo estaba pasando allí fuera y necesitábamos saber qué. Lo observé intentando explicarle que sentía su calor dentro de mí y no habría nada ni nadie que evitara que me uniera a él—. Lo entiendo, cariño.

—¿Cuidarán de ella? —preguntó y dio una mirada a las chicas, y luego el calor de su mirada me envolvió.

—Con nuestras vidas.

—Como si necesitaras preguntarlo, lobo —bufó Eva.

—Garou —respondió mirándola a los ojos—, igual que tú Eva. —La corrigió—. Te veré más tarde, ¿está bien? —dijo acomodando un mechón de mi cabello.

—Ve con cuidado —murmuré.

—Cuídense chicas...

—Lo haremos. Dile a Hass que tenga cuidado, y a Furcht que se... que... que sea menos él, ¿vale? —dije, y Leiden me guiñó un ojo y todos reímos.

Temía por Furcht.

Era irónico, lo sé, pero era el que más me procuraba. El ícubo era cuidadoso, meticuloso, no hacía las cosas por impulso, mientras que Furcht era todo lo opuesto.

Cuando Leiden se alejó, Hero se acercó a la cocina y Sal encontró su sitio a su lado. De pronto, verlos me dio un panorama de lo que veían de mí junto a Leiden. Aunque nuestra unión no estuviera consumada, aunque el lazo no estaba fijado, podía imaginar que me vería así. Radiante. Como si fuéramos un solo ser.

Eché un vistazo a Eva. Se la veía incómoda y sin sitio dónde mirar, así que se

levantó y salió de la cocina disparada, y sentí pena por ella. Todos teníamos pareja, y Eva se negaba a buscarlo; sabía que Hass lograría convencerla si tan solo le diera una oportunidad.

Nicolás y Hero se dirigieron a las oficinas de la S.A., seguramente a orquestar el plan para los chicos. El compañero de Sal aún no había elegido a sus elementales, pero siempre trabajaba de cerca con todos y eso era genial. Los más jóvenes comenzaban a recurrir a él, ya no le temían como lo habían hecho antes.

—Ahora sabes lo que siento —me dijo Vívika con una sonrisa mientras me entregaba una taza—. Se siente bien tener a alguien. Nunca habría creído cuánto lo necesitaba. Una vez que logres conocer más a Leiden, a los tres, sabrás que son solo como niños grandes..., aunque debes aprender a descifrarlos. Una vez que lo haces..., no hay nada que puedas hacer, te robarán el corazón y comenzarás a sufrir horrores como yo, por las estupideces que hacen.

Volví a mirar en dirección a la puerta, me apoyé la mano en el pecho y cerré los ojos. Se había marchado, lo sentía en mi interior y en aquel impulso ridículo de correr hacia él y quedarme a su lado.

Después de un rato, encontramos a Eva en una de las mesas del comedor, y, como no tenía buena cara, me quedé a su lado un momento.

—¡Mierda! —Ella me miró sin entender, así que tomé aire y dije lo que deseaba decir—. Tan solo lo diré una vez, ¿está bien? —Me dedicó una mirada sombría, de esas que indican que a ella no iba a gustarle lo que tenía para decirle—. Hass tiene buenas intenciones, deberías darle una oportunidad. No es simplemente el íncubo que quiere hacerles creer a todas. Hass es mucho más que un demonio sexual, se esconde tras una capa de desinterés pero es el más controlador y el que más se preocupa por todos. En todo momento él está al tanto de cada movimiento, con sus hermanos. Él es demasiado protector, monitorea sus pensamientos, sus sentimientos y es el primero en saber si algo le está ocurriendo a alguno de los dos. Y conmigo, bueno yo creo que se ha ganado todo mi respeto, y, créeme, si tan solo lo conocieras, si lo escucharas, sabrías quién es en realidad. Es fuerte, y tiene una mente tan buena para diagramar un plan como para soltar un chiste que logre relajarte, y, por sobre todo, es muy protector, aunque creo que ya he dicho eso.

—Sobreprotector —me corrigió Vívika.

—Sí, lo es. En todo momento está detrás de sus hermanos, protegiéndolos incluso de sí mismos —murmuré recordando cómo Hass y Furcht acudían a Leiden cuando este tenía problemas—. Deberías darle una oportunidad. Dicho esto, no diré más. —Me giré enfrentando a las chicas nuevamente y di un vistazo mental a la mente de Eva: no estaba enojada y, por un momento, la vi sopesar la idea.

—Bien, suelta lo que sabes de la tal Carrie —dijo Nina dejándose caer en una silla cercana a mí.

Esas fueron las palabras que dieron pie a lo demás. No reunimos en la sala pensando como una sola mente, y fue genial.

—Ella trabaja con Laicot hace varios años, por lo que imagino que solían ocultarse mejor o...

—... o el mercado ha aumentado.

—Saben, tal vez no pueda ir con ellos, pero eso no quiere decir que no pueda hacer nada, ¿cierto? —dije y eso llamo la atención de todas—. Viv tienes un ordenador.

—Sí...

—¡Oh, deben ver esto! —murmuró Sal—, si hay algo allí, Carim lo encontrará.

—Están traficando con un gran mercado de sangre. —Vívika se detuvo detrás de mí mientras tecleaba en la computadora—. Oye, ¿estás autorizada a meterte allí o...?

—Mejor no preguntes lo que no quieres saber —le soltó Sal.

Encontré un par de archivos que señalaban a Carrie como una niña abandonada. Había pasado por varias casas de adopción, y, curiosamente, varias de ellas habían acabado incendiadas en los últimos años. Las familias habían muerto, varias de ellas en accidentes automovilísticos sin rastros de que fueran intencionales.

—Mira, los decesos se produjeron en dos etapas de su vida: cuando ella cumplió los trece y otra cuando cumplió los dieciocho.

—Si mal no recuerdo —susurró Eva—, a los dieciocho es cuando los brujos logran contener su poder.

—Y también invocarlo —dije.

—Chicas debo irme. Tengo que analizar la sangre del tipo que los atacó y del otro que te atacó a ti. Tal vez pueda hallar un modo de descifrar si han ingerido sangre de otro tipo; no lo sé, no sé qué pensar, solo sé que debo hacer algo. Esta situación me tiene muy inquieta.

—Cuídate Viv —murmuré. Aún no sabíamos quién era el doble agente, por lo que ella aún estaba en peligro.

—Lo haré. ¡Ah! Investiga quién es su madre. Tal vez eso pueda darnos una pista.

—¿Crees que su madre está implicada? —pregunté.

—No lo sé, sé poco aún de este mundo, pero imagino que tal vez ella fue obligada a entregar a la niña, y si así fue...

—Puede que la quiera de vuelta —aventuró Nina.

—Correcto. Adiós chicas.

Cuando escuchamos los pasos de Vívika bajando la escalera, me desplomé en el asiento.

—Bien, desembucha, ¿qué ocurre?

Nina me dedicó una sonrisa maligna. ¿Cómo había logrado ella saber tanto de nosotras en tan poco tiempo? No lo sabía, tal vez ella podía leer mi mente, o tal vez

mis hermanas se lo habrían dicho.

—Es por la tal Triz, ¿cierto? —me preguntó observándome como a una presa.

—Sí, quiero saber algo más de ella —admití de mala gana.

—¿Y por qué no buscas... información?

—¿Creen que sea correcto? —Las tres pusieron los ojos en blanco.

—Acabas de espiar los archivos de la S.A. y tienes miedo por Leiden.

—¿Qué ocurriría si no me perdonara?

—Lo hará, es tu pareja. Yo maldije a Vatur la primera vez que vi a Nicolás, y, créeme, él es muy sensible con eso.

—¡A su madre! ¿Enfrente de su cara?

—Sí, fue cuando me dejó allí en el hospital y tuve que huir —susurró avergonzada—. Sabes, Carim, el sexo de reconciliación es muy bueno.

—No puedo creer que hayas hablado mal de su madre —murmuré desconcertada.

—¡Oye!, yo no lo sabía en ese momento. ¿Qué sabes de esa mujer?

—Solo sé su apodo.

—Tal vez haya algo de ella en la base de datos de la S.A. Si su muerte significó tanto para Zander y los chicos, puede que haya algún registro.

—Eres buena, Nina.

Comencé a buscar algo, los registros hablaban del incidente..., y tuvimos que revisar más de una hora para encontrar algo. Nina había recordado algo, un nombre. Looper. Había corrido a su cuarto en busca de unos libros, unos que Nicolás le había regalado para que ella conociera más la historia de los oscuros. A primera vista parecían libros pesados y viejos, pero casi como libros de cuentos: con dibujos y pinturas.

Comenzamos a buscar y allí estaba. Escondido entre muchos documentos.

—Esa es —dije señalando el nombre.

Beatriz. Triz.

Hija del magnate millonario inglés, Looper Von Verdú, principal instigador de las matanzas de las ciudades de Lérida, de Tortosa, Cuenca, Valencia, Mallorca.

Fue uno de los Grandes Maestros del Templo y del Priorato de Sion.

Fue intensamente buscado por decisión papal, y acusado de práctica de la sodomía, de utilización de la magia negra en ceremonias secretas y de blasfemia. Fue condenado a la pena capital dictada por humanos aunque se nunca se encontró su cuerpo o el de su familia. Se cree que habría encontrado el elixir de la vida eterna. Los oscuros habían sido implementados para la lucha contra los pueblos musulmanes islámicos.

Looper había formado un ejército de oscuros como método para enfrentarse a la plaga de oscuros musulmanes que asaltaban toda Europa. Al ver que las tropas humanas fallaban y caían fácilmente bajo el yugo enemigo, creó un ejército bajo su mando que no sería derrotado fácilmente. Se dijo que el ejército islámico era llamado «el león de tres cabezas».

Estaba liderado por tres oscuros, también conocido como Munchir: ángel negro musulmán maligno,

compañero de Nékir, que habitaba el Adhab Algab. Azrael, el Ángel de la muerte, también conocido como Ezrael, y Abou-Jaria. Se dijo que Looper fue movido por su fe, y que creyó que lo mejor que podía hacer para enfrentarlos sería luchar con un ejército de la misma especie. Se dijo también que su ejército de templarios «oscuros» no tardaron en mezclarse con los gnósticas orientales, la secta musulmana de los hashishims o asesinos, de donde se fundó la S.A.

Se dice que Looper habría encontrado el tesoro de Salomón y lo habría robado retirándolo del templo, y arrebatado a sus legítimos dueños, los oscuros, y fue por esta distracción que muchos de sus templarios escaparon de su control y lograron huir. Se dijo que los templarios rebeldes lograron arrebatar el poder de Looper y mantenerlo oculto bajo los muros de la sociedad de asesinos.

Se dice que Looper había seguido a los templarios rebeldes de su orden por cielo y tierra, y en el transcurso había robado varios de sus secretos, haciendo nacer el mito de que había encontrado la fuente de la juventud. Según cuenta la historia humana, la orden de los templarios existía mucho antes de 1118 y se cree que lo que los caballeros oscuros robaron se encuentra donde fue construida la ciudad de los césares, y fue allí donde el tesoro encontró su lugar de descanso, en la Patagonia argentina, cerca de las montañas del sur. Fue allí donde se cree que estaba el Santo Grial custodiado por miembros de una orden militar y sacra, aunque hay versiones que afirman que el tesoro más grande de la sociedad de asesinos no era una cosa, si no una persona, a la que Looper nunca logró encontrar.

No se supo mucho más de él y de su historia, así como tampoco se supo nada de su mujer y de su hija Beatriz, aunque se dijo que varios oscuros bajo la orden de Looper escaparon con la hija del maestre haciendo que fueran perseguidos aún con más empeño. La joven Beatriz era una erudita en el arte de la magia y se cree que huyó con ellos dado que su padre había empezado a utilizarla en sus rituales.

Cerré el libro y mi mente comenzó a procesar la información.

—¿Crees realmente que es ella? —preguntó Eva.

Mi mente buscaba una pieza de información, algo que se estaba escapando de mis manos. ¿Qué era lo que había dicho Leiden anoche? ¿Qué era lo que había dicho?

Él llega a mí cuando duermo.

Eso había dicho. Looper lograba invadir de alguna forma sus sueños. Por eso Hass y Furcht estaban tan preocupados. No era solo que él podía golpearme dormido, no era solo que tuviera una mala pesadilla. Era que Looper lograba hacer que Leiden sintiera aquello en carne propia, lo hacía experimentar su crueldad hasta el punto que lo creía, y atacaba..., y *me atacaría*.

—¿Carim, estás bien?

—Sí. Lo creo. Y también creo que Looper no murió. —Gruñí. ¡Maldito hijo de puta! No solo se había encargado de dañarlo. Sabía que los textos no habían descrito todo lo que le había hecho. Sabía que había más allí. El dolor latió en mi pecho y me toqué la frente intentando parar el dolor de cabeza inminente.

—¡Pero han pasado siglos! —murmuró Sal mirándome insistentemente.

—Lo sé, pero sé que aún acecha a Leiden. Por eso mató a Triz. La asesinó por huir con él, por eso no se aferra a nadie.

—Pero ella era una bruja.

—Una bruja blanca —respondí apretando los puños.

—Y ahora viene por ti —afirmó Nina. El silencio cayó sobre nosotras y el aire se

atascó en mi pecho.

Ella tenía razón.

El peor de los miedos de Leiden.

Looper volvería para intentar matarme.

Solo que esta vez, yo no era como Triz. Si voy a morir, primero mataré a Looper.

—Incluso puede que esté detrás de todo esto, ¿no creen? —preguntó Sal, y asentí en silencio. Todo empezaba a encajar.

—Ya lo creo. Debemos hablar con Nicolás. Esto no está bien, si es solo algo para dañar a Leiden y sus hermanos... —dije poniéndome de pie de golpe.

—Quiere decir que los enviaron a una misión suicida —Eva me miró y apoyó su mano en mi hombro—. Él va a matarlo antes de que te toque Carim, sabes eso, ¿no?

—Lo sé, pero no es por mí por quien temo ahora. Nina habla con Nicolás. Yo buscaré el modo de contactarme con ellos. Él no morirá por mi culpa.

—Tal vez sea lo que él desea —murmuró Eva, y sin pensarlo el odio corrió por mis venas, salté hacia delante y la tomé del cuello.

—¡Me importa poco lo que él desea. Moriré antes de verlo caer por mí. No lo haré sufrir nuevamente. No esta vez! —gruñí. Los ojos de mi hermana se abrieron y quiso hablar nuevamente, pero la solté con fuerza haciendo que se tambaleara un poco—. Yo no soy Triz, y Looper pagará por lo que le hizo a Leiden.

Decidida caminé hacia la puerta; necesitaba un poco de aire. Necesitaba matar. Necesitaba sangre.

Y ya sabía cuál quería.

Eché un vistazo a mis hermanos y noté que estaban inquietos. Sabía que debía haber algo más que tan solo una pista. Zander nos seguía de cerca. No sabía adónde se dirigían los otros, pero estaba seguro de que debía de ser grave ya que pude ver varios equipos aprestándose y moviéndose de un lado hacia el otro.

Volvimos a nuestro departamento, y caminé por el extenso pasillo hasta la puerta oculta tras el armario del fondo del pasillo. Después de digitar algunos códigos en la pantalla oculta, esta se abrió dándonos paso a una sala de armas de unos cinco metros por dos.

Tomé varias armas de fuego y cuchillos. Muchos de ellos se perderían si me transformaba, pero podía ser que necesitara armas si es que no debía cambiar. Así que me acomodé algunas en el cinturón y en los bolsillos escondidos de mi chaqueta.

—Esta vez no habrá testigos —murmuró Hass, con la voz sombría y llena de odio mientras se metía en la habitación. Le echamos un vistazo mientras se detenía para tomar un cuchillo y comprobar su filo en su dedo—. Y si los hay —dijo volviéndose hacia nosotros—, primero los interrogaremos, nosotros.

—Estoy de acuerdo, estoy cansado de escuchar a los demás dándome información. Necesito escucharlo por mis propios oídos.

—Opino igual —dije recordando aquellas imágenes de mujeres mutiladas. En especial, aquellas que había usado para practicar, como si tan solo fuera algo con lo que jugar.

Cargados de armas hasta los dientes y listos, nos metimos en dos coches y una moto. Si alguno quería escapar, le caeríamos encima fuera como fuera. Nadie iba a escaparse esta vez. No ahora.

El frustrado ataque hacia Carim nos había dejado alterados ya que había sido con tal impunidad frente a nuestras narices. Si las teorías de los infiltrados en la S.A. eran ciertas, podía ser que alguien los hubiera puesto sobre aviso intentando apartarla del camino. Y si ellos sabían quién era ella, estaba seguro de que sabían quién era yo.

Apretando el volante hasta el punto de que mis nudillos se pusieron blancos, aceleré. No había gente en la calle y eso era raro. Percibí la presencia de otros asesinos apostados en los techos con grande fusiles con mira.

Llegamos más rápido de lo previsto. Zander nos informó por telepatía que el sitio había estado custodiado, lo que comprobé después al ver a varios uniformados en la zona. No se veían a primera vista; estaban ocultos y expectantes.

Nadie había entrado, ningún equipo había pisado la zona, nos habían dejado el honor de aquello y otra vez teníamos luz verde, aunque lamentaba que aquella

movida dejaría en claro que íbamos por ellos.

Me coloqué el comunicador en mi oreja, y la voz de Nahima inundó el silencio.

Nahima era la operadora de rescate, no esperaba a nadie más allí. Cualquiera en una posición como la de ella podría alertar al resto, pero Nahima había demostrado ser fiel a la S.A. En la última lucha incluso la habían atacado y ahora tenía una cortada que cruzaba su rostro. La hermosa rubia, lejos de intimidarse o molestarse por aquella marca, se reía constantemente y juraba que mejoraba su aspecto. Su labor en la S.A. era de suma importancia. Muchos de los centinelas no tenían el poder de Zander ni el de Nicolás, por lo que debían atarse a los prácticos aparatos modernos para comunicarse en una misión y allí entraba ella.

—*Han entrado varios camiones pequeños, no tenemos ni idea de qué cargaban en ellos pero parecían del tipo refrigerado; así que, si fuera ustedes, haría cualquier cosa con tal de no terminar en ellos colgados como una res* —dijo ella con malicia.

—No creo que nadie quiera morder tu culo, Furcht, así que ahí está nuestra ventaja —me burlé.

—Que te den, Garou..., tú porque estás más que sometido.

—*¡Oye! Felicidades, Lei, lo oí por ahí pero no lo creía.* —Murmuró Nahima del otro lado y sonreí.

—Gracias Na. Y no, no soy un dominado.

—No, no dijo dominado, dijo sometido idiota —murmuró Hass.

—*¡Oh vamos! Habla el tipo que busca hembras igual a la que nunca pudo tocar. ¿Acaso le pides que se dejen llamar Eva también?*

—*¡Oigan chicos, aún estoy aquí! ¡No es necesario que me traumen de por vida, por todos los cielos, Hass!*

—¿Qué? No es como ellos lo están contando, Nahima —repuso el íncubo.

—*Nada, olvídalo. Chicos, ¡atención! Los demás asesinos y Ben están investigando las patentes y han capturado a los conductores a unos quinientos metros. Todos humanos, no parecían saber qué trasportaban.*

—¿Cómo es que no lo sabían?

—Según un telépata del grupo estaban sometidos. Una vez que salían con la carga sabían dónde debían llegar y listo. Muchos de ellos atacaron a los agentes y recibieron tiros y golpes de poca importancia, y aun así seguían atacando.

—Como si fueran zombis —dije sabiendo de lo que hablaban.

—Zombis, ¡genial!, como si le faltara algo más a nuestras aburridas vidas —se quejó Furcht.

—*Bien, bueno, tenemos una dirección. Estamos desviando dos grupos de asesinos hacia allí, así que vayan con cuidado. Si los han advertido..., estarán bajo fuego enemigo; no sabes qué puede haber allí adentro. Tengan cuidado, chicos, estaré aquí por si me necesitan.*

—Gracias Na, estaremos en contacto.

—Y, chicos..., ¡vuelvan a salvo!

—Gracias nena —Furcht le lanzó un beso haciendo que Nahima riera, y antes de cortar la comunicación nos informó que un equipo iría detrás de nosotros.

Dos Massilias.

Los *Massilias* eran seres imponentes de casi dos metros de alto, con poderes para someter a sus víctimas a través de su mente, la cual sobresalía a de su cabeza dándole la forma de un gran hongo. Tenían cuerpos poderosos que manejaban como armas, y la habilidad de no fallar nunca un disparo. Sus ojos podían incluso ver a través de los muros, y eso era importante.

También los acompañarían un *Amila* y un *Triater*.

Los *Triater* eran conocidos por su capacidad de asesinar a sangre fría, y se los sometía a un control estricto y un entrenamiento aún peor. Lo que los hacía más peligrosos era su capacidad de doblar la mente de cualquier ser; tenían la habilidad de crear fantasías, en las que dejaban atrapados a sus cautivos. Aunque también tenían debilidades, su mente se traslucía a través de su blanca piel y, a diferencia de la mayoría de las especies, tenían el cerebro donde la mayoría tiene el estómago. Sus cuerpos eran finos y flacos, por eso siempre actuaban junto a otros, ya que su capacidad de alterar y crear fantasías solo podía hacerse de uno a la vez, pues muchas veces quedaban indefensos.

Aparcamos los coches a unas cuerdas de donde terminaba el cerco perimetral. Recorrimos el resto a pie, y detrás de nosotros un equipo se movía en las sombras; en total eran seis. En la entrada había un guardia al que Furcht desarmó con un movimiento limpio y sin hacer ruido. El tipo estaba desmayado en el suelo antes de que pudiera reaccionar.

Abrimos el portón y entramos: estaba oscuro por demás, y parecía que toda la luz de la mañana había sido tragada por este lugar. Detuve a Hass antes de que diera otro paso, pues debajo de nuestros pies había una pintada de protección que esquivamos rodeándola. No reconocía el símbolo, pero ya imaginaba a quiénes pertenecía y, por supuesto, no sabía qué podía hacernos.

Personalmente odiaba a las brujas, no importaba el tipo, solo las odiaba, y aquella insignia tan solo aventuraba lo peor. En todos mis siglos de vida tan solo había conocido a una que valió la pena, y terminó muerta a manos de otro brujo.

Avanzamos lentamente hasta que oímos unas voces que reían a lo lejos amortiguadas por varios muros, y nos miramos en silencio sin necesidad de palabras ni pensamientos. Sabíamos lo que estaban haciendo allí dentro y los odiábamos por eso. Después de un momento de silencio, siguió un grito desgarrador que cortó el aire que entraba a mis pulmones como una cuchilla.

No acercamos acechando todas las entradas hasta llegar a una puerta al final del

corredor. El sitio en el que estábamos parecía una zona de carga, pues tenía una cinta transportadora y una tarima. El sitio parecía una carnicería.

Sentimos el olor a sangre antes de colocar un pie en aquel lugar, y aquello parecía intensificarse mientras avanzábamos, mezclándose con algo más, podredumbre, ya no lo distinguía. Aquel fétido olor a brujería parecía impregnarse en mi piel.

—Brujería —gruñí muy bajo.

—Lo siento —me respondió Hass, y eché un vistazo a Furcht, que asintió.

Guardamos silencio cuando oímos un gruñido.

—*No la cortes mucho, Sair..., no ves que vas a desgarrar su piel, y necesitamos esa piel* —algo siseó con un ruido grotesco— *y también su sangre..., necesitamos su sangre..., sí, sí, sí, sangre.* —Nos miramos asqueados mientras las palabras seguían colgadas de nosotros. Mis dientes se apretaron y tomé un cuchillo.

A la mierda con todo.

Furcht se alejó el espacio suficiente como para patear la puerta que se desprendió de sus bisagras. Por un momento, mi hermano ocupó todo el espacio y, cuando dio un paso adentro, entré con Hass pisándome los talones. Dos seres torturaban a la mujer, y cuando los ojos del maldito hombrecillo con garras se clavó en mí fue cuando voló mi primer cuchillo, que fue a dar contra la pierna del primer tipo haciéndolo caer de rodillas. La otra... cosa que estaba con él parecía un humano, o algo humano mezclado con un perro, tenía sus ojos rojos como la sangre, su boca abierta mostraba unos colmillos extendidos cubiertos de sangre, y sus garras eran como cuchillas. Estaba atado de los pies con una cadena y delante de él, a solo unos pasos, una mujer colgaba del techo boca abajo, su sangre se escurría de su cuerpo acumulándose en un tacho. A su alrededor todo era un charco de inmundicia y pestilencia.

La maldita cosa estaba agazapada como un animal en manos y rodillas y tironeaba de la cadena para llegar a nosotros.

El primer tipo jadeó intentando tomar su pierna herida, pero no importaba mucho que hiciera, pues no saldría de allí. Era un ser con la piel tan blanca que veía sus venas; la marca en su cuello indicaba que era un vampiro iniciado hacía tiempo; sus ojos se abrían desmesuradamente como si intentara que la sangre que se derramaba por su herida volviera adentro de su cuerpo. Otro cuchillo fue a dar en el medio de su pecho. Definitivamente, estaba fuera de combate.

—Iré a ver si hay más. —Furcht salió corriendo pasando sobre el tipo-perro agazapado, y aquella bestia pujó por alcanzarlo, pero no lo logró.

Lancé un cuchillo a su brazo haciéndolo caer de lado y salté sobre él estampándolo en el suelo. Mi cuchillo se clavó en su columna, una, dos, tres, cuatro veces antes de que Hass me detuviera.

—¡Leiden, Leiden! Ya está, está muerto —gruñó asiéndome del brazo.

Hass aprovechó ese momento para quitar a la mujer de en medio descolgándola

de sus pies. Ella no se movía, por tanto, mi hermano la dejó en el suelo a salvo, y fue en ese momento en que escuchamos una pelea a lo lejos.

Corrimos dejando que el siguiente equipo entrara. Ellos se encargarían de la mujer y de apresar a los otros dos. Si es que quedaba algo de ellos.

—¿Vive? —pregunté mientras corríamos.

—Lucha —respondió Hass apretando tanto los dientes como sus pasos.

Tras pasamos otra puerta y vimos a Furcht luchando con dos tipos. Uno de ellos lo sostenía contra la pared elevándolo del suelo unos centímetros, mientras el otro metía su mano dentro del cuerpo como si no fuera sólido y recitaba palabras que no lograba comprender con su otra mano elevada al cielo.

Hass disparó al primero y Furcht cayó al suelo al instante cuando el otro se apartó dando trompicones. El tiro fue a dar justo sobre la mano que tenía en alto.

Con un gruñido cambié, destrozando mi ropa, y salté sobre el que estaba en el suelo; con un movimiento, mordí su cuello y lo zarandé matándolo. Furcht aún se tomaba el pecho y se dejó caer sentado contra el muro mientras intentaba que el aire llegara a sus pulmones.

—Quédate aquí —le ordenó Hass y él no lo contradijo, lo cual era muy malo.

Me acerqué a Furcht que tenía mala cara y toqué su pierna con mi hocico, y seguí a Hass, que se había metido por otra puerta. Al entrar una Escila impactó sobre mí.

Caí de lado con la enorme bestia apretando mi cuerpo contra el piso desnivelado. Hass le dio un golpe en la barbilla y logró quitármelo de encima.

La Escila era un engendro de la naturaleza, tenía medio cuerpo de mujer, pero el resto era asqueroso: su mitad superior era sostenida por unos seis medios perros, con una cabeza y dos patas cada uno.

Sí, asqueroso.

El animal dio varios pasos hacia atrás, y mientras me levantaba de un salto la embestí y logré inutilizar dos de sus patas retorciéndolas entre mis fauces. Aún se movía de forma oscilante y venía por mí, pero ya era menos peligrosa. Eché un vistazo por encima de mi hombro para ver a Hass.

Este retrocedió hasta quedar pegado a mí, con sus ojos pegados en algo que no alcanzaba a ver ya que toda mi atención estaba en la bestia frente a mí.

—¿Qué mierda, Lei? ¿Seres mitológicos? —preguntó agitado, y noté en su voz la duda y ¿el miedo?

Él tenía razón, lo último que sabía de estas bestias es que la Escila vivía en una cueva en el estrecho de Mesina, donde devoraba a aquel que se le acercara, como ocurrió con seis compañeros de Odiseo.

¿Qué mierda estaban haciendo aquí?

Y lo que era peor, supuestamente tan solo vivían en el mar. ¿Cómo mierda había sobrevivido sin agua?

—Dime que son amigos tuyos Lei... —gritó Hass.

Giré un segundo la cabeza para ver a Hass moviéndose para caer sobre un perro de dos cabezas. *Mierda*, mi hermano estaba en lo cierto, un can Cerbero.

¿Qué demonios estaba pasando?

En la mitología griega, Cerbero era el perro de Hades, un monstruo de tres cabezas con una serpiente en lugar de cola e innumerables cabezas de serpiente en el lomo.

Un zarpazo en mi mejilla me devolvió a mi propia pelea. La mujer siseó y su bestia corrió hacia mí. Gruñí desde el fondo de mi pecho y me erguí chocando contra su cuerpo; mis garras rasgaron su pecho mientras mis fauces se hacían de su cuello. Apreté más fuerte y sentí la ponzoña de su sangre surgiendo de sus heridas, y pude apreciar su repugnante sabor hasta que la solté.

Observé por un instante cómo perdía la vida y me gire rápidamente, un segundo antes que el Cerbero cayera sobre Hass. Arremetí contra él quitando a mi hermano del camino.

Hass se recuperó rápidamente y disparó a su pecho, lo que causó que el animal tan solo se enfureciera... más.

Pero, además de eso, el animal no había sufrido ningún daño. Hass sangraba, tenía un zarpazo en su pecho que había atravesado su camiseta, y un golpe en el rostro y en la cabeza, que chorreaban sangre sobre su rostro. Se quitó un poco de la sangre que caía sobre su ojo y me miró.

¿Cómo mierda se mataba a un Cerbero?

—Dime que sabes cómo matarlo, Leiden, maldición —gritó Hass cuando dos disparos más dieron contra una de las cabezas del animal. Este parecía no inmutarse. Ni un poco.

—*Probemos con cortarle la cabeza...* —respondí mentalmente.

Escuché como las tropas arrasaban el lugar detrás de nosotros, había gritos y disparos. Tal vez saliera algo bueno de esto.

Hass asintió y tomó un cuchillo más largo que su antebrazo, chasqueé mis dientes y saltamos sobre eso, pero no hubo ningún efecto, y el animal nos empujó a ambos contra un muro.

Arremetimos nuevamente contra él. Su cuerpo era demasiado rápido para su tamaño, las cabezas parecían víboras independientes que nos atacaba simultáneamente. Nos miraba con sus asquerosos ojos rojos y sus dientes tan largos estaban tan expuestos que se podía ver la sangre en sus fauces, y la determinación de matarnos.

Mi hermano se levantó tan rápido que me tomó por sorpresa. Saltó sobre su lomo, hincó el cuchillo en su costado casi hasta el mango, pero pareció no afectarle ya que una de sus cabezas giró para morderlo, pero no lo alcanzó. Se sacudió y Hass fue

arrojado contra el piso tan fuerte que no lo vi moverse. Un charco de sangre se formó a su alrededor y sentí una punzada de odio tan grande que mi bestia rugió haciéndome doler el pecho.

Un dolor tan crudo como si arrancaran una parte de mí. Como si me estuvieran arrancando un brazo y no pudiera hacer nada.

La furia me consumiÓ y ante mis ojos tan solo podía ver a Hass tirado allí, y a Furcht con esos malditos atravesándolo como si no fuera nada.

¡Maldito hijo de puta!

Embestí contra él tan fuerte como pude.

No iba a matar a mis hermanos tan fácilmente..., pero el ataque fue inútil.

El Cerbero me asió de la pata y me sacudió con tal violencia que volé contra uno de los muros y, de un momento a otro, sentí mis ojos cerrándose..., mi conciencia perdiéndose en la oscuridad y mis latidos cayendo.

Maldición, estábamos muertos..., no podíamos morir así.

No era justo.

No era justo morir en sus manos.

Esta vez Looper había ganado, me había matado de tantas formas diferentes, había matado a mis hermanos, o estaba camino a eso. No era justo, nadie había llegado por mí, por nosotros, tal vez él siempre había estado en lo cierto.

Nadie vendría por mí.

Tal vez el maldito brujo no había mentido, había predicho mi muerte, y lo había hecho de un modo que mi alma nunca descansará en paz.

Cerré los ojos y recé.

—Vatur, diosa querida, allí voy, danos una muerte rápida. Déjala vivir en paz, deja a mis hermanos descansar sin dolor. Déjanos morir rápido. Diosa... —supliqué como nunca antes lo había hecho.

—*Resiste, tu muerte no será hoy* —dijo una voz hermosa. Fue lo único que escuché antes de sentir al Cerbero con su respiración contra mi cuello, sus garras arañando mi vientre buscando mi carne. Y lo último que pasó por mi mente fue ella.

—Lo siento, Carim..., lo lamento tanto.

Me tensé de golpe, como si una mano invisible me hubiera dado un golpe en el pecho sin que lo viera, como si hubieran agarrado mi columna vertebral con unas manos calientes y ásperas, que me impedían moverme o respirar.

Me levanté tan rápido que la silla donde había estado durante una hora cayó detrás de mí. De pronto, no sentía mis manos, tenía los músculos doloridos y me zumbaba la cabeza.

—¿Carim?

Algo andaba mal.

Sacudí la cabeza ¿Qué era? ¡Maldición! ¿Qué era?

Lo sentía.

Estaba allí, pero no podía defenderme, me tenía atrapado en la agonía.

Sentía como si fuera mi piel la que estaba siendo desgarrada, por más que supiera que mi cuerpo estaba sano. La sentía salir en jirones; unas garras retorcidas apretaban mis huesos y me costaba respirar.

Sabía que estaba a salvo. Estaba junto a las chicas, Nicolás y Ben en la sala de armas de la S.A., cuando mi corazón se estrujó haciendo que mis manos dejaran caer los cuchillos. Mis ojos se llenaron de lágrimas y simplemente no podía parpadear, no podía hacer nada más que sentir aquel dolor desgarrándome, e intentar ver al enemigo invisible que me estaba matando.

No.

No era a mí a quien dañaba, no era a mí a quien estaban matando.

—*Lo siento, Carim..., lo lamento tanto* —esas fueron las palabras que la voz de Leiden musito en mi mente y sentí el estremecimiento sacudiéndome.

—¿Qué ocurre? ¿Carim? —Una mano se posó en mi hombro y quise quitarla, ardía contra mis músculos al desnudo.

No. No eran mis músculos.

No era mi dolor. Era su dolor.

El de mi compañero.

—¿Qué?

—Nicolás... —Me cubrí la boca sintiendo que aquel dolor se atenazaba sobre mí, y comencé a llorar sin poder decir siquiera una palabra más.

—¿Qué pasa? —preguntó otra voz, pero no pude reconocer de quién era.

—No te mueras —susurré.

—¿Quién?

—Están atacando a los elementales de Zander... Hay un... hay un... —Ben dudó

y sus ojos parpadearon muchas veces antes de volver a hablar. Mi mirada se cruzó con la suya y vi el horror en sus ojos.

—¿Un qué? —le exigió Nicolás.

—Un Cerbero —afirmó Ben con la mirada perdida. Su voz sonaba apagada para mí, no podía pensar en nada más que el dolor.

—¡No pueden matarlo! ¡Nadie puede matarlo! Es un ser mitológico —gritó Sal, mientras me sentía caer, y la nebrura comenzaba a tomarme. Un ser mitológico—. Nadie puede matar a un ser mitológico.

—Nicolás, tú sí puedes, tú eres el único que puede, Nicolás, tu madre... —Rugió Ben.

—Yo sí puedo —afirmó Nicolás. Me miró y destelló frente a mis ojos mientras no podía despegarme del dolor que sentía Leiden.

Podía apreciar el dolor de Leiden. Aquella cosa luchaba por llegar a su interior desgarrando su piel poco a poco, tira a tira, músculo a músculo. Salomé me abrazó y me arrastró hasta un asiento mientras la sala se volvía un caos.

Mis hermanas y Nina formaron un escudo de cuerpos que me impedía ver qué ocurría. El dolor mermó un poco, solo un poco, como si aquella bestia se hubiera tomado un respiro para volver a intentarlo. Me tensé esperando el próximo golpe, pero no vino.

—Tranquila... —susurró Nina en mi oído—. Nicolás me ha hablado de él, su padre logró burlarlo una vez. —Levanté la cabeza y la observé con los ojos empañados—. Se dijo que, a pesar de ser el guardián del infierno, hubo varios que lograron burlarlo. Se cuenta que Heracles trató a Cerbero con amabilidad, y este como agradecimiento lo dejó salir del Hades sin lastimarlo. También se cuenta que Orfeo logró dormirlo con su hermosa música, e incluso el maldito de Hermes también lo durmió. Tranquila, Nicolás encontrara un modo, ya verás.

—Oh diosa..., no lo dejes morir —balbuceé.

Me levanté de golpe sorprendiendo a las chicas y luché por pasar. Mis pies se negaban a quedarse quietos, quería salir de allí y correr.

Correr hacia él y salvarlo, tenerlo en mis brazos y decirle que todo iba a estar bien. Que lo amaba. Que no importaba nada ni nadie si no volvía con vida.

Que estaría a su lado siempre, que sería la mujer que él quisiera que fuera, pero que volviera.

—¡Cálmate, no iras a ninguna parte! —me gritó Ben después de haberle preguntarle por enésima vez dónde podía encontrarlo e intentar atravesar la guardia a golpes.

Me marché de allí en dirección contraria a la salida principal y encontré guardias en todas las salidas, que me cerraron el paso. Ben los había puesto al tanto de todo.

Maldito.

Me crucé con muchos oscuros que parecían aprontarse para algo.

Ya nada importaba para mí, el mismísimo mundo podía irse a la mismísima mierda, que no me importaba. Leiden no estaría allí mañana.

Decidí correr al área más alejada. Al área de la pradera junto a la montaña, el único sitio abierto. Sabía que estaría cubierta por guardias, pero tal vez podría salir en cuatro patas.

Tal vez mi gata fuera más valiente, al menos como para intentar morir con él.

Atravesé la última puerta y el parque abierto se abrió ante mí. Mientras corría fui despojándome parte de la ropa. Me detuve para sacar mis pantalones y mis zapatos. Mis patas tocaron el césped un segundo después.

Corrí hasta las lindes más alejadas pero no encontré forma de burlar a los guardias. Por lo tanto, me acosté en un matorral a llorar mi desdicha.

Impotente.

Como siempre.

Leiden tenía razón, las niñas como yo solo somos un estorbo.

Porque todo era injusto. No tenía el valor. ¿Qué hubiera hecho Sal en un momento así?

Lo sabía. Habría atravesado el pesado muro a empujones o habría abierto un hoyo en él.

Cobarde.

Eres una maldita cobarde. Y te tildas de asesina.

El dolor era tan fuerte que gruñí y maullé lo más fuerte que pude hasta que mis pulmones ardieron.

No sé cuánto tiempo pasé acurrucada allí, lo único que recuerdo es a alguien gritando mi nombre. Quise esconderme de forma que no me vieran, no quería ver a nadie, no quería. Me sentía arruinada y cobarde.

—¡Carim! ¡Carim!

Era la voz de Vívika. Seguramente la habían mandado a sedarme. No los dejaría. Si el dolor iba a consumirme, que lo hiciera sabiendo por qué, a quién le fallé. No permitiría que la inconsciencia viniera cuando Leiden había sufrido hasta el último instante.

—No vendrá —afirmó otra voz.

—Sé donde está, pero, pero me está bloqueando.

Eva y Sal estaban intentando rastrear me pero no lo harían. Debía enfrentarlo sola. Cerré el lazo y me arrastré aún más adentro en la maleza.

—¡Carim, ven, Nicolás rescató a Leiden! —Levanté las orejas en el momento en que las palabras salieron de la boca de Sal—. ¡Furcht y Hass están bien! ¡Carim, vuelve!, por favor. Lamentamos todo lo que pasó.

Salí dando tropezones hasta que las vi. Sal estaba al refugio del sol, Eva y Vívika

estaban más cerca; llegué a ellas en pocos segundos.

—Allí estás, gata loca... —corrí tan fuerte como pude y mientras lo hacía mi cuerpo cambiaba. Llegué desnuda y en mis dos pies—. Están en la zona de emergencias.

—Necesitas ropa —Eva me lanzó la ropa y me la coloqué a la carrera. Pero me detuvieron cuando estaba por alcanzar la puerta.

—¡Déjame! —rugí.

—Espera, espera. Lo lamentamos, ¿ok?, quiero que lo sepas. Ambas lo lamentamos, realmente no creo que sean tan malos.

—No lo son, ellos son una unidad. Ellos nunca me lastimarían. Nunca lastimarían a alguien que esté dentro de la ley.

—Lamentamos lo de Hass, y juro que haré lo que sea para compensarlo —una sonrisa se me extendió por el rostro.

—Él estará muy feliz de eso. Pero recuerda que es un íncubo, ¿vale?

—Sí, creo que es justo lo que necesitas —comenzó a decir Sal, pero Eva le dio un codazo.

—Chicas, es genial lo de los besos y los abrazos, pero creo que deben entrar —Hero ladró aquello desde la puerta.

Entré siguiéndolo de cerca.

—¿Qué ocurre?

—Nicolás encontró algo que puede ayudarnos, pero deben estar allí para verlo.

—¿Y los chicos?

—Los elementales están en el área médica —murmuró y me echó un vistazo.

—¿Los tres? —preguntó Eva alarmada.

—Hass y Leiden están en cuidados intensivos. Nicolás ha logrado curar la mayor parte de las heridas y las Aminas los mantienen sedados hasta que el dolor pase.

—Pero..., ¿qué ocurrió?

—Nos estaban esperando —dijo Hero con los dientes apretados.

—¿Y Furcht? —Debía saber, un nudo se formó en mi estómago.

—Él está mejor que los otros. Ha sufrido un pequeño desarreglo, pero Ben lo ha controlado. Leiden tiene una herida que se ve mal y creo que sabes de lo que hablo, ¿verdad? —Me miró de reojo y negué—. Porque no es una herida nueva.

—No, no sabía que no había sanado; creí que Vívika lo había curado —gruñí. Leiden no me había dicho nada sobre su herida y me enfurecía.

—¡No puedo creerlo! —gritó Vívika—. ¡Maldito mentiroso!

—Ese lobo debe aprender a confiar —dijo Hero y estaba en lo cierto.

¿Cuánto tiempo había sufrido por eso y no había notado ni un cambio en él? Mejor será que encuentre la forma de que el lobo empiece a confiar o nunca podría tenerlo por completo.

—Pues no lo ha hecho y, por lo visto, no se lo dijo a nadie.

—¿Qué le sucedió a Furcht? ¿A qué te refieres con lo de desarreglo? —pregunté cuando giramos en la próxima esquina luchando por encontrar un modo de no asesinar a mi compañero.

—Por lo que entiendo, la idea no era matarlos, al menos no tan rápido. Creemos —dijo Hero con su voz plana— que simplemente quería tomar a Leiden y pensaron que doblgando el lazo, cortándolo, sería la mejor forma de alejarlo y secuestrarlo.

—¿No lo hirieron? —pregunté recordando el dolor en mi pecho.

—Sí, pero por lo que sé, no tanto como al incubo. Lo querían desmayado y querían a los otros dos vivos. No lo sé, Carim —murmuró Hero y me sonrió de lado.

—¿Por qué Leiden?

Cuando la pregunta salió de la boca de Sal me detuve en seco recordando lo que él había dicho.

—Él llega cuando duermo —susurré.

—¿Qué? —Cuatro pares de ojos me observaban.

—Leiden, siempre, él siempre dice: él llega cuando duermo.

—¿Él? ¿Quién? —preguntó mi hermana.

—Looper —la voz de Zander me sacó del aturdimiento. Estaba recostado contra el muro a solo unos metros. Su cabello estaba desordenado y tenía manchas negras bajo sus ojos—. Cariño —dijo mirando a Vívika— te buscan adentro.

—Bien... —Vívika sonrió de lado y se marchó, pero Zander no la siguió. Hero hizo un gesto para marcharse, pero Zander lo detuvo.

—No, quédate H, eres parte de esto, parte de Sal y debes saberlo. Leiden lo querría así.

—Entonces, ¿quién es ese tipo? ¿Quién es Looper?

—Vengan, entremos en esta oficina y se los contaré todo. —Zander cruzó el pasillo y entró a una oficina vacía. Lo seguimos y nos acomodamos mientras lo veíamos sopesar la idea de cómo empezar—. Cuando encontré a Leiden en las ruinas de Elelín..., él no era lo que es hoy.

—¿Dónde es eso? —preguntó Eva.

—En América del Sur, lo que se llama La Ciudad de los Césares, conocida como Ciudad encantada de la Patagonia, Lin Lin o Elelín. Es una ciudad mítica de América del Sur, que se supone ubicada...

—Está ubicada en el valle cordillerano de la Patagonia argentina.

—Pensé que solo era un mito —susurró Sal.

—No, no lo es. Existe. Destruída, pero existe. Me habían enviado a matar a unos oscuros descontrolados. Había cargado mis armas, y llevado a varios asesinos conmigo. Se decía que estaban acechando a los indígenas y estaban arrasando y convirtiendo a todos los que encontraban. Así que fui allí y lo que encontré no se

parecía nada a eso. Llegamos una noche, armados hasta los dientes, y esperaba encontrar muchos muertos, asesinatos y dolor, pero lo que encontré esa noche no fue nada parecido a eso.

Entré en la ciudad buscando un indicio de temor, algo, pero no había nada. En la ciudad, la comunidad indígena vivía en paz, había niños corriendo por las calles casi a oscuras, como si supieran que ni siquiera los monstruos de la noche podrían tocarlos. Las mujeres cosechaban el campo ni bien entrada la mañana, los hombres cargaban leña desde el bosque sin temor, sin dolor y cosas así. En su templo mayor, en la parte más alta, residían sus monarcas, lo habíamos investigado, y junto a ellos había otro templo menor donde vivían los que llamaron guardianes.

Leiden y los otros tres habían protegido la ciudad, no habían atacado a nadie, ni de ninguna aldea cercana, y eran venerados con devoción. Los amaban. Los vigilé por días sin poder creerlo. Lo que habían dicho de ellos era uno de los mayores delitos, pues nos habían informado que eran abominaciones sin retorno, que no había piedad en ellos.

Vi a Leiden jugando con unos niños, lo vi allí, y comencé a cuestionarme las órdenes, no podía matarlos, no después de ver lo que hacían por todos.

—¿Y que hiciste? —pregunté asombrada, pues los centinelas no cuestionaban las órdenes.

—Volví aquí, hablé con Ben durante horas, le mostré en mi mente la ciudad que había encontrado, y comenzó a cuestionarse la información que le habían dado.

—¿Quién los había enviado?

—Había una célula en Europa que era la fuente de información. Cuando averiguamos más a fondo, descubrimos que estaba netamente ligada a los caballeros templarios.

—¿Qué? —preguntó Sal saltando de su silla—. ¿Templarios?

—Sí, la Orden de la Rosa había empezado como una causa justa, y en algún momento su maestro perdió el rumbo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Hero que hasta el momento no había dicho ni una palabra.

—Empezó a experimentar con oscuros, a implementar métodos de dominación.

—¿Y para qué cuernos querría algo así?

—Para luchar contra los Hashashims —agregó.

—Pero se dice que los Hashashims son una de las ramas más antiguas y de la que nació la S.A. —Murmuré sabiendo que había visto la información en algún sitio.

—¡Wow, vas muy rápido! —se quejó Hero.

—Lo resumiré —dijo Z—. Looper creó un grupo dentro de los templarios para detener a los llamados asesinos, que no eran más que un grupo de oscuros que se encargaban de impartir justicia. Por esos tiempos la impartían tanto a humanos como

oscuros, ya que muchos eran llamados, dioses o ángeles, por lo que Looper creyó que vendrían a invadir Europa y robarle su tesoro y sabía que era muy difícil matarlos y creo que en ese momento comenzó a envidiarlos por sus largas vidas, por su entereza.

—Y para matarlo necesitó oscuros —repuse.

—Correcto. Cuando recluté a Leiden, su mente era un descontrol. Mientras estuvo en la selva, él había estado estable, pero una vez que lo trajimos aquí, sé descontroló. No podías luchar con él sin que te matase; cada golpe, cada movimiento estaba preparado para causar el mayor daño y matar; no había medias tintas, era lo que le habían enseñado y, después, simplemente, oía a Looper. Así que con la ayuda de Ben y los demás logramos devolverle su propia vida. Aun así, Looper había creado a Leiden, lo había modificado de tal forma que mataba sin piedad, podía correr con espadas clavadas en su cuerpo, con sus piernas quebradas, podías intentarlo todo, pero nunca se detendría hasta que su cabeza no rodara. Eso es lo que Looper hizo con él, y, ahora, luego de mucho tiempo creemos que ha vuelto por él, aunque no hay pruebas. Solo son las palabras de Leiden contra millones de pruebas que dicen que puede ser cualquiera el que busca atacarnos, pero Leiden lo cree... —concluyó e hizo una mueca.

—Pero tú no le crees, ¿cierto? —pregunté.

—¿Y por eso Looper intenta matar a Carim? No tiene sentido, Zander.

—Lo tiene y no lo tiene, no sé como explicarlo. —Z se rascó la cabeza y suspiró—. Lo único que Leiden repetía una vez que lo encontramos y lo pusimos a salvo es...

—Todos mueren a su alrededor.

—Sí. En resumidas cuentas, Looper lo condenó a estar solo. Aunque creo que puede ser alguien más, Looper era un humano brujo, pero humano. Él está muerto, o al menos eso sabemos. —Zander sacudió la cabeza y nos miró—. No hay posibilidades que sea él, no puede ser él. Tiene que ser alguien que busca volver loco a Leiden, alguien que haya conocido los métodos que Looper usaba, alguien que lo odia.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque si realmente fuera Looper, estaríamos hablando de un hombre que rompió las leyes naturales del ciclo humano, o es algo más que lo que creemos. Además, si hubiera deseado matar a Leiden, pondría haberlo hecho mucho antes, hace mucho tiempo atrás. Hubo tiempos peores —admitió entre dientes y miró a la nada—, hubo tiempos en los que nadie podía llegar a Leiden y era mucho más vulnerable, podría haber llegado a él en ese momento. Aunque me inclino a creer que sea quien sea que está haciendo esto se ha tomado el tiempo de buscar la forma para atacar a la S.A. por medio de Lei, cubriéndose con la falsa imagen de Looper, ya se los dije..., hubo tiempos peores.

—Cuando nadie podía llegar a él, salvo por Triz —agregué en un susurro mientras me miraba las manos.

—No sé como sabes eso, cómo lo has averiguado, Carim, pero sí, Triz era la hija de Looper. Ella había escapado de su padre, y cuando llegó aquí buscó a Leiden y nosotros no sabíamos por qué. Pero como su presencia lo calmaba, presumimos que era la bruja que se encargaba de las curaciones, y que por eso él no quería matarla.

—Pero su padre lo hizo por él, ¿cierto? —pregunté.

—Sí, mató a Triz y con eso condenó a Leiden —bajó la mirada—, nos condenó a todos.

—Necesito verlo —dije cruzándome de brazos, negándome a retroceder. No importaba quién fuera él o qué poder tuviera con Leiden, no le permitiría que lo lastime, no esta vez.

Leiden estaba sentado en la cama cuando lo vi a través del cristal. Entré en silencio y fui directamente hacia él.

El dolor que había sentido había sido tan fuerte que casi me había derrumbado, no podía ni imaginar cuánto había soportado él.

Quería abrazarlo, besarlo, quería fundirme con su cuerpo y conseguir un modo de que nadie, nadie, volviera a lastimarlo. Si tan solo me dejara atravesar el muro de su mente, de sus miedos, porque, por más que los escondiera tras los muros de su seguridad y su confianza sabía, que había algo allí.

Una huella.

Una herida que quería sanar, pero no me era permitido verla y eso me dolía.

—¡Deberías estar acostado! —rezongué y puse mis manos en su pecho, pero antes de poder tumbarlo de espaldas, me abrazó con sus enormes brazos que me hacían sentir segura y protegida.

—Cualquier cosa menos... dormir —murmuró junto a mi oído para que solo yo lo oyera. Sacudió lentamente la cabeza y no faltó que dijera nada más, lo abracé tan fuerte como pude, y entrelacé mis muñecas como esposas para no soltarlo, para unir cada pieza que estuviera rota—. ¿Cómo? —Se alejó un poco para mirarme—. ¿Cómo es que seguimos respirando? —preguntó y se alejó un poco. Me tomó el rostro con ambas manos y sus ojos me atravesaron.

Quería decirle quién era Nicolás, deseaba contarle que era el hijo de la diosa, que solo él podría haberlos salvado y que por alguna razón que no entendía, Nicolás lo había logrado. Deseaba con ansias contarle cómo había hecho para salvarlo, quería contarle todo eso y más.

Pero no podía.

Si tan solo Looper llegara a saberlo, si la amenaza fuera tan solo un poco real, si lo supiera, no sabía qué podría hacer con esa información; así que lo retuve para mí mordiéndome la lengua.

—¿Qué recuerdas? —pregunté en cambio.

—Al can Cerbero sobre mí... —unas lágrimas se escaparon de la comisura de mis ojos—. ¿Qué? ¡Háblame, Carim!

—Lo sentí —dije y me sorbí la nariz—. Lo sentí rasgándote —susurré y me miré el pecho.

—Es el lazo. ¡Maldición, lo sabía! —Se puso de pie de improvisto—. Sabía que llegaría a ti. ¡Lo sabía! —rugió—, pero nadie me escucha. —Quise detenerlo, pero cuando fui a hablar se giró y vi la tristeza en sus ojos—. Lo siento tanto, Carim. —

Me atrajo contra él y apoyó mi cabeza sobre su pecho, mientras no dejaba de lamentarse. Aquello me dolió, me escapé de su agarre y me alejé—. Lo lamento.

—¿Lo sientes? —El miedo había sido sustituido por el odio cuando comencé a temblar; mi gata sacó las uñas y casi las podía percibir atravesando la piel de mis dedos. ¿Cómo podía sentirlo? ¿Lo lamentaba?—. Zander —mi voz tembló gracias al dolor cruel e impotente que me carcomía—, Zander me contó de ella, de él... y no, no me iré. —Cuando no hablé, mi corazón dio un tumbo. Él tan solo agachó la cabeza y se frotó la frente como si estuviera cansado de esta conversación. ¿Acaso estaba cansado de mí?—. ¿Lamentas que sea tu compañera, es eso? —Levantó la cabeza y se movió hasta estar de pie delante de mí, y en su cara se dibujó una mueca de dolor que no pude descifrar, mientras las lágrimas amenazaban con brotar de mis ojos.

—No, ¡espera! —dijo, y mi corazón se estrujó—. No entiendes.

Respuesta equivocada, pensé, y me alejé de él, aunque sentía como si un abismo se hubiera abierto entre nosotros. Tan solo necesitaba que me dijera que no lo lamentaba; si lo dijera, lo olvidaría todo, pero no lo hizo.

¡Maldición no lo hizo!

—No —dije forzándome para que mi voz saliera calmada y dura—, ya no, no esperaré, no importa lo que digas. No esperaré más. O lo tomas, Leiden, o lo dejas; no viviré pensando en qué ocurriría. ¡No lo haré! Ellos son tu pasado, ¿lo entiendes?

—¿Pasado? —La ira y el dolor burbujearon en sus ojos y sus puños se apretaron como garras—. ¿Sabes de lo que es capaz?

—¡Sí!, ¡maldición!, ¡sí! —grité empujándolo por el pecho—. Sí, lo sé, mató a su propia hija porque te amaba, lo sé... Murió en tus brazos, murió allí a tu lado pero, pero no pudo haber sido todo, ella lo decidió como yo lo decidí. Tú, tú no tienes todas las respuestas, tan solo te lamentas, te lamentas incluso de que te haya amado, ¿pero alguna vez te preguntaste si ella lo lamentaba? ¿Le preguntaste si se arrepentía? ¡No! ¡Claro que no! Tú tan solo te echas la culpa encima y caminas con ella. —Terminé gritando a todo pulmón, casi como si deseara que Looper o quien fuera que estuviera detrás de todo esto me oyera.

Di otro paso alejándome de él, abriendo otro abismo entre nosotros.

—Sé de lo que es capaz —gruñí plantando mi pie en el suelo—, pero también sé quien soy, lo que haría, sé lo que haré y, por sobre todo, sé lo que quiero, Leiden, y déjame decirte algo. —Tomé coraje para continuar. Bien, había llegado el momento de mostrar mis cartas, al cuerno con su juego, al mismísimo demonio con todos, lo señalé con el dedo índice y entrecerré los ojos—. No quiero vivir una eternidad pensando que mi compañero no me ha tomado por su temor a que me maten. ¿Qué pasaría si los ángeles vuelven? Incluso ellos podrían matarme ahora mismo, pero no puedo pensar en eso, no, no lo haré. No viviré así, así que tómallo, o déjalo, pero es

una decisión que solo tú podrás tomar. —Intentó hablar y levanté mi mano para detenerlo—. No, no más excusas: o te decides, o me alejaré de modo de que no te afecte, y con el tiempo podrás vivir en la inmundicia de tu soledad todo el tiempo que quieras. Me alejaré de tal modo que no me verás nunca más, y podrás simplemente olvidarme, y yo... —me atraganté con las palabras, pero tanto la gata como yo estábamos hasta la cabeza de esto— yo me alejaré para poder emparejarme con alguien más, ¿entiendes?

Se movió tan rápido que me tomó por sorpresa. En un minuto estaba sentado en la cama tan solo mirándome y al siguiente estaba sobre mí, con su cuerpo apoyado contra el mío, que estaba apesado contra la puerta, sus manos a los lados de mi cabeza y su nariz rozando la mía. Cerró los ojos como si intentara pensar con claridad, como si buscara recobrar el aire, y lo oí tragar con dificultad mientras mi corazón martillaba contra mi pecho.

No, esta vez no habría marcha atrás; se había acabado el tiempo de gracia.

—No —rugió.

—¿No, qué? —pregunté colocando las manos en la cintura al notar que no se movería. Tomó una bocanada de aire por la boca antes de hablar nuevamente.

—No lo harás —abrió los ojos y el lobo se traslució en ellos—. No te dejaré.

—Y dime, ¿quién me lo impedirá? ¿Tú? —Lo empujé y dio un paso atrás, pero volvió a estar sobre mí en lo que dura un suspiro.

—Sí, yo, tan solo podrás hacerlo si es que primero pasas sobre mi cadáver, ¡sobre mi puto cadáver! ¿Oíste?

—No puedes impedir que me empareje.

—Solo hay una compañera..., solo una.

—Sí, para ti, aunque dudo que tomes a una hembra —la mentira se urdió en mi mente, tejiéndose poco a poco—, pero no soy lobo, ¿recuerdas? Soy una gata, sabes, ¿sabes como nos apareamos los gatos? —pregunté forzando una sonrisa y mirándolo lo más orgullosa que pude.

Mentía, lo sé.

Había pocas especies que podían emparejarse más de una vez, podrían amar a otros, pero el lazo, la unión fundamental, nunca existiría de nuevo. Él era mi compañero, podría unirme a otro, pero el lazo fundamental que unía a ambos nunca se crearía, porque Leiden nunca me tomaría. Era una mentirosa, pero saben ¿qué?, estaba harta. Y por lo visto él no sabía que mentía.

—No... —rugió— no puedes. —Sus manos se apretaron al costado de mi cabeza. Sus dientes estaban tan apretados que las palabras salían como gruñidos entrecortados mientras intentaba luchar con la respiración—. Nadie —dijo como si le doliera—, nadie va a tocarte.

—Entonces decídetes, no seré tu gatita cuando tú quieras; si no quieres

involucrarte conmigo, entonces, vuelve con Carrie. Consíguete otra, no lo sé. — Gruñó justo en mi cara, pero no me movería ni un paso atrás—. ¡Ve!, ve con cualquiera de ellas, pero yo no soy así. ¡No soy una maldita gata amaestrada y sumisa, Leiden! —Me mordí la lengua en cuanto las palabras salieron de mi boca. Leiden casi ni parpadeaba, estaba enojado, lo sabía, podía sentirlo, palparlo en el aire—. Definitivamente, no me quedaré sentada, usando mis dedos para satisfacerme. La tecnología avanza, cariño, pero, créeme, un consolador de silicona nunca se parecerá ni de cerca a lo que es tener un pene de verdad. Yo necesito más, necesito manos recorriéndome, necesito una boca a la que besar, alguien que me abrace por la noches —dije mirándolo de pies a cabeza.

Por un momento lució atónito y al segundo siguiente me gruñó como un animal rabioso. Tan animal, tan puro, si tan solo pudiera tener al animal. Sabía que el lobo en él se había decidido, pero era su mitad humana la que no lo hacía.

Eran los miedos que nos atormentaban; hiciera lo que hiciera, siempre sería una dama en apuros para él.

¿Por qué no había respondido con sinceridad? ¿Qué caso tenía buscarme por tanto tiempo para devolverme esta moneda?

La vida a veces es una jodida traicionera. *Como ahora*. Me negaba a que las lágrimas fluyeran, pensaba retenerlas en mis ojos tanto como pudiera.

—Y si tú no puedes darme el combo amor-sexo, entonces puedes ir olvidándote de mí, porque llegará el día en que no pueda soportarlo y mi necesidad será tan fuerte que me revolcaré con el primero que se me cruce, ¿sabes? Me montaré al primero que vea y si no eres tú, porque no quieres involucrarte, lo lamento. Sabes, soy una asesina, estoy preparada para lo que pueda venir, y si no, también estará él, ese macho que me dé lo que tú no puedes darme. Sea quien sea que esté a mi lado.

—No va a haber nunca otro más que yo, Carim. Puedes ir sacándote la idea de la cabeza, ¿oíste? —Su puño golpeó la puerta pero ni siquiera pestañeé.

—¿O qué? ¿Qué harás? Dime. —Me crucé de brazos enfrentándolo con el odio y el dolor que burbujeaba en mi sangre. Quería que supiera cuánto me molestaba esto, podría luchar todo lo que quisiera, gruñir y patalear, pero no me iría sin decir todo lo que sentía.

No podía dejarlo salirse con la suya siempre que quisiera, y, aunque doliera, sabía que llegaría el día en que querría tener hijos, pareja, alguien a mi lado en las noches, querría una familia... aunque no fuera él. Me ardía el pecho por la ira. ¿Cómo podía ser tan cobarde?

Tan, tan cabezotas.

—¡Nunca habrá otro! —volvió a decir—. ¿Lo oíste, Carim? ¿Me oíste?

—Ya verás cómo sí lo habrá si no tomas una puta decisión. Ya sabes, como dice el dicho: «el que avisa no traiciona», Leiden. Piénsalo y muévete mientras te lo

piensas bien, porque no habrá segundas oportunidades. Iré a ver a Hass, y mientras tanto piénsalo bien, porque va a llegar el día que necesite un compañero y no habrá vuelta atrás. Una vez que me aparee con él y el vínculo se forme, estarás fuera de mi vida, será como si nunca hubieras estado ahí —siseé sabiendo que mentía, y lo empujé haciéndolo retroceder.

La incredulidad brilló en sus ojos, como si no creyera lo que oía. *¡Maldición, no podía notar cuánto lo necesitaba!*

Maldito sea.

No retrocedería ni en un millón de años; por más que me quedara sola por la eternidad, no retrocedería. Lo amaba, pero a veces eso no bastaba para superar todos los miedos, o al menos él creía eso.

Levantando la barbilla de forma obstinada dije:

—Piénsalo. —Y me marché.

Salí de la habitación con el corazón dándome tumbos, y me dirigí hacia donde sabía que estaba Hass. No podía pensar en nada que no fuera golpearlo.

Entré en la habitación y vi al ícubo por primera vez serio y callado.

Casi parecía otro.

El Hass que conocía tenía la sonrisa fácil, el humor en la punta de la lengua, siempre tenía algo para decir, y ahora estaba acostado en esa apestosa cama luciendo lo bastante mal como para mantenerlo quieto y callado.

Lentamente me metí dentro y me senté a su lado. Tenía los ojos cerrados, el ceño fruncido y los labios apretados. Me acodé a su lado tomándome la cabeza entre las manos, y me dormí conteniendo las lágrimas.

No sé cuánto tiempo pasó, pero al cabo de un rato entró Eva y me tocó el hombro y me desperté. Observé Hass, pero seguía dormido. Luego levanté la cabeza hacia mi hermana.

—Se lo ve mal —susurró ella, y arrastró una silla y se sentó a mi lado— y tú te ves peor.

—Es que no lo entiendo...

—Nadie lo hace.

Esas fueron las primeras palabras de Hass. Levanté la cabeza de golpe para verlo sonreír. Extendió su mano y tomó las mías, como lo hace alguien que quiere consolarte, cuando, en realidad, era yo la que debía consolarlo, calmarlo, distraerlo, algo.

—Sí pudieras ver las rosetas interminables de sus pensamientos, el intrincado laberinto del que a veces pareces no poder escapar, si tan solo supieras lo que es...

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

—Como si un ser mitológico me hubiera atacado y pasado por encima..., eso creo, déjame pensarlo. —Se movió un poco y gruñó haciendo una morisqueta aún con sus ojos cerrados. Diosa, era tan hermoso—. Sí, creo que esa es la mejor definición, un ser mitológico que, pensándolo bien, no debería estar aquí. —Comenzó a reír muy bajo mientras se tomaba las costillas.

Eso debía doler y lo sabía.

—¡Deja de reírte, Hass! Maldito ícubo. ¿De dónde sacas el buen humor?

—Si hubieras vivido algo de lo que viví, Carim, sabrías que a veces es mejor tomarlo todo con buen humor. Si no, además, de un ícubo sería un ícubo cabreado y no quiero ni pensar que tan mal me iría. —Sonrió aún con los ojos cerrados—. Ese maldito enfermo —gruñó.

—¿Quién? —pregunté y eché un vistazo a mi hermana que estaba muy silenciosa —. ¿Leiden?

—Sí, ¿quién más?

—Nunca te oí llamarlo así —dije pensando en lo que habría oído de mi conversación con Leiden. Seguramente todo. Hass siempre estaba atento a todo y, drogado o maltrecho, estaba seguro de que esa era una función tan vital para él como respirar para mí.

—También tengo otras formas —se aclaró la voz—. Cara de pito, gilipollas, maricón, rompepelotas con su variación rompehuevos. —Comencé a reír y noté que Eva también lo hacía. Eso era bueno, ella debía entender que Hass era no solo bello, sino también divertido. No sabía qué tan consciente estaba Hass de su presencia aquí, pero al menos la había hecho reír—. Maldito hijo de puta, malnacido, mamón, chupa pito, con sus variaciones chupa verga, pene y...

—¡Ya, olvídale! —supliqué deteniendo sus palabras.

—Mi favorita es capullo, aunque no la usamos mucho aquí. En España se usa mucho, es una palabra encantadora.

—¿Cómo puede una mala palabra ser... encantadora?

—Ya sabes. Tiene algo en su fonética que me hace sentir bien cuando lo dices, vamos, dilo conmigo si no me crees... ¡Capullo! Es la forma en la que suena la C y la A... caaaappppuuuulllllllooooo.

—¡Por la diosa, Hass! —dije riendo.

—Yo le diría pendejo —dijo Eva y en ese momento Hass abrió los ojos y miró de mí a ella—. Creo que es un pendejo en estos momentos —añadió levantando la barbilla, aunque sus mejillas sus mejillas se colorearon.

La miré y me pregunté si en este mismo instante no estaba haciendo de casamentera, justo cuando no podía ni arreglar mi maldita vida amorosa.

¡Genial! ¡Asombroso!

¡Una puta mierda!

—Muy cierto —murmuró Hass y sonrió de lado—. Es un pendejo. —Volvió sus ojos a mí—. Se ha comportado como un pendejo y lo sabes. No tienes por qué sentirte mal, insúltalo, se lo merece. —Me acarició gentilmente la mano—. Estoy harto de todo este drama, si ese hijo de puta quiere matarnos, pues que lo haga de una vez, pero estoy hastiado de Leiden y su melodrama.

—¡Oye! —me quejé.

—No, sé lo que vas a decir. Me dirás que no es para tanto, que no merece que le hable así y sé muy bien que puede oírme. Pero no me importa, te lastimó y eso no tiene justificación. Eres una buena hembra, Carim, no todos tenemos esa suerte. —En ese momento sus ojos se movieron hasta mi hermana—. Él no debería hacer lo que hace, más sabiendo lo que siente. Pero créeme una cosa: aunque él te rechace,

siempre tendrás nuestra protección.

Me quedé muda notando cómo las arrugas poblaban la frente de Hass.

Miré a Eva que no había dicho una sola palabra, pero había olvidado algo, podía oír su mente y sabía que estaba cómoda aquí, y comenzaba a sentirse más y más relajada junto a Hass.

No sabía por qué, pero solo él podía lograr algo así. La primera vez que lo sentí, pensé que era raro, como si el incubo tuviera un poder que no podía descifrar.

Creo que era su voz, su seguridad, era todo. Hass siempre era de los tipos con los que podías sentirte cómoda.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Eva, y Hass volvió a sonreír con aquella calidez que se contagiaba a sus ojos. Así de rápido.

Definitivamente, Hass debería haber nacido cambiante.

—Mejor, estoy mejor..., aún quiero averiguar quién demonio puede manejar esa mierda de bichos.

—He estado investigando. —Eva nos miró y luego volvió a poner su atención en Hass y me sentí incómoda.

Como si sobrara. ¿De pronto había comenzado a sobrar? ¿Cómo había ocurrido? Hora de irse.

—Oigan, iré a ver a Furcht. Eva, ¿puedes quedarte...?

—Me quedare con él —afirmó y ocupó mi lugar cerca de la cama. Me giré sonriendo y suspiré rogando que Eva viera lo que yo veía en Hass.

Ojalá fuera así.

Encontré a Furcht en el comedor del área médica después de vagar por varios sitios. El comedor era enorme, todas las mesas estaban vacías. Furcht estaba sentado allí. Las sillas parecían pequeñas y la mesa aun más. Di unos pasos y noté que estaba junto a una joven. Retrocedí no queriendo incomodarlos pero me percibió de algún modo.

—¡Carim! —me llamó, y me giré.

—¡Eh! —dije levantando la mano—. Solo quería saber cómo estabas, no quería interrumpir.

—Carim, ven, ella es Jade. Jade te presento a la asesina Carim... Nunca supe su apellido, pero aquí nadie lo usa —se rascó la cara—, incluso algunos no usamos nuestros verdaderos nombres. Bueno, no importa, ya me parezco a Hass y me estoy yendo por las ramas. Ella es una cambiante.

—Una ¿qué?

—Una gata. Básicamente soy una gata —dije y extendí la mano. Noté aprensión en su rostro; miró a Furcht que sonreía y extendió su mano.

—No encontrarás a alguien más dulce que Carim, créelo —dijo él y la joven se sintió avergonzada.

—Lo lamento, todo esto es...

—Es nuevo, lo sé, tranquila, nadie te mirará mal aquí por rechazar un saludo, incluso algunos lo hacen a propósito.

—Sí, conozco a alguien así —susurró Jade y sus ojos llegaron hasta Furcht.

—Lo sé, lo sé.

—¡Eh!, ¿están hablando de mí? —Él hizo una mueca como si aquello lo ofendiera. Lucía unos años más joven, sonreía y hablaba calmado, aunque imaginaba que era para no asustarla.

—No, cariño, nunca lo haríamos —murmuré y Jade sonrió y le respondí del mismo modo—. Hablé con Hass y lo dejé con Eva.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿Quieres que lo filetee?

—Créeme, no lo hará. Estaban bien cuando los dejé, lo sé —dije tocándome la sien.

—Lo sé —repitió tocándose la cabeza del mismo modo—. Por cierto, Leiden es un idiota, no debería haber dicho aquello y mucho menos despreciar el lazo como lo hizo, es un completo idiota. Nadie puede vivir del pasado o terminará comiéndote vivo, más vale morir viviendo, que morir arruinado por algo que no puedes cambiar. —Furcht arrugó la frente casi como si se hubiera mareado con sus propias palabras. Después de pensárselo un segundo continuó—: Incluso creo que Triz estaría feliz de saber que él lo está, pero quién se lo hace entender. Looper podría estar en cualquier lado, y no lo veríamos venir, pero aun así arriesgaría el pellejo por tener a alguien como tú. —Mis mejillas debieron colorearse porque Furcht sonrió tímidamente—. No es que esté tirándote los perros, si es que esa frase no queda demasiado mal, ya que eres una gata y tirarte los perros sería...

—Entendí, entendí —comencé a reír y él torció la boca en una mueca aniñada—, lo entendí, gracias, lo sé.

—¡Oye!, ¿tú también te comunicas... sin hablar? —preguntó la muchacha y asentí.

—Sí, tengo dos hermanas.

—¿Son gatas?

—No, ni lo más cerca. Eva es un lobo, y Salomé es un vampiro.

—¿Por qué ustedes no son, digo, así como ellas? —preguntó echando un vistazo a Furcht, que no sabía bien como explicarlo.

—Cada elemental es complementado con otro —dije y me senté frente a ellos.

—Eva es fuerte y temperamental; Sal es la intrépida, es el corazón de las tres, ella saltaría desde un abismo si tuviera que salvarnos, y yo soy la *nerd* del grupo.

—Eso es bueno, al menos para ti. No es lo mismo que cuando tienes dos hermanos que solo conocen donde está su pene y, aun así, a veces les cuesta encontrárselo, pero eso son cuestiones de tamaño ¡Ya saben! No creo poder sacar

nada bueno de sus cabezotas. No entiendo por qué no me tocó algo mejor — refunfuñó Furcht—. ¡Demonios, al menos uno de nosotros debería tener un cerebro arriba que funcione!

—El otro no cuenta, Furcht —le respondí riendo.

—¿Conoces el chiste que habla sobre lo que dijo Dios sobre los hombres? — Furcht se acodó en la mesa y nos miró sonriendo—. Ese donde Dios le dice a Adán que va a hacerle dos regalos, un cerebro y un pene, pero que lo malo es que no va a tener suficiente sangre como para hacer funcionar los dos al mismo tiempo.

—¡Oh, diosa querida, Furcht!

—Que vale también para nosotros, ¿a que sí? Un humano y un oscuro no somos muy distinto, si lo piensas...

—Sí, creo que sí.

—O ese que dice que la diosa le dijo a los machos oscuros, tengo dos noticias que darles, una buena y una mala, —Furcht continuó sin notar que Jade lo miraba con mucha atención— ella les dijo, la buena noticia es que les daré dos cerebros, y los machos festejaron al notar que las féminas solo tendrían uno, hasta que uno de ellos le preguntó a la diosa cuál es la mala y la diosa le respondió que no podrá llegarle aire a los dos.

Miré a Jade y exploté en carcajadas. Furcht se había puesto rojo una vez que recordó que ella estaba allí junto a él.

—¡Ves! Eso es lo que hace el vínculo...

—¡Son muy buenos, Furcht! —respondió Jade cuando terminó de reír—. Pero ¿qué significa el vínculo? —Los ojos de Jade estaban sedientos de conocimiento.

Había visto lo mismo en Nina cuando llegó y sabía que la mejor forma de ayudarla era explicándole lo mejor que podía para lograr distenderla como había hecho Furcht.

Cada vez comenzaba a admirarlo más y más. Además, hablar con Jade me mantenía alejada de los pensamientos referidos a Leiden.

—El vínculo entre los asesinos nació hace mucho tiempo. Las investigaciones dieron como resultado que cuando cazábamos solos éramos inestables, en comparación con los tríos recién formados por la S.A. los cuales cazaban como una pequeña manada. Decidieron unir tres seres que complementaran el lazo para evitar que los elementales se desequilibraran. Una mente, un corazón, y una conciencia. Por ejemplo, yo —dije tirándome el pelo hacia atrás— soy la sensible del grupo, la estudiosa, soy buena para acabar con los conflictos...

—Y para crearlos —murmuró Furcht, y lo fulminé con la mirada.

—Cierra la boca —le di un golpe en el brazo haciéndolo reír—, desde que nací tuve un instinto de unión, yo soy la conciencia, y la...

—*Nerd.*

—Cierto. ¿Te estoy aburriendo, Furcht? —pregunté entrecerrando los ojos.

—No, para nada, solo es que pensaba quién es quién en nuestro trío. Piénsalo, Hass es bueno y hábil, pero ¿mente? No lo creo. Leiden no puede ser la conciencia, o sea, lo admito, podría defender a cualquiera. Creo que soy el chico del corazón, pero los otros dos, ¿en serio? ¿Crees que todos los tríos serán igual?

—Bueno —murmuré sonriendo—, puede que el tuyo tenga unos bordes, bueno, unos márgenes más que borrosos...

—Sí, comienzo a creerlo. Creo que lo nuestro sería falta de cerebro, y sabes por qué lo digo, un pene con patas, con síndrome de madre sobreprotectora, mezclada con un poco de menopausia...

—Andropausia —lo corregí, pero él siguió como si no me hubiera oído.

—... Hass, y yo, bueno, básicamente el más bello y carismático de los tres.

—Te faltó decir bueno, gentil y amable —dije mirando a Jade e ignorando a Furcht—. Los llamaron tres elementales. Y bueno, podemos hablar con la mente, es una de las cosas que viene con el combo.

—¿Soy yo, o me parece que no oyeron lo último? —preguntó Furcht.

—Tú no eres el más bello —dijo Hass caminando junto a Eva, la cual sin saber por qué lo ayudaba a caminar.

Arrugué el ceño mirándolo con detenimiento, pues estaba segura de que podía caminar. Sacudí la cabeza cuando vi la comisura de su labio curvarse.

—Y, definitivamente, ninguno de los dos tiene cerebro —agregó Leiden, que apareció vestido y listo como si tan solo hubiera sufrido rasguños.

—¡Ja! Como si tú lo tuvieras.

Hass se colocó a mi lado con Eva, y a mi otro lado Furcht con Jade a su lado. Leiden los miró un momento y decidió sentarse en la silla más alejada.

¿Protectores? ¡Nah!

—Necesitamos hablar —me dijo en un tono autoritario.

—No está disponible ahora —respondió Hass antes de que pudiera hablar.

—Jade, déjame presentarte al idiota de mi hermano. Jade, él es el idiota descerebrado.

—Soy Leiden —gruñó.

—Encantada.

—Sí, eso será hasta que realmente lo conozcas —siseó Hass.

—Oye —se quejó Leiden.

—Jade, déjame contarte por qué estamos cabreados. —Furcht sonrió a Leiden que suspiró y apretó los dientes—. Esta rubia aquí, hermosa e inteligente, es la pareja de Leiden, pero Leiden no tiene las pelotas suficientes para tomarla. ¿Entiendes?

—¡Que te den! —gruñó Leiden, y saltó sobre Furcht. El primer puñetazo lo tiró al suelo.

—¡Deténganse! —gritó Jade.

—Tranquila, Leiden se merece unos buenos golpes —dijo Hass levantándose lentamente de su silla.

Los observé caerse a golpes un buen rato, y nadie parecía lo bastante enojado como para detenerlos.

—Deben detenerlos... —gritó Jade cuando sangre corrió por el labio de Leiden. Su grito cruzó la habitación y algo poderoso agitó el aire. Por un momento, todos nos quedamos inusualmente quietos, incluso Leiden y Furcht. Era como si un agujero negro se hubiera tragado todo indicio de vida.

Jade tenía llamas saliendo de sus manos, su cuerpo entero se había encendido con una llama rojiza, como lenguas que bailaban sobre su piel sin que ella lo notara. Su cabello, ya rojizo de por sí, ondeaba alrededor de su cara como pequeñas flamas rojas haciéndola ver más atemorizante.

¡Adiós a la imagen añorada que tenía cuando la vi!

—¡Deben detenerse! —gritó, y las llamas ondearon. Me alejé unos pasos mirándola de pies a cabeza. Definitivamente, ella no había notado que se había convertido en la antorcha humana. Su rostro lucía calmado, y tan solo el ceño fruncido denotaba su molestia.

No percibí ni odio ni agresión de su parte, tan solo quería que la violencia se detuviera y pareció que los chicos también lo notaron.

Leiden quedó tirado en el suelo mientras Furcht se levantaba con su labio partido sin apartar los ojos de Jade.

—Jade, cariño —la voz de Hass era como un néctar dulce que atraería a cualquiera—. Estás en llamas —susurró de forma calmada, casi como si le explicara que se le había caído algo de las manos. Ella lo observó sin comprender hasta que este le señaló sus manos y fue cuando lo notó.

—¡No! —gritó y su rostro se llenó de temor—. ¡Quítenmelas! ¡Ayúdenme!

—Cálmate Jade, tan solo cálmate. —Con cada agitación las llamas volvían a avivarse. Ella daba saltos intentando quitárselas, pero eso no ayudaba.

—¡Jade! Mírame... —dijo Hass de forma autoritaria otra vez ganando su atención—. No te duele, ¿cierto? —Ella pestañeó y negó como si recién lo notara, aunque no parecía muy convencida—. Tú eres la que las crea, si te calmas se irán.

No parecía convencida y debía admitir que yo tampoco lo estaba. Pero lo hizo, y retomando el control cerró los ojos y las llamas disminuyeron y cuando tomó una bocanada de aire las llamas se extinguieron por completo.

—¿Ves?, se han ido.

—¡Oh, por dios! —gritó la joven cuando todo había pasado.

—Diosa —la corrigió Leiden.

—¿Qué soy? ¿Qué me hizo? —preguntó Jade.

—No lo sé, pero créeme..., no eres algo que conozca.

Leiden aún seguía tendido en el piso y yo quería correr a consolarlo, pero no podía. No cuando los chicos habían intentado protegerme, no cuando me había ocultado lo de su herida..., y definitivamente no ahora. No cuando se negaba a actuar de una forma cuerda y ser razonable.

—Carim, ¿podemos hablar...?

—No, no ahora —respondí y caminé hasta Furcht.

—Debemos hablar con Nicolás y Zander —dijo Hass aún observando a Jade.

—¿Van a matarme? —preguntó ella y se abrazó a su diminuto cuerpo.

Recordé el temor de Furcht, el odio que había provocado en los tres saber que le habían hecho daño.

—No, claro que no, pero si mal no he entendido, por lo que sé, el fuego mata a casi todas las criaturas mitológicas y nadie va a lastimarte aquí.

—¿Crees que...? —Se mordió el labio antes de seguir.

—Creo que la diosa está de nuestro lado —dije sonriente—. Eres un regalo, Jade, y no importa lo que seas. Estás segura aquí, y nadie volverá a lastimarte. Ven, iremos a ver a mi centinela.

Me quedé pegado al suelo, viéndola marcharse. Carim se había ido como si nada hubiera ocurrido, como si lo que fuera a decirle no hubiera sido importante. Deseaba tanto que ella me escuchara, que entendiera que aunque el lobo en mí deseaba estar a su lado, el humano sabía los horrores que podía vivir si no me alejaba. Deseaba decirle que si no volvía, que si yo no sobrevivía, deseaba que ella tuviera una vida hermosa, pero ella se marchó sin siquiera mirarme. Abandoné la sala unos minutos después ante la mirada insistente de mis hermanos, pues estaba muy enojado con ellos por no oírme. Me marché sin decir ni una palabra. Estaba harto del cuestionamiento de todos, de que nadie creyera en lo que tenía para decirles. ¡Entonces, que así sea!

Que ellos se encarguen de la niña, de Carim, y de mantener el orden en la Asociación. Yo estaba harto de no ser escuchado, así que iría a tomar el toro por las astas y acabar con el problema. Ya no esperaré más, no me esconderé, si Looper desea matarme, pues que venga. ¿Es que acaso nadie veía la realidad como yo lo hacía?

Me toqué el pecho, dolorido. La herida había supurado un poco por la refriega y seguía sin sanar como un recordatorio amargo de lo que él podía hacerme. Ya no dolía, o tal vez solamente me había acostumbrado a su dolor, como había hecho toda mi vida.

Estaba tan molesto, tan cabreado, que cerré el lazo por completo. No estaba dispuesto a seguir escuchando los cuestionamientos de mis hermanos; odiaba cuando sentían lastima, pero aún los odiaba más cuando subestimaban lo que él podría hacerles.

Encontré a Vívika camino a la sala médica. La ignoré y me metí en el pequeño cuarto donde se ubicaba el armario de las drogas. Ella no dijo nada, pero se acercó a mí lentamente, como si temiera asustar al animal más que al hombre. Se detuvo a unos pasos y la vi dudar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Nada —dije con voz sombría. No quería hablar de eso, no quería decir nada que me hiciera cambiar de opinión, no quería dejar de sentir odio. Tenía que matarlo o morir intentándolo, por todos, por la mujer a la que amé, por mis hermanos, por mi centinela, por personas como la madre del niño, por Vívika.

—¿Qué estás buscando? —preguntó cuando tomé unas cápsulas de antibióticos.

—Solo unos calmantes.

—No se ha ido, ¿cierto? —Me helé ante su pregunta, y giré la cabeza. Mis ojos se

conectaron con los suyos, y vi que estaba preocupada, podía notar el entrecejo fruncido. Vívika había sido una de las personas que me había aceptado como era y la respetaba, odiaba verla así—. La herida no está sanando, ¿cierto? —Tragué saliva ruidosamente buscando el modo de explicarle que nunca lo haría, pues no había remedios para estas heridas, no cuando uno se está pudriendo por dentro. Me quedé en silencio y volví a rebuscar entre los medicamentos. Ella no necesitaba más problemas—. ¿Has hablado con Zander? —preguntó.

—Los he prevenido —susurré entre dientes mientras me guardaba algunos medicamentos más en los bolsillos—. Les dije lo que ocurriría si no hacíamos algo, pero ninguno me oye —gruñí y me volví hacia ella.

—¿Les has contado de tu herida?

—Sí —murmuré y sonreí con tristeza—. Les he mostrado todas mis heridas, Vívika, todas, y ninguna parece amedrentarlos. Esto no es solo un ataque. No...

Se movió tan rápido que no pude evitarla, me tapó la boca con su delicada mano, y tiró de mí hasta su despacho, y cerró la puerta en cuanto entramos.

—Encontré algo aquí —dijo mientras caminaba hacia atrás de su escritorio—. No es nuevo —continuó y me echó un vistazo—, está en esto desde hace mucho tiempo. —Tomó unos papeles de su escritorio y me los tendió.

La miré extrañado: era una ficha médica, no, era la ficha de un médico.

Nombre: Joaquín Salis.

Médico: Área de urgencias, primer equipo de rescate.

Área: Urgencias.

Raza: Licántropo.

Había una ficha completa del tipo, y la observé unos instantes mientras Vívika no hacía más que morderse las uñas.

—¿Crees que es él? —pregunté echándole un vistazo.

—Sé que lo es —afirmó—. He encontrado varios asuntos turbios, desapariciones, decesos extraños, e incluso desaparición de grandes cantidades de sangre.

—¿Lo has informado?

—Sí, Zander está al tanto de esto y están realizando una investigación que...

—Que no llevará a nada —repuse de mala gana.

Volví a echarle un vistazo a la ficha y comprobé su dirección. Vivía en la Interestatal cinco, a varios kilómetros de distancia, y, por lo que decía, no tenía familia, y su casa estaba ubicada en el kilómetro dos.

—¿Está trabajando hoy?

—No, no lo está. Leiden escucha...

—Mejor mantente alejada de él, ¿bien?

—Está bien, déjame verte la herida —dijo.

Sabía que estaba intentando ganar tiempo, buscando un modo de detenerme.

—Estoy bien —dije quitándole importancia.

—Leiden, ¿hay algún modo de que pueda evitar, esto? —Sonreí de lado y negué. Sus ojos se perlaron de lágrimas que no dejó escapar—. Leiden —susurró en un suspiro, abrió un cajón, y la vi revolver unas cosas—, toma, llévate esto. Debes limpiarla cuando duela un poco, aunque imagino que estás acostumbrado al dolor. —Hizo una mueca triste y apretó los labios—. No tienes por qué enfrentarlo solo.

Me acerqué a ella y tomé sus manos.

—Necesito hacerlo solo, necesito averiguar si es que acaso me he vuelto loco o Looper está buscando matar a los míos nuevamente, necesito saber —dije besándole los nudillos.

—Entonces ve —dijo acariciando mi mejilla—. Pero ten cuidado, y vuelve con nosotros.

—Lo haré.

Salí de allí con el corazón en un puño. Pude oír a Vívika llorando, y aquello me hizo desear aún más terminar de una vez con Looper.

No sabía qué sentirían mis hermanos cuando descubrieran lo que iba hacer, pero pensaba estar muy lejos cuando lo supieran.

Pocas veces había peleado con ellos y ahora peleaba por... por ella, *diosa*, ya no podía ni decir su nombre. Empujé la puerta que daba al estacionamiento y me dirigí al coche sin detenerme ante las llamadas de los asesinos que merodeaban el perímetro. Me metí dentro y dejé que el aire fresco me envolviera; estaba helado afuera pero yo me sentía arder. Encendí el coche y salí a toda prisa. Lo último que se cruzó por mi mente cuando atravesé el portón de la S.A. fue que ojalá ellos comprendieran cuánto los amaba.

Mi teléfono sonó como era de esperar, y ni siquiera me molesté en comprobar quién llamaba. Me centré en cerrar aún más el lazo, dejándolo en un simple hilo que nos unía.

Ojalá algún día entendieran que, a veces, marcharse es alejarlos del peligro. Ojalá Zander pueda ayudarlos. Estaba seguro de que lo haría.

Pero ahora quería un minuto de soledad, ya que a veces anhelaba los momentos en los que vagaba solo por el mundo. Cuando era normal, los cuales eran definitivamente muy pocos.

Me dirigí al apartamento intentando saber cuál sería la siguiente jugada, cuál sería mi próximo movimiento. Debía tener un plan si es que quería atraparlo, pero para eso debía volver a pensar como el cachorro, como el soldado que él entrenó, alguien a quien aborrecía.

Las calles estaban abarrotadas de coches, por lo que me dirigí por la ruta más larga lejos del centro y estacioné en el subsuelo. En mi interior podía sentir el dolor carcomiéndome de a poco, podía sentir la amargura subiendo por mi garganta para

recordarme que tan mal estaba yendo todo esto. Mis hermanos no estaban felices, yo no estaba feliz, y ella creía que era un idiota.

El ascensor me dio la bienvenida, y llegué a nuestra planta en menos de unos segundos; abrí la puerta y noté el departamento en silencio. Cerré la puerta tras de mí, me quité la chaqueta y la tiré sobre una silla. Encendí el televisor y busqué los canales de noticias.

Caminé hasta mi cuarto y me metí en el armario para buscar algo de ropa, pues necesitaba todos los bolsillos posibles. Estaba exhausto.

No podía seguir soportando tantas preguntas, tanta presión, tanto dolor.

Me quité los zapatos a las patadas y el pantalón los siguió. Me dirigí al baño y fue en ese instante cuando lo escuché.

—Diversas fuerzas, fuertemente armadas, están siendo dirigidas hacia la ciudad. Se ha informado que han ocurrido más de diez ataques en lo que va del día. No se sabe con seguridad a qué parte de la población está dirigido el ataque.

Volví a la sala justo cuando mostraban el desastre en un edificio de viviendas. La cronista lucía consternada mientras la cámara mostraba con detalle los cuerpos que eran arrastrados hacia la calle.

—La policía y la milicia de la ciudad están llamando a la población a guarecerse en sus casas, ya que temen por algún levantamiento. La población comienza a inquietarse y ha comenzado a armarse. Han programado varios allanamientos, pero aseguran que no pueden predecir con exactitud la magnitud del ataque ni cuál fue la causa, por lo que no pueden prever lo que podrían llegar a hacer estas células.

Había un buen número de muertos en la calle, lenguas de fuego se alzaban por las ventanas. Sentí una punzada de horror y el martilleo en mi cabeza: esto estaba mal.

—Se han logrado recabar unas pocas imágenes de las cámaras de la ciudad.

La imagen que le siguió mostraba a un grupo de más de veinte personas vestidas de negro, cubiertas con gafas para la oscuridad, y pasamontañas. El video no era mucho, pero lograba mostrar al grupo entrando y ejecutando a una anciana que protegía a un niño pequeño. La habían ejecutado frente a él segundos antes de arrancar la cámara.

—Corre el rumor de que el grupo de ataque se ha llevado consigo un par de rehenes, aunque no se sabe bien con qué fin piensan usarlos. La policía está desbordada y las autoridades máximas, junto a los gobernantes, piden ayuda a la Sociedad de Asesinos para lograr mantener el orden.

—¿Se ha logrado saber si en esos lugares que, por lo que parece, en su mayoría son viviendas que habitaban oscuros o humanos?

—No, Tom, por lo que se sabe en esta parte de la ciudad la coexistencia de las dos razas se mantenía en paz, por lo que no se puede contabilizar la cantidad de personas de una o otra raza que han sido atacados.

—Dime, Tammy, ¿se sabe si los rehenes pertenecían a alguno de estos grupos?

—Por lo que se sabe, gracias a otra de las cámaras ubicada en unos complejos a metros de aquí, este grupo se movilizaba en vehículos grandes, eran más de veinte y llevaban consigo mujeres y niños en general.

—¿Mujeres y niños?

—Sí, se cree que así piensan lograr escapar, aunque aún no hay nada claro.

Retrocedí unos pasos asimilando toda la información. No eran rehenes, de eso estaba seguro. La herida en mi pecho ardió cuando comencé a respirar con dureza sintiendo el dolor y el miedo de no saber qué harían con todos ellos. Me dirigí al baño, que estaba cubierto por una espesa bruma de vapor, y me metí bajo la ducha sin molestarme en graduar la temperatura.

¿Cómo había pasado esto? Habían atacado más de diez sitios a la vez y aún no se sabía por qué. ¿Qué esperaba Ben para hacer algo? Había una sola cosa que tenía clara: nadie más que The Craft tenía la respuesta. El agua siguió cayendo mientras seguía pensando en el ataque. Había más de cincuenta de ellos, de eso estaba seguro; habían atacado sistemáticamente diversos sitios de la ciudad de modo que nadie pudiera dar la alerta, o, si la dieran, llegarían tarde.

Habían planeado esto. Y lo estaban haciendo bien.

Malditos sean.

En mi mente lo único en que pensé fue en Carim.

Ella y su sonrisa amplia y fresca, su cabello rubio, sus ojos extremadamente celestes, llenos de vida.

Apreté los puños al imaginar lo que podría hacerle si la encontraba. Él había raptado niños y mujeres frente a nuestras narices. ¡Nuestras malditas narices, y habíamos fallado! Estábamos allí para mantener segura nuestra población y ahora no sabía cómo harían para retomar la calma. Si había hecho aquello con tal impunidad, no podía ni imaginar lo que podía hacerle a Carim.

—¿Qué te pasa? —me dije a mí mismo, y mi lobo respondió al instante con un gruñido enviándome aún más imágenes de ella—. No podemos hacer esto. No ahora —dije, y la respuesta fue otro gruñido.

Fastidiado salí de la ducha y tomé una toalla. Me apoyé en el lavabo y me detuve a ver mi reflejo. ¿Qué mierda estaba haciendo? Ante mis ojos, el lobo me hizo frente y dolorosamente repasé las imágenes del sueño, de lo ocurrido con la muerte de Triz. Le recordé una a una las vejaciones a las que habíamos sido sometidos, las violaciones reiteradas, las palizas, el hambre, pero sobre todo el dolor.

El lobo aulló dentro de mí y sentí la satisfacción de la amargura de aquello; había ganado, la bestia también lo recordaba. Lo vi hacerse un ovillo, lamiendo las heridas que nunca sanarían, temblando como un cachorro.

Cautivado ante esa imagen me quedé allí hasta que el lobo dejó de limpiarse, se

puso de pie de golpe y comenzó a gruñir. En ese momento tomé una bocanada de aire, y este entró en mis pulmones como una puñalada y percibí el asqueroso olor.

Brujos.

Abrí la puerta de golpe y salí con las manos convertidas en garras, y mis caninos alargándose. Caminé de cuarto en cuarto corroborando todo hasta que llegué a la sala y encontré la respuesta.

Sobre la pared color tiza, pegadas con cinta blanca, había más de una docena de fotos. Niños y niñas, separados por puntos y rangos, habilidades y posiciones, ubicados en una pirámide de terror.

Sabía lo que era.

Sabía lo que significaba. Revisé el resto de la casa antes de centrar mi atención nuevamente en las fotos.

Lo que me preguntaba era cómo habían logrado entrar. La casa era un lugar seguro, eso era un misterio, la puerta estaba cerrada aún y ninguna alarma perimetral había sido activada.

Contabilicé más de cuarenta fotos. Niños de entre los diez a los dieciocho. Las niñas seguían casi el mismo patrón. Estos niños tenían golpes en sus ojos, y lastimaduras visibles; estaba seguro de que no eran los que habían raptado en el ataque de hoy, él tenía más de ellos.

Observé una a una las fotos.

Era un sistema de clasificaciones. Looper solía usarlo en tiempo de guerra cuando creaba sus ejércitos, y de pronto todo encajó cuando vi los ojos suplicantes del niño del apartamento. Sabía que había sido él, lo sabía.

Los niños tenían la misma edad que yo cuando Looper me había comprado a mi madre. Edades y rangos.

Pero los tipos que habían logrado entrar a aquellos departamentos no eran niños, por lo que imaginé que las hordas de Looper eran numerosas, las había estado cosechando en secreto por años, y no lo habíamos visto.

Ahora estaba armando sus próximos soldados, los próximos monstruos. Pero debía de haber algo más que coincidiera entre ellos, además de su edad.

Corrí hasta el teléfono y marqué un número diferente al de la Sociedad, en vez de eso llamé a la madre del niño.

La primera vez que la había ayudado había sido una noche en que se habían quedado sin luz. Habían encendido velas para que el niño no tuviera miedo, y se habían dormido así. Ella había despertado a tiempo para ver que sus cortinas estaban encendidas, y llamó a gritos pidiendo ayuda ya que su departamento estaba envuelto en llamas, y corrí a ayudarla. Recordaba que esa noche estaba con Carrie. Ella había parecido sorprendida, incluso dolida y compasiva, por la situación de la familia, y me había hecho millones de preguntas. Yo le di la información de que la maldita, seguro

había vendido para raptar al niño.

—¿Diga? —Una voz gangosa me atendió del otro lado.

—Estela, soy yo.

—¿Leiden? ¿Lo encontraste? Encontraste a mi Ron.

—No aún. Estela necesito tu ayuda. —Ella gimoteó—. Es importante.

—¿Qué? ¿Qué necesitas?

—Ron es un cambiante como su padre, pero ¿tiene alguna habilidad extra?

—¿Extra? ¡Oh sí!, es bueno en las matemáticas, logra calcular el tiempo de las cosas; en la escuela siempre le dicen que va un paso adelantado al resto. —Eso sonaba bien para realizar ataques. Si podía prever los movimientos de los demás, sería de fundamental ayuda en algo como lo que había ocurrido hoy—. Una vez logró moverse en el tiempo, me dijo que podía moverse a su antojo, incluso me habló de cosas que pasarían y eso que dijo, ocurrió.

—¿Es capaz de controlarlo a su antojo? —pregunté mirando la foto de Ron pegada al muro.

—No lo sé, tal vez, tan solo lo ha intentado un par de veces, pero no más.

—¿Algo más que deba saber? —pregunté, y ella se quedó muda sopesando si debía hablar o no.

—Puede mover objetos con su mente —susurró.

Eso, eso era lo que estaba buscando Looper. Sabía que la fuerza no era suficiente, por eso buscaba niños con habilidades diferentes.

—Gracias, Estela.

—Leiden, ¿traerás a mi niño a casa? He visto lo de los secuestros hoy. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está la S.A.?

—No lo sé —confesé más para mí mismo que para ella—. Haré todo lo posible para traerlo de vuelta. —Ella volvió a sollozar y me despedí.

Caminé de nuevo a la pared observando los rostros. Si Ron era hábil con la mente, tal vez, solo tal, vez la joven de la S.A. podía hacer algo también. Había visto como se encendía en llamas sin quemarse. ¿Acaso podría generarlas a su antojo y dirigirlas?

Volví por el teléfono cuando noté que había un pequeño pedazo de papel fuera de lugar. Caminé hasta la pared y quité el pedazo de papel en blanco; no debía de tener más de veinte centímetros por otros veinte y llevaba mi nombre en él. Mi verdadero nombre. Lo giré entre los dedos y halle una nota.

Aquí deberías estar tú, Uriel, pero no aceptas el regalo que te he dado; aquí deberías estar tú comandando a mis tropas. Tú, el mejor capitán que he tenido, el mejor asesino de todos los tiempos. Nunca te olvidaré, mi eterno cachorro, siempre fuiste y serás el mejor, y recuerda, nadie volverá por ti, nadie más que yo. Aquí estoy, sabes donde encontrarme, mi amor. Búscame, sabes donde estoy, tan solo recuérdalo, Uriel, nunca me he ido, siempre, siempre he estado aquí. Ven a mí, Uriel, y reina a mi lado.

El papel cayó de mi mano como si fuera una roca. Lo poco que había desayunado volvió hasta mi boca desde mi estómago, quemando todo a su paso. Me tomé la cabeza notando como todo daba vueltas mientras que las imágenes del pasado caían con pie de plomo contra mí. Los años de tortura, el dolor de saberme abandonado, la obsesión de Looper por mí, las batallas luchadas, los ojos de los Garou, que morían bajo mi espada, su necesidad de entender y como había sometido a otros por orden de ese maldito.

Corrí hasta el baño y me dejé caer frente al inodoro soltando las tripas y notando como la bilis fluía a través de mí; el veneno me marcaba a fuego. Aún era prisionero de Looper, mi libertad siempre había sido falsa.

Arcada tras arcada.

Lo sabía. Sabía que no se iría sin luchar. ¿Acaso no había sido el único en mi vida que había cumplido con cada una de sus amenazas? ¿El regalo que me había dado? ¿Qué regalo?

Sabes donde encontrarme, mi amor.

Otra arcada me hizo retorcer ante sus palabras y mi espalda se curvó y largué otra gran cantidad de mi desayuno.

Búscame, recuérdalo, Uriel, nunca me he ido.

Él había estado aquí, él había llegado hasta mí.

Todos estos años creyéndome inmune y a salvo, protegido por la diosa y la Sociedad.

No había notado que había estado aquí, me había vuelto confiado.

Confiado y estúpido. Lo había subestimado.

¡Lo había creído muerto!

Siempre, siempre ha estado aquí.

¿Hace cuánto tiempo me vigilaba?

¿Cuántas veces creí ver su marca en los asesinatos y aun así no lo había entendido?

¿Habrían muerto las humanas por mi culpa? Como Triz...

Aquellas palabras me atravesaron: delante de mis ojos vi el rostro suplicante de Misha. La dulce y tierna Misha.

Ella me lo había dicho, me había advertido.

—La locura, Uriel, te atacará... la locura..., como lo hizo conmigo, te atacará, matarás. La locura nunca te abandonará..., él te buscará..., te buscará hasta que te encuentre.

Ella tenía razón, él nunca había dejado de buscarme. Lo había subestimado. Como había minimizado las palabras de Misha.

Cuando había llegado la primera vez a la jaula hogar donde Looper nos colocaba, una junto a la otra como una maldita feria de animales, Misha había aparecido horas después. Había visto cómo dos guardias la arrastraban por los hombros mientras sus pies se arrastraban casi sin vida por el piso de cemento, hasta meterla en su jaula. Tenía el rostro ensombrecido y un ojo morado; le sangraba el labio y vestía tan solo una tela blanca que cubría su diminuto y famélico cuerpo.

—Parece que ya no eres su favorita, estás vieja y arruinada. «Misha la que se humilla». —Los guardias rieron ante una broma que no había entendido, y a la cual no le encontraba la gracia. Estaba sentado en mi cama, con los brazos envolviendo mis piernas y el rostro escondido, espionando la escena sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo, pero ya no gritaba. Tenía la garganta rasposa y ardida, y no me habían dado ni una respuesta ni un vaso de agua, así que tan solo estaba allí, observando.

La tiraron dentro como si fuera un saco de patatas y se marcharon. No me animé a acercarme aquella vez.

Pasaron un par de días en los cuales me habían dejado sin alimento ni agua, querían que suplicara por ello. Eso habían dicho: llegará el momento en que dejarás de luchar y suplicarás.

Sentía tanto dolor que me acurrucaba esperando que el dolor cesara, o que me muriera allí.

Misha se había arrastrado y me había dejado la bandeja de comida y agua que le entregaban día a día. Por momentos, me dedicaba a escucharla cantar y la observaba.

No entendía como era que no luchaba.

No medía más que un metro sesenta. Su cabello rubio dorado estaba enmarañado, su piel era blanca como la leche, y tenía unos hermosos ojos azules, un poco grandes para el tamaño de su rostro que la hacían parecer una muñeca.

Durante días me había negado a tomar su comida, pero el instinto era más fuerte, así que un día corrí hasta allí, donde nuestras jaulas se unían, y le quité la comida casi de las manos. Ella se sentó frente a mí, paciente, sin decir absolutamente nada. Mientras devoraba una pata de pollo y tragaba agua, ella comenzó a susurrar canciones que hablaban de pueblos lejanos para mí. Lugares que no conocía.

Por primera vez me atreví a mirarla a los ojos.

Lucía más joven de lo que parecía. No entendía cómo podían creer que era vieja; en sus ojos azules había tristeza, pero en sus labios colgaba una sonrisa que imaginaba que era más para darme aliento a mí, que lo que podía sentir. Sonreía como si intentara animarme con su rostro amoratado y lleno de moretones violetas.

Un día que comencé a hablar con ella.

Los guardias comentaban cosas cuando le dejaban la comida, cosas que debían incitarme a suplicar por un poco de piedad, y yo pretendía lucir lo más desesperado posible, hasta que un día la vieron, *nos vieron*. Habían sospechado, seguramente, cómo es que había pasado más de dos semanas sin comer. Misha me entregó la bandeja y de la nada se materializó un guardia que le dio un fuerte golpe en el estómago.

—¡Eres un bestia asquerosa... y repugnante! —le gritaba mientras abría la jaula y comenzaba a patearla. La bandeja se había despedazado en el suelo, y en mi desesperación intenté llegar hasta ella, por entre los barrotes, e impedir que la lastimaran, pero estaba muy lejos.

El cabello caía en su cara, y mientras el maldito guardia no dejaba de patearla, los ojos de Misha me atravesaron cuando murmuró:

—*No dejes que te dobleguen..., no luches, déjate ir.* —El guardia le pateó el rostro y Misha cerró los ojos.

Grité y grité hasta que mi garganta ardió. Grité su nombre por horas, pero ella no despertaba.

Más tarde uno de ellos vino por mí, pataleé y luché tanto como podía. Él me arrastró y me dio un golpe en la mandíbula antes de llegar a una oficina lujosa y amplia. Me largó allí contra el suelo cubierto por una espesa alfombra de pelo.

Ese fue el primer día que lo vi. Looper.

—Oh, cariño... ¿Qué te hicieron? —Looper se movió tras de mí, que aún seguía tendido en el suelo y le dio un golpe al guardia, tan fuerte que este trastabilló y cayó de bruces—. No vuelvas a marcarlo. ¡Maldito!

Y ese fue el maldito día en que todo comenzó.

Primero me dio de comer y lo hice.

Me dio de beber un vino caliente que embotó mis sentidos.

Después sentí el dolor atravesándome, y sus labios susurrando en mi oído.

—Te amo, Uriel, nadie más podrá tocarte. Serás el mejor. Mejor que esa perra.

Y lo comprendí todo. Misha había sido ultrajada como yo. Por eso me dijo que no luchara, fuera como fuera, luchar tan solo lo empeoraría, debía dejarme ir, buscar la forma de que mi alma no estuviera allí mientras él me usaba.

Y lo hice. Trasladé mi ira a cada oponente que se cruzó en mi camino y maté... por él, cuando en realidad tendría que haberle rebanado el cuello cuando pude; pero era demasiado joven, demasiado estúpido.

Había llegado a un acuerdo, creyendo que era lo mejor: saldría y cazaría, saldría a matar a los de mi raza solo si Looper no tocaba a Misha.

Oh, Misha.

Looper no volvió a tocarla, pero su estado empeoraba día a día. A veces, incluso cuando volvía, la veía allí, abandonada, mientras algún guardia le había dado una

paliza. Su rostro bello y puro se veía aún peor, ya no hablaba con claridad, aunque aún seguía cantando canciones para mí y tenía una cama decente y ya no dormía en el piso. Me había negado a dejar la zona de las jaulas por algo más lujoso, y Looper había accedido a que estuviéramos juntos en una jaula más grande.

Estaba bien para mí, me recordaba quién era y qué hacía allí mientras ella me mantenía con vida.

Me había susurrado con calma cada canción después de cada batalla, donde mi corazón se retorció de dolor recordando a los hombres que había matado, a los Garou, como yo, que había matado; ella me consolaba con sus palabras siseadas, el tic de su cuerpo, por los castigos que recibía, y el dolor colándose por su boca susurrando mi antiguo nombre.

Por momentos Misha perdía la cordura, comenzaba a sisear mientras se balanceaba de un lado al otro, arrancando mechones de su cabello, luchando con cosas que no podía ver, y que ella llamaba *La locura*. Yo la acunaba contra mi cuerpo y abría sus manos muy despacio para que no se lastimara; sollozaba un poco y lograba calmarla. Una noche había vuelto, y la habían golpeado demasiado. Se había arrodillado frente a los barrotes de la jaula como tantos años habíamos hecho cuando estábamos separados y me pidió piedad.

Me había sonreído con su boca torcida y comencé a llorar cuando entendí todo. Llevó mis manos a su cuello; yo tenía apenas quince años, ella murmuró una canción y comprendí que era una canción de despedida, mientras mis ojos se colmaban de lágrimas.

Ya no hay dolor para mí, porque tú, mi amor me das la despedida.

Ya no siento frío en mi corazón, mi amor, porque tú me sonríes y me calientas.

Me esperan espesos campos donde la hierba está siempre verde, mi amor,

Me esperan bellas estrellas que coronarán mi noche,

Un sol brillando me despertará por la mañana,

De un fresco arroyo he de beber,

Y no tendré miedo porque tú, mi amor, me das la despedida.

Te esperaré allí, donde el sol me refleja tu amor,

Porque tú, mi amor, eres mi sol de cada día,

Te esperaré allí, donde la hierba está siempre verde, porque tú, mi amor,

Eres la fe que me sostiene.

Te esperaré allí, donde el agua es siempre fresca, porque tú, mi amor,

Eres el que me da la vida.

Te esperaré allí, donde las estrellas siempre brillan, porque tú, mi amor,

Eres la estrella que me guía.

*Te estaré esperando allí, en esos espesos campos de hierba verde,
Donde las estrellas que coronarán nuestra noche, donde un sol brillando
Nos despertará por la mañana, donde un fresco arroyo nos dará de beber,
Y no tendré miedo porque tú, mi amor, me das la despedida.*

Con lágrimas en los ojos retorcí su cuello y, entre lágrimas, pude notar su alma abandonado su maltrecho cuerpo que se escapaba de mis manos, la sonrisa en sus labios blanquecinos, la paz de su partida y la soledad devorándome de nuevo.

Cuando Misha murió, una parte de mí murió con ella; en algún sitio de mi mente me alejé por su partida, y el alivio me invadió.

Nunca más podrían tocarla o golpearla para obligarme a hacer algo. Él nunca más la usaría o lastimaría, y Misha, por fin, podría ser libre.

Ser feliz en los campos de sus canciones donde todo lo bello se acumularía para albergarla, donde ya no tendría miedo ni hambre, ya nadie podría maltratar su rostro, su alma. Era libre.

—¡Miiiiiiisshhhhaaaaaaaa! —grité dejando escapar la angustia y el dolor—. ¡Diosa querida! Misha..., espérame. Espera por mí..., por favor... —Limpié las lágrimas de mis ojos y tragué saliva.

Tal vez este era el momento; tal vez, ahora ella estaría esperándome en aquel campo donde todo es hermoso, donde el dolor no tiene lugar. Cerré los ojos y la imaginé parada con la sonrisa en su rostro, la brisa agitando su rubio cabello, sus pies descalzos, y vestida con un bello vestido de gasa.

Tan bella. Tan pura.

Me levanté tembloroso y me lavé los dientes. Me lavé la cara también y mirándome al espejo sentí la podredumbre anclándose a mí bajo mi piel, como si la carroña de Looper se hubieran metido por mis poros, y recordé la herida: no era solo una cualquiera, era una amenaza aferrada a mi cuerpo para recordarme que, haga lo que haga, nunca podré sanar.

Me metí en la ducha y tomé una esponja, la más dura, y comencé a frotarme el cuerpo. El agua caía fría sobre mi piel pero no me alejé, tomé tanto jabón como pude y me unté con él, refregando mi cuerpo hasta que casi toda mi piel estuvo roja.

Salí de la ducha con la piel enrojecida y la sensación de que aún estaba sucio, pero no podía hacer nada. No importaba cuánto me lavara, o me rasqueteara la piel, él siempre estaría allí, ensuciándome con sus manos.

A tuestas tomé la toalla que había tirado al suelo y me cubrí con ella. Encontré mi celular en el suelo mientras caminaba apoyándome del muro, no podía estar seguro si mis piernas me soportarían.

Tomé el móvil y marqué el número de Zander mientras volvía a mirar a los niños de las fotos intentando averiguar quién estaría suplantando mi lugar, quién sería el

que se acostara por la fuerza con Looper esta noche.

—Maldito hijo de puta... —gruñí cuando volví a encantarme con la mirada del niño. Debía detenerlo, por Misha, por Triz y por Carim, por cada uno de los que había lastimado por mi culpa.

Él me quería a mí, solo a mí. Y lo había logrado.

Había logrado separarme de mis hermanos, de mi centinela, de Carim.

Ante mis ojos volví a ver los ojos suplicantes de Misha, suplicando por una muerte rápida, y los ojos de Triz, rogando porque todo acabara... Él nunca tendría a Carim. Ella no me suplicaría que la matara, no lo permitiría.

Sonriendo sentí el poder de la ira creciendo en mi pecho como cuando luchaba para él. La ira trasformada en odio, en ganas de matar.

¡Bien, aquí estoy!

Cerré mi mente a mis hermanos y busqué aquel resquicio de dolor y locura que me ataba Looper. Un destello de luz brilló ante mis ojos y lo vi.

Sabía dónde empezar a buscar.

Lo sabía.

Había unas ruinas a la salida de la ciudad, una casona en un campo desolado, que parecía un castillo. No entendía cómo aquel conocimiento se había colado en mi mente, pero allí estaba. Lo sentía en las tripas: Looper estaría esperándome allí.

Lo pude ver sentado, aguardando impaciente. Un gruñido se formó en mi garganta, y la imagen de él a través de mis ojos sonrió. Tomé el teléfono y llamé a Zander.

—Sé lo que está haciendo —gruñí mientras con una convicción diferente caminaba hasta mi dormitorio.

—Leiden, ¿qué mierda pasó con el lazo? —preguntó Zander—. Hass y Furcht están como locos, no puedo controlarlos, algo sucedió...

—No importa, escucha. La niña, la joven de la S.A., pregúntale qué habilidad mental tiene. —Tomé un conjunto negro de asesino de la S.A., uno que solo usábamos en ceremonias importantes, que llevaba el emblema de la diosa y sobre ella las insignias de la S.A.

—¿Qué?

—¡Tan solo hazle la maldita pregunta Zander! —Me di un vistazo rápido en el espejo y busqué en el armario de armas lo necesario para llevar encima—. Ella debe de saber hacer algo, siempre lo supo y Looper quiso convertirla. Como no lo lograría sin distorsionar su poder, decidió degradarla o utilizarla como un experimento, no lo sé. Aunque después de la demostración de ella convirtiéndose en antorcha imagino que eso lo que buscaba.

—¿Looper? ¡Leiden! ¡Oh, no Leiden! Él no está en esto, debes comprender...

Busqué en un cajón todo lo necesario para evitar que Zander llegara aquí, y

rápidamente desparramé las hojas de salvia y las cenizas de cementerio por las puertas y ventanas. Cuando acabé con eso, guardé un poco en mi bolsillo para que no pudiera ubicarme. Asegurándome de que Zander no pudiera acercarse, volví a hablar.

—¡Lo que digas centinela, ya lo veremos! —gruñí.

—Tuvimos un reporte hoy. Las autoridades han preguntado a cada una de las familias y han desaparecido más de veinte niños —dijo, y sentí como Zander intentaba contactarme.

—Lo sé —dije con amargura—. Lo he oído en la televisión; hay más de diez grupos rondando la ciudad.

—¿Lo sabes? ¿Lo de los niños? Eso no salió en la televisión.

—Sí, lo sé, Looper de ha encargado de informarme.

—¿Qué? Sabes que él no puede estar detrás de esto, Leiden. ¡Por la Diosa!, él está...

—Vivo —respondí con amargura—. Haz que redoblen la vigilancia a los niños que tienen poderes mentales o que puedan atacar al otro de alguna forma diferente a la convencional. Sé que tienen un censo con toda esa información. Necesitaré más niños si es que realmente piensa hacer lo que pienso que va a hacer.

—¿Y que crees que está haciendo? —preguntó con desagrado mientras seguía intentando ubicarme.

—Armando un ejército.

—¿Y por qué demonios te buscaría a ti? Sabe que lo odias.

—Porque me quiere como su líder —confesé volviendo a la sala.

—¿Qué?

—Lo que oíste, Zander. Escucha. En cuanto cierre el lazo completamente, dile a mis hermanos que lo dejen ir. Y deja de buscarme, ¿oíste?

—¿De qué demonios hablas, Leiden? ¿Te has vuelto loco? —preguntó, y algo en mi interior asintió.

—Él puede llegar a mí, y a ellos, incluso a ti, por medio del lazo..., nunca lo permitiré.

—¡Escúchame, Leiden, no dejaré que seas un mártir! —siseó.

—Esa no es tu decisión, Centinela —gruñí—. Esta es mi historia. He protegido la casa, no me busques.

—¡Claro que sí te buscaré! También sé que trabajas para mí.

—Gracias —murmuré— por estar ahí siempre Zander.

—¡Leiden! ¡Leiden!

Corté el teléfono antes de decir algo más. Tomé mis cosas, y le di un vistazo al apartamento; tal vez sería la última que estaría aquí, y cada uno de esos muebles, de esas habitaciones, tenían historias, historias más de la vida que estaba abandonando. Tragué con fuerza intentando recordar cada detalle, y comencé a murmurar la canción

de Misha mientras caminaba hacia la puerta.

Ya no hay dolor para mí, porque tú, mi amor, me das la despedida.

Ya no siento frío en mi corazón, porque tú, mi amor, me sonrías y me calientas.

Podía sentir que algo no andaba del todo bien. Lo sentía en las tripas, era como algo que sabes que está por ocurrir, pero no puedes ver venir el golpe.

No había visto a Leiden desde el altercado ni me había encontrado por más de unos minutos con Hass o Furcht. Zander estaba esquivándome, no sabía la razón pero imaginaba que la pelea de sus chicos por mi culpa no le había caído del todo bien. Me había paseado inquieta por toda la S.A., me había resistido al impulso de llamarlo más de cinco veces, y ni una vez había atendido el jodido teléfono.

Estaba enojada con Leiden, y la tristeza comenzaba a sobrepasarme. Me sentía débil como si alguna parte de mí supiera que él no volvería, que lo perdería para siempre.

¿Podría hacer alguna locura?

¿Acaso lo haría?

—Tenemos información nueva —dijo Sal deteniéndose frente a mí y sacándome de mis cavilaciones.

—¿Información nueva? —pregunté.

—Sí, tenemos una ubicación.

—Debemos actuar con rapidez —dijo Nicolás apareciendo de la nada y deteniéndose frente a nosotras—, pero quiero que tú, Sal y Eva salgan y supervisen el ataque al burdel de Laicot. Creo que tú podrías reconocer a las bailarinas y sería importante saber quiénes pueden ser peligrosas. No hay oportunidades para nadie. Todos serán interrogados, pero me gustaría tener de primera mano la oportunidad de saber a quiénes crees peligrosos y a quiénes no.

—Bien, iremos —dije—. ¿Qué harán Hass, Furcht? —Y Leiden, ¿dónde está él?

—Están tratando de localizar a un contacto que tenemos dentro de lo de Laicot. Él asegurará el área cuando estemos llegando, pero quiero que actúen en conjunto.

—Nicolás, ¿qué —dije tragando con fuerza—, qué hará Leiden?

—No lo sé, Carim —respondió con la voz hueca—, está en manos de su centinela.

—¿Sabes al menos dónde está? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Me ven cara de localizador? Desde ya, la S.A. es un caos y ahora estamos agrupando a la población y las tropas se están armando. Estamos diseñando una estrategia para desarmar al grupo que ha atacado a los humanos y oscuros hoy, por lo que no, no sé dónde está el Carim.

—¡Oye! —dijo Eva dándole un golpe en el brazo—, ¿qué te ocurre?

—Más de lo que podrías soportar, Eva, así que obedezcan —ordenó.

Sentí un dolor en el pecho.

Nicolás estaba más hosco que lo habitual, y eso no era bueno; significaba que sabía algo que yo no, y me enloquecía. Cuando se marchó del cuarto nos miramos.

—Creo que Nina debe darle un par de sesiones de sexo duro para quitarle el mal humor —gruñó Eva.

—¡Ya lo creo!

—¿No sabes dónde está? —preguntó Sal tomándome del brazo.

—No puedo sentirlo como tú, Sal, solo sé que no está aquí. Y lo querría aquí.

—¿Y si lo buscas en su casa? ¿Por qué no le preguntas a Hass?

—Lo he hecho, pero dijo que después de la discusión cerró el lazo al máximo y tan solo sabe que está inquieto.

—¿No irán por él? —preguntó Eva—. Digo, yo iría a buscarlo.

—Los muchachos son diferentes, piensan que tal vez un poco de espacio les vendrá bien —murmuré poco convencida.

—Sí, tal vez sería lo mejor, antes de que vuelvan a caerse a golpes.

Nos dirigimos a la zona A de preparaciones, y nos metimos en la sala junto a otros veinte miembros. Nos cambiamos nuestras ropas por trajes negros que nos cubrían de pie a cabeza. Tenía un cinturón donde colocar mis armas, y la tela de traje era ignífugo y protegía del frío, y, por sobre todo, era maleable. No entendía bien cómo lo habían logrado, pero los ingenieros de la S.A. habían logrado crear una tela resistente al cambio, por lo que si debía convertirme esta aún estaría sobre mí.

¿Genial, no?

La jugada tendría que ser fácil ya que la mitad de ellos lucían jóvenes.

Nos metimos en varios camiones y nos dirigimos directo a lo de Laicot. En mi interior repasé cada uno de los movimientos. Necesitaba aclarar bien quién podía ser de mayor importancia que otro.

¿Dónde estaría Leiden ahora?

En este momento me arrepentía de cada palabra que había salido de mi boca; ojalá no le hubiera dicho lo de las parejas. Ahora mi gata lloraba, sabíamos que no habría otros.

Maldito sea.

Me tapé la cara intentando ocultar las lágrimas que se formaban en mis ojos. Sal pasó su mano por mi espalda intentando calmarme.

—Lo verás cuando vuelvas —susurró—. Seguro estará allí.

—¡Oh, diosa! Sal, si supieras lo que le dije —sollocé.

—No importa lo que le hayas dicho. No importa. Él lo entenderá y volverá por ti. —Giré la cara para mirarla, lucía tranquila pero sabía que estaba siendo afectada por mis emociones—. Debes calmarte, tenemos una misión por delante. Todo pasará rápido y, cuando hayamos acabado, verás que él estará allí.

Traté de volver a concentrarme, aunque aún sentía el malestar en mi estómago.

—¿Cómo se llama nuestro contacto? —preguntó Eva intentando cambiar de tema.

—No lo sé aún, solo sé que estará en la puerta y que la palabra que dirá es «linda pelea». —Por un momento pensé en quién sería. Había visto muchos rostros allí, pero ninguno que pareciera pertenecer a la S.A.; al menos, ninguno me había dado una señal de conocerme.

—¿Linda pelea? ¿Qué clase de clave es esa?

—No lo sé, tan solo espero que lo diga; si no, tendrá mi cuchillo en su garganta —murmuré apretando los puños.

Nos esperaba junto a la puerta, debía quitar a Joe de ahí. Cómo haría para quitar a Joe de al lado de la puerta, no lo sabía. Tan solo esperaba que pudiera contenerlos el tiempo suficiente.

—Llegaremos en menos de cinco minutos —nos informó una voz, seguramente proveniente del conductor.

Comprobé mis armas una vez más, intentando parecer controlada: estaban afiladas y listas, aunque mis manos temblaban un poco. Me tensé cuando el camión frenó en una zona apartada, y, a oscuras, mis ojos no tardaron en acostumbrarse a la penumbra. No había mucha gente por la calle, lo que era realmente bueno ya que era una zona lo bastante concurrida como para que alguien saliera herido por estar en medio.

Nos dirigimos en grupos. Esperamos para que los tres grupos que entrarían por el techo estuvieran en posición. El grupo que iría por detrás estaba listo y a la espera. Nosotros éramos el último grupo ya que estaríamos más expuestos y deberíamos movernos rápido.

—Bien. ¡Vamos! —dije y echamos a correr hacia la entrada intentando cubrirnos en las sombras.

Nuestros pasos resonaban en el asfalto, y en mi mente busqué el entrenamiento que había tomado por años. Puede que no hubiéramos sido expuestas a los peligros que Leiden y sus hermanos enfrentaban, pero haría esto. Tomaría el control, y luego iría por él.

Lo haría entrar en razón aunque fuera a los golpes.

Cuando estuvimos a solo unos metros, pude ver que Joe estaba en la puerta.

Por un momento dudé y tomé un cuchillo de mi cintura y lo empuñé con más fuerza. Nuestros pasos casi no hacían ruido en la acera, por lo que recién nos notó a unos metros.

—Linda pelea —dijo y mi rostro debió demostrar la incredulidad que sentía. Me frené de golpe haciendo que casi nos cayéramos las tres. No podía creer que Joe fuera el informante.

—¿Joe? ¿Tú? —pregunté incrédula.

—Lo mismo digo..., Camille —murmuró y levantó una ceja.

—Es Carim, por cierto —murmuré dándole una sonrisa torcida.

—Debí imaginarlo por como peleaste, pero nunca creí que Nicolás enviaría a una de las tuyas. Tan solo imaginé que eras una de sus fans. Ya sabes.

—Joe. —Me acerqué a él y palmeé su brazo—. Ellas son mis hermanas, y Nicolás es mi centinela.

—Encantada —dijo Sal y le extendió la mano—. ¿Qué tal allí dentro?

—Aún nadie ha intentado salir. Así que esperemos lo mejor y prepárense para lo peor. Hay más de diez clientes, otras ocho chicas y un par dentro de las puertas secretas.

—¿Qué hay ahí, por cierto? —pregunté recordando lo que Leiden me había dicho.

—No lo sé, intenté colarme varias veces pero pocos entran allí. Hay mucha seguridad, nadie entra allí salvo que tengas una invitación especial o entres con alguno de ellos —comentó echando una mirada hacia la puerta.

—Como Carrie —rugí.

—Sí, como ella —afirmó.

—¿Está aquí? —pregunté apretando los dientes. Quería su cabeza. Se había confirmado que la madre de Carrie había pertenecido a The Craft, y, con lo convulsionadas que estaban las cosas, querían interrogarla.

¡Interrogarla un cuerno... la queremos muerta! Gruñeron mentalmente mis hermanas haciéndose eco de mi sed de sangre.

—Lo estaba cuando llegué. Entré hace un momento a echar un vistazo pero no la he visto por las mesas o los privados, así que asumo que estará dentro.

—Bien, vamos a hacer esto de una vez por todas.

Las tres nos colocamos en posición en cuanto los equipos de refuerzos se acomodaron detrás de nosotros. Joe tomó la barra que había atravesado para que nadie pudiera abrir la puerta desde dentro y la corrió.

—Estamos listos, y a sus órdenes —dijo una voz a través del intercomunicador.

—A la una —dije para que los demás equipos estuvieran listos—, a las dos. —Aparté el cuchillo con fuerza y se lo tendí a Joe; no quería que estuviera desarmado—. A las tres.

La puerta literalmente explotó desde dentro cuando nos aprestábamos a entrar, arrojándonos unos metros hacia atrás. Algo cayó sobre nosotras y embestí con todas mis fuerzas tumbándolo de lado.

Joe, en su forma animal de oso, lo apartó de un manotazo y lo apretó con sus patas contra el suelo mientras entrábamos.

Quedé atontada al verlo, no había notado que era un cambiante, era impresionante e imponente por su tamaño; había pocos cambiantes osos por aquí, pero debí haberlo

imaginado.

Había una cortina de humo que nos impedía ver con claridad. Golpeé a lo primero que intentó atacarme. Las bombas de humo, sumadas a la explosión, habían creado un gran caos dentro; había gritos y sonidos de cosas rompiéndose en pedazos desde todas las direcciones. Corrí hasta la puerta que nunca había atravesado para buscar a Carrie, pero un manto de magia me mantuvo fuera sin que si quiera pudiera apoyar mis manos en la madera.

—Está protegida —le grite a Sal que estaba a unos metros deshaciéndose de un vampiro. Una vez que su cabeza rodó, se acercó a mí apartando escombros mientras buscaba a tientas las marcas de brujería. Oímos disparos del otro lado de la puerta; al menos alguien había podido entrar. Una silla voló contra nosotras y nos golpeó, y me atontó por un segundo. En el mismo instante en que giré, un cuchillo atravesó el pecho de Sal; me moví rápidamente para atacar y quitarle a su oponente de encima, pero noté que no eran cuchillos, sino garras. Sal estaba helada, las garras estaban muy cerca de su corazón, así que me acerqué a la bestia y le rompí la pata al animal y lo empujé intentando no lastimar a mi hermana. Sal se sentó contra el muro sangrando, y lentamente quité la garra. Me arrepentí en el momento: la herida se veía horrible.

—Sal, quédate aquí. —Le tendí un cuchillo que ella agarró con fuerza—. No te muevas. —Me alejé un poco y me metí en una lucha que estaba a solo unos metros. Mientras vigilaba que nadie se acercara a Sal, quité a un lobo de encima de un asesino y le quebré el cuello; mientras, seguía buscando a la maldita de Carrie, pero no había señales de ella por ningún lado.

El humo empezó a desvanecerse y pude ver un poco mejor: la mayoría de los humanos se habían refugiado en una esquina y habían dejado de molestar y estar en el medio. Los otros habían sido reducidos, y estaban tumbados sobre sus estómago en el piso, sangrando. Comencé a buscar a Eva por el lugar, pero no lograba verla. Este maldito sitio tenía tantos recovecos que podría estar lastimada en cualquier lugar.

Tomé del hombro al primero que encontré.

—¿Sabes dónde está Eva? —El tipo negó con la cabeza mientras esposaba a un vampiro. La preocupación comenzó a carcomerme cuando no logré hallarla por el lazo mental. Busqué por todo el maldito lugar y no la encontré. Volví con Sal.

—¿Qué ocurre?

—Eva, no la encuentro.

Intenté buscarla por el lazo nuevamente, pero había algo que me impedía llegar a ella. Miré a Sal alarmada. ¿Dónde estaba?

—Se siente como cuando estaba con Phill —murmuró Sal abriendo los ojos—. Como si alguien no nos dejara llegar.

—¡Maldición! —Tomé a Sal por los hombros y la acomodé contra mi cuerpo para ayudarla a caminar, aunque ya lucía un poco mejor. Su herida estaba curando

lentamente, sabía que estaría hambrienta dentro de poco tiempo, pues la pérdida de sangre la debilitaba, y por eso no podía sanar. La senté en una de las tarimas y tomé mi teléfono.

—Nicolás... ¿Dónde está Eva? ¿Sabes algo? —No necesité que respondiera, pues sentí aquel hormigueo tan natural para mí y supe qué estaba haciendo. Él la estaba buscando a través de su vínculo con ella. Cerré los ojos rogando para que me dijera algo.

—¡Mierda!

—¿Qué? —grité alarmada.

—No la encuentro. No encuentro a Eva. Carim, ¿qué ocurrió? ¿Qué pasó allí, Carim?

—No lo sé, no lo sé, esto fue un caos, todo el mundo se volvió loco y ella no está. Iré a comprobar afuera, pero no puedo encontrarla, el vínculo es débil.

—Sí —murmuró levemente—, lo siento.

Salí a fuera esperando encontrarla, pero no había nada más que asesinos y ninguno sabía de Eva. Habían traído los camiones hasta la puerta y estaban cargando a los detenidos. Sal había llegado hasta mi lado rengueando y sentí el vacío carcomiéndonos a ambas cuando nos miramos.

¿Dónde estaba?

Esto no podía estar pasando. Joe salió apoyado en un vampiro que lo ayudaba a caminar.

—¿Joe, has visto a Eva? —Él se detuvo frente a nosotras frunciendo el ceño.

—Entró con ustedes —dijo mirando alrededor.

—¡Eso lo sé, maldición!

—Preguntaré a los demás, por si la han visto —dijo Joe—. Tranquila, Carim..., todo saldrá bien.

Pasaron unos veinte minutos hasta que todos estuvieron dentro de los camiones. Rastreamos la zona, pero no había rastros de Eva ni de Carrie. Tenía el corazón en un puño; esto no estaba bien.

Nicolás nos dio la orden de volver... y lo maldije en todos los idiomas que conocía. Esperaría una hora, y si no sabíamos nada de ella, saldría por más que me cortaran la cabeza luego. Tal vez Leiden pudiera hallarla.

Primero Leiden, ahora Eva...

La diosa parecía habernos dado la espalda hoy.

Me cubrí la cara con las manos y dejé que el movimiento del camión me embotara los sentidos. Hoy parecía que todo saldría de mal en peor.

Eché un vistazo a las fotos nuevamente, y mi teléfono sonó otra vez. Sabía que eran mis hermanos, y corrí hasta el auto: no podía detenerme a pensar en ellos ahora. Temía que cualquier resquicio de duda me hiciera doblegarme ante la idea de salvarlos. Zander siguió buscándome mientras luchaba por concentrarme en seguir el rastro que había encontrado.

Mi familia de sangre, mi clan, mi alfa, me habían abandonado la primera vez para que muriera o buscara el destino que mejor me pareciera en las crueles manos del Looper. Mi segunda y única familia, los asesinos, aquel grupo que había nacido de las costas de África, aquellos asesinos legendarios que protegían la raza por sobre todas las cosas, aquellos que eran justos, esos mismos que me habían enseñado a matar, me habían acogido, me habían amparado y allí estaban buscándome, incluso ahora.

Pero no dejaría que los tocara.

No podía dejar que Looper me quitara lo único bueno que me había dado la vida.

No se lo permitiría, por más estúpido que pareciera. Nadie conoce la pérdida hasta que algo que amas se te va de las manos. Yo lo había conocido de cerca; las lenguas del dolor y la desesperación habían lamido mi piel dejando un rastro imperceptible de lo que ocurría cuando te esfuerzas en aferrarte a alguien.

Me había aferrado a mis hermanos por años y ahora me daba cuenta cuán estúpido había sido eso también. ¿Cómo había permitido que Looper se acercara tanto a ellos? A Zander..., *diosa*.

Que idiota fui al creer que estaba a salvo.

Me dirigí a la autopista con la decisión tomada. Ya no habría vuelta atrás, viviera o muriera, así sería. Tomé la salida de la ciudad que había visto en mi mente; si Looper estaba allí, lo encontraría.

Esto se acabaría hoy, y rogaba porque la diosa Vatur me dejara dormir el largo sueño en su posada en el cielo.

Los amaba tanto..., realmente, mi corazón no podía concebir que los lastimaran. Sabía que Zander no lo entendería.

Ninguno lo haría. Pero era lo único que podía hacer.

Matar a Looper tal vez, tal vez sería mi final, o tal vez no; no lo sabía. Debía intentarlo, así él no podría llegar a tocarlos. Pero al fin sería un final.

Las imágenes brotaron frente a mí; él tenía razón, una parte de mí lo odiaba más ahora al saber que hiciera lo que hiciera, mi destino había estado sellado desde hace siglos; él había estado allí siempre. Nunca había sido libre.

Y allí estaba aquella maldita casa, de la cual nunca hubiéramos sospechado. Así

que de esa forma había burlado a la S.A., había extendido sus dedos malignos infestando la ciudad con podredumbre y dolor, carcomiéndola poco a poco para que nadie lo notara: una muerte aquí, otro muerto allá. Incluso había estado experimentando, había entrado de alguna forma al mismo corazón de la S.A. y no lo habíamos notado, pero todo cambió cuando cayeron los ángeles y toda la población fue controlada y clasificada para evitar más muertes por luchas entre castas y bandos.

Todo había estado bien hasta la matanza en aquel maldito lugar. Habíamos encontrado a las mujeres, habíamos empezado a unir piezas y todo se había vuelto más caótico para él, por lo que imagino, siguió traficando con vidas y cuerpos sin importarle nada más.

Había algo que le decía que era intocable, o tal vez tan solo fuera un anzuelo para atraerme. Estaba punto de descubrirlo.

La casa estaba metida en un campo lleno de arbustos, y continuaba del mismo modo hasta donde la vista se perdía.

Estacioné el coche a unos doscientos metros por una carretera de tierra. El sol estaba ya tocando el horizonte y en poco tiempo terminaría por dejar el paso a la noche.

Tomé el teléfono antes de bajar, y vi las veinte llamadas perdidas de Carim, de mis hermanos y de Zander.

Cerré los ojos con fuerza, *ojalá puedas entenderme algún día, Carim.*

Levanté la vista y sonreí al ver aquel extraño parado justo a metros de mi coche. El sol jugaba con las sombras y su rostro estaba casi cubierto. Levantó sus manos al aire para mostrarme que no portaba armas, y luego abrió lentamente el último botón de su camisa. Me mostró una insignia dorada en el centro de su pecho. Era la insignia de la diosa Vatur.

Nicolás había cumplido con su palabra.

Antes de partir había llamado a Nicolás, se lo debía. Había tomado una bocanada de aire, y había llamado como algo de último momento.

—¿Nicolás? —dije.

—Leiden, sabes que te están buscando, ¿cierto? —Su voz neutral hizo que se me pusiera la piel de gallina.

—Lo sé, como sé que tú también entiendes lo que siento —murmuré recordando a Nicolás vengando el honor de su madre, la lucha con los ángeles y todo lo que ocurrió—. Debo terminar esto solo y lo sabes.

—Leiden —suspiró—. ¿Por qué me llamas?

—Necesito tu ayuda. Sé que no enviarás a mis hermanos o a tus asesinas. Esto es algo que requiere de la ayuda de alguien más, y pensé que, tal vez, el centinela en jefe podría enviarme un poco de ayuda. Puede

que no salga vivo de esto.

—Es una posibilidad —repuso usando aquella voz que hacía temblar a muchos.

—Nicolás, necesito alguien que se asegure de que Looper tampoco salga vivo de esta.

—Puede que conozca a alguien que pueda ayudarte —murmuró.

—Bien.

—¿Qué más quieres que haga? —preguntó sabiendo que eso no era lo único que tenía para decirle. El maldito sabía cosas que no entendía cómo las obtenía, pero lo sabía.

—Dile a Carim que... —Tragué con fuerza y tomé aire— que sea feliz.

—Yo —dijo haciendo una pausa— haré lo que pueda. Dame una dirección a donde enviar la ayuda.

—Interestatal cinco, kilómetro dos.

—Dalo por hecho.

—¿Cómo sabré que es él?

—El tatuaje de la diosa estará brillando en su pecho. Y por lo que más quieras, Leiden, no hagas estupideces, ¿entiendes a lo que me refiero? Y que la diosa vele por ti desde los cielos, y que la lealtad de tus hermanos y centinela te acompañen en el camino de soledad que has elegido. Que la diosa te otorgue lo que crea necesario y mantenga tu juicio libre de tormentas. Que la diosa Vatur te acompañe e ilumine tu camino hacia la eternidad.

—Nomine Vatur, perducatur nos ad aeternitatem. (En el nombre de Vatur, guíanos hasta la eternidad).

—Nomine Vatur —susurró Nicolás y algo quemó mi hombro. Me aparté la camisa para ver cómo una marca roja se dibujaba sobre mis bíceps. Aparté un poco más la camisa y noté cómo unas marcas se dibujaban entrecruzándose entre sí, como si una mano mágica la dibujara.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Eso —dijo Nicolás— es la marca de mi madre, cualquiera que te ataque sabe que estará atacando a la diosa misma. Zander no va a estar feliz cuando se entere.

—Lo sé, es una locura. ¿Crees qué...? —No me animé a terminar la pregunta, ¿acaso él podría decirme que ocurriría?

—No lo sé, no puedo prevenir el destino por completo, los hilos que tejen tu futuro están en constante cambio, solo sé que necesitas hacer esto, formarás una estrecha línea que salvará tu cordura y tejera un futuro que es incierto para mí. —Nicolás hizo una pausa y volvió a hablar—. No sé si

debo decirlo, pero parte de ti se mantendrá a flote por lo que verás allí, necesitas esto, y yo te necesito allí. —Concluyó y se quedó mudo. ¿Qué significaba eso, él me necesitaba ahí?

—¿De qué hablas Nicolás? ¿Tú me necesitas allí? ¿Allí dónde?

—Suenas extraño incluso para mí —su voz había cambiado, ya no hablaba como el centinela, no hablaba como el hombre, sino que hablaba como si pudiera ver algo que yo no—, tan solo puedo decirte que la diosa ha confiado en ti por algo. Lo hizo desde que llegaste a este mundo siendo un crío, y ahora vuelve a ratificar su fe en ti.

¿La diosa? ¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Es que no lo entiendes? —pregunté apretando los dientes—. Voy a morir aquí.

—Puede ser, pero puede que, sin saberlo, seas una pieza fundamental del destino de todos. No lo sé. Solo el tiempo teñirá nuestros destinos.

—Nicolás —susurré y me froté los ojos.

—No me pidas más, te he dicho más que a muchos, no puedo decir más.

—Gracias, Nicolás, y cuida de ella.

—Que la diosa te acompañe.

—Y guíe —completé.

Cerré el teléfono. Por un momento observé el tatuaje en mi brazo que comenzaba ponerse negro. Incluso me reí ante la idea de que esta vez Looper sería borrado del planeta. Esta vez, no habría perdón para sus delitos y no importaba que fuera mi destino, tan solo sabría a ciencia cierta, que nunca más lastimaría a otro.

Una brisa hizo que los arbustos que rodeaban al coche se movieran, y levanté la vista para encontrarlo allí, parado frente a mi coche, vistiendo como un joven universitario, con la camisa a medio abrir para que pudiera ver aquel tatuaje, igual al mío. Bajé del coche sin pensarlo mucho más.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Semiazas —respondió con una voz profunda, y lo escruté con la mirada un momento. No lucía como alguien que se llamara así.

—¿Lo dices en serio? —pregunté logrando que sonriera de lado.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

Levanté la ceja ante su pregunta.

—No sé, suena raro, tal vez lo he oído antes, no lo sé. Olvídalo, es bueno tenerte aquí. Mi nombre es Leiden.

—¿Y a ti te llama la atención mi nombre cuando te llamas... «dolor»?

—Touché —repuse guiñándole un ojo.

—Es antiguo —me dijo mientras comenzábamos a caminar hacia la casa, protegidos por la penumbra.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté mientras observaba la casa detenidamente.

—¿Años? —Sacudió la cabeza y lo miré—. No puedo precisarlo. Unos cuantos eones, tal vez.

—¿Eones? —Me detuve en seco y me giré a mirarlo.

Tenía la apariencia de un joven, vestía vaqueros azules oscuros y una camisa del mismo color, combinadas con unas zapatillas. Su piel tenía un color tostado casi dorado, ojos celestes, el rostro anguloso y el cabello, casi rapado, rubio.

—¿Eones?

—Sí —dijo retomando el paso—. He vivido desde los principios de los tiempos.

—¡Oh vamos! ¿Quién eres? —pregunté poniéndome a la par—. ¿El hijo de un dios? —Me miró de costado y sonrió nuevamente.

—No, hijo de dos ángeles. —Aquellas palabras lograron hacerme reír—. En un tiempo era el jefe de los ángeles caídos. Pero ahora sirvo a la diosa Vatur.

Antes de que pudiera decir algo más, una luz a mi derecha llamó su atención. Se movía con rapidez, como si alguien no pudiera ver con claridad el camino.

—Una mujer, dos mujeres —dijo—. Una llora. Una loba y una... humana.

—¿Qué, eres un detector de seres vivientes?

—En un tiempo —murmuró si apartar la mirada—, mi trabajo era cazarlos, así que esa habilidad me ayudaba.

—Genial —susurré sin humor—. Vamos —dije y me lancé a correr hacia ellas. Se metieron por una puerta hacia un sótano en la parte trasera del patio. No perdí de vista ni un momento la casa, pero no había movimientos en las ventanas; algo ocurría y no debía de ser en la superficie y nos limitamos a seguirlas.

Semiazas abrió la puerta lentamente y bajamos las escaleras sin hacer ni un ruido, mientras oía el sollozo de la mujer.

—Ve por la mujer.

—¿Cuál de las dos?

—Cualquiera de ellas —bufé—. La loba, quiero interrogar a la otra.

—Es una simple humana —susurró.

—Es una bruja —él me estudió con el ceño fruncido—. Creo que te faltó un par de clases al distinguir a las brujas. Usa tu olfato.

Bajamos un poco más y nos encontramos con algo que no esperaba: Carrie.

Ella estaba atando a una mujer a una silla cuando mis pies tocaron el suelo y ella se giró al oír el ruido.

—¡Carrie! —gruñí. Ella saltó hacia un lado y nos miró—. Debí haberlo adivinado. —Sus ojos paseaba de la mujer a mí, y a mi nuevo amigo.

—Tú, tú no lo entiendes —sollozó.

—¿Explícame qué es lo que no entiendo? —pregunté moviéndome para llegar hasta ella sin que lastimara a la loba.

—Eres... —dijo mirándome como hipnotizada—. Eres como el Grial para él, y lo desperdicias —murmuró, y una lágrima se derramó por su mejilla.

—¿De quién habla? —preguntó Semiazas, que estaba desatando a la mujer.

—De Looper —gruñí—, no soy lo que crees. —Di un paso adelante y ella retrocedió uno, quitando el cuchillo de su cinturón sin que hubiera podido verlo antes de que colgara de su mano.

—Pero él, sí lo cree.

—Eso no importa, él está loco. —Sus ojos se abrieron aún más y retrocedió otro paso, y otra lágrima rodó por su mejilla.

—No lo entiendes —siseó cuando enfocó su mirada en mí, abarcándome por completo como si me estudiara—. Tú no lo comprendes..., todos estos años has visto lo que los humanos y los guardianes de la S.A. nos hacen por ser brujos, nos has ignorado... y ahora pagarán...; él me ha cuidado, me ha rescatado de esto..., de lo que soy. Ahora soy parte de algo, no solo una escoria humana de la que todos pueden beber... Ahora que estás aquí, todo cambiara en cuanto lo entiendas, solo debes entender —susurró y sonrió tristemente.

Todo pasó demasiado rápido..., demasiado rápido. Mi teléfono sonó, Carrie hincándose un cuchillo en el cuello, los gritos de la mujer cuando Semiazas la alejaba hacia la puerta..., y la sensación de que algo había ocurrido.

Tomé el maldito teléfono mientras intentaba mantener la sangre de Carrie en su cuerpo presionando la herida. La necesitaríamos viva.

—¿Qué? —ladré a la persona que estaba interrumpiéndome.

—*Leiden, la tienen, tienen a Eva...* —las palabras apresuradas de Nicolás hicieron eco en mi cuerpo y comencé a temblar.

—¿Leiden? ¿Leiden, que ocurre? —preguntó Semiazas a mi lado.

—Se llevaron a Eva... —murmuré, no necesité abrir el lazo para saber que Hass me había oído, y noté cómo se tensaba y salía disparado de donde estuviera, porque no había podido evitar que la información llegara a él.

—¿Puedes llevártela? —dije apuntando a la loba que se había desmayado.

—La pondré a salvo, estará bien. —Aseguré.

—Espero que sepas lo que haces.

—Estará bien —afirmó. Sus manos eran hábiles y con una rapidez sobrehumana tomó a la mujer en brazos y corrió escalera arriba. Volví a mirar a Carrie, ya no se movía, y la deposité lentamente en el suelo, pensando en todo lo que había dicho. Lo seguí momentos después, y cuando salí, el aire se impregnó de aura distinta. No sabía cómo lo había hecho, pero Semiazas ya no cargaba a la mujer; sus ojos apuntaban al cielo, y pude verla volando sostenida por dos ángeles.

Volando con los ángeles, pensé.

—Debemos seguir —me dijo y corrimos hasta la casa. La puerta estaba abierta como si nos invitaran a entrar. Semiazas entró detrás de mí, justo en el momento en que un Cerbero saltaba a mi cuello. Levantó su hábil mano y detuvo al perro en el aire—. Ve, me encargaré del resto.

Asentí, sabiendo que, tal como prometía, detendría cualquier cosa que viniera por él. El Can Cerbero colgaba sostenido por algo invisible que demostraba que era un ser poderoso. Me adentré en la casa y seguí el olor nauseabundo de la magia. Subí las escaleras a la carrera, el pasillo estaba vacío, y olisqueé el aire mientras oía a Semiazas luchando en la planta baja. Caminé hasta la última puerta del corredor con mi lobo gruñendo; sabía que este era el lugar. Mi lobo volvió a gruñir y antes de que las garras cambiaran mis manos, abrí la última puerta, y todo..., todo se derrumbó para mí.

Una fuerza poderosa me golpeó en el pecho quitándome el aire, y sentí cómo mis ojos se cerraban, y mi cuerpo se doblegaba ante un peso que no existía. Me ardía la herida en mi pecho, y lo último que vi antes de caer fue a Looper sentado en un sillón de respaldo alto, sentado como un señor.

—Has llegado, hijo mío, mi amor.

Eva seguía sin aparecer. Llegamos a la S.A. con el corazón en la boca: eso no había salido bien, nada había salido bien y mi corazón martillaba contra mis costillas con tanta fuerza que me dolía; tenía la garganta seca y estaba a punto de derrumbarme. Esto nunca debió pasar; creíamos que lo habíamos vivido todo, que lo habíamos sufrido todo, pero nadie estaba preparado para esto.

Para esta pérdida.

No había señales de Eva por ningún sitio. No habíamos podido rastrearla ni mental ni físicamente. Había desaparecido sin dejar rastro, no había nada, era como si la negrura se la hubiera tragado.

Quería acostarme y dormir. Esto tenía que ser un mal sueño, debía serlo, no podía ser otra cosa. Quería cerrar los ojos y olvidar todo: la desesperación, el dolor, quería que todo volviera a ser como antes.

Nos llevaron hacia el área médica. Vívika me revisó lentamente sin decir ni una palabra.

—Carim —susurró.

—Estoy cansada —respondí sin querer decir nada más.

Ella me ubicó en una habitación blanca, sin vida, tal cual como me sentía ahora en estos momentos. Me acurruqué de lado, y de un momento a otro mis ojos se cerraron, casi como si mis pensamientos caóticos hubieran roto todas mis funciones neuronales.

Perdí la noción del tiempo, alguien sacudió mi hombro y me desperté de golpe rogando para que todo hubiera acabado, que todo el mundo estuviera bien y que tanto Eva como Leiden estuvieran aquí, gastándose bromas, como si todo fuera un mal sueño. El vacío me llenó cuando la imagen de la que quería despegarme apareció frente a mis ojos.

Allí estaban todos, con sus caras consternadas, mirándome. Me acurruqué abrazándome las piernas, queriendo olvidar todo, y comencé a llorar. Mi gata se acurrucó en la inmensidad de mi mente y maulló desesperada intentando alejar aquella extraña soledad de mí. Sentí el vacío latiendo en mi pecho, como un hueco inmenso que no podría curar. Ya no sentía a Leiden, ya no percibía nada de él, y no encontraba a ni un rastro de Eva, tampoco.

¿Qué pasaría con los años?, ¿lo olvidaría?

No, nunca podría. Cerré los ojos con fuerza, intentando recordar cada gesto, cada marca, cualquier cosa... ¿Qué pasaría si los años borrarán esos recuerdos?

¿Me preguntaría si había sido un sueño?

¿Lo recordaría tan bien como hoy? ¿O la niebla gris del olvido y la necesidad se colarían por mi mente sin poder recordarlo?

¿Qué pasaría con Eva? ¿Estaría sufriendo? ¿Estaría muerta?

Mi estómago se contrajo y sentí un espasmo atravesándome, buscándolo en cada resquicio del mundo y por un instante me imaginé encerrada en un cuarto blanco sin poder hablar, sin poder sentir..., como si la locura me invadiera invitándome a unirme a ella. No podía ser cierto todo esto, era una locura... Nicolás nunca lo permitiría, ¿cierto? ¿Acaso no era el hijo de la Diosa Vatur...? Esto... él nunca lo permitiría, él amaba a Eva..., era su elemental... ¿Qué había ocurrido allí dentro? ¿Sería cierto que habíamos salido vivos? ¿O acaso todo sería una fantasía a la que nos habían metido?

Miré a los demás con recelo, viéndolos hablar en susurros, echando miradas furtivas y sus ceños fruncidos. No, esto debía de ser un embrujo, Nicolás no hubiera permitido que se llevaran a Eva..., esto estaba mal. Esto no era cierto..., todo esto, ellos debían de ser una alucinación..., o acaso... o acaso no habíamos escapado de los ángeles... Sería eso.

La realidad se dividió con una línea fina de la que colgaba mi cordura. ¿Es que algo de esto era cierto?

¿Fue un sueño? ¿Había sido un sueño el que alguna vez había amado a un hombre?

Pasé más de veinte minutos así hasta que Hass entró con el rostro descompuesto entre el dolor y la ira, y eso me dio una pequeña esperanza de donde agarrarme para no perder la cabeza.

Leiden existía..., esto había ocurrido, y Nicolás no había podido evitarlo... Observé a Hass con tristeza mientras los ojos se me llenaban de lágrimas nuevamente.

¿Acaso él recordaría a Eva con los años? Ella debía volver, Leiden debía volver. Él caminó hasta mi lado y se derrumbó en la silla sintiéndose seguramente tan mal como yo me sentía.

—¿Sabes algo de Leiden? —preguntó, y negué con los ojos llenos de lágrimas—. Tranquila, Carim, lo encontraremos —me respondió más para sí mismo que para mí.

Sabía lo que se sentía no poder sentir a tu hermano; Eva ya no estaba, y podía sentir esa pérdida como una herida sangrando.

—Y... ¿ella? —negué nuevamente y sus ojos se perlaron de lágrimas también.

—También la encontraremos, Hass.

Él asintió sin mucha convicción.

Levanté la mirada hasta Sal, que estaba apretujada entre los brazos de Hero quien intentaba calmarla, sin lograr nada. Un destello de celos se coló a través de mí. ¿Por qué ella podía abrazar a su compañero como si nada, mientras que Hass y yo

moríamos en la agonía de no saber si estaban vivos?

No debía hacerlo, no era justo.

Furcht entró poco después, y no se veía mejor. Caminó hasta mí, se agachó y me abrazó con tanta fuerza que dejé de respirar.

—Todo estará bien gatita —susurró en mi oído.

—¿Por qué no ha venido? —sollocé, por fin, dejando escapar el dolor sobre el hombro de Furcht.

—No lo sé —confesó y bajó la cabeza—. No sé qué está ocurriendo.

—Espero que tenga una buena excusa —murmuró Hass y tomó mi mano.

Pasaron otros veinte minutos o más cuando Nicolás entró con el rostro descompuesto por la ira.

Furcht estaba sentado a mi lado en la cama, su brazo sobre mis hombros y con mi cabeza apoyada en su pecho. Hass estaba del otro lado tomándome la mano, como si temiera perderme también.

—¿Saben algo de ellos? —preguntó Sal separándose de Hero.

—No aún —gruñó nuestro centinela—. Quiero que se dirijan a la sala de los Amila —ordenó mirando a mi hermana y a mí.

—¿Crees que puedan sacar algún recuerdo?

—Creo que podremos recopilar la información para saber desde dónde comenzar para buscar a Eva. Ben está rastreando a Leiden junto a un par de psíquicos y una bruja blanca. Por cierto —Nicolás se agachó frente a mi apoyando una mano en la cama mientras me acariciaba el rostro—, Dora quiere que sepas que hará hasta lo imposible para buscarlos a ambos; está contactando con un par de videntes de diferentes ciudades para crear una red psíquica. Encontraremos un modo, Carim. Esperaremos a Zander, tenemos información y no quiero a nadie más allí, así que apúrense.

—¿Dónde? —preguntó Hero.

—En una fábrica de la ciudad donde suponemos que nos lleva el rastro. No hemos hallado a Laicot, pero una bruja nos informó de un aquelarre que se ha movido bastante el último tiempo y creemos que ella y Carrie están ahí.

—Prepararé las armas —dijo Hero—. Lo hallamos, Carim.

—Gracias —susurré sin fuerzas mientras me secaba las lágrimas y buscaba la fuerza necesaria para hacer esto. No podía quebrarme, no ahora, no era la única que sufría.

—Ahora vayan con los Amila ya que necesitamos recopilar todo lo que sea posible, chicos —dijo observando a Hass y Furcht—. Ustedes estuvieron en los grupos de ayuda, quiero que piensen en qué tienen todos estos ataques en común. Ustedes conocen a Leiden, conocen esta ciudad y necesito su ayuda, lo encontraremos —afirmó.

—Bien —dije en un susurro y me levanté apartándome de los chicos, quienes se pusieron de pie aprontándose para hacer lo que Nicolás había ordenado.

Bajé de la cama y di tan solo dos pasos justo cuando Hass comenzó a gritar.

Me giré de inmediato mientras él aullaba desesperado y se tomaba la cabeza con las manos; sus piernas se vencieron y cayó hacia adelante sin que pudiera evitarlo. Furcht le siguió unos segundos después mientras se apretaba la cara con las manos y caía de rodillas temblando.

—¿Qué ocurre? —grité desesperada.

¿Que estaba pasando? ¿Habrían encontrado un modo de atacarnos sin que lo supiéramos? ¿Estarían torturando a Leiden? En un momento planeábamos una estrategia, y ahora el caos había llegado hasta nosotros y nos había explotado en la cara.

Zander entró como una furia, y la puerta literalmente se separó de las bisagras.

—¡Zaaannnnndddddeeeeerrrrrr! —El grito de Hass desgarró el aire. Nicolás se interpuso y me empujó atrás mientras miraba de uno a otro.

—Salgan —ordenó.

—¡No! —grité plantando mi talón en el suelo—. ¿Qué les ocurre?

—¡Es Leiden!, es Leiden —gritó Hass atragantándose con las palabras.

—Está intentando romper el lazo —gritó Zander mientras colocaba a Hass en el suelo lo más cómodo que podía, y luego fue por Furcht.

—¿¡Qué!?! —grité alarmada.

—¡Dijo que lo haría! ¡Maldición! —gruñó Zander.

—¡Zander, dile que se detenga! ¡Por favor! ¡Por favor!

La voz de Hass sonaba tan dolorosa, tan triste, que me partía el alma. Sal saltó a su lado y acunó su cabeza en su regazo mientras le acariciaba la cara. Corrí junto a Furcht mientras escuchaba sus gruñidos.

—¡Quiere irse! —sollozó Hass con los dientes apretados mientras no dejaba de retorcerse.

—¡No lo hará! —gruñó Furcht temblando—. ¡No lo dejare, aunque me desgarre entero!

Tomé su mano, casi como si pudiera transmitirle mi energía para ayudarlo. Ninguno de los tres quería dejarlo ir. Él apretó mi mano con tal fuerza que pensé que me la quebraría, pero no me importaba, ya que me estaba quebrando por dentro. Y si él se iba, si cortaba todo lazo con nosotros, no habría nada que pudiera volver a unirme.

—¡Oh, por dios! ¡Nicolás! ¡Por favor! ¡Por favor! —supliqué mientras lloraba. Mi centinela me observó un instante, y lucía consternado, impotente, como si no supiera cómo ayudarme, y sentí que el mundo se derrumbaba.

No sabía qué podía hacer..., el mundo dio vuelta frente a mis ojos, lo vi

frunciendo el ceño y lo próximo que oí fue su voz.

—¡Carim! —Lo miré a los ojos, o al menos donde imaginé que estaban ya que no podía abrirlos, no podía verlo, y sentí que el mundo se derrumbaba para mí también. El dolor me atenazó el pecho, como si me estuvieran arrancando una pierna, un brazo, como si alguna mano transparente hubiera atrapado mi corazón en sus manos y jalara para sacarlo de mi cuerpo—. ¡Carim! —Intenté responder, pero no pude. No había forma, mi cuerpo ya no respondía, estaba muriendo.

Llevé mis manos al pecho, las apreté allí, donde dolía. Mi visión se nubló por completo rodeándome de un pozo sin fin y vi todo negro.

Y así todo terminó por desmoronarse, y el mundo se apagó frente a mis ojos y me dejé ir.

—¡Leiden! —Me desperté sintiendo que alguien me llamaba.

Cuando abrí los ojos, la luz del día me cegó, el calor parecía asfixiante, el sudor caía por mi frente y había un leve aroma a verano y a flores que me desconcertó. Luché por levantarme, pero mi letárgico cuerpo no parecía dispuesto. Miré a mi lado y noté varios cuerpos allí, en pequeñas camas de metal blanco. ¿Dónde estaba? ¿Serían los heridos de la lucha? ¿Serían ellos? ¿Estaba muerto? El dolor respondió a mi pregunta recordándome que seres como yo no gozaríamos nunca de la paz de la muerte encantada que te arrastra al paraíso donde una flor dulce colma el aire. Aquel dolor penetrante cubrió mi cordura y volví a caer en la marea negra de la inconsciencia.

No sé cuánto tiempo había pasado, días, meses, años.

¿Dónde había estado todo este tiempo?

¿Dónde estaban mis hermanos?

¿Tenía hermanos? ¿Alguna vez los había tenido? O era todo un sueño...

El dolor me venció y me dejé ir.

Desperté tiempo después y, recuperando un poco mi fuerza, logré sentarme.

Ya no había nadie en las camas a mi lado.

¿Acaso lo había soñado?

Me senté lentamente en una cama mullida dejando que mi cuerpo se estabilizara, y me toqué la frente buscando mentalmente a mis hermanos. Algo había ocurrido, lo sentía en los huesos. O acaso era todo un sueño... ¿Podría haber pasado años en coma...? ¿Podría haberlo soñado todo?

Mis huesos sonaron y por un momento dejé que todo a mi alrededor se dibujara para mis ojos nuevamente; era como ver el mundo de nuevo como un niño. Un mareo me colmó y me obligó a recostarme. El olor a desinfectante chocó contra mis sentidos y confirmó que no era la S.A. ¿Acaso había estado alguna vez ahí?

¿Dónde demonios estaba? No estaba en casa.

¿Dónde había estado?

El lobo dentro de mí gimoteo y sentí el vacío de la pérdida, y ese conocimiento me asestó un golpe en el pecho.

Habían existido, no era un sueño, no lo había soñado. Furcht, Hass, Carim, Zander, ellos había existido por más que los recuerdos se negaran a volver, tenía la certeza de que no había soñado todo esto.

No había un tiempo, después de mis peores años, en que había vivido y había sido feliz.

Recordaba la sonrisa de Hass, aquella sonrisa torcida que auguraba que estaba por hacer un comentario fuera de lugar; el íncubo siempre tenía algo para decir, y los pensamientos más positivos. Furcht y aquella manía de maldecir cada dos palabras, de apostarle siempre todo a todo el mundo, su fanatismo por la lucha, su devoción por las mujeres y los juegos de la Xbox.

Los conocía, no los había soñado.

Había sido feliz alguna vez, y ahora... los había perdido. Escondí mis ojos bajo mi mano intentando ocultar las lágrimas que se escapaban de mis ojos. ¿Acaso lloraba de dolor? ¿De alegría?

Recordé mi pelea con Carim, su dolor... Había sido un idiota y lo sabía, la había alejado..., ella tenía razón. Triz en su lecho de muerte me había dicho que no se arrepentía, que había valido la pena cada segundo..., *me había amado.*

Y ahora ella estaría buscando a otro... ¿Sería alguna vez feliz? *Ojalá lo sea.*

¿Acaso no era lo que siempre había querido, mantenerlos a salvo?

Estaban a salvo, nadie iría por ellos ahora.

Sabiendo eso, el peso se instaló sobre mi pecho como una compresa helada. *Nadie vendría por mí tampoco.*

Ojalá tuvieran una larga y hermosa vida.

Me permití por un momento recordar a Carim, su voz, el calor de su cuerpo, la sensación de su cabello entre mis dedos..., sus labios.

—Ahora estás a salvo gatita —murmuré con la garganta obstruida por el dolor—. Nadie más podrá tocarte ahora mi amor. Nadie podrá lastimarlos..., ojalá, ojalá lo comprendan.

Ahora eran libres. Sonreí ante la idea.

—Adiós hermanos, mis mejores amigos, mi alma se va con ustedes, gracias por cuidarme y por haber hecho de estos los mejores años de mi vida. Adiós, Zander, gracias por confiar en mí y protegerme, incluso de mí mismo. Adiós bella Carim, ojalá la diosa te dé un buen compañero y hermosos hijos, serás una hermosa madre. Adiós a todos..., adiós, que la diosa los proteja y nos permita encontrarnos en su hermoso reino cuando llegue su hora. Adiós —dije para mí mismo y desconecté la conciencia del que alguna vez había sido.

Leiden había muerto.

Uriel había renacido en la inmundicia de su vida.

Nuevamente.

Me bajé de la cama resistiendo las nauseas, comprobé que había tubos conectados a mis brazos y algunos electrodos en mi pecho. Me quité las lágrimas de los ojos, nadie vería aquello. Leiden había muerto el mismo día en que desperté en esta cama, y me dediqué unos minutos de soledad a recomponerme. Su recuerdo era el que me mantenía vivo para que Looper nunca pudiera acercárseles otra vez.

Lo primero que hice fue comprobar dónde estaba y qué llevaba puesto.

No era mucho, llevaba una bata de hospital. Había unas cinco camas a cada lado de la mía, ahora todas vacías, aunque podía jurar que había visto cuerpos allí. Me bajé lentamente comprobando que mis músculos me soportaban y quité los tubos.

Mi piel parecía nueva, tersa y uniforme, sin ninguna marca de luchas anteriores. Caminé hasta un espejo y comprobé que mi rostro se veía igual de bien, toda mi piel tenía un tono sano, no había marcas salvo el tatuaje en mi hombro, el que Nicolás me había dado de algún modo, aún seguía allí.

La única marca de quien había sido, y quien no volvería a ser nunca más.

Mi camino por las sendas de Vatur había quedado atrás...

—Gracias Diosa por todo —susurré las palabras aunque sabía que ella entendería lo que estaba haciendo.

Ella comprendería por qué me alejaba de su lado, así como comprendió cuando me uní a su gente.

Carrie tenía razón...

Somos todos prisioneros, prisioneros de nuestros recuerdos, de nuestras otras vidas. Somos todos prisioneros, podríamos correr, arrastrarnos y desaparecer pero al final del día, al final, todos volvíamos a la vida que merecíamos. Podríamos salir, pero nunca escapar.

Caminé hasta la puerta escuchando todos los sonidos y dejando que mi cuerpo asimilara el ambiente donde me encontraba.

¿Cuánto había permanecido desmayado?

¿Por qué no podía recordar qué había sucedido ayer?

Me esforcé un poco y recordé a Semiazas, allí luchando, al Can luchando contra él, a Carrie suicidándose, el pasillo, la luz, y la magia desvaneciéndome..., y no había nada más.

Abrí la puerta frente a mí haciéndola chirrear y salí a un pasillo que daba a un gran patio iluminado por el sol que parecía ser de media tarde. Los pisos eran de baldosas blancas y negras, frías contra mis pies descalzos; las paredes estaban agrietadas y con un color amarillento gracias al paso de los años. Delante de mí, el pasillo balconeando al gran patio y columnas de diferentes estilos enredándose con diversas plantas con flores hermosas.

—¡Ay, no! —esa voz llamó mi atención—. No debería estar levantado.

Una mujer regordeta llegó hasta mí y me alejé un paso cuando quiso tomar mi mano. Me asomé un poco más al patio y pude ver a varios hombres y mujeres luchando entre sí.

—¿Dónde estoy? —pregunté inquieto.

—Donde pertenece, ¿dónde más? —dijo con una sonrisa que no llegó a contagiarme.

—¿Cuánto tiempo he estado...?

—Un poco —respondió evadiendo mi pregunta.

—¿Cuánto? —gruñí.

—Dos meses.

—¿Qué? —pregunté. Dos meses.

—Dos meses, señor Uriel, dos meses. El amo mandó que lo cuidáramos. Y eso hacemos. ¿Por qué no vuelve adentro para que...? —detuve su mano y la observé.

—¿El amo?

—Sí, sí, el señor Looper —dijo, y retrocedí un paso. Lo sabía, lo había sabido todo este tiempo.

—¿Dónde está él? —Ella dudó—. Lléveme con él —ordené.

—Debería descansar —susurró.

—¡Lléveme! —grité.

—Está bien, está bien, estará feliz de verlo.

Ella comenzó a caminar por el pasillo, giró dos veces a la izquierda y una más hasta llegar a un área de la casa más arreglada y pintoresca. Golpeó la puerta con los nudillos mientras mil preguntas atacaban mi mente.

¿Dos meses?

¿Qué habrían hecho mis hermanos?

¿Me habrían buscado?

Seguro que no, al menos así les había dicho que hicieran, ¿no? Idiota.

—Adelante —dijo una voz que conocía.

—Señor, Uriel ha despertado —murmuró entornando un poco la puerta como para asomar la cabeza.

—Genial, ¡genial! —Aparté a la mujer de un empujón y abrí la puerta por completo.

Looper estaba de espaldas a mí. Le gruñí, y estaba a punto de saltar sobre él cuando se giró y se movió a un lado revelando algo que no esperaba.

—Justo a tiempo para conocer a tu nueva compañera, Uriel.

Mis ojos debieron de mostrar la sorpresa y di unos pasos hacia atrás sacudiendo la cabeza.

Parada, sin pestañear, con un collar en su cuello, estaba Eva.

Eva.

La Eva de Hass, su amor eterno.

Eva, la que gruñía ni bien te acercabas, estaba parada allí sin pestañear junto al hombre que más odiaba en la tierra.

Las últimas palabras de Nicolás volvieron a mí de golpe.

—*Los hilos que tejen tu futuro están en constante cambio, solo sé que necesitas hacer esto. Formarás una estrecha línea que salvará tu cordura y tejerá un futuro*

que es incierto para mí. No sé si debo decirlo, pero parte de ti se mantendrá a flote por lo que verás allí, necesitas esto, y yo te necesito allí.

—Leiden, la tienen, tienen a Eva...

Comencé a temblar al verla. Nicolás lo había visto, él sabía que algo ocurriría.

—Eva, ¿qué te han hecho? —pregunté observándola.

—Ven, acércate. Uriel es tan hermosa y tan letal como tú. Llevamos meses programando su cerebro con el tuyo, y creo que harán de mi ejército un arma letal.

—¡Maldito hijo de puta! —siseé.

—También debo advertirte que no, no puedes contactar con tu anterior mundo y que ella está bajo mi seguridad. Si algo me ocurriera..., ya sabes cuál será su destino. Ahora que estamos todos juntos, ¿por qué no le muestras su lugar en la casa mi bella Eva?

Acarició su mejilla y tuve ganas de saltarle al cuello pero me detuve. Ella no se opuso, caminó directo hasta mí, y sin decir palabra pasó a mi lado.

—¡Ve con ella, ve, ve...! Necesitarán tiempo para conocerse.

—¿Conocerse? ¿Qué has hecho? Es una autómata.

—¡Oh, no!, su silencio es su decisión, pero yo solo le impongo luchar; mientras lo haga... —Levantó las manos y arqueó las cejas, y no necesité que continuara.

Si Eva no cumplía, sufriría castigos; sabía lo que se sentía. Una luz de esperanza se coló en mí, intenté disimular y me encaminé a seguirla.

Él había dicho «necesitan tiempo para conocerse», por lo que no sabía que ya conocía a Eva más allá de su nombre. Y, por lo visto, ella tampoco había reaccionado a esto, ni siquiera me había hablado; tal vez podría haber esperanzas y por eso ella lo había disimulado tan bien.

Me giré con la esperanza de que algo de ella pudiera recuperarse, que volviera a ser la mujer que Hass siempre amó.

Salí de aquel cuarto cerrando la puerta y ella me miró un instante, y tan solo necesité ese instante para notar cómo una lágrima corría por su mejilla.

Comenzó a caminar y la seguí en silencio. Bajamos una escalera ancha y atravesamos el patio.

Se detuvo, y me paré detrás de ella.

Abrió lentamente una puerta para mostrarme una enorme habitación ante mí, pero no era mi cuarto, de eso estaba seguro. Observé alarmado cada detalle y di un paso adentro y me detuve en seco.

—Lo primero que me pregunté cuando llegué aquí es qué hacía con los niños y las mujeres —murmuró ella, y yo no podía despegar los ojos de lo que estaba viendo—. Comprendí que los niños formarían un ejército, pero él necesitaba más que un par de guerreros. —La voz de Eva se fue diluyendo mientras mis ojos asimilaban la escena.

Había mujeres en cubículos de vidrio que pendían del suelo. Todas ellas estaban embarazadas y tenían tubos conectados a su cuerpo como si fueran un experimento macabro.

—Eva —susurré.

—Los niños secuestrados tienen algo en común. Poderes mentales. Todos eran mitad psíquicos, lo averigüé mucho después de llegar aquí. Looper me forzó a enseñarles. Las mujeres fueron solo una prueba al principio, hasta que Looper notó que debería encontrar y raptar tantos niños que no le alcanzaría con vaciar una ciudad. Entonces comenzó a cazarlas como reproductoras, lo perfecto para crear y traer al mundo niños guerreros. Leiden —dijo y la observé—, Looper crea un nuevo ejército con niños y niñas soldados cambiantes y planea atacar a los oscuros. Miembro a miembro, nadie temería a un niño, ¿no? Por eso te buscó. Me buscó. Necesitaba gente que conociera desde adentro la sociedad de oscuros, de cambiantes.

—Cosecha de niños cambiantes psíquicos —murmuré con la garganta seca.

—Sí, lo hace —repuso con voz sombría.

Salimos de allí en silencio; tenía el estómago revuelto. ¿Cómo había llegado a esto sin que lo supiéramos? Seguí a Eva hasta un sitio en la terraza.

—Leiden —gimoteó sin mirarme.

Ante nuestros ojos se abría un espacio vacío de varias hectáreas de campos y matorrales y, por lo visto, Eva sabía que nadie nos oiría aquí.

—¿Qué te ha hecho? —pregunté tomándola del brazo para que me mirara.

—Me lo ha quitado... todo —sollozó.

—Eva, te sacaré de aquí, no sé cómo... ¿Qué ocurrió? ¿Cómo te atrapó?

—Fuimos a lo de Laicot, y todo ocurrió muy rápido. Laicot, ella me tomó de la mano y jaló de mí. No luché, tan solo era una anciana; ella arrancó un mechón de mi cabello y lo enredó en sus dedos. No había comprendido qué pretendía hasta que lo dijo.

—Somos todos prisioneros...

—Carrie dijo algo parecido antes de que se quitara la vida —dije recordando sus palabras.

—Lo último que recuerdo es como si un explosivo hubiera estallado contra los muros de mi cabeza, los gritos y la necesidad de matar. Un ser con túnica se arrojó sobre mí, y maldiciendo esquivé su cuchillo, me giré retorciéndole la mano en el camino, y, sin pensarlo dos veces, le quebré el cuello. —Se frotó los brazos—. Cayó al suelo como un saco de patatas. Y otros dos vinieron por mí y me arrastraron fuera de allí. No sabía por qué o qué estaba haciendo ahí. —Me dio un vistazo rápido—. Estaba tan perdida. La primera noche que llegué aquí, hace dos meses, me tumbaron en la cama a tu lado. Supliqué que me dejaran ir, pero no tenía fuerzas; luego te oí gritar, te oí gritar los nombres de tus hermanos. Busqué el vínculo y ya no estaban, no

había nada..., solo... solo vacío.

La atraje contra mí y le acaricié el cabello. Nos quedamos así un rato sin decir nada, tan solo consolándonos, lamiéndonos las heridas.

—¿Qué hace ese collar que llevas puesto? —pregunté acariciando el cuero con la punta de los dedos.

—Nada, es solo una forma más de degradación que practica. Es como recordarme que soy su perro faldero.

—Pero él dijo que si moría...

—Sí, pero no es un objeto, me lo he quitado antes y cada noche antes de dormir. No lo sé, no sé de qué habla. Tal vez sea otro de sus malditos trucos de magia. —Se frotó la nariz—. Es como mi muestra de rebeldía. ¿Sabes?, suena estúpido, pero creí que no despertaría.

—No sabe que te conozco.

—No, solo sabe que conoces mi nombre, no se lo he dicho. Es mejor que crea que pasamos tiempo juntos para conocernos —dijo y asentí. Era lista, me abrazó con fuerzas y le devolví el abrazo—. No imaginas lo mucho que me alegro de que estés aquí, aunque tú debes de odiarlo.

—Cuando estuve aquí pasé mucho tiempo sin poder confiar en alguien. Entiendo lo que dices.

Luego ella me guio a unas habitaciones, me mostró el cuarto y todo lo que había dentro. No volvió a hablarme, tan solo la detuve antes que saliera.

—Hagas lo que hagas, no te desconectes... Sé lo que él hace, lo sufrí por años.

—¡Oh, Leiden!, lo lamento —susurró e hizo una mueca.

—No lo hagas, te sacaré de aquí Eva —aseguré. Lo haría, o daría mi vida haciéndolo.

—Carim debe de estar buscándote —dijo con tristeza.

—Es mejor si no lo hace —confesé y desvié la mirada—. Ella encontrará a otro hombre y será feliz —dije intentando lucir esperanzado.

—¿Otro? —preguntó y negó con una sonrisa triste—. No habrá otros.

—Lo hará, es inteligente y sé que llegará el día...

—¡Nunca llegara ese día, Leiden! No los habrá. Los lobos y los gatos nos emparejamos del mismo modo. —Por un momento había olvidado a la loba en ella—. Una vez, solo una vez de por vida. Cuando Carim notó el lazo, lo supo... No importa cuántos machos encuentre, nunca logrará el vínculo. —Aquellas palabras fueron un puñetazo en mi pecho.

—Pero ella... —tartamudeé.

—Ella tan solo quería que tomaras la decisión y dejaras de temer, aunque ahora comienzo a comprender tus miedos... Tan solo he pasado dos meses junto a él y he visto las atrocidades que hace, las profanaciones... Lo he escuchado hablar de ti y me

repugna escucharlo nombrarte, aunque agradezco que no te llame Leiden.

—Saldrás de aquí, lo prometo.

—Somos todos prisioneros —dijo tristemente.

—No para siempre.

Nos quedamos hablando un poco más, sin decir mucho, tan solo sus manos enjugando mis ojos, y mis manos buscando que se calmara. Buscando el consuelo.

Cuando me aparté de ella, Eva estaba absolutamente perdida en sus pensamientos. Se quedó dormida apoyada sobre mi pecho; la tumbé en mi cama y me miró somnolienta.

—¿Alguna vez se irán? —lloriqueó.

—¿Qué?

—Las pesadillas, los sueños, los gritos... El horror y el miedo...

—No lo sé Eva, no lo sé —murmuré con amargura.

—¿Crees que...? —Tragó saliva y escondió su rostro mientras se colocaba en posición fetal—. ¿Crees que... Carim me odie si te pido que te recuestes a mi lado? Solo para saber que alguien me cuida. He estado tan sola. Tan solo necesito saber que alguna vez fui alguien más..... que fui más que una loba asustada, más que una sumisa a la que le ordenan entrenar a niños que son usados para matar y que nunca conocerán la infancia que yo tuve... Alguien más que este ser miedoso... ¿Crees que ella me odie? Solo recuéstate a mi lado solo eso..., por favor —suplicó.

Nunca la había visto suplicar.

Sabía que estaba llorando. Por más dura que pareciera en el despacho de Looper, ahora se la veía derrotada y pequeña.

—No creo que se enoje, ella lo entendería. Y eres mucho más de lo que ahora piensas. Una vez yo creí lo mismo, y una diosa y un centinela me enseñaron que no importa lo que pienses en un momento como este, importa lo que eres, y eso nadie puede cambiarlo. —Me acosté a su lado y escuché los gimoteos.

—Ojalá la diosa no se olvide de nosotros —susurró antes de quedarse dormida.

La apreté un poco contra mi cuerpo y se durmió, y poco después yo también lo hice con la idea de que debía encontrar el modo de sacar a Eva de allí.

La sacaría de allí.

Desperté tiempo después. No sabía cuánto había pasado, pero mis músculos estaban entumecidos casi como si hubiera pasado mucho tiempo dormida. Estaba tendida en una cama de la guardia de la S.A., lo sabía. Había estado varias veces allí, pero esto era algo más; varias máquinas sonaban a mi lado, me giré y observé la habitación. Junto a la puerta estaban Hass y Furcht apoyados contra el muro. Quise hablar y sentí la garganta seca, por lo que mi voz fue más un graznido. Cuando me moví, ellos me miraron.

—Espera —dijo Hass, tomó un vaso y me ayudó a beber. Me ardía la garganta como si no hubiera bebido líquido en días.

—¿Qué ocurrió? —pregunté con la voz ronca.

—¡Carim! ¡Oh diosa! Has vuelto —Furcht me tomó la mano y me besó los nudillos. Lucía tan cansado.

—Llamaré a Sal y a Nicolás.

—¿Qué ocurrió? —volví a preguntar. Sus ojos esquivaron mi mirada y supe que algo andaba mal—. ¿Dónde está Leiden? ¿Dónde...? ¿Dónde está Eva? —Comprobé el lazo y hallé a Sal y el vacío del lugar que ocupaba Eva—. ¿Por qué no la siento..., por qué?

—Se la llevaron..., a los dos, se los llevaron gatita —murmuró Furcht apretando mis manos, y horrorizada lo aparté de un manotazo.

—¿Quién? —pregunté agitada.

—Looper, creíamos que eran tan solo Leiden y su dolor, y no lo vimos venir —susurró Hass.

—¿Y qué hacemos aquí? ¡Vamos a buscarlos! —Ninguno se movió—. ¿Por qué no salen? Debo cambiarme, debemos buscarlos...

—Han pasado dos meses —murmuró Sal que se asomó por la puerta.

¿Dos? Parpadeé incrédula.

—¿Qué? Es una broma, ¿cierto? —Nadie lo negó.

—Estuviste en coma por más de dos meses, Carim.

—Pensamos que te perderíamos también —dijo Sal.

—Los buscamos —murmuró Furcht—. Los buscamos por cielo y tierra, Carim.

—Tanto Eva como Leiden perdieron el lazo. Ya no podemos seguirlos.

—¿Cómo? —chillé.

—No lo sabemos —Nicolás entró a la habitación—, pero me alegro de que estés bien. —Nicolás se acercó a mi lado y lo miré furiosa.

—¿Te alegras de que...? ¿Sabes lo que siento?

—Sí, lo sé, también era parte de mí, ¿recuerdas? —dijo con los dientes apretados y una mirada asesina.

—¿Era? —pregunté, y miré de uno a uno—. ¿Eran? ¿Ya no los buscan?

—No hay nada de dónde partir, tan solo una ubicación —susurró Sal.

—Nosotros aún los buscamos —ladró Hass mirando a mi hermana, que bajó la cabeza avergonzada. Y sabía que lo hacían, los conocía tan bien como para saber que estarían aún buscando a Leiden aunque eso les tomara toda la eternidad. Con o sin lazo, no lo abandonarían.

—¿Y por qué no vamos allí? A esa última ubicación, ¿por qué? ¡Nicolás!

—¿No crees que no lo he intentado todo? —rugió mirándome—. Los busqué, Carim..., los busqué por cielo y tierra. Incluso mi madre los buscó.

—Se han ido —gimoteó Sal, y quise golpearla, quise caerle a golpes. ¿Qué mierda le había ocurrido? ¿Pensaba abandonar a Eva? ¿A su hermana?—. Toda la organización se evaporó. No hay nada que los vincule, no hay rastros. Ni siquiera sabemos si Eva y Leiden están juntos. No lo sabemos. Nadie sabe qué pasó con ellos..., es como...

—No te atrevas a decirlo —gruñí asqueada por su cobardía. La idea de saberlos muertos no entraba en mis planes. No ahora ni nunca.

Me tumbé en la cama sin decir una palabra más, y dejé que mi cuerpo derramara en lágrimas un poco del dolor que sentía. Pronto Sal y Nicolás se marcharon. Vívika vino a verme un par de veces, Nina también, incluso Jade había venido, uno a uno pasearon por allí. Solo Hass y Furcht montaban guardias junto a mi cama, aunque les insistía en que se fueran.

Me contaron que en el tiempo que estuve perdida habían logrado desmantelar la macabra sociedad que traficaba con órganos y sangre, aunque había algunos que habían salido impunes y habían huido.

Poco a poco todo volvió a la normalidad, un par de delitos menores y no mucho más.

Pasaron días, y más días. Semanas...

Perdí la cuenta de cuántos, pero uno de esos días sentí que ya no podía quedarme sentada esperando morir de tristeza.

Si ellos los daban por perdidos, yo no lo haría.

Hass y Furcht no lo harían, nunca darían por perdido a Leiden y yo tampoco.

Me bajé de la cama y decidida busqué ropa. Me puse el traje negro de ceremonias de la S.A., el que me permitiría cambiar sin romperlo y que me recordaba quien era; unas botas largas hasta la rodilla, en las que podía guardar varias armas; unas muñequeras de cuero con cuchillos retráctiles, y un saco largo que rozaba mis tobillos. Caminé hasta la cafetería. Tomé algunas fuentes de comida y las envolví para meterlas en el bolso que cargaba. Tomé una bolsa de dormir y un par de armas y

las coloqué en un bolso.

Dejé una nota para Hass y Furcht, que estaban fuera de la ciudad siguiendo una pista. Les dije por dónde estaría, y hacia dónde me dirigía, al menos lo poco que sabía. Anoté mi número en el papel y me marché.

Tomé unas llaves de uno de los coches de la S.A. y me dirigí a la puerta. Me monté en el coche justo cuando Sal me llamó por teléfono.

Ya no usábamos tanto la comunicación mental, aunque aún podíamos presentir dónde se encontraba la otra y qué le ocurría. Además, ya no era tan potente y nos recordaba siempre que Eva no estaba.

Sal había quedado embarazada, me lo había contado un día que vino a verme, y me alegré por ella. Aún no sabían cómo, pero esperaban un niño; creían que era algo aparte de su anomalía en la sangre o tal vez fuera por el encuentro de Hero con los ángeles.

Por eso no la invité a venir, ella debía quedarse donde Nicolás y Hero pudieran protegerlos a ambos y donde pudiera ser constantemente monitoreada. Uno de los efectos de la falta de los tres elementales era la locura y Sal ahora esperaba un niño.

Ella se quedaría en casa.

Y yo, que me sentía más muerta que viva, pensaba que tal vez la locura fuera una bendición después de todo.

Por otro lado, ella estaba en compañía de Vívika, quien había pasado de ser una loba a la jefa del área médica por completo, un cargo que la hacía un centinela de otro rango, pero centinela al fin. Y después estaba Jade, quien había decidido que dejaran de intentar inyectarle el Agente S para mutar su sangre nuevamente con los genes humanos y seguir siendo un vampiro en su nueva vida en la S.A. Se había adaptado bastante bien, ya estaba siendo entrenada para ser una asesina y era buena.

Habían visitado a su familia y avisado a la policía por los demás cuerpos de las mujeres desaparecidas. Se las habían arreglado lo bastante bien como para que no entráramos en guerra.

El agente S, como habían llamado a la vacuna en nombre de Sal, había logrado salvar los casos más nuevos de mutación, y estaban diseñando algunas variantes para salvar casos de licantropía y algunos otros, en cooperación con los humanos.

Las cosas estaban tomando un curso diferente.

Antes los humanos y los oscuros habíamos convivido, pero la convivencia no nos obliga a aceptarnos, solo saber que el otro está allí y hacer lo mejor para no matarnos en el proceso. Pero esto era diferente, parecía el inicio de una era totalmente diferente donde oscuros y humanos cooperaban abiertamente, y era bueno, al menos para ellos.

Encendí el motor y atendí el teléfono que sabía que no dejaría de sonar.

—¿Qué haces? —preguntó sin más.

—No lo sé, pero no puedo quedarme aquí, los amo, pero Leiden es mi

compañero, Eva es mi hermana y sé muy bien que harías lo mismo en mi lugar si pudieras.

—Carim, lo lamento, me he comportado como una cobarde, como una grandísima idiota, lo lamento tanto.

—Estás esperando un niño.

—Lo sé. ¡Maldición! No quiero que vayas sola, no quiero saber que estás allí mientras yo estoy aquí...

—Siendo madre, y eso es lo que harás. El destino nos juntó para ser hermanas, pero nunca dictaminó cuáles serían nuestros caminos. Creo que hoy debo tomar el mío, y tú debes aceptar lo que está sucediéndote.

—Sí, debo aceptar que estaré redonda en poco tiempo y que si voy, solo seré un peso extra.

—Cuida de los demás, iré a buscar a los tíos de tu hijo o hija.

—¡Oh, diosa! ¡Carim! —sollozó—. ¡Demonios! Encima estoy llorando por todo, ¿sabes? Me volví una autentica marica.

—Creo que cambiamos roles, solo eso...

—¡Escúchame! Quiero saber de ti todo el tiempo, dónde estás, con quién, todo. Mi hijo o hija querrán conocerte. Hagas lo que hagas, ten cuidado.

—Estaré en contacto, lo prometo.

—Nicolás quiere decirte algo. —Quise negarme pero era muy tarde.

—Te dejaré hacer esto a tu modo, solo con una condición —dijo. Levanté la vista hacia la carretera y un tipo se había materializado en mi camino, las ruedas chirrearon cuando frené—. Solo con la condición de que él vaya contigo. —Miré al hombre y recordé quién era.

Semiazas el hermano de Phill, que se había aliado a la S.A., un ángel caído que nos había ayudado y había matado a Hermes en la rebelión de los Ángeles. ¿Cómo no recordarlo?

—De acuerdo —murmuré, sabiendo que sería el único modo en el que el hijo de la diosa no se interpusiera en el camino y me encerrara bajo siete llaves. Semiazas sonrió, por lo que supe que Nicolás podía comunicarse con él, y caminó hacia mí. Se metió en el coche mientras me observaba con una media sonrisa colgando de sus labios.

—Cuídate, ¿sí? —susurró Nicolás—. Y hagas lo que hagas, recuerda que te amamos —dijo sonando más triste que nunca.

—Yo también los amo. —Cerré el teléfono y miré a Semiazas.

—Creo que sabes quién soy —dijo, y asentí.

—Lo sé —respondí poniendo nuevamente el coche en marcha.

—Bien, eso es mejor. —Se desparramó en el asiento como si estuviera totalmente relajado, pero sabía lo que podía hacer; al final, era un ángel caído y sabía el poder

que tenía. Y para mí eso era muy bueno—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Qué tal si buscamos donde fueron vistos por última vez?

—Me parece bien, conozco el sitio. Dirígete a la interestatal, te guiaré desde allí.

—Genial —dije sin humor.

Semiazas había sido el último que había visto a Leiden. Había luchado con un Can y había rastreado la zona, pero no había hallado nada. Aun así, por lo que sabía, era otros de los que aún lo buscaban, y eso me hacía sentirme acompañada.

Estén dónde estén, vivos o muertos..., los encontraré.

Algo en mí se sentía raro, era la primera vez que dejaba atrás a la S.A., nunca había abandonado la Sociedad de asesino, nunca en mi vida, salvo cuando era pequeña; ahora la dejaba, y sin mis hermanas.

Dejar a Sal atrás me sonaba raro, pero ella sería madre ahora y no podría involucrarla en esto, así que debería hacerlo sola. Necesitaba encontrar a Eva, a Leiden. Nada sería igual si me quedaba aquí.

Entendía a Sal.

Tal vez era lo mejor..., no lo sabía.

Estaba nerviosa, demasiado nerviosa como para confesarlo en voz alta, cuando Semiazas a mi lado lucía totalmente relajado.

—Gracias Semia... zas —dije tratando de pronunciar bien su nombre.

—Por cierto, llámame John, será mejor y más fácil. Soy John Doe. Semiazas murió con sus creencias; yo, soy alguien nuevo.

Sonreí de lado. Era bueno.

—Bien, John, suena bien.

—Suena a terrenal.

—Es verdad.

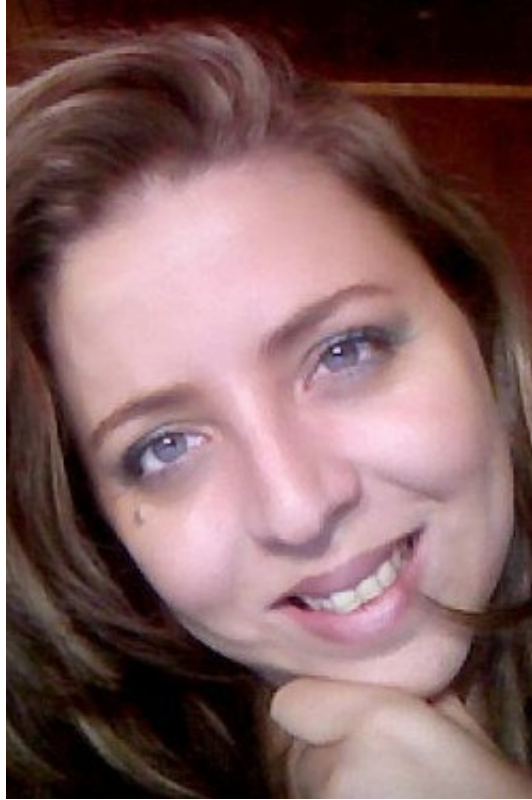
—Leiden —murmuró y lo miré—, él también tenía problemas para pronunciar mi nombre —dijo, y sonreí con tristeza.

Debía admitirlo, tenerlo a mi lado me daba algo de confianza. Al menos Nicolás y Vatur estaban de mi lado, y no me habían amarrado a una cama ni nada por el estilo..., así que... allí íbamos.

—Que Vatur nos acompañe —susurré.

—Los encontraremos, ya verás —dijo Semiazas o John como quería que lo llamara. Sonaba seguro y eso me dio un poco de esperanza y sonreí.

Pisé el acelerador, tomé la interestatal y no miré atrás.



NELIEL CROSS. (Buenos Aires, Argentina). Neliel Cross es el seudónimo de la escritora Ximena Flores. Vive en la ciudad de Neuquén, en la Patagonia Argentina. Se ha graduado como arquitecta y diseñadora, dos facetas muy distintas a la escritora que nace en ella cada vez que alguna historia se le cruza por la mente.

De pequeña se dedicó a escribir poesía aunque nunca llegó a publicar ninguna y acabaron atesoradas en un pequeño cuaderno azul que guarda como recuerdo. Al ir creciendo llegaron a sus manos los libros que le brindarían la inspiración que años después plasmaría como sus primeras novelas, las cuales comenzó a publicar como autora independiente en el año 2013.

Neliel, no se permite encasillarse en un género en particular, aunque lo que más predomine en sus novelas es el género paranormal, siempre tiene un deje de erotismo y mucha, mucha acción donde todo es posible.

La Sociedad de Asesinos es su primera saga publicada, y aún no sabe a ciencia cierta de cuantos libros contará. Neliel afirma que mientras los personajes sigan contándole sus historias al oído, Nel, seguirá escribiéndolas.